HISTORIA incógnita
A COLOR
HISTORIA MILITAR DE LA ANTIGUA ROMA
CAMPAÑAS MILITARES Y BATALLAS CRÍTICAS DE LA REPÚBLICA Y EL IMPERIO ROMANO
Fco. J. Gómez (Coord.), Julio Rodríguez, Luis Amela, José I. de la Torre y Emilio Campomanes
nowtilus saber

HISTORIA incógnita
A COLOR
HISTORIA MILITAR DE LA ANTIGUA ROMA
CAMPAÑAS MILITARES Y BATALLAS CRÍTICAS DE LA REPÚBLICA Y EL IMPERIO ROMANO
Fco. J. Gómez (Coord.), Julio Rodríguez, Luis Amela, José I. de la Torre y Emilio Campomanes
nowtilus saber

Historia militar de la Antigua Roma

Campañas militares y batallas críticas de la República y el Imperio Romano

Historia militar de la Antigua Roma

Campañas militares y batallas críticas de la República y el Imperio Romano

F

RANCISCO

J

OSÉ

G

ÓMEZ

J

ULIO

R

ODRÍGUEZ

L

UIS

A

MELA

J

OSÉ

I.

DE LA

T

ORRE

E

MILIO

C

AMPOMANES

Colección: Historia Incógnita

Título: Historia militar de la Antigua Roma. Campañas militares y batallas críticas de la República y el Imperio romano.

Autores: © Francisco José Gómez, Julio Rodríguez, Luis Amela, José I. de la Torre y Emilio Campomanes.

Copyright de la presente edición: © 2023 Ediciones Nowtilus, S. L.

Camino de los Vinateros, 40, local 90, 28030 Madrid

www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: ExGaudia, Asociación Cultural

Imagen de portada: «César cruzando el Rubicón». Adolphe Yvon. 1875

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición digital: 978-84-1305-355-4

Fecha de edición: Marzo 2023

Índice

Todo libro tiene su porqué

I. La batalla del Alia y el «saqueo» de Roma (387 a.C.)

Introducción

La causa del ataque galo a Roma

La batalla del Alia

El asedio de Roma

La derrota de los galos

Conclusión

II. Hannibal ad portas! La Segunda Guerra Púnica. (218-201 a.C.)

Introducción

Nota bibliográfica

El comienzo de la guerra

Los teatros de operaciones: Galia Cisalpina, Italia, Cerdeña y Sicilia

Los teatros de operaciones: Iberia/HISPANIA

Los teatros de operaciones: África

Conclusiones

Apéndice

III. La Guerra de los Aliados (91-89/87 a.C.)

Introducción

Causas de la guerra

Comienzan las hostilidades

El principio del fin de la guerra

IV. Quinto Sertorio. Una aventura en Hispania (82 a.C.-72 a.C.)

Introducción. Una época turbulenta

Sertorio en la historia

Sertorio en la arqueología

Conclusiones

V. La Segunda Guerra Civil. El primer «conflicto mundial» (49-45 a.C.).

Introducción

Causas de la guerra

Comienza la guerra. La campaña de Italia y la primera campaña en el norte de África

Primera Campaña En Hispania

Campaña en Épiro, Macedonia y Grecia

César en Egipto

La campaña póntica

Segunda campaña en África

La última campaña: Hispania otra vez

VI. El largo año de los cuatro emperadores (68-70)

Introducción

El punto de partida

El complot antineroniano

Los dados están echados

Verdades y mentiras

Galba, Emperador

Salvio Otón, nuevo Emperador (enero-abril de 69)

Aulo Vitelio (abril-octubre de 69)

El ascenso de Vespasiano

VII. Al borde del abismo. La guerra civil de Septimio Severo (193-197)

Introducción

Año 193: Un año con cinco emperadores

La guerra con Pescenio Níger

Clodio Albino

Conclusiones

VIII. La crisis bélica de los años centrales de la Anarquía Militar: de Valeriano a Aureliano, un mundo a punto de disgregarse. (253-275)

Introducción

Nota bibliográfica

El Imperio conjunto de Valeriano y Galieno (253-260)

La labor de Valeriano en Oriente (253-260)

El mando de Galieno en Occidente (253-260)

El Imperio en solitario de Galieno (260-268)

Los comienzos de las secesiones: El Reino de Palmira y el «Imperio de las Galias»

La recuperación: Los Imperios de Claudio II y de Aureliano

Conclusiones

IX. La crisis de la II Tetrarquía. Veinte años y quince emperadores (305-324)

Introducción

Nota bibliográfica

El fin de la I Tetrarquía

La crisis de la II Tetrarquía

Conclusiones

X. La regencia de Estilicón, el bárbaro fiel que pudo salvar el Imperio. (395-408)

Introducción

Orígenes y carrera militar del hijo de un bárbaro

Alarico aparece en escena. La campaña de Grecia (395-397)

La revuelta de Gildo (AÑO 397)

Alarico invade Italia (401-405)

El año 407, Annus Horribilis.

El final de Estilicón

XI. Las invasiones de Hispania del 409. El siglo más convulso de nuestra historia. (409-472)

Introducción

Hispania, Una Diócesis Pacificada

La sublevación de Constantino III y la entrada de los bárbaros en Hispania (408-411)

El ejército romano de Hispania, una incógnita sin resolver

La caída de Geroncio y el reparto de Hispania (411-418)

La guerra entre Suevos y Vándalos y la tenacidad romana (418-429)

Hispania, de provincia romana a reino visigodo (430-475)

XII. Atila, azote de Dios. Aecio, el último romano. (433-454)

Introducción

La muerte de Honorio

Los Hunos

El último romano

Atila, azote de Dios

Los Hunos invaden el Imperio Romano

Atila invade Italia

Los asesinatos de Aecio y Valentiniano III

XIII. El final de una era (476)

Introducción

El Imperio Occidental a la muerte de Valentiniano III

Petronio Máximo

Genserico, rey vándalo

El saqueo de Roma de 455

Avito. El emperador breve

Mayoriano. El último intento de recuperar la gloria perdida (456-461)

Libio Severo, El emperador títere (461-467)

Procopio Antemio. El emperador llegado de Oriente (467-472)

Olibrio (472). El emperador de los siete meses

Glicerio (473-474)

Julio Nepote (474-475)

Rómulo Augústulo (475-476). El último Emperador

XIV. La ciudad de Roma en el siglo V. La morfología urbana después de las invasiones.

La administración ciudadana

Hacia una ciudad cristiana

El saqueo del 410

León I, el Grande (Papa del 440 al 461)

Un acto vandálico (455)

El saqueo del 472

Roma, capital cristiana

XV. Periodos cronológicos de la historia de Roma y abreviaturas de las fuentes clásicas

Periodos cronológicos

Abreviaturas de las fuentes clásicas citadas en este libro

Otras abreviaturas empleadas

XVI. Glosario de términos militares

XVII. Bibliografía

XVIII. Biografías de los autores

Todo libro tiene su porqué

Hace más de 25 años que cuatro de los autores de este libro coincidimos en la Facultad de Filosofía y Letras de Valladolid, más en concreto en el Departamento de Historia Antigua, dado que era la especialidad que estábamos cursando. Ciertamente no éramos muchos, en algunos cursos tan sólo 6 matriculados, pero amábamos la historia de Oriente, Grecia y Roma, de aquí el que pasásemos tiempo en la biblioteca del propio departamento y terminásemos por hacer amistad pese a ser de promociones distintas. Al quinto autor lo conocimos mucho más tarde, gracias a sus publicaciones y al intercambio de información y bibliografía entre este y otro de los componentes del grupo.

La idea de escribir una obra conjunta surgió hace ya más de diez años, pero hasta este 2022 no se dieron las condiciones que lo propiciaron, ni las ganas que lo han impulsado. Los temas barajados en este tiempo fueron muy diversos, aunque siempre giraban en torno a la historia militar de Roma en sus diferentes facetas y periodos. Éste es uno de nuestros nexos comunes y hemos de decir, con satisfacción, que ha dado lugar a viajes, estudios, intercambio de libros, conversaciones, disputas, amistades e investigaciones que nos han hecho disfrutar grandemente.

Finalmente, el tema escogido lo fue con conocimiento e intención. Es muy común que la novela histórica al uso, especialmente la de mayor éxito, así como las series de televisión se centren en el periodo tardorrepublicano y en el siglo I d.C., obviando la mayor parte de la historia de la antigua Roma, como si ésta no existiera. E igualmente centra la acción en sus momentos más brillantes y victoriosos, privando al público del gran aprendizaje que supone conocer el tesón de Roma para no dar nunca una campaña por perdida o dejar un problema militar sin resolver. Y hemos de señalar que, en este sentido, Roma tuvo muchos y muy serios momentos críticos.

De aquí el que este grupo de investigación, el que formamos los cinco autores del libro, de nombre dudoso todavía, se haya

planteado suplir parte de esta carencia, elaborando una obra que trata, con una divulgación accesible, pero de nivel, catorce crisis militares que pusieron a Roma al límite de su capacidad y supervivencia, auténtico tema común en cada bloque. No hemos querido ser exhaustivos, pues tiempo habrá de hacer segundos y terceros volúmenes si la obra lo merece y el público la lee, aunque sí incisivos en la variedad de momentos y frentes escogidos. Dado que la obra pretender ser accesible al gran público hemos incorporado una gran cantidad de mapas e ilustraciones y una introducción breve en cada capítulo, a fin de clarificar el momento y causas de gestación del problema generador de las diferentes crisis.

En definitiva, deseamos que el libro ilustre al lector y le haga disfrutar mientras ahonda en la dura y rica historia de Roma, que tanto interés sigue despertando en la actualidad. Para nosotros ésa sería una gran satisfacción y, más allá de la amistad que nos une, una forma de seguir dando sentido a nuestra labor, al compartir con otros la admiración que sentimos por aquella vieja cultura, que es la misma que sentimos por la nuestra, pues como formuló magníficamente aquel filósofo español del XX: Occidente es filosofía griega, derecho romano y religión cristiana.

Francisco José Gómez Fernández

En Burgos, día de la Epifanía del 2023

I

La batalla del Alia y el «saqueo» de Roma (387 a.C.)

Luis Amela Valverde

INTRODUCCIÓN

A principios del siglo IV a.C., a Roma le faltaban aún muchas décadas para llegar a ser lo que al final fue: uno de los Imperios más poderosos de la Antigüedad. Fundada, según la tradición, en el año 753 a.C. por Rómulo, que inauguró como rey el periodo monárquico de la Historia de Roma, durante muchos años la ciudad se concentró en sobrevivir en una región centroitálica, el Lacio, donde otros pueblos (latinos, sabinos, albanos y los propios etruscos, algunas de cuyas ciudades también ocupaban terrenos laciales) luchaban por lo mismo que los romanos. La combinación de audacia, tesón, suerte y un poco de ayuda de los dioses hizo que Roma sobreviviera y prosperara en un ambiente tan hostil.

Políticamente, la ciudad entró en una nueva época cuando, en el año 509 a.C., Tarquinio el Soberbio (de origen etrusco), el último rey de Roma, fue destronado y se instauró una República, dominada en sus primeros siglos por la aristocracia (los patricios), cuyos miembros se repartían el poder que antes concentraba el monarca y que ahora se dividía entre las magistraturas, de las cuales la más importante era el consulado (dos cónsules, que ocupaban sus cargos con periodicidad anual). Aunque a las citadas magistraturas les costó asentarse (por ejemplo, durante un periodo del siglo V a.C. desempeñaban el poder supremo un grupo variable y anual de «tribunos militares con poder consular») y la presión del pueblo (los plebeyos) provocó diversos conflictos sociales, la expansión militar romana era continua, lo que puso a Roma en contacto, violento en muchas ocasiones, con otros pueblos, como los ecuos, los volscos o los galos. Concretando un poco más, estos galos ocupaban las tierras del norte de la península itálica, región que acabó por conocerse como la Galia de más acá de los Alpes (Gallia Cisalpina) y, de todos los pueblos que se enfrentaron a Roma en esa época, fueron quizás los más extraños al modo de vida romano, por su organización social, costumbres, creencias, atuendos, armas y forma de combatir. Además eran étnicamente más «nordicos», y su aspecto físico no dejaba de intimidar, en cierto modo, a los romanos.

La batalla del Alia (Clades Alliensis) fue un enfrentamiento militar acaecido en el año 387 a.C. (según la cronología griega, mejor que el año 390 a.C. de la cronología varroniana) entre la República romana y la tribu gala de los senones, en la confluencia del río Alia con el Tíber, a 16 km al norte de la ciudad de Roma. Los galos derrotaron a los romanos, y poco después entraron en la propia Roma, que saquearon. Éste fue uno de los episodios más traumáticos de la historia romana, y el historiador clásico Tito Livio lo consideró el más calamitoso anterior a las Guerras Púnicas. Hay que tener en cuenta que no sería hasta el año 410 d.C., en que los visigodos de Alarico conquistaron Roma, que esta ciudad no fue ocupada de nuevo por una fuerza extranjera.

Las narraciones que hablan de estos sucesos y que se han conservado hasta la actualidad se escribieron al menos más de tres siglos después de estos eventos, por autores como Polibio, Tito Livio, Diodoro Sículo, Dionisio de Halicarnaso, Estrabón, Plutarco o Apiano. Hablar de acontecimientos que pasaron siglos atrás es complicado, sobre todo cuando se intenta de una manera u otra justificar el papel de Roma, de tal forma que no existe acuerdo entre las diferentes fuentes en temas tan trascendentales como la fecha de la batalla o el lugar exacto donde se desarrolló ésta.

Al ser imposible dar el testimonio de todas las variantes de estos eventos que presentan los escritores antiguos en el corto espacio de texto que disponemos, intentaremos ofrecer un resumen coherente. Además, como iremos viendo, gran parte de la información que ofrecen los autores clásicos son en parte mitológicos o transferencias de la historia griega, lo que en parte explica las discrepancias entre las diferentes narraciones. Sin ir más lejos, el relato de la toma de Roma por los galos se inspira en la toma de Atenas por los persas del rey aqueménida Jerjes I (480 a.C.).

En la actualidad se considera que los relatos de estos acontecimientos que se han conservado se basan en un pobre trasfondo histórico en el que una banda de guerreros galos en busca de botín derrotó a un ejército romano y llegó a saquear la ciudad de Roma. Este acontecimiento habría sido amplificado por la analística romana que lo habría utilizado como telón de fondo para introducir toda una serie de hechos dignos y heroicos. El alcance del evento y

la destrucción atribuida a los galos se ampliaron para hacer de este desastre «una crisis de dimensiones cósmicas» que cuestiona el orden del mundo.

Según la tradición más extendida (ya conocida por Catón el Censor y Polibio, autores que escribieron en el siglo II a.C.), un tal Arrunte era el tutor de un joven aristócrata de la ciudad etrusca de Clusio (la actual Chiusi), de nombre Lucumón, quien sedujo a la esposa de Arrunte, y ambos intentaron asesinar a este último. Arrunte llevó a la pareja a juicio, pero con resultado negativo debido a la riqueza e influencia de Lucumón. En pos de su venganza, Arrunte decidió acudir a la Galia, a donde llevó vino (también se dice junto con otros productos mediterráneos tales como aceite de oliva e higos), que los lugareños desconocían, y que al descubrir tales delicias, éste les convenció de guiarlos a través de los Alpes a la región donde estos productos se originaban, es decir, a Clusio, prometiéndoles que sería fácil la conquista del territorio.

El episodio anterior parece ser completamente inventado. Tanto Arrunte como Lucumón (posiblemente en realidad un título designando una magistratura, y en la versión de Dionisio de Halicarnaso, el rey de Clusio, quien al morir deja a Arrunte como tutor de su hijo, un niño) son nombres comunes relacionados con la etapa monárquica de Roma. Quizás aquí se aluda a uno de tantos conflictos internos que azotaban las ciudades etruscas, en la que una facción pudo pedir ayuda a los galos, quizás como mercenarios. Todo esto parece ser un constructo para justificar la participación de los romanos en este episodio. De hecho, los productos mediterráneos eran ya conocidos en el mundo celta como mínimo desde hacía un siglo.

Igualmente, los celtas ya estaban instalados en el norte de Italia desde la Edad del Bronce (culturas arqueológicas de Canegrate y Golasecca). A partir del siglo VI a.C., comienza una migración masiva de elementos galos que cruzan los Alpes, que colonizan el valle del Po a costa de etruscos y vénetos, y que cristalizarían en una serie de tribus (lingones, boyos, etc.), entre las cuales se encontraba la de los senones, el grupo más meridional, que se estableció en las actuales Romaña y Las Marcas. No hacía falta que Arrunte los fuera a buscar a la Galia: ya se encontraban en Italia,

aunque es muy posible que todavía los diferentes grupos galos no se hubieran establecido en un territorio concreto. Sea como fuere, los relatos de este conflicto solo mencionan a hombres, no a mujeres, niños o ancianos, con lo que no nos encontraríamos ante una migración en dirección a Etruria, sino a una razzia, ciertamente de envergadura.

De hecho, algunos especialistas han llamado la atención de la sincronía entre la presente expedición y la lucha que mantenían los etruscos junto con los cartagineses contra los griegos por la hegemonía en el mar Tirreno, encabezados estos últimos por el tirano Dionisio I de Siracusa (405-367 a.C.). Es muy posible que este último utilizase a los galos como mercenarios para sus enfrentamientos contra los etruscos. De hecho, Diodoro Sículo menciona el hecho de que los senones fueron derrotados por los etruscos después de que los primeros volvieran de la Italia meridional, cuando sabemos que Dionisio I había contratado gran número de mercenarios celtas para sus guerras en la Magna Grecia. En el año 384 a.C., Pirgi, el puerto de la ciudad etrusca de Caere (la actual Cerveteri), aliada de Roma, fue saqueado por la flota siracusana. De este hecho surgió la teoría de que el ataque galo contra Clusium (Chiusi) no era más que un movimiento patrocinado por Dionisio I, con objeto de debilitar a sus enemigos etruscos, en la que Roma fue una víctima colateral.

Estela funeraria de piedra de la necrópolis de Certosa di Bologna, Bolonia (s. IV a.C.) En la escena inferior se representa la lucha entre un jinete etrusco y un guerrero celta desnudo.

Al jefe de los senones se le denomina Breno, y solo aparece a partir de Tito Livio (no figura en autores anteriores como Polibio y Diodoro de Sicilia), homónimo del caudillo galo que dirigió la «gran expedición», iniciada en la Panonia, que azotó los Balcanes y que en el año 279 a.C. intentó tomar el santuario de Delfos. Por ello, se ha considerado que el Breno de los senones sería un «doble» del que asoló Grecia un siglo después de los acontecimientos que relatamos. Ahora bien, es muy posible que «Breno» no fuera un nombre propio

(que significaría «cuervo») sino un título, el «jefe de guerra». Difícil es conocer la verdad. Como curiosidad, se denomina «escudo de Breno» al ganador del campeonato nacional de rugby francés.

Decadracma de plata de Siracusa de tiempos del tirano Dionisio I (495-367 a.C.), producida en la cúspide del poder y la gloria de Siracusa.

Es en este momento cuando abordamos la controvertida datación de la batalla. En un principio, la fecha tradicional del combate es el año 390 a.C., a partir de la cronología calculada por el famoso erudito Varrón, que defienden autores de época imperial como Tito Livio y Plutarco. Por otro lado, Pablo Orosio y Dionisio de Halicarnaso ofrecen el año 388 a.C., Polibio el año 387 a.C. mientras que Diodoro Sículo el año 386 a.C. Estas dataciones más tardías se basan en el hecho de que Dionisio I sitió la ciudad de Rhegium (Reggio Calabria) en este último año con la ayuda de un contingente de 30.000 mercenarios galos, que había alistado en el recién fundado emporio siracusano de Ancona en el año 387 a.C., que servía como punto de apoyo para controlar el mar Adriático. No sería de extrañar que estos mercenarios, en su descenso a Calabria, sembraran el caos y la destrucción por doquier, entre otros lugares en Roma.

El día concreto de la batalla se conmemoraba el 18 de julio, el Dies Aliensis («el día del Alia»), considerado en el calendario romano de época imperial un dies nefastus («un día desfavorable»), precisamente por la derrota romana. En ese día no era posible realizar acción alguna que no fuera estrictamente necesaria, ni pública ni privada. Una fuente alternativa, Aurelio Víctor, señala que este combate acaeció el 16 de julio.

En realidad, si ya es complicado conocer realmente en qué año aconteció el combate, el día concreto se antoja de especial dificultad. Hay que tener en cuenta que el calendario romano sufrió muchas reformas (no solo la del calendario juliano del año 46 a.C.). Simplemente un dato: el año romano empezaba el 1 de septiembre en el siglo V a.C., el 1 de julio en el siglo IV a.C., el 1 de marzo en el siglo III a.C. hasta el 1 de enero en el siglo II a.C. Por ello, si bien la batalla aconteciera un 18 de julio, es imposible conocer en realidad el equivalente a nuestro calendario actual.

De vuelta a nuestro relato, los senones cruzaron los Apeninos y aparecieron ante Clusium, como por arte de magia, como si se desconociera que las actividades de los galos habían acabado con la floreciente civilización etrusca en el valle del Po. Se desconoce la ruta por dónde los hombres de Breno cruzaron la cadena montañosa. Si Arrunte fuese un personaje histórico, quizás fuera el guía de los senones, en que había habido una confusión de los Apeninos con los Alpes.

Desde un punto de vista hipotético, puede que los senones se reunieran para iniciar su marcha en Rímini, que ya en esta época estaba conectada con Clusio a través del llamado iter arretinum que, al llegar a Arezzo, a través de las marismas, remontaba el valle de Arimno (el actual Marecchia) para encontrarse con el Tíber en la Giogaia de Fumaiolo. Sea como fuere, los relatos ofrecidos tanto por Polibio como por Diodoro Sículo ofrecen rutas alternativas a la anterior. También es posible que los senones avanzaran en diversas columnas, lo que podría explicar las discrepancias existentes entre las diversas narraciones conservadas.

Los habitantes de Clusium, ante la imposibilidad de enfrentarse ellos solos militarmente contra los galos, decidieron solicitar ayuda a Roma, con la que tenían un tratado desde hacía poco tiempo. En

principio, se desconoce la causa por la que existieran relaciones entre Roma y Clusio; sólo puede decirse que Clusium se mantuvo neutral en el enfrentamiento entre los romanos y la ciudad etrusca de Veyes (la antigua Veii), que durante años había monopolizado la política exterior de Roma. Es posible que tras, la caída de Veyes, los habitantes de Clusium decidieran entrar en negociaciones con la nueva potencia de la Italia central. Los romanos habían llevado sus operaciones militares en los años 392 y 391 a.C. tan lejos como el territorio de la etrusca Volsinii (posiblemente la actual Orvieto, no confundir con la Volsinii romana, la actual Bolsena), por lo que es natural que se solicitara asistencia a la potencia ascendente de la Italia central. A destacar que Clusium no pidió ayuda a otras comunidades etruscas, que en un principio formaban una dodecápolis en torno al Fanum Voltumnae, una liga que más bien parece haber tenido tintes más religiosos que políticos.

En este tiempo, Roma estaba en plena expansión. En el año 396 a.C. se habían apoderado de la mencionada Veyes, tras un largo sitio que se dijo que había durado diez años, al igual que la Guerra de Troya. Este éxito militar puso fin a un conflicto que se remonta a los primeros años del siglo V a.C., y dio a Roma la posición dominante en el curso inferior del río Tíber, que le permitió controlar el tráfico de sal que transcurría por la vía Salaria así como los suministros de trigo que descendían por el río. De esta forma, Roma puede desde ese momento participar de una manera activa en el rico comercio existente entre Etruria y Campania, cuyas rutas comerciales antes evitaban Roma. Roma nunca ha sido tan poderosa, desde un punto de vista militar o económico, y parece invencible. Caere, la otra gran ciudad etrusca vecina de Roma, tomó nota de la suerte de Veyes y mantuvo una actitud favorable hacia los romanos, como veremos.

En cualquier caso, los romanos no enviaron un ejército, sino a tres embajadores, los hijos de Marco Fabio Vibulano (cos. 442 a.C.), miembros de la todopoderosa gens patricia de los Fabios, con objeto de invitar a los galos a abandonar el territorio de Clusium. Entablada las negociaciones, de manera previsible, los galos se negaron a retirarse. El enfrentamiento entre ambos bandos estaba servido; ya se habían producido algunos choques esporádicos.

De esta forma, los habitantes de Clusium hicieron una salida contra los galos, que se encontraban en aquel momento forrajeando, con lo que los cogieron de sorpresa. En el encuentro participaron también los Fabios, en contra del ius gentium vigente en el periodo, de tal manera que incluso uno de ellos dio muerte al jefe galo que dirigía la partida, al que desnudó y se llevó sus armas a Clusium como trofeo.

«Entonces, como ya el destino acosaba a la ciudad de Roma, los emisarios, contraviniendo el derecho de gentes, toman las armas. No pudo esto pasar desapercibido, pues delante de las enseñas de los etruscos combatían tres de los más nobles y valientes jóvenes romanos: tanto descollaba el valor de aquellos extranjeros. Es más, Quinto Fabio, saliendo del frente a caballo, dio muerte a un jefe de los galos atravesándole el costado con la lanza cuando se arrojaba osadamente sobre las enseñas mismas de los etruscos; al quitarle los despojos fue reconocido por los galos, y a lo largo de todo el frente se señaló que era un legado romano»

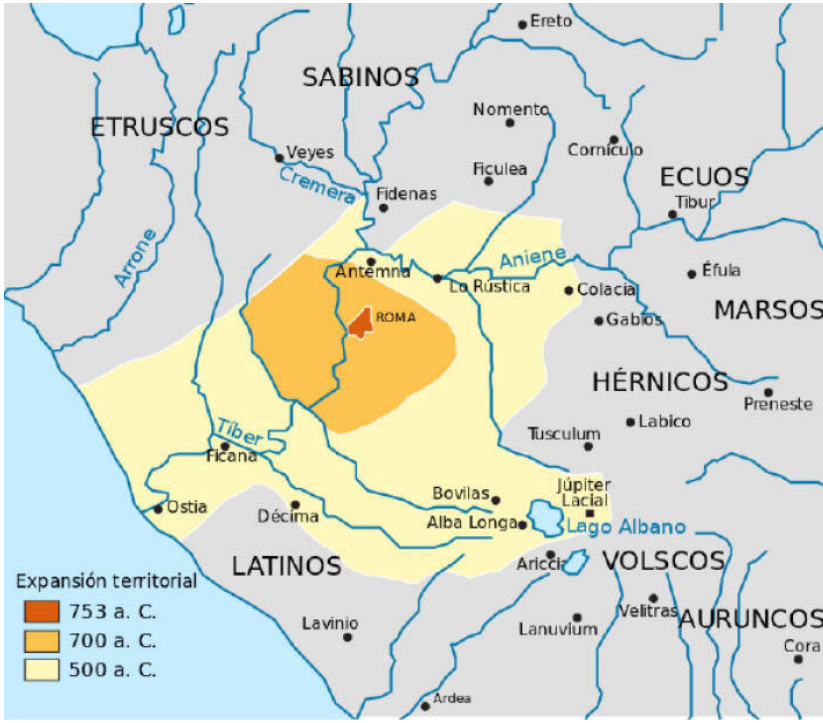
Títo Livio, Historia de Roma desde la fundación de la ciudad, 5, 35, 6-7.

LA CAUSA DEL ATAQUE GALO A ROMA

Ni que decir tiene que esto enfureció sobremanera a Breno, que envió una embajada a Roma para exigir que el responsable fuese entregado y juzgado por sus actos. Los romanos reconocieron que su conciudadano había obrado mal, pero ofrecieron como reparación sólo una compensación económica. No en vano, los Fabios eran una de las familias más ricas y poderosas de la ciudad. Los galos volvieron ante su jefe, no sin saber que, además, los tres hermanos Fabios habían sido elegidos entre los tribunos militares con poder consular (uno de los inventos «fallidos» de la historia de Roma, que en este momento eran los jefes del Estado). No había duda. Era la guerra. No sin sorpresa, Breno levantó el sitio de Clusium y se dirigió con todo su ejército contra Roma, que se encontraba a 130 km de distancia, descendiendo hacia el sur siguiendo la vía Salaria, que bordeaba el río Tíber.

En Roma se desató el pánico. Los tribunos militares decretaron el reclutamiento en masa, mientras se cerraron las puertas de la ciudad y se reforzaron los miradores de las Murallas Servianas. Los romanos tenían un grave problema: el excesivo número de dirigentes, ya que había un total de seis tribunos militares. A ello había que sumar la relajación de la disciplina, cuya represión había ocasionado la caída de más de un dirigente romano. Al final, el tribuno Quinto Sulpicio Longo obtuvo el mando supremo del ejército, que se dirigió en dirección norte para hacer frente a los invasores.

Como ya es costumbre, las fuentes discrepan completamente al cuantificar las fuerzas de sus respectivos ejércitos. En un principio, las cifras se estiman en un máximo de 15.000 hombres para el ejército romano, frente a 30.000 hombres para los galos, pero en la actualidad éstas se consideran muy exageradas. Según el historiador griego Polibio, los latinos aportaron contingentes que habían venido a engrosar el ejército romano, pero según los analistas romanos, Roma fue abandonada a su suerte por sus aliados latinos y hérnicos.



Mapa del territorio de Roma antes de la conquista de Veyes (wikipedia), basado en la obra de T. Cornell y J. Matthews. El río Alia es tan pequeño que no aparece representado.

En cuanto a los romanos, según Plutarco, su contingente era de 40.000 hombres, que casi igualarían el número de sus oponentes, pero con el problema de que la mayoría de ellos no tenía experiencia de combate. Por otro lado, Tito Livio da a entender que eran muy inferiores en número. A su vez, Diodoro Sículo dice que las mejores tropas romanas sumaban 24.000 efectivos y que también figuraban reclutas. Por último, Dionisio de Halicarnaso sugiere que el ejército romano se componía de cuatro legiones de veteranos y un número mayor de reclutas sin experiencia, lo que podría indicar una cifra de 35.000 hombres.

En verdad, los estudios demográficos presentan un escenario diferente. Roma todavía era una ciudad-estado únicamente de importancia regional, y su territorio no se extendía más allá de los 50 km de la ciudad. Roma (el Estado romano) tendría aproximadamente de 25.000 a 50.000 (mejor 40.000) habitantes, con una población en edad militar de 9.000 si se contabilizan a todos los hombres entre 17 y 47 años. Cuando la monarquía romana fue reemplazada por dos pretores ca. el año 500 a.C., la legión real se dividió en dos (una para cada pretor), en que cada legión estaba compuesta por 3.000 hoplitas. Lo mismo ocurriría con los vélites y la caballería, con 1.200 vélites y 300 jinetes para cada legión, que tendría así pues un total de 4.500 hombres, el tamaño normal de una legión republicana hasta el final de la Guerra de los Aliados (91-87 a. C.). Debido a ello, el ejército romano no podía sumar más de 10.000 a 12.000 combatientes en la batalla del Alia. Sea como fuere, Tito Livio afirma que una legión de principios del siglo IV a. C. constaba únicamente de 3.000 soldados de infantería y 300 jinetes, lo que podría explicar la cifra mencionada por Dionisio de Halicarnaso.

De hecho, la realidad es mucho más compleja. Parece ser que todavía en época de la batalla del río Alia no existía un ejército «estatal», sino que los diferentes clanes de los magistrados eran los encargados de suministrar los soldados necesarios para llevar a cabo la contienda, con lo que de facto nos encontramos con un ejército de carácter privado, poco cohesionado, que explica por un lado el protagonismo en exclusiva de la gens Fabia en la batalla del Crémera, vid. infra, y de lo que parece ser el rápido desplome de las fuerzas romanas en la batalla del Alia.

Pero hay un dato más a tener en cuenta. El denominado foedus Cassianum («Tratado de Casio»), establecido ca. el año 493 a.C. entre Roma y las otras ciudades-estado latinas (la Liga Latina), creó una alianza militar indefinida, un pacto mutuo de no agresión y defensa, una especie de OTAN de la época, que los historiadores romanos hicieron prácticamente desaparecer del mapa, con objeto de tener ellos en exclusiva el protagonismo absoluto de la escena político-militar. Parece que la estrategia aliada era determinada por una conferencia anual y que el mando de cualquier fuerza conjunta parece haber sido dirigida en días alternos entre romanos y aliados.

Asimismo, a juzgar por la disposición de que los romanos y los latinos debían compartir el botín en partes iguales, es probable que el tratado requiriera que los latinos contribuyeran aproximadamente con la misma cantidad de tropas a las operaciones conjuntas que Roma. Por tanto, si creemos a Polibio, Roma y sus aliados pudieron poner sobre el campo de batalla una fuerza militar de unos 18.000 soldados, un tamaño enorme para los ejércitos peninsulares de la época.

Ahora bien, el foedus Cassianum fue renovado en el año 359 a.C., y para muchos historiadores ésta es la verdadera fecha en que se concluyó tal pacto. Como puede apreciarse, la historia primitiva de Roma se esconde en las sombras de su propio pasado.

El Foedus Cassianum

«En ese tiempo se hizo un nuevo tratado de paz y amistad, sellado con juramentos, con todas las ciudades latinas, ya que durante la sedición no habían intentado provocar ninguna agitación, se habían alegrado abiertamente con el regreso de los plebeyos y parecían estar dispuestas a colaborar en la guerra contra los rebeldes. El tratado estaba redactado en los siguientes términos: «Haya paz entre los romanos y todas las ciudades latinas mientras el cielo y la tierra estén donde están. Que no peleen entre sí, ni traigan enemigos de otra parte ni proporcionen caminos seguros a los que traigan la guerra. Que se presten ayuda con todas sus fuerzas cuando uno sufra una agresión, y que cada uno reciba una parte igual de los despojos y del botín de las guerras comunes. Que las disputas relativas a contratos privados se resuelvan en un plazo de diez días y en la nación en la que el contrato se haya efectuado. Que no se permita añadir ni suprimir de estos acuerdos nada que no cuente con el beneplácito de los romanos y de todos los latinos». Esto fue lo que acordaron los romanos y los latinos y lo sellaron con juramentos sobre las víctimas de los sacrificios».

Dionisio de Halicarnaso, Antigüedades romanas, 6, 95, 1-3.

Si, como vemos, el cálculo de las fuerzas romanas es altamente hipotético, el de los senones puede rozar el paroxismo. Diodoro Sículo afirma que los celtas, al inicio de la guerra contra Clusium, llevaron a 30.000 guerreros, los más jóvenes de entre su gente (quizás los gesati que menciona Estrabón al narrar esta batalla), y que cuando atacaron Roma marcharon con todos los varones de su gente, alcanzando los 70.000 efectivos. Esta cifra es muy alta para una sola tribu, la que debería haber sido «colosal» para mover tal ejército. A la vez, Tito Livio reconoce que se desconocía si los senones marcharon al sur solos o fueron apoyados por otros grupos galos. Posiblemente los senones formaron el núcleo de los invasores, a los que se habrían unido contingentes de otras tribus.

Más bien, las cifras anteriores son un intento por los historiadores romanos de justificar su derrota en la inferioridad numérica, como ejemplifica el relato de Tito Livio (quien por otro lado no ofrece cifra alguna sobre el tamaño del contingente de los contendientes) la que se debió en verdad a la ineficacia de los comandantes romanos, quienes permitieron a los celtas aproximarse demasiado a la ciudad y reclutando un ejército sin prepararlo adecuadamente, y a que Breno demostró ser un mejor táctico. Se ha calculado que los senones pudieron alinear a unos 12.000 guerreros, siempre y cuando éstos fueran «una tribu populosa».

También el escenario del combate se encuentra en entredicho. En un principio, según Tito Livio y Plutarco, el encuentro entre ambas fuerzas fue a once millas (poco más de 16 kilómetros) de Roma, un poco al norte de Fidenas, cerca del río Alia (actual Fosso Maestro, hoy en día un canal), un pequeño afluente de la margen izquierda del Tíber, en el que desemboca en el Cruce Settebagni. Según Tito Livio, el río Alia fluía entre las antiguas ciudades de Crustumerium (la actual Marcigliana Vecchia, en la época la batalla quizás sólo un montón de ruinas) y Nomentum (no lejos de la actual Mentana), cruzando la vía Salaria en la undécima milla a partir de Roma, descendiendo de los montes Crustuminos (las actuales colinas Marcigliana), de 80 a 120 m sobre el nivel del mar, en un profundo

desfiladero. En el momento de la batalla el río Alia el terreno estaba cubierto por un denso matorral en el lado norte, el ocupado por los galos, y un territorio llano en el lado sur, el ocupado por los romanos. A tenor de la descripción de la batalla, el caudal del curso de agua tenía un régimen torrencial y no se reducía a un mero cauce.

Una voz discordante la representa Diodoro Sículo, que ubica el campo de batalla a 12 km al norte de Roma, pero en la orilla occidental del Tíber. Así que más hacia el río Crémera (antiguamente Cremera, el actual Fosso della Valchetta) que hacia el río Alia. Aquí, efectivamente, Veyes se encuentra a pocos kilómetros del campo de batalla, los Colli di Grottarossa se ubican cerca del hipotético lugar del enfrentamiento, y sabemos por las diferentes narraciones que justo en una colina los romanos habían colocado los contingentes de reserva de su ejército.

Existe un extraño sincronismo entre el Dies Alliensis, día de la batalla del Alia, y el Dies Cremerensis, día de la batalla del Crémera, que también caería el 18 de julio, pero del año 477 a.C., en la que los habitantes de Veyes exterminaron prácticamente a toda la gens Fabia, que había efectuado una incursión contra esta ciudad por cuenta propia. La participación de miembros de esta familia y su importante papel en ambos acontecimientos acaecidos en un mismo día ha hecho pensar que los escritores antiguos confundieron ambos eventos o incluso de un desdoblamiento de ambos combates, con objeto de justificar la ausencia de miembros de la familia de los Fabios en los Fasti durante buena parte del siglo V a.C. Ya el propio Diodoro Sículo pensó que la batalla del Crémera pudiera ser un duplicado mítico de la batalla del Alia. De hecho, para muchos historiadores este combate no es más que un remedo de los espartanos del rey Leónidas I (ca. 489-480 a.C.) en las Termópilas (480 a.C.).

Sea como fuere, no ha de extrañar que miembros de la gens Fabia tuvieran un papel que desempeñar en el desencadenamiento del movimiento de los galos hacia Roma. De hecho, el historiador Quinto Fabio Píctor, quien ayudó a establecer la historia tradicional romana, es miembro de la familia que protagonizó este evento poco glorioso, Si conservó la versión que otorga la responsabilidad a los

Fabios, es ciertamente porque se impuso por la realidad de los hechos tal como son conocidos en su época. Es posible que los Fabios tuvieran importantes intereses en Etruria, por ello su interés y su participación en todos aquellos asuntos que involucrasen a Roma con los etruscos. De ahí que se enviaran a tres hermanos de esta familia a Clusium como embajadores.

LA BATALLA DEL ALIA

Era la primera vez que los romanos se enfrentaban a los galos. Estos últimos, diseminados por todo el campo de batalla, daban la impresión a los romanos de ser mucho más numerosos. Antes del combate, según la costumbre de la época, los celtas entonaban cánticos religiosos invocando a los dioses de la guerra, lo que tuvo el efecto de sembrar el miedo en las filas romanas. Para ello, los galos golpeaban sus armas sobre los escudos, con una apariencia diferente a la que los romanos estaban acostumbrados: pelo largo, torso desnudo y rostro pintado.

Mientras que el ejército celta estaba probablemente bien entrenado y equipado, aunque daba la impresión de avanzar como una banda de merodeadores desorganizados, el romano parecería no ser más que un amontonamiento de hombres sin orden ni concierto. La conducta de los romanos parece presuntuosa y temeraria.

El ejército romano se desplegó de manera amplia, para no ser sobrepasados por los galos, pero para ello tuvieron que debilitar su centro. Dispusieron sus mejores tropas entre el río y unas colinas (la actual área de Marcigliana), que estaban situadas a su derecha, mientras colocaba en éstas a sus soldados más inexpertos, a modo de reserva. Al parecer, el plan romano era que los galos atacasen a toda su línea en el llano, momento en que las reservas atacarían al enemigo por el flanco y la retaguardia.

Para desgracia para los romanos, los galos se habían dado cuenta de sus preparativos. De este modo, enviaron a sus mejores guerreros contra las fuerzas romanas ubicadas en las colinas, puesto que, si ocupaban este objetivo, serían los galos los que podían flanquear a sus enemigos. Dicho y hecho. Los romanos desalojados de las alturas sembraron el pánico en toda o en parte de la línea (según el autor al que se siga en el relato), lo que llevó finalmente la huida de todos los efectivos romanos en un sálvese quien pueda en todas direcciones. Como en todas las batallas antiguas, es en este

momento cuando los galos ocasionaron un mayor número de bajas al enemigo. El desastre fue todavía mayor cuando muchos soldados romanos intentaron cruzar el río y fueron arrastrados por la corriente o por el peso de sus armas, por no decir masacrados en las orillas. Los supervivientes se refugiaron en lo que quedaba de la ciudad de Veyes, situada a más de veinte kilómetros del campo de batalla, a la que fortificaron como pudieron (se ha especulado que pudiera haber sido un movimiento planificado en caso de derrota). Además, no informaron de su situación a las autoridades de Roma, por lo que se les dio como fallecidos. Muy pocos soldados lograron llegar a Roma.

Una visión alternativa la presentan Estrabón y Plutarco, que consideran que Breno tendió una emboscada al ejército romano, tomándolo por sorpresa, atacándolo desde un bosque. La inacción, desidia y/o incapacidad del mando romano hizo el resto.

La batalla fue una catástrofe inconmensurable. Tito Livio justifica la derrota romana por el incumplimiento de los ritos religiosos y de la negligencia del mando, ya que no levantaron un campamento ni tomaron medidas en previsión de una posible derrota.

Cuadro de E. V. Luminais, «Galos a la vista de Roma» (1870). Este artista participó ampliamente en la difusión de la nueva iconografía sobre los galos que transmiten los libros de texto escolares y la

ideología de la Tercera República francesa.

Nuevamente, no hay acuerdo entre los historiadores sobre lo que sucedió después de la batalla. Mientras, según Tito Livio, los galos estaban sorprendidos por la facilidad de la victoria, y, sospechando una celada al encontrar las puertas de Roma abiertas, como les indicaron sus exploradores, esperaron un tiempo prudencial entre Roma y el río Anio (actual Aniene), antes de atacar, En cambio, según Plutarco, la demora en continuar la ofensiva se debió a las celebraciones y al reparto del botín por parte de los vencedores. Ambas tradiciones no son incompatibles. Tres días después de la batalla, los galos invadieron Roma.

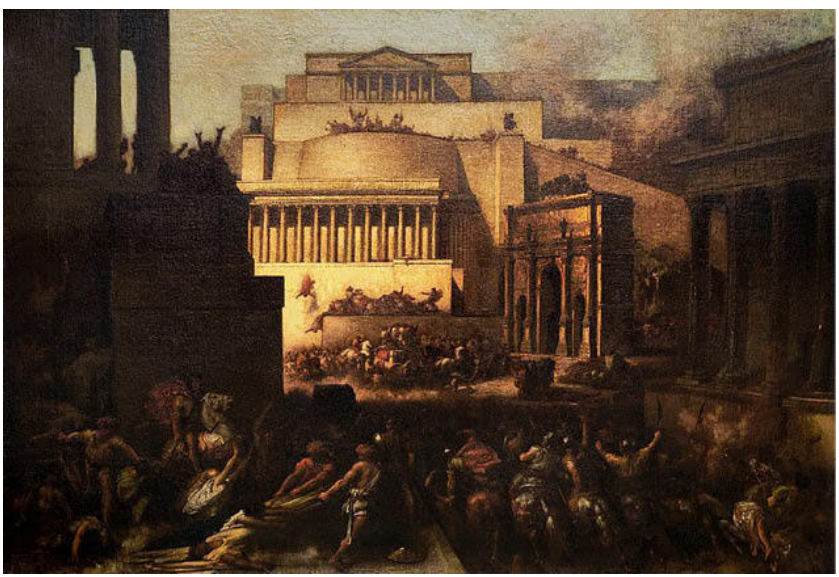
EL ASEDIO DE ROMA

La derrota sin duda tomó por sorpresa a los romanos de aquel tiempo, ya que se produjo en un momento en que Roma había ganado poder y prestigio tras la caída de Veyes. Según Tito Livio, ante el desastre del río Alia, al darse cuenta de que la situación se había vuelto desesperada, los romanos abandonaron toda idea de defender Roma. Posiblemente, debido a que no había hombres suficientes para proteger las murallas, era inútil tomar ciertas medidas, como la de cerrar las puertas, como recuerda Tito Livio.

Una de las primeras medidas tomadas por las autoridades romanas fue asegurar los objetos más sagrados de la ciudad, confiados a las vestales y al flamen (se desconoce si al de Quirino o al de Júpiter). En este momento se produce el episodio protagonizado por un plebeyo de nombre Lucio Albino, que ayudó al transporte de los objetos sagrados a la cercana ciudad etrusca de Caere. Esto sugiere que entre ambas comunidades ya se había establecido una especial relación. Si bien Albino parece haber sido un personaje histórico, vid. infra, el envío de objetos sagrados tal como lo presentan los autores antiguos podría ser una invención que permitiera asegurar «la continuidad del culto nacional».

Todos los hombres en edad militar (militares iuuentus) así como los senadores en la flor de la vida, acompañados de sus mujeres e hijos, se refugiaron en la ciudadela del Arx y en el Capitolio, posiciones fortificadas más fáciles de defender, en la que se acumularon grano, víveres y armas. Desprovistos de máquinas de asedio, los galos sitiaron el Capitolio y rápidamente se dedicaron a saquear el resto de la ciudad. El ínterin entre la celebración de la batalla y la entrada de los galos en la ciudad fue aprovechado por la mayoría de habitantes de Roma para abandonar la ciudad y huir al campo circundante o a las comunidades vecinas. Este detalle recuerda a las secesiones plebeyas acontecidas durante el transcurso del siglo V a.C. y es otro signo de la fácil movilidad de la plebe y de las élites en este periodo.

En un principio, los galos se quedaron atónitos ante la situación, como lo demuestra el episodio de los patricios romanos que se sentaron en silencio y de forma hierática en el Foro y fueron confundidos por los galos con seres sobrenaturales, por su majestad y por sus vestimentas, hasta que uno de los bárbaros intentó arrancar la barba a uno de ellos, Marco Papirio, quien reaccionó golpeándolo con el bastón de marfil, iniciándose así una carnicería sobre estos personajes. Aquí posiblemente nos encontremos ante una devotio, una forma extrema de votum, por la que los magistrados más antiguos de la ciudad (seniores) sacrificasen su vida con objeto de consagrar al enemigo (esperando su completa derrota) a los dioses infernales, permaneciendo en sus casas alrededor del Foro a la espera de ser muertos por los asaltantes galos.



Cuadro de F.-N. Chifflart, «El saqueo de Roma por los galos» (1863) Aquí se nos presenta una Roma imperial, muy diferente de la realidad.

Según Tito Livio y Plutarco, tras una larga ocupación de siete

meses, la ciudad de Roma fue completamente saqueada, destruida e incendiada, a excepción de la colina Capitolina. A su vez, los (pocos) habitantes que quedaron en Roma fueron asesinados. Entre los diversos edificios afectados se encontraría el archivo estatal, por lo que todos los eventos previos a la batalla son en gran parte legendarios y difíciles de reconstruir. Pero existen pruebas de la conservación de documentos anteriores a esta catástrofe.

Una destrucción de tal envergadura debería haber dejado más huellas en monumentos de la época como el Foro o los templos de la zona de Sant'Omobono. De hecho, la capa de destrucción arqueológica que se había relacionado con este evento ahora se ha fechado a finales del siglo VI a.C., con nuevas pruebas de un incendio generalizado en las excavaciones en el Foro de Julio César y al pie del Capitolio. En este sentido, Tito Livio nos habla de que la ciudad fue reconstruida de manera apresurada, lo que dio como resultado una desorganización total de las calles, que podía contemplarse todavía en su tiempo. Más bien, es más probable que el trazado no planificado de las calles sea el resultado de un crecimiento orgánico que de una reconstrucción única. Parece más lógico que los galos causaran una destrucción localizada, por ejemplo, provocando incendios que afectaron principalmente a las viviendas de madera. Habrían saqueado los templos de sus objetos de valor para acumular botín pero no habrían destruido los monumentos.

A partir de aquí ya la leyenda parece haber tomando completamente las riendas del relato, con el historiador Tito Livio a la cabeza, ya que desde este momento la tradición analística romana se reivindica a sí misma.

Los galos decidieron dividir su ejército, dejando una parte para sitiar a los romanos y enviando al resto en pequeños grupos a saquear los campos alrededor de Roma. La partida principal de estos merodeadores llegó a las cercanías de Ardea (que mantiene en la actualidad el mismo nombre), lo que puso a los habitantes de esta ciudad en alerta. Aquí se encontraba Marco Furio Camilo (trib. mil. I 401 a.C.), el mejor general romano de la época, el conquistador de Veyes, que casualmente había sido exiliado el año anterior a la batalla de Alia por malversación de parte del botín

tomado en Veyes, por lo que no participó en la derrota.

Ante la situación, Camilo se ofreció a las autoridades de Ardea a ponerse al frente de sus soldados, lo que le fue concedido de inmediato. Fue todo un acierto. Camilo esperó a que los galos acamparan en una llanura cercana, cargados de botín, sin poner vigilancia alguna y dedicándose a la bebida, y ya entrada la noche decidió atacar, con total sorpresa, eliminando al enemigo por completo.

Por otra parte, partidas de etruscos, aprovechando la situación caótica, decidieron saquear el área septentrional del territorio romano. Los soldados que se habían refugiado en Veyes eliminaron al menos a dos de estos grupos, liberando a los prisioneros y recuperando el botín que los etruscos habían conseguido. Como no podía ser de otra manera, Camilo fue reconocido como jefe de las fuerzas romanas en Veyes.

Para legalizar su situación, se envió a un mensajero, de nombre Cominio Poncio, que pudo burlar el cerco montado por los galos, y llegó al Capitolio, en donde los magistrados nombraron a Camilo dictador (por segunda vez en su carrera). De esta forma, Camilo se encontró al mando de las fuerzas romanas establecidas en Ardea y Veyes, que se dice que sumaban al menos 20.000 hombres. El nuevo dictador se dirigió a Veyes con objeto de unificar sus dos cuerpos de ejército.

Mientras, los galos descubrieron las huellas de Cominio y decidieron seguirlas para asaltar la ciudadela al amparo de la noche. Al parecer, los centinelas se encontraban dormidos. El desastre parecía de nuevo inevitable, pero la alarma fue dada por los gansos sagrados del templo de Juno, cuyos graznidos habrían llamado la atención de Marco Manlio Capitolino (cos. 392 a.C.). Este último evitó que los atacantes se afianzasen en la cima de la colina, por lo que fue recompensado. En cambio, hubo duros castigos contra aquellos que debían haberse mantenido despiertos. Irónicamente, poco tiempo después, en el año 384 a.C., Manlio sería ejecutado arrojándole desde la misma roca de la que expulsó (supuestamente) de manera heroica a los galos, en otro pulso entre patricios y plebeyos, que había resurgido tras el desastre del Alia, del tal modo incluso que se sugirió trasladar la ciudad a Veyes.

Pero existen narraciones de que también el Capitolio cayó ante los invasores. Un dato: la construcción del templo de Juno se decidió en el año 345 a.C., cuando Lucio Furio Camilo (cos. 349 a.C.) era dictador y su magister equitum era Cneo Manlio Capitolino (cos. I 359 a.C.), por lo que difícilmente sus gansos sagrados pudieran tener papel alguno en estos eventos. Como puede apreciarse, ambos son casi homónimos de los héroes romanos que salvaron, según la tradición, la ciudad de Roma de los galos. Muy posiblemente los nombres de ambos se habían conservado en una inscripción relacionada con el templo, y la tradición popular posterior podría haber interpretado erróneamente que se trataba de una referencia al gran Camilo y al infame Manlio, por lo que se les vinculó a los hechos ocurridos durante la invasión gala.

Lo mismo parece acontecer con la siguiente anécdota. Durante el asedio, el joven pontífice Cayo Fabio Dorsuo también destacó por no dudar en salir del refugio del Capitolio, cruzar las líneas enemigas y llegar al Quirinal para celebrar allí una ceremonia familiar. Los galos, desconcertados por este acto de valentía y piedad, le habrían dejado pasar.

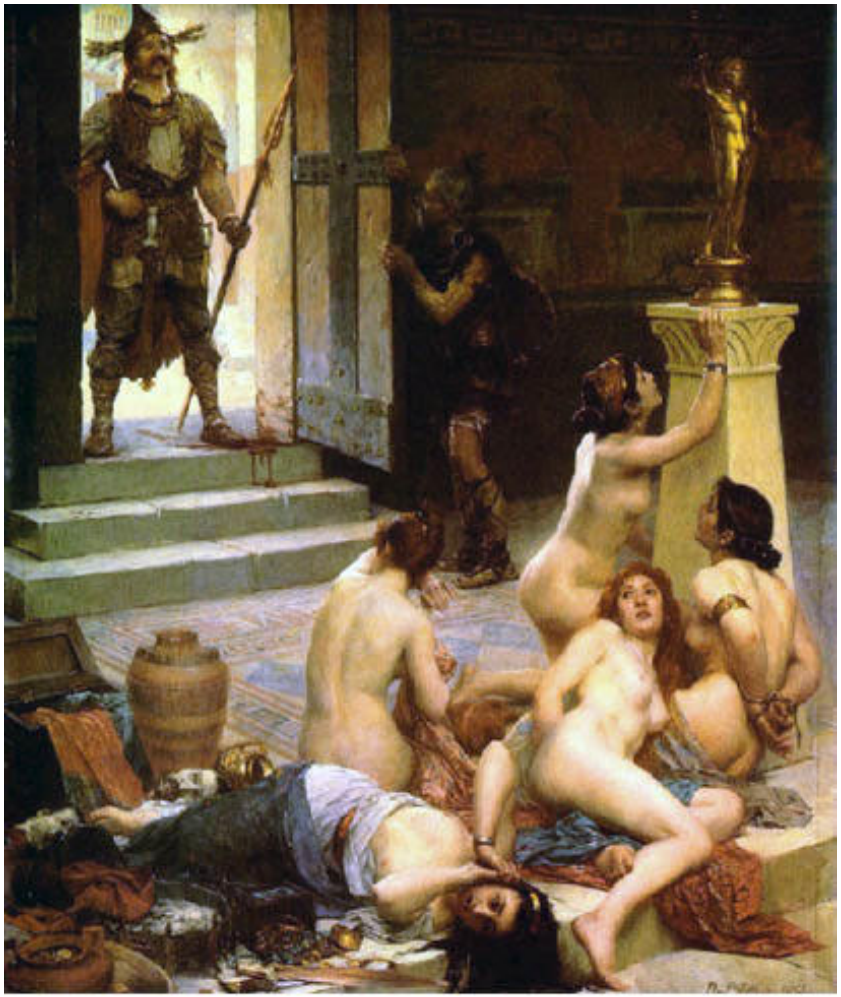
Los cónsules del año 345 a.C. eran Marco Fabio Dorsuo y Servio Sulpicio Camerino. El primero recuerda evidentemente al pontífice que arriesgó su vida por celebrar los ritos religiosos correspondientes. El segundo a Quinto Sulpicio Longo, el comandante de las fuerzas romanas en la batalla de Alia.

Como puede observarse, ciertos acontecimientos de la historia romana fueron reinterpretados para dar una imagen más positiva de un hecho luctuoso de su pasado. Figuras como Manlio y Fabio Dorsuo fueron utilizados por los autores antiguos para involucrar a los dioses en el conflicto, y demostrar claramente que ofrecen sus favores a los romanos. Otros elementos que figuran en la tradición pueden explicarse del mismo modo, como el sacrificio del perro en el Capitolio, que fue probablemente un ritual religioso primitivo cuyo significado original había sido olvidado hacia el siglo II a.C., y para el cual se inventó una etiología histórica; su origen itálico primitivo lo sugiere un rito similar conocido de la ciudad umbra de Iguvio (la actual Gubbio).

De vuelta a nuestro relato, mientras Camilo preparaba las

necesarias operaciones bélicas, Roma se encontraba duramente azotada por el hambre. Tras siete meses de asedio (o según otras fuentes, un año) del Capitolio, se llegó a un acuerdo entre ambas partes. Según el historiador griego Polibio, fueron los galos quienes negociaron el levantamiento del sitio porque los vénetos invadieron sus tierras de origen en la Galia Cisalpina. Para Tito Livio, fue una epidemia de peste lo que obligó a los galos a interrumpir el asedio y retirarse de Roma.

Los propios galos parecen haber sido una banda de mercenarios muy móviles, que probablemente solo estaban interesados en obtener botín. El hecho de que pudieran ser comprados demuestra que no tenían como objetivo establecerse en territorio romano y, según Justino, luego se aliaron con Dionisio I de Siracusa después del saqueo.



Cuadro de P. Jamin, «Breno y su parte del botín» (1893). Representación decimonónica de un pintor especialista en la historia antigua, del saqueo de la ciudad de Roma por los senones de Breno.

Sea como fuere, después de varias negociaciones, Sulpicio Longo y el líder de los galos, Breno, llegaron a un acuerdo, según el cual los galos se irían sin causar más destrucción a cambio de un rescate

equivalente a 1.000 libras de oro puro. El carácter ignominioso de este episodio queda en parte mitigado en la narración tradicional por la actitud codiciosa y provocadora que los historiadores antiguos atribuyeron a los galos y a su jefe Breno. Al pesar el rescate, los galos habrían utilizado pesos amañados. A las protestas romanas, se dice que Breno respondió de forma elocuente agregando su espada a los pesos incriminados, ¡justificando el derecho de los vencedores con la famosa frase Vae victis! («¡Ay de los vencidos!»). Las matronas se vieron obligadas a sacrificar sus joyas para pagar el rescate, gesto que les otorgará la autorización para utilizar el carro pesado (pilentum) con motivo de las fiestas.

LA DERROTA DE LOS GALOS

Pero, justo en el momento del pago, hizo su aparición ante las puertas de Roma Camilo con su ejército, que ha sido comparado por un investigador como la llegada de la caballería estadounidense al rescate de los protagonistas de una película de Hollywood. Camilo, con lo mejor de sus soldados, se dirigió al lugar donde se estaba efectuando la transacción y ordenó cancelar el acuerdo, pronunciando las siguientes palabras: «Es con el hierro, no con el oro, como se libera la patria». A partir de este punto, las fuentes romanas discrepan en los detalles, pero en lo fundamental Camilo derrotó a los galos en una o dos batallas campales según los autores (la segunda a lo largo de la vía Gabinia, a 12 km de Roma), siendo éstos masacrados por completo, con la recuperación del botín del que se habían apoderado (aunque Estrabón atribuye esta gesta a los habitantes de Caere, que recuperaron el oro pagado a Breno cuando volvían de Yapigia, lo que entra en flagrante contradicción con la versión favorable a Camilo). Tras la victoria, Camilo entró en la ciudad en triunfo, saludado por sus conciudadanos como alter Romulus («el otro Rómulo»), pater patriae («padre de la patria») y conditor alter urbis («segundo fundador de la ciudad»). Esta solución no puede ser más chauvinista, y no es más que una creación de los analistas del siglo I a.C. (el analista Quinto Claudio Quadrigario parece ya mencionar esta historia).

Toda esta tradición se basa en las dos únicas fuentes que tenemos para la vida de Camilo, Tito Livio y Plutarco, y así se ha venido considerando a lo largo de la historia. La investigación actual considera que el relato de la derrota de los galos por Camilo es probablemente una invención posterior de la historiografía romana para dejar a salvo el orgullo de Roma y que el ejército que los derrotó (si realmente tal cosa sucedió) probablemente fue etrusco (según Diodoro Sículo) y no romano.

De hecho, Polibio y Diodoro Sículo no mencionan en absoluto las victorias de Camilo. Por ello, muy posiblemente el gran héroe

romano (el personaje más importante de los diez primeros libros de Tito Livio) debió perecer durante los eventos que hemos descrito, aunque, evidentemente, no existe seguridad alguna de ello. Su conveniente exilio en Ardea no serviría más que para blanquear su más que posible responsabilidad en el desastre romano del Alia.

Sea como fuere, el pago efectuado a los galos por parte de los romanos se considera un hecho histórico, aunque más bien se ha de considerar que en realidad se trata del botín que éstos consiguieron en sus andanzas por el territorio romano. En cualquier caso, los romanos aprendieron una valiosa lección en este episodio: debían ser los vencedores y no los vencidos.

Un dato muy interesante es ofrecido por Plutarco, quien escribió que el filósofo Aristóteles señaló que Roma fue salvada por «un tal Lucio». Para algunos, este personaje sería Lucio Albino, quien transportó a las Vírgenes Vestales a Caere. El papel de Caere en estos acontecimientos no está claro, y puede ser que haya jugado un papel más importante que el registrado en la tradición romana, como lo prueba que recuperaran el oro que habían pagado los romanos. Para mayor confusión, Suetonio relata que los Livios Drusos conservaban una tradición de que uno de sus miembros había recuperado el botín tomado por los senones durante el transcurso de la conquista de la Galia Cisalpina (siglo III a.C.).

El saqueo galo supuso una humillación para Roma y puso en marcha una serie de guerras contra los pueblos cercanos, que vieron la ocasión de socavar el poder romano. Inmediatamente después del saqueo hubo ataques de los volscos y las ciudades-estado etruscas meridionales. Roma respondió de una manera agresiva. Esta política llevó a la ruptura de sus alianzas con la Liga Latina y los hérnicos y a rebeliones de varias ciudades latinas (Lanuvium [lugar no identificado, en las cercanías de Pomezia], Praeneste [Palestrina], Tusculum [Túsculo]). Asimismo, tuvo que hacer frente a nuevos ataques galos (que se instalaron durante un tiempo en los Montes Albanos). Externamente, según Polibio, los romanos tardaron treinta años en recuperar la posición hegemónica en el Lacio que les había conferido la captura de Veyes en el año 396 a.C.

Causa cierta perplejidad cómo Roma fue capaz de reconstituirse tras la captura de la ciudad y la dispersión de la población,

especialmente si la ocupación duró tanto como alegan las fuentes. La movilidad de la población parece ser parte de su fuerza, y el restablecimiento de la ciudad un testimonio del atractivo natural del sitio donde estaba ubicada.

La recuperación de Roma se vio favorecida por la consolidación del territorio recién conquistado de Veyes al otorgar a sus habitantes la ciudadanía sin derecho a voto y por el fortalecimiento de la alianza con Caere, que había ayudado a Roma durante el saqueo de los galos. En el año 381 a.C. Tusculum fue incorporada al estado romano, lo que presagiaba cuál iba a ser el futuro del resto del Lacio. Asimismo, Roma se embarcó en un renovado programa colonial, a lo que hay que añadir que los intereses romanos en el Mediterráneo occidental quedan confirmados por el segundo tratado entre Roma y Cartago (348 a.C.).

Las instituciones romanas se vieron reforzadas, como puede observarse en la reinvención del consulado en el año 376/367 a.C. y el final del conflicto patricio-plebeyo (leges Liciniae-Sextiae), en la creación de cuatro nuevas tribus (con lo que se alcanzaba la cifra de veinticinco), a la vez que para inicios de la segunda mitad del siglo IV a.C. ya existe un «ejército estatal» romano.

Unos años después del saqueo, en el año 378 a.C., Roma comenzó a construir nuevas murallas utilizando sillería de una cantera en el territorio de Veyes. Fue una gran empresa ya que el muro tenía 11 km de largo (7 metros de alto y 3,70 de ancho). Se cercó un área de alrededor de 427 ha, aún considerablemente más grande que cualquier ciudad vecina comparable, unos dos siglos después de su construcción. El muro original había sido construido en toba capelaccio, la piedra local, que era de bastante mala calidad, porque es una piedra bastante friable. El muro fue reconstruido con un tipo de toba amarilla, llamada Grotta Oscura (por su cantera principal), que era de mucha mejor calidad. El uso de un nuevo tipo de piedra sugiere que se trataba de una renovación del circuito anterior, no una primera construcción, como han sugerido muchos estudiosos modernos.

La noticia de la toma de Roma por los galos se difundió rápidamente por todo el mundo griego, transmitida por autores contemporáneos como Teopompo de Quíos o Heráclides del Ponto,

un filósofo de Atenas, que denominó a Roma como una «ciudad griega». Incluso, algunas comunidades griegas como Marsella ofrecieron ayuda financiera para compensar el rescate tomado por los galos.

Roma entra en la Historia griega

«Conseguida la paz y consolidada la seguridad, cuando unos embajadores de los marselleses volvían de Delfos, adonde habían sido enviados a llevar presentes a Apolo, se enteraron de que los galos habían tomado e incendiado la ciudad de Roma. Los marselleses siguieron el anuncio de este hecho en su patria con público duelo y reunieron el oro y la plata público y privado, para completar la suma para los galos, a quienes sabían que los romanos habían comprado la paz. Por este servicio se decretó para ellos la inmunidad, se les asignó un sitio entre los senadores para contemplar los espectáculos y se selló con ellos un pacto en condiciones de igualdad»

Justino 43, 5, 8.

La suerte corrida por los romanos, víctimas de un saqueo galo, los acercó a los griegos, cuyo santuario de Delfos también fue saqueado por los galos en el año 278 a.C. Las incursiones celtas originaron que los mundos romano y griego encontrasen un enemigo común que definía la barbarie en contraste con el mundo civilizado que representaban y defendían romanos y griegos.

CONCLUSIÓN

El saqueo galo provocó un miedo profundo y duradero a éstos en Roma (metus gallicus). Su impacto es evidente por el duro trato que Roma dio a los galos del norte de Italia, que comenzó con la expulsión de los senones del Ager Gallicus en el año 284 a.C. En los años 228, 216 y 114 a.C., el temor a un ataque de los galos llevó a los romanos a realizar sacrificios humanos enterrando vivos a un par de galos y un par de griegos, aunque el sacrificio humano no era una costumbre romana. Presumiblemente, se hizo para evitar el peligro de otro desastre contra el enemigo secular.

Incluso, hubo un término especial para una leva en caso de una invasión gala, tumultus gallicus, cuando los sacerdotes podían ser llamados al servicio militar, y todos los aliados estaban obligados a enviar todas sus fuerzas en ayuda de Roma. Se sabe que esto sucedió en el año 225 a.C., cuando otra enorme fuerza gala invadió el centro de Italia con la supuesta intención de destruir Roma, pero que fue duramente derrotada en la batalla de Telamon (Talamone) (224 a.C.).

II

Hannibal ad portas! La Segunda Guerra Púnica. (218-201 a.C.)

Julio Rodríguez González

INTRODUCCIÓN

Roma, durante su camino a convertirse en una superpotencia mundial y una vez conseguido ese objetivo, en varias ocasiones se vio al borde del abismo ante enemigos externos y frente a sus propias contradicciones internas. A finales del siglo III a.C. tuvo lugar una de esas ocasiones, cuando existía para ella una gran rival, Cartago (Kart-Hadasht, en su idioma, hoy ruinas a unos 20 km al noreste de la ciudad de Túnez), antigua colonia fenicia en el norte de África que aspiraba a dominar el mismo ámbito territorial que Roma ambicionaba entonces: el Mediterráneo occidental. La figura clave de toda la historia cartaginesa vivió y actuó en esos años y así Aníbal Barca se convirtió en el terror y la obsesión de los romanos y a punto estuvo de llevar a la ciudad itálica a su desaparición, al menos como gran potencia. Roma y Cartago «se conocían» al menos desde el siglo VI a.C., pero su enfrentamiento militar había comenzado en 264 a.C., con la llamada Primera Guerra Púnica (de poenicus, fenicio en latín), contienda que llevó a ambas potencias al límite de sus capacidades no solo militares, sino también políticas, sociales y económicas, resultando Roma la de mayor aguante y, por lo tanto, la vencedora del conflicto en 241 a.C. De esta victoria y sus consecuencias obtendría la ciudad itálica la anexión de sus dos primeras provincias, Sicilia y poco después Sardinia y Corsica (Cerdeña, Italia, y Córcega, Francia, que formaron una sola provincia). La pérdida de dichas importantes (sobre todo económicamente) posesiones llevó a Cartago a fijarse, para resarcirse, en Iberia (nombre entonces de la actual península ibérica), cuyas riquezas mineras y su potencial reserva de mercenarios podían ayudar a los cartagineses a recuperarse e intentar la revancha. Una familia aristocrática cartaginesa, los Barca, lideró el proceso, primero Amílcar, un veterano de los últimos compases de la Primera Guerra Púnica, que ejerció el mando en Iberia entre 237 y 226 a.C., sucedido en el mismo por su yerno Asdrúbal. A la muerte de éste en 221 a.C. tomó el mando quien se convertiría en la gran figura del segundo enfrentamiento contra Roma: Aníbal, hijo y cuñado respectivo de los anteriores.

Bajo su dirección y con el apoyo de las autoridades de su patria, durante dos años el caudillo cartaginés hizo todos los preparativos necesarios en Iberia y cuando se vio dispuesto puso en marcha la provocación que sabía que a Roma le iba a ser muy difícil obviar: Saguntum.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Las fuentes históricas en las que se basa el conocimiento de esta guerra son todas romanas (los vencedores, a la postre), aunque algunas escritas en griego, y son fundamentalmente las obras de Tito Livio, Polibio, Dión Casio, Dionisio de Halicarnaso, Apiano, Cornelio Nepote, Frontino, Ampelio, Memnón, Silio Itálico, Plutarco, Orosio, Eutropio, Floro, Zósimo, Jordanes, Zonaras... Además, esta guerra es el conflicto antiguo que más repercusión ha tenido en la historiografía posterior y son, literalmente, miles las monografías y artículos generados por esta conflagración, sus causas y sus consecuencias. En ellas se resaltan, por supuesto, las principales batallas (las clásicas de Ticinus, Trebia, Trasimenus, Cannae y Zama [cfr. infra para todas ellas]), las más importantes de los no menos de 197 choques armados documentados, que tampoco quedan en el olvido de los autores, antiguos y modernos.

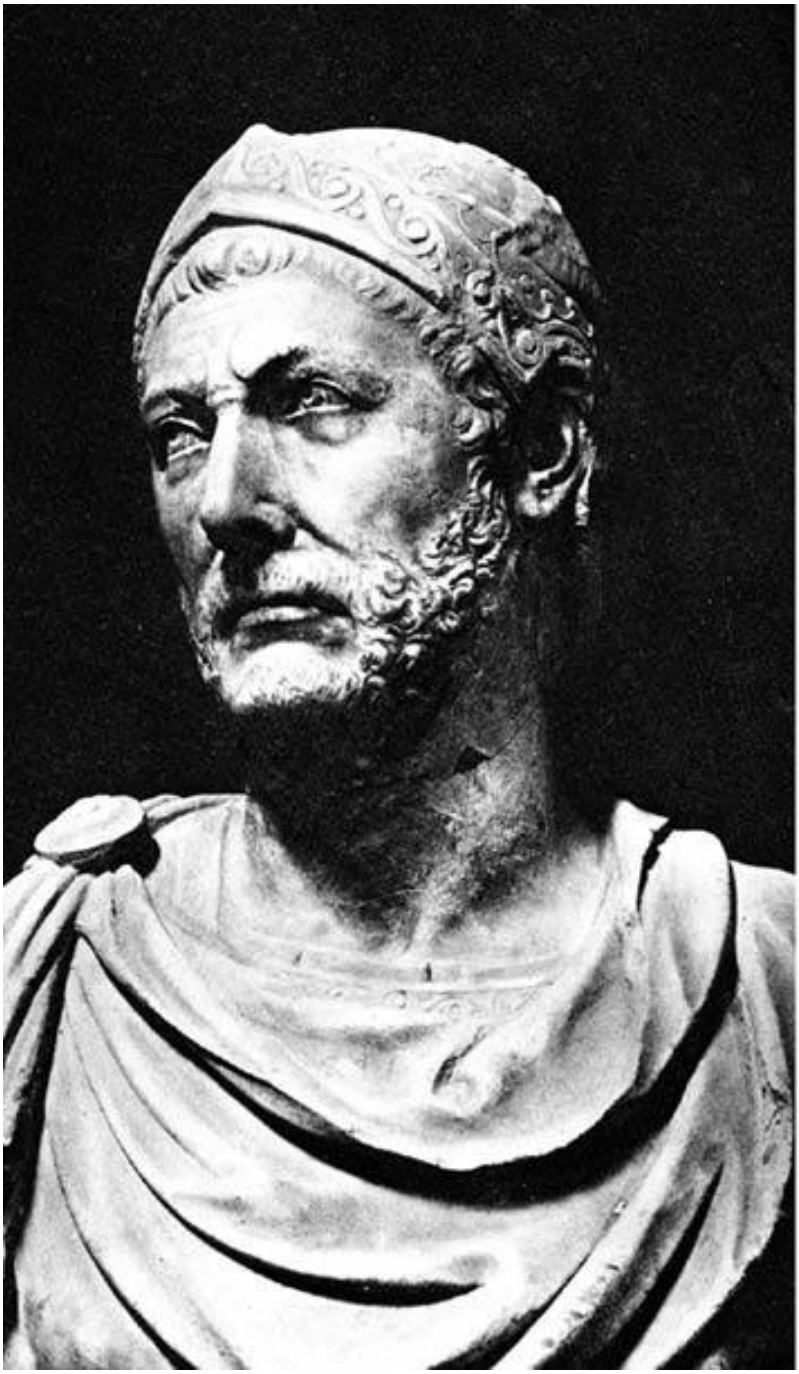
Los teatros de operaciones de la Segunda Guerra Púnica, centrados

en el oeste del Mediterráneo (Fuente: Wikimedia Commons).

EL COMIENZO DE LA GUERRA

Saguntum (la actual Sagunto, España) era un antiguo asentamiento ibérico llamado Arse junto al que el que comerciantes griegos procedentes, según la tradición, de la polis griega de Zakynthos (Zante, en la isla de Zacinto, Grecia) (de donde provendría el nombre de Saguntum) se habían instalado y construido un puerto para facilitar sus actividades profesionales. La ciudad estaba al sur del río Hiberus (el Ebro), límite fijado por el tratado establecido entre Roma y Cartago en 226 a.C. que definía las zonas de influencia de los romanos (al norte del río) y de los cartagineses (al sur). El problema estaba en que Saguntum tenía firmado un tratado (foedus) con Roma, que hacía de los saguntinos aliados (socii) de la poderosa ciudad itálica. Aníbal sabía que la arrogancia romana sería incapaz de no responder a una provocación tan clara y, con su ejército (unos 50.000 hombres, cartagineses y mercenarios de diversas procedencias, entre los que destacaban los númidas del norte de África y los muchos reclutados en la propia Iberia), en la primavera de 219 a.C. puso asedio a la ciudad con el pretexto de los incidentes que los saguntinos habían tenido con las tribus vecinas, que habrían solicitado la intervención cartaginesa. A su vez, Saguntum (de la que no sabemos con qué efectivo contaba para la defensa), pedía auxilio a su aliada (que nunca se lo envió, aunque mandó una embajada que Aníbal no quiso recibir). Tras una tenaz resistencia de ocho meses por parte de los arsetanos (la población ibérica de Saguntum; a los griegos les daba igual), centrada en la ciudadela de la localidad, en el curso de duros combates que incluso comportaron que Aníbal resultara herido (alcanzado en un muslo por un soliferreum [jabalina de hierro]) y que incluyeron un amplio uso de máquinas de asalto, la ciudad resultó tomada y saqueada, aunque hay que desechar la idea, meramente propagandística, de que fuera arrasada y no sobreviviera nadie. Conseguido el doble objetivo de Aníbal de eliminar un posible incordio dejado a retaguardia (en el posterior avance hacia Italia) y de provocar a Roma, el caudillo cartaginés se retiró a invernar y a preparar las operaciones del año siguiente a la principal base cartaginesa de Iberia, llamada, como su metrópoli, Kart-Hadasht (Cartagena, España, a la que los romanos llamarían Carthago

Nova). Entretanto, Roma envió una nueva embajada, esta vez a la propia Cartago, para hacer oficial la declaración de guerra.



Busto en mármol de Aníbal Barca (autor anónimo). El caudillo cartaginés fue el indiscutible protagonista principal de la Segunda Guerra Púnica (Fuente: Wikimedia Commons).

En la primavera de 218 a.C. Aníbal partió desde la Kart-Hadasht peninsular y, siguiendo la costa, concentró sus fuerzas en la orilla sur del Hiberus. Había reforzado mucho sus tropas con los refuerzos llegados desde su patria y con nuevos alistamientos de mercenarios, sobre todo procedentes de las diferentes tribus ibéricas y celtibéricas de la península. Contaba en total 90.000 infantes, 12.000 jinetes y 37 elefantes. Ya que la flota romana dominaba el Mediterráneo occidental y la escuadra cartaginesa nunca había vuelto a ser lo que fue durante la Primera Guerra Púnica, el plan de Aníbal era llevar por tierra hasta Italia una fuerza de combate lo más numerosa posible (pues el cartaginés no debía ignorar que se producirían bajas significativas entre sus hombres durante el camino) y, una vez allí, reforzarla con contingentes provenientes de los numerosos pueblos recientemente sojuzgados por Roma y que estaban deseando una oportunidad para sacudirse la dominación romana, apoyados en una fuerza (la cartaginesa) que les diera una opción real de vencer. Sin embargo, para presentarse allá había que atravesar grandes obstáculos naturales y afrontar a tribus potencialmente hostiles, y todo ello antes de la llegada del invierno.

El ejército de Aníbal

Las tropas del ejército de Aníbal formaban un heterogéneo conjunto de guerreros, con armamento y tácticas diferentes, a los que solo el general al mando podía coordinar para que actuaran como una máquina de guerra eficaz. El núcleo (que no la mayoría) estaba formado por los propios cartagineses y los llamados libio-fenicios, producto de la mezcla de los cartagineses con las poblaciones del entorno de su ciudad. Esta gente integraba una parte de la caballería y de la infantería, utilizando ésta las tácticas de la falange

macedónica. Luego estaba el grueso del ejército, los mercenarios. Entre ellos estaban los númidas norteafricanos, que formaban una excelente caballería ligera, cabalgando sin bridas, sin bocado y sin silla de montar, armados de escudo y venablos. Por su parte, los hispanos (básicamente procedentes de tribus ibéricas, celtibéricas y baleáricas [los famosos honderos]) eran relativamente pocos pero de gran calidad militar. Combatían como infantería (con escudo grande y armados con jabalinas de hierro, espadas cortas y la famosa espada ibérica, la falcata) y caballería (que muy habitualmente desmontaba para luchar a pie). Luego estaban los celtas, mayoría en el ejército de Aníbal desde que éste se presentó en Italia, que también se organizaban en unidades de infantería (con escudos, espadas largas, casco y, muy habitualmente, luchando desnudos) y caballería (con silla de montar y armados los jinetes con lanzas, espadas y grandes escudos). Por último estaban los famosos elefantes, extraídos de una raza de pequeña alzada del norte de África, hoy extinguida, que se usaban como fuerza de choque.

Todo estaba, pues, preparado, y Aníbal y sus tropas cruzaron el Hiberus probablemente a principios de junio. El primer objetivo era llegar a los Pirineos (Pyrenaei iuga), pero esas primeras decenas de kilómetros estaban llenas de tribus ibéricas que no iban a dejar pasar fácilmente a los «cartagineses» (las comillas vienen dadas por la heterogénea composición étnica de dichas tropas). Además, las colonias griegas de la costa, como Emporion (Ampurias) o Rhodos (Rosas), generalmente favorables a Roma, podían influir en que su resistencia fuera más intensa. Varias semanas le llevó a Aníbal alcanzar los Pirineos, pues sus tropas hubieron de librar duros combates contra los guerreros de pueblos como los ilergetes, lacetanos y diversas tribus pirenaicas, pero la superior táctica militar del cartaginés acabó por imponerse y, probablemente a finales de julio, toda la zona estaba bajo el dominio púnico. Aníbal, consciente de que no podía descuidar la que iba a ser su retaguardia, licenció a 10.000 de sus hombres que mostraban poco espíritu combativo, se quedó con 50.000 infantes, 9.000 jinetes y todos los elefantes y emprendió el camino por el sur de la Galia, no

sin antes dividir el resto de sus hombres en dos contingentes, uno al mando de su hermano Asdrúbal (20.000 de a pie y entre 1.000 y 2.000 de a caballo), para proteger los dominios cartagineses al sur del Hiberus, y otro a las órdenes del general Hannón (10.000 infantes y 1.000 jinetes), controlando los nuevos dominios entre el Hiberus y los Pirineos.

Así, Aníbal avanzó por la costa surgálica en dirección a Massalia (Massilia la llamaban los romanos, hoy Marsella, Francia) antigua colonia griega aliada de Roma. Entretanto, por supuesto que los romanos se enteraron de lo que estaba pasando y mientras Publio Cornelio Escipión, uno de los dos cónsules de ese año, tras reprimir una sublevación en la Galia Cisalpina (el norte de la península itálica) que le hizo perder un tiempo muy valioso, se había apostado con dos legiones y sus correspondientes aliados itálicos (unos 16.800 hombres en total) en Pisa (hoy tiene el mismo nombre, en Italia), desde donde se dirigió con sus tropas a Massilia con intención de cortar desde allí el camino de Aníbal cuando intentara cruzar el caudaloso Rhodanus (el Ródano), al oeste de la ciudad, pero el cartaginés remontó la orilla derecha del río hasta encontrar un lugar menos peligroso para cruzar y Escipión no pudo interceptarlo ni impedir que desde allí se dirigiera a los Alpes para atravesarlos y entrar en Italia. Mientras, el otro cónsul, Tiberio Sempronio Longo, con su ejército (de contingente similar al de su colega) había sido enviado a Sicilia, desde donde amenazaba la propia Cartago, pues tenía previsto desembarcar en la costa africana, aunque cuando Aníbal se presentó en el norte de Italia (cfr. infra) el Senado romano le ordenó que condujera sus tropas hacia allí y abandonara su plan original.

Por su parte Escipión puso en Massilia su ejército a las órdenes de Cneo Cornelio Escipión Calvo, su hermano y legado, y lo envió por mar a Iberia para cortar una posible retirada a Aníbal y un seguro fluir de refuerzos hacia él, mientras el cónsul volvía a la Cisalpina a hacerse cargo de las tropas romanas allí estacionadas para enfrentarse a la invasión.

Como hemos visto, el comienzo de la guerra tuvo lugar en Iberia, pero la contienda tendría a partir de entonces tres amplios escenarios interconectados entre sí pero perfectamente definidos:

por una parte, la Galia Cisalpina, Italia y las grandes islas de Cerdeña y Sicilia, por otra, Iberia/Hispania y, por último, el norte de África, y así los vamos a analizar.

LOS TEATROS DE OPERACIONES: GALIA CISALPINA, ITALIA, CERDEÑA Y SICILIA

Tras la durísima marcha desde Iberia, atravesado ríos y pasos de montaña bajo el hostigamiento de las tribus alpinas, únicamente 20.000 infantes, 6.000 jinetes y algunos elefantes, alcanzaron con Aníbal, a mediados de noviembre, el valle del Padus (el Po). Sin embargo, sus agotadas tropas no iban a poder recuperarse de las penalidades pues el cónsul Escipión, sin aguardar la llegada de su colega desde Sicilia, las esperaba con dos legiones y sus correspondientes aliados itálicos, interceptándolas en noviembre a orillas del Ticinus (el Tesino, afluente septentrional del Po), pero Aníbal, planteando una buena táctica y aprovechando la superior calidad de su caballería, venció a los romanos. El cónsul resultó herido en la refriega y si no hubiese sido por su hijo homónimo, que servía con él en calidad de oficial, habría sido muerto o capturado. Los restos del ejército romano (unos 10.000 soldados) consiguieron retirarse al sur del Padus.

Mientras el cónsul herido esperaba la llegada de su colega Sempronio con su ejército consular reforzado, pudo constatar como los galos cisalpinos, muy recientemente sometidos a Roma, se alistaban en masa en el ejército invasor y Aníbal se reforzaba aún más apoderándose de un importante centro de suministros romano en Clastidium (Casteggio, Italia). Cuando ambos cónsules se reunieron (con algo más de 30.000 hombres en total, más las aportaciones de las tribus cisalpinas aún leales), Sempronio tomó el mando (por las heridas de Escipión) y el 22 de diciembre del año en curso cartagineses y romanos se volvieron a enfrentar, esta vez a orillas del río Trebia (que hoy mantiene el nombre), también afluente del Padus (esta vez por la derecha). Los romanos, provocados por el hostigamiento de la caballería númida de Aníbal, cayeron en una emboscada y fueron aplastados, con la consecuencia de 20.000 muertos, 10.000 desertores (procedentes de los contingentes cisalpinos) y otros 10.000 huidos, que se refugiaron en dos colonias romanas del valle del Padus, Placentia (Piacenza)

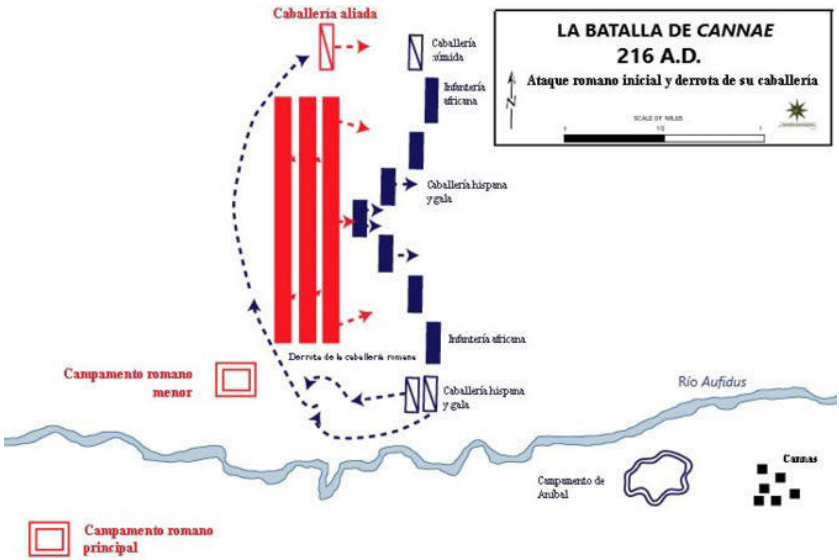
(donde se guarecieron también los cónsules) y Cremona (hoy con el mismo nombre), donde invernarían. Por su parte, Aníbal sufrió algunas bajas entre sus veteranos y muchas entre los recién alistados cisalpinos; además, a estas alturas, solo le quedaban ocho elefantes. El cartaginés se instaló en territorio galo aliado también para invernar.

El ejército romano

Al comienzo de la Segunda Guerra Púnica, en ejército romano era un «ejército ciudadano», es decir que los soldados eran ciudadanos romanos llamados a prestar servicio militar cuando el Estado se lo requería. Si no había guerra, no había ejército. La unidad militar romana básica era la legión, que en aquella época tenía un contingente teórico de 4.200 infantes y 300 jinetes. Las necesidades de la guerra implicaron un aumento del contingente asignado a cada legión, que se estableció, quizás en 217 a.C. en 5.000 infantes y 300 jinetes y desde 216 a.C., finalmente, en 5.000 infantes y 400 jinetes. La infantería se dividía en cuatro clases de soldados: en primer lugar, los hastati y los principes, soldados jóvenes y en su primera madurez respectivamente que, armados de cota de malla, espada, casco, escudo y jabalina, formaban por este orden las dos primeras líneas de una formación romana de batalla; en tercera línea estaban los triarii, experimentados veteranos que usaban la lanza en lugar de la jabalina; por último la infantería ligera, los leves (desde 211 a.C., velites) que, protegidos por un pequeño escudo y armados de una espada corta y venablos, se dedicaban a hostilizar al enemigo antes de la embestida del grueso del ejército.

Como complemento de las legiones estaban los aliados (socii) tropas que, en número similar al de los legionarios, eran aportados por los pueblos itálicos sometidos y/o aliados, en virtud de sus acuerdos con Roma. Organizados en alas (alae), estaban equipados a su propia usanza y mandados por sus propios oficiales, excepto los

mandos superiores, que siempre eran romanos. Aparte de infantería, aportaban sobre todo el grueso de la caballería de un ejército «romano» (los propios romanos nunca fueron buenos jinetes).



Esquema de la batalla de Cannae, en 216 a.C. La batalla más famosa de la Segunda Guerra Púnica pudo haber terminado con el conflicto, pero Aníbal no se decidió a atacar Roma (Fuente: Wikimedia Commons).

217 a.C. vio como los dos nuevos cónsules romanos, Cayo Flaminio y Tiberio Servilio Gémino, tomaban posesión de sus cargos y del ejército, con cuatro legiones (y aliados) a su mando (cinco legiones más fueron reclutadas para otras labores, además de ser reforzada la flota). El plan era vedar el acceso al invasor a la Italia central y la consiguiente amenaza sobre Roma. Aníbal, que aspiraba a romper las alianzas de su enemiga con los pueblos sometidos de la

península septentrional y central, avanzó con dificultad hacia el sureste, con sus hombres (reforzados por miles de cisalpinos) y con el único elefante que a esas alturas le quedaba, a través de los insalubres pantanos de la región de Etruria (la actual Toscana), donde contrajo una infección que le haría perder un ojo. Flaminio y los hombres puestos a su mando (las cuatro legiones y los aliados, unos 30.000 hombres) se dirigieron a interceptarlo pero el 21 de junio de 217 a.C. cayeron en una emboscada junto al lago Trasimenus (Trasimeno), en la que resultó muerto el cónsul y casi aniquiladas sus fuerzas. Los prisioneros no romanos que hicieron los cartagineses fueron puestos en libertad, para insistir así en la idea de que los invasores llegaban para luchar contra Roma y no contra los pueblos sometidos a ella pero, hasta ese momento y salvo los mencionados cisalpinos, no consiguió romper esa unión. Entretanto Aníbal, no seguro de sus fuerzas para atacar la Vrbs, pasó a la costa del Adriático, prosiguiendo desde allí su avance hacia el sur, penetrando luego a la región de Campania. Mientras, los romanos, ante la grave situación, elegían un dictador (magistratura de duración semestral reservada generalmente a los casos de grave peligro para la República y a la que quedaban subordinadas todas las otras), cargo que recayó en Quinto Fabio Máximo Verrugoso, que recibió como segundo en el mando (magister equitum) a Marco Minicio Rufo. Entre los dos magistrados se produjeron desavenencias por el intento del segundo de actuar demasiado por su cuenta, hasta que un revés militar (que posibilitó a Aníbal salir de Campania) le convenció que era mejor actuar en coordinación con Fabio en la estrategia que el dictador puso en marcha: acosar a Aníbal pero rehuyendo, siempre que fuera posible, el enfrentamiento directo, hasta estar en algún momento en tal superioridad que fuese posible aniquilar al cartaginés. Pero el pueblo romano quería resultados rápidos y en 216 a.C. resultaron elegidos como cónsules Lucio Emilio Paulo y Cayo Terencio Varrón, a los que se autorizó formar a cada uno un ejército de cuatro legiones reforzadas, que con los contingentes aliados hacían un total de unos 80.000 infantes y poco más de 6.000 jinetes. Ambos magistrados se alternaban en el mando. El 2 de agosto de 216 a.C., un día en que mandaba el demasiado impulsivo Terencio, se trabó la batalla en Cannae (Monte di Cane) en la que los solo 40.000 infantes y 10.000 jinetes de Aníbal aniquilaron al ejército romano en una batalla envolvente en la que la caballería del cartaginés fue

fundamental para causar la mayor derrota de la Historia a las armas romanas, pues tras derrotar y dispersar a la caballería itálica y romana, regresó al campo de batalla para coger al grueso de la infantería romana por la espalda, infantes que se estaban metiendo sin percatarse en el dispositivo en forma de pinza que había diseñado Aníbal. Unos 60.000 romanos cayeron en combate (entre ellos Paulo y numerosos exmagistrados alistados como voluntarios) y 8.000 fueron hechos prisioneros, consiguiendo el resto huir a diversas ciudades de la región. Entre los escapados de la matanza estaba el tribuno militar Publio Cornelio Escipión, hijo del cónsul homónimo de 218 a.C. (al que había salvado en el río Ticinus) y que tanto influiría posteriormente en la victoria final romana (cfr. infra). Aníbal, por su parte, que perdió entre 6.000 y 8.000 hombres (según las fuentes), no se atrevió a dirigirse contra Roma (quizá porque no tenía material de asedio), lo que motivó que Maharbal, comandante de su caballería, le espetara «sabes vencer, Aníbal, pero no sabes aprovechar la victoria» (Livio Ab Vrbe Condita XXII 51, 4).

Los pueblos samnitas y otros del sur de Italia, recientemente sometidos por Roma, se pasaron en masa a los cartagineses, pero las regiones centrales de la península permanecieron fieles a los romanos, lo que a la postre les daría a éstos las bases demográficas suficientes para nutrir los ejércitos que acabarían derrotando a Aníbal, pues, a pesar de la catástrofe, Roma confió en sus propias fuerzas y se negó a negociar, ni siquiera el rescate de los prisioneros. Un nuevo dictador, Marco Junio Pera, dio comienzo a la reorganización que mediante el aumento de los impuestos, la recluta de los jóvenes desde los 17 años y hasta de esclavos liberados y la presión sobre los aliados que se mantenían fieles pudo alistar en los siguientes años no menos de 25 legiones y sus correspondientes cuerpos de aliados (alrededor de 250.000 soldados en total), aparte de los refuerzos necesarios para cubrir las bajas de las unidades ya constituidas.

Desde de este momento la táctica romana en Italia, consistió retomar, en cierta medida, la política del dictador Fabio, aislando al cartaginés y su cada vez más menguado ejército en el sur de la península, produciéndose así años de marchas y contramarchas, asedios, pequeñas batallas campales, saqueos y pillajes para negar abastecimientos al enemigo, mientras los romanos privaban a

Aníbal en otros frentes (cfr. infra) de la posibilidad de recibir refuerzos aunque, cuando se hallaba dominando la región del Bruttium (la actual Calabria), la punta de la bota itálica, pudo recibir algunos desde Cartago, escasos, pues el grueso de las fuerzas reclutadas y/o contratadas por los cartagineses era destinado a hacer frente a los romanos en Iberia. Durante esas luchas destacaron las encaminadas a controlar las principales antiguas colonias griegas desl golfo de Tarentum, como la propia Tarentum (Tarento), tomada (excepto su ciudadela) por los cartagineses en 212 a.C. y recuperada por los romanos en 209 a.C., además de Thurii (ruinas en Terranova da Sibari) y Metapontum (ruinas junto a Lido di Metaponto, Italia), ambas capturadas en 212 a.C. y evacuadas en 207 a.C. Por su parte, la poderosa e ilustre ciudad campana de Capua (Capua Vetere) se había pasado a Aníbal tras Cannae y en 214 a.C. fue puesta bajo asedio por los romanos. El cartaginés intentó auxiliarla varias veces (incluida alguna batalla campal ante sus murallas y un avance, para producir una distracción, hacia la propia Roma, que llegó a provocar el pánico en la ciudad, según la tradición, al grito de Hannibal ad portas!) pero Capua tuvo que rendirse en el verano de 211 a.C., con la consiguiente venganza romana: sus principales ciudadanos fueron ejecutados y el resto vendidos como esclavos.

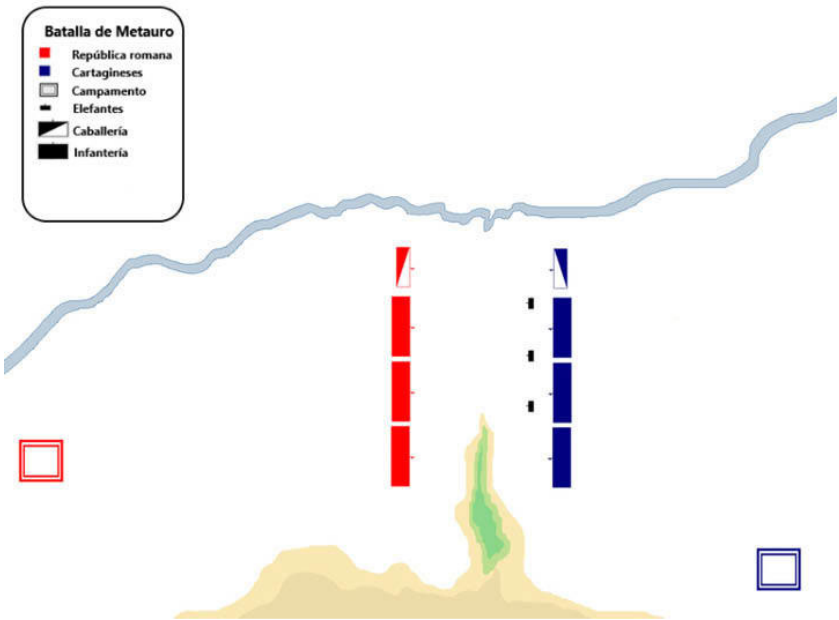
Dada la popularidad de la citada expresión, Hannibal ad portas!, cabe hacer un inciso. Ni Polibio, ni Tito Livio, ni Apiano, nuestras principales fuentes para este episodio mencionan esa frase como expresión del pánico ciudadano. Lo más parecido a ella lo dice Cicerón en sus Filipicas (I 11); «Hannibal, credo, erat ad portas...» ([haciendo mención a ese episodio] «Aníbal, creo, estaba ante las puertas [de Roma]...»).

En 210 a.C., en Herdonia (Ordona), en la región suritálica de Apulia, el ejército del procónsul Cneo Fulvio Centúmalo Máximo fue derrotado por Aníbal, muriendo en la batalla el propio magistrado romano.

El año 208 a.C., aunque las consecuencias materiales no fueron demasiado graves, el golpe moral sí lo fue: los dos cónsules en ejercicio, Marco Claudio Marcelo y Tito Quinctio Crispino (éste a raíz de sus heridas), murieron en una escaramuza ese verano cerca

de Venusia (Venosa), en el Samnio, cuando ambos realizaban conjuntamente un reconocimiento con una pequeña escolta.

El año 207 a.C. vio una gran alegría para los romanos. Asdrúbal, comandante cartaginés en Iberia, consiguió por fin estar en disposición de ayudar a su hermano Aníbal llevando hasta Italia un ejército de refuerzo y, después de escabullirse de las fuerzas romanas que lo acosaban en Hispania, tras cruzar también los Pirineos y los Alpes (con menos dificultades que Aníbal, pues lo hizo en primavera), se presentó en la península itálica con 20.000 hombres. Algunos de los correos que Asdrúbal envió a Aníbal para advertirle de sus intenciones y coordinarse con él fueron interceptados y los romanos se enteraron del plan. Así, dos ejércitos consulares (uno a las órdenes del cónsul Marco Livio y otro a las del pretor [puesto al frente excepcionalmente de un ejército de tamaño consular] Lucio Porcio Licinio), a los que se unieron los refuerzos escogidos que llevó con él desde el sur de Italia Cayo Claudio Marcelo, el otro cónsul, en total unos 49.000 soldados, se dispusieron a interceptarlo y tal cosa sucedió cerca de la desembocadura del río Metaurus (el Metauro, en Italia) en el Adriático. Tras un duro combate, los cartagineses fueron barridos y la cabeza de Asdrúbal, muerto en la refriega, trasladada al sur de Italia y arrojada sobre el campamento de Aníbal en Canusium (Canossa di Puglia). Un posterior intento similar de Magón, otro hermano de Aníbal, en este caso por mar desde las islas Baliares (Baleares), terminó en fracaso ya que, tras desembarcar en Genua (Génova) con cartagineses y mercenarios de la península ibérica y de las Baliares, reclutar allí mercenarios lígures y recibir refuerzos por mar desde Cartago, avanzó hacia el interior de la Galia Cisalpina, donde fue interceptado en el verano de 203 a.C. por las fuerzas combinadas del procónsul Marco Cornelio Cetego y el pretor Publio Quintilio Varo, que lo derrotaron por completo junto a Mediolanum (Milán), quedando Magón tan gravemente herido que, regresando por mar a Cartago, tras haberse refugiado en territorio lígur, murió en el viaje.



El despliegue inicial de los ejércitos romano y cartaginés en la batalla del río Metaurus, que sellaría la suerte de Asdrúbal Barca, hermano de Aníbal (Fuente: Wikimedia Commons).

Aníbal, acorralado en el Bruttium, aguantó allí hasta el otoño de 203 a.C., cuando el desembarco romano cerca de Cartago (cfr. infra) hizo que las autoridades de su ciudad lo reclamaran para que volviera con sus hombres y tomara el mando de la defensa, no sin que el año anterior fuese derrotado junto a Croton (hoy Crotona) por las tropas del cónsul Publio Sempronio Tuditano y el procónsul Marco Licinio Craso Dives y sus aproximadamente 42.000 hombres (cuatro legiones y sus correspondientes aliados itálicos), aunque no se atrevían a intentar acabar con él, temerosos de que otra posible genialidad militar del cartaginés diese al traste con los años de desgaste a los que los romanos le habían sometido.

Otro teatro de operaciones, aunque breve, fue la isla de Sardinia. La

isla, cartaginesa hasta 238 a.C., al saber de los triunfos de Aníbal en Italia, con ayuda de su antigua metrópoli se sublevó en 215 a.C., a lo que Roma respondió con el envío un ejército al mando del procónsul Tito Manlio Torcuato que unió sus fuerzas a las del pretor provincial romano Quinto Mucio Escévola y con unos 20.000 soldados aplastó a las fuerzas conjuntas sardo-cartaginesas, sujetando de nuevo firmemente la isla a la autoridad romana, aunque hubo que mantener allí dos legiones por si acaso.

La guerra también tuvo por escenario Sicilia, sobre todo en la importante ciudad de Syracusa (Siracusa) que en 214 a.C. abandonó su alianza con Roma y se pasó al bando cartaginés. El cónsul Marco Claudio Marcelo fue enviado por Roma contra ella y al mando de unos 30.000 hombres (tres legiones y aliados) y con refuerzos posteriores, la puso asedio desde otoño de ese año hasta que la tomó (ya como procónsul) en el verano de 212 a.C., a pesar de los repetidos intentos de los cartagineses por auxiliarla. Los romanos también tuvieron que enviar otra legión para hacer frente a las inquietudes procartaginesas de otras zonas de la isla, avivadas por la presencia de un ejercito cartaginés enviado desde su ciudad y derrotado a la postre. En el mencionado asalto a Syracusa, los romanos mataron (al parecer por error) al célebre matemático Arquímedes. Los romanos consiguieron así someter el principal núcleo antirromano la isla, que quedó completamente en manos de Roma en 210 a.C. con la acción del cónsul Marco Valerio Levino y la toma de Agrigentum (Agrigento). Melita (Malta) fue conquista por los cartagineses al comienzo de la guerra y ese mismo año recuperada por el cónsul Sempronio.

LOS TEATROS DE OPERACIONES: IBERIA/HISPANIA

Como se ha visto, el cónsul Publio Escipión envió a su hermano y legado Cneo Escipión a Hispania con el ejército (unos 16.000 hombres) que hasta ese momento había estado bajo su autoridad. Los romanos llegaban así, por primera vez para hacer la guerra, a la península ibérica, desembarcando a comienzos del verano de 218 a.C. en la colonia griega de Emporion (Emporiae, desde entonces) y avanzaron hacia el sur siguiendo la costa hasta chocar, a la altura del poblado ibérico de Cesse, con los cartagineses de Hannón y sus aliados ilergetes del reyezuelo Indíbil, que fueron barridos (6.000 muertos y 2.000 prisioneros), resultando capturados los dos jefes enemigos (Hannón sería enviado a Roma e Indíbil puesto en libertad posteriormente para ganarse la alianza de su poderosa tribu). Los romanos tomaron entonces Cesse que, con el nombre de Tarraco (hoy Tarragona), pasó a ser la principal base romana en la tierra que ellos llamaban Hispania. Pero no solo tuvo que hacer frente a los cartagineses, sino también a sus aliados indígenas, venciendo y sometiendo a los referidos ilergetes y otras tribus como los ausetanos. En 217 a.C. llegaba a Hispania, con refuerzos, el ahora procónsul Publio Escipión, pero su hermano Cneo no había permanecido ocioso y su flota había derrotado a la cartaginesa de Asdrúbal Barca en la desembocadura del Hiberus. La intención cartaginesa era que Asdrúbal y su ejército se pusieran en camino también hacia Italia para reforzar a Aníbal, pero una rebelión de las tribus a ellos sometidas en el sur retrasó la partida hasta 216 a.C. y cuando la expedición se puso por fin en marcha, los Escipiones la interceptaron y derrotaron junto a Hibera (en las cercanías de Tortosa, Tarragona). Esta derrota hizo que algunas ciudades del sur abandonaran su alianza con Cartago y se pasaran a los romanos, lo que provocó que la ciudad norteafricana derivara los refuerzos que tan bien le habrían venido a Aníbal en Italia a asegurar el vital dominio de Iberia. Los romanos emplearían los años siguientes, desde su base de Tarraco, en hostigar a los cartagineses en la costa y en la cuenca alta del Baetis (el Guadalquivir) sin comprometerse en batalla campal, en operaciones como la conquista de Saguntum

(verano de 214 a.C.), y en tratar de ganarse a los indígenas para que se alejaran de la alianza cartaginesa.

Pero cuando las cosas parecían estar controladas para los romanos, en el verano de 212 ó 211 a.C. (según las fuentes) se produjo la catástrofe. Cuando Publio y Cneo operaban por separado en el sureste peninsular, la acción combinada de los tres ejércitos cartagineses de Iberia, dirigidos respectivamente por los hermanos Asdrúbal y Magón Barca y Asdrúbal Giscón, atraparon al primero en Iliturgi (el cerro Maquiz, junto a Mengíbar, Jaén) y al segundo en Ilorci (Lorca, Murcia) con 29 días de diferencia y los derrotaron y dieron muerte, infligiendo graves pérdidas a los romanos, derrumbándose así toda la trabajosa labor romana al sur del Hiberus, pues los restos del ejército romano, a las órdenes de Lucio Marcio Septimio, uno de los oficiales (de caballería) de Cneo, se retiraron al norte del citado río, estableciendo una precaria posición que consiguieron mantener, en espera de que llegaran mandos, refuerzos y órdenes desde Roma, porque los cartagineses no se atrevieron a proseguir la ofensiva. La autoridad y los refuerzos esperados se materializaron en la arribada desde Italia del propretor Cayo Claudio Marcelo con 12.000 infantes y 1.100 jinetes, que tomó el mando y unió a sus tropas a los supervivientes del desastre, pero se contentó con mantener las posiciones, sin emprender acciones ofensivas.

Para Roma eso no valía, pero nadie se decidía a postularse para dirigir las operaciones en Hispania y quien lo hizo (de manera irregular, pues no contaba con la cualificación política necesaria) fue el ya mencionado Publio Cornelio Escipión, el joven (unos 24 años) hijo del caído en Hispania, a quien los comicios (probablemente los comicios por tribus [comitia tributa]) confirieron un mando irregular, el de legado con imperio proconsular, con el que, auxiliado por el propretor Marco Junio Silano y con refuerzos de unos 11.000 infantes (dos legiones) y 1.000 jinetes, en otoño de 211 a.C. llegó por mar a Tarraco y, sumando sus hombres a los 21.000 que ya había en Hispania, los puso en forma durante el invierno y en marzo del año siguiente. La tradición y muchos historiadores piensan que el ataque tuvo lugar en 209 a.C. pero el propio Tito Livio escribe (Ab Vrbe Condita XXVII 7, 5-6) que, ya en su época, había autores que lo fechaban en

dicho año, pero a él le parecía poco verosímil que Scipio (hijo) hubiese dejado pasar un año entero sin actividad militar en Hispania. Fuera como y cuando fuese, lo cierto es que puso en práctica una audaz operación que le salió bien y le proporcionó una gran victoria: el ataque por tierra a la capital cartaginesa de Iberia, ciudad a la que los romanos renombrarían como Carthago Nova, y que, confiada en sus fuertes murallas, tenía una guarnición insuficiente, que fue conquistada por sorpresa, consiguiendo muchos prisioneros (enviados por mar a Roma) y un gran botín en riquezas varias y abastecimientos militares.

Busto en bronce tradicionalmente considerado como un retrato de Publio Cornelio Escipión (hijo), el general que mejor supo hacer

frente a los cartagineses y principal artífice de la victoria de Roma en la Segunda Guerra Púnica (Fuente: Wikimedia Commons).

Asimismo, los rehenes entregados por las tribus de la península, retenidos por los cartagineses en la ciudad, fueron puestos en libertad, ganándose así el legado romano el agradecimiento de muchos de esos pueblos, que se pasaron al bando romano. Escipión dejó en la nueva conquista una fuerte guarnición y regresó al norte del Hiberus.

En la primavera de 209 a.C. (aunque Polibio sitúa los hechos al año siguiente), Escipión se puso en campaña con unos 35.000 hombres (sus romanos y aliados itálicos, los contingentes enviados por las tribus hispanas ahora aliadas de Roma y los marineros de la flota que, habida cuenta de que los barcos no se iban a usar en esta ocasión, fueron reconvertidos en infantes) y con ellos penetró en al alto valle del Baetis donde, a comienzos del verano, chocó en Baecula (el actual Cerro de los Turruñuelos, junto a Bailén, Jaén) con los 25.000 hombres (acompañados de elefantes) de Asdrúbal Barca, que fueron derrotados, aunque sin demasiadas pérdidas para ellos. Nuevas tribus se pasaron a Roma y Asdrúbal y sus colegas del mando cartaginés en Iberia debían decidir qué hacer ahora para oponerse a los romanos. Al final se decidieron por un triple planteamiento: mientras Asdrúbal Gisgón se retiraría al oeste para conseguir nuevos mercenarios (sobre todo entre los belicosos lusitanos), Asdrúbal, en cuanto le fuera posible, se zafaría de la vigilancia romana y se dirigiría con su ejército a Italia a reforzar a Aníbal, con el resultado ya conocido (cfr. supra). Por su parte, Magón se uniría a Gisgón.

Cartago envió a un nuevo comandante, también de nombre Hannón, para sustituir a Asdrúbal Barca. Hannón, junto a Magón, se dirigió a recabar (lo que consiguió) el apoyo de las tribus celtíberas frente a Roma, mientras Gisgón se aprestaba a defender el valle del Baetis. Por su parte, Escipión, una vez capturada Carthago Nova, tenía un nuevo objetivo: Gadir (la posterior Gades, hoy Cádiz), la antigua colonia fenicia y ahora principal base de retaguardia de los cartagineses. Pero no podía descuidar la amenaza que le podía llegar por su flanco izquierdo y mientras él se dirigía hacia su antes

referido objetivo, encargó a su segundo al mando, el propretor Silano que, con dos legiones y 500 jinetes (unos 10.500 hombres en total), hiciese frente al peligro celtíbero-cartaginés, lo cual realizó con eficiencia en la primavera de 207 a.C. en una batalla campal en la que Hannón fue capturado y Magón pudo huir con 2.000 infantes supervivientes y toda la caballería, hasta conseguir reunirse nueve días después con Gisgón cerca de Gadir. Mientras tanto, Escipión, que había avanzado por el valle del Baetis, recibió el refuerzo de Escipión y sus hombres pero, viendo que el verano estaba avanzado y teniendo en cuenta la estrategia que había adoptado Gisgón, decidió regresar con la mayoría de sus tropas al norte del Hiberus. En efecto, el general cartaginés consideró acertadamente que no podía enfrentarse en aquellos momentos en batalla campal a los romanos y distribuyó a las tropas a sus órdenes por las ciudades béticas que protegían el acceso a Gadir, para impedir que Escipión las tomara o que se pasaran a Roma. El general romano, no obstante, quiso dejar asegurado el camino para las operaciones del año siguiente y ordenó a su hermano, el legado Lucio Cornelio Escipión, que, con dos legiones y 1.000 jinetes (unos 11.000 hombres en total), tomara el control de Auringis (u Orongis, probablemente Jaén), ciudad de los meseses (una rama de la tribu ibérica de los bastetanos), cabeza de una rica comarca agrícola y minera y con guarnición cartaginesa y a fines del verano de 207 a.C., Lucio Escipión cumplió su misión tomando la localidad al asalto. Lucio y sus hombres se reunieron con Publio, que todavía no se había puesto en marcha hacia Tarraco y, tras valorar de nuevo la situación, constató que Gadir estaba demasiado lejos y el ejército de Gisgón demasiado fraccionado como para ir tomando poco a poco y antes del invierno las ciudades que lo albergaban, por lo que, ahora sí, se retiró a sus bases en el noreste de la península, mientras enviaba a Roma a su hermano, con los prisioneros más importantes, para informar allí del progreso de las operaciones.

El siguiente año, 206 a.C., fue el último de la Segunda Guerra Púnica en Iberia/Hispania. Durante el invierno los comandantes cartagineses reclutaron un gran contingente de guerreros indígenas procedentes de las tribus del valle del Baetis cuantificado en 4.500 jinetes y en un número no bien precisado (no hay acuerdo entre los cronistas antiguos) de entre 50.000 y 70.000 infantes, que unieron a sus 32 elefantes y a sus propios cartagineses. Escipión, visto que no

podría con tantos enemigos, reclutó a su vez, por medio del propretor Silano, contingentes (3.000 infantes y 500 jinetes) de entre las tribus indígenas fieles a Roma y con 45.000 soldados de a pie y casi 3.000 de a caballo se presentó en el alto valle del Baetis en primavera. El primer intento de los «cartagineses» por frenar a los romanos fracasó en Baecula cuando los hombres de Escipión rechazaron un ataque de la caballería enemiga liderado por Magón y por el príncipe Masinissa, comandante de los jinetes mercenarios númidas. Con prudencia, para no caer en emboscadas, los romanos fueron avanzando, siguiendo el curso del Baetis, hasta que, ya en verano, se encontraron con las tropas de Gisgón, dispuestas a hacerles frente, junto a Ilipa (Alcalá del Río, Sevilla). Ambos bandos establecieron sus campamentos y pasaron varios días en escaramuzas. El combate definitivo duró desde media mañana hasta la noche y durante él los elefantes cartagineses, acribillados por las armas arrojadizas romanas, huyeron en todas direcciones, perjudicando tanto a los suyos como al enemigo. Por fin los romanos, a pesar de su inferioridad numérica, se impusieron pero gran parte del ejército enemigo consiguió refugiarse en su campamento, que no pudo ser tomado por una inoportuna tormenta y la caída de la oscuridad. Gisgón y Magón, su segundo en el mando, planteaban continuar la lucha al día siguiente, pero empezaron a comprobar que sus aliados ibéricos comenzaban a desertar, por lo que ordenaron a sus tropas la retirada, que se convirtió en huida, perseguidas por los romanos, que hicieron una mataza entre los fugitivos, que se fortificaron en unas elevaciones cercanas, donde fueron atacados por un contingente romano enviado contra ellos al mando de Silano. Únicamente 6.000 «cartagineses» lograron, en cuanto pudieron, huir a Gadir (incluidos los dos comandantes); el resto se entregaron a los romanos o se dispersaron. El númida Masinissa, al ver las cosas poco claras para su bando, entró en tratos secretos y preliminares con Escipión que, en otro orden de cosas, con los heridos de la batalla, fundó la primera ciudad romana (entonces con la categoría de vicus civium Romanorum [«residencia de ciudadanos romanos»]) en Hispania: Italica (Santiponce), en las inmediaciones del Baetis, cerca de la actual Sevilla. Parte de las tropas (mandadas por el legado Marcio) volvió a Tarraco mientras otra parte se estacionaba en Carthago Nova (dirigida por Silanus), en tanto el propio Escipión navegaba hasta el norte de África, donde cerró una alianza con Sífax, rey de

los númidas masaesilios, en directa competencia con Gisgón, a quien encontró en la corte del rey, dispuesto a intentar lo que finalmente consiguió el romano. Gisgón ya no volvió a Iberia y prosiguió viaje a Cartago. A fines del verano Escipión estaba de vuelta en Hispania y, para seguir negando apoyos a los cartagineses, redistribuyó sus fuerzas (incluidas las de Tarraco, que marcharon nuevamente hacia el sur) y, hasta comienzo de otoño, los romanos se apoderaron de ciertas ciudades ibéricas aún procartaginesas, como Iliturgi, Castulo (Cazorla, Jaén) y Astapa (Estepa, Sevilla), alguna con matanza incluida. Pero quedaba Gadir, donde se hallaban Magón al frente de la flota y de tropas auxiliares africanas que había reclutado en un viaje al norte de África y otro oficial, Hannón, con mercenarios ibéricos recién contratados. Desertores cartagineses llegaron hasta el general romano como mensajeros de los traidores que en Gadir estaban dispuestos a facilitarle la tarea si iba contra dicha ciudad. Así, Escipión envió contra ella, ya entrado el otoño, un contingente no cuantificado, equipado a la ligera y mandado por el legado Marcio, y una flotilla de siete trirremes a las órdenes de otro de sus legados, Cayo Lelio, que derrotaron, por tierra y por mar respectivamente, a las fuerzas enemigas, pero se había frustrado la sorpresa para tomar Gadir, por lo que regresaron a Carthago Nova. Entretanto Escipión, después de superar una inoportuna enfermedad, se dirigía al río Sucro (el Júcar) a reprimir el motín de 8.000 de sus hombres allí acampados que, creyendo que Escipión había muerto, solicitaban sus pagas atrasadas y volver a Italia. También creyeron en su muerte los régulos ilergetes, los hermanos Indíbil y Mandonio, que atacaron a algunas tribus prorromanas en la zona de la actual Cataluña. Con su sola presencia Escipión acabó con el amotinamiento (sus líderes fueron ejecutados) y al saber de la buena salud del general romano, los ilergetes quisieron volver a su alianza con Roma, aunque Scipio no podía dejar que eso quedara así y, ya muy avanzado el otoño, con un ejército compuesto por tropas de las que estaban estacionadas en Carthago Nova, marchó hacia el norte, cruzó el Hiberus y en una batalla de dos días los derrotó completamente, consiguiendo, no obstante, Indíbil y Mandonio huir, presentándose unos días después ante Escipión solicitando clemencia, que les fue concedida a cambio de que sufragaran la totalidad de la paga del ejército romano en durante ese año.

Escipión, que estaba pensando en presentarse en Roma a las elecciones para cónsul del año siguiente, con Marcio y un contingente equipado a la ligera realizó una profunda incursión hasta las cercanías de Gadir, en el curso de la cual se entrevistó en secreto con Masinissa, que le prometió ayuda contra los cartagineses si alguna vez pasaba a África a combatirlos (cfr. infra). Las tropas romanas de la incursión quedaron en la zona, al mando de Marcio, en tanto Escipión volvía a Roma con la intención antes citada. Entretanto, el comandante cartaginés en dicha ciudad era Magón Barca, a quien las autoridades de Cartago ordenaron acudir al norte de Italia a reclutar mercenarios cisalpinos para ayudar a Aníbal. Magón forzó a los ricos de Gadir a darle más dinero y con una escuadra partió hacia allí, haciendo un intento fracasado de asaltar Carthago Nova, tras lo cual pretendió volver a Gadir, donde no quisieron saber nada de él, recordando las exacciones a las que había sometido a sus ciudadanos. Sus embarcaciones pusieron entonces proa hacia las islas Baliares y desde allí a la Galia Cisalpina, como se ha relatado con anterioridad (cfr. supra).

En Gadir no había ninguna fuerza que se pudiera oponer a los romanos, por lo que, en los últimos días de 206 a.C., la ciudad se entregó pacíficamente a Marcio, negociando con los romanos un ventajoso tratado que la convirtió en ciudad aliada de Roma. Gadir se convirtió en Gades y así terminó la presencia cartaginesa en la península ahora definitivamente conocida como Hispania.

LOS TEATROS DE OPERACIONES: ÁFRICA

La popularidad conseguida por Publio Cornelio Escipión durante sus campañas en Hispania le facilitó su elección como cónsul para 205 a.C. por los comicios por centurias (comitia centuriata), junto a Publio Licinio Craso Dives como colega. Ante la intención de varios de sus rivales políticos, como el excónsul y exdictador Quinto Fabio Máximo Verrugoso, de proseguir con el acoso de Aníbal en el sur de Italia, él tenía un plan más audaz: llevar la guerra a las puertas de la capital del enemigo y desembarcar con un ejército en el norte de África. Una vez electos y aunque la asignación de provincias debía ser en teoría por sorteo, estaba claro que era Escipión quien debía hacerse cargo de la tarea, pues suya era la estrategia y, además, al cónsul Craso, que también era pontifex maximus (el jefe oficial de la religión romana), una serie de obligaciones religiosas le impedían salir de Italia. No obstante, los enemigos políticos de Escipión, en su afán, no tanto de vencer a Aníbal, sino de cortar las ambiciones políticas del cónsul, consiguieron que no le fuera autorizado reclutar un nuevo ejército consular, sino que se le asignara el que ya estaba en Sicilia y que tenía por núcleo las legiones V y VI, formadas con los soldados supervivientes (no los oficiales) de Cannae, a los que, considerando ignominiosa su actuación en dicha batalla, se había desterrado a esa isla hasta que Aníbal fuese expulsado de Italia. A esos legionarios se habían unido otros procedentes de otras unidades derrotadas en diversos enfrentamientos con Aníbal y cuyo comportamiento en combate también había sido considerado vergonzoso por el Senado. No obstante, se permitió que voluntarios que quisieran unirse a la operación lo hicieran y el prestigio de Escipión hizo que afluyeran en masa, logrando el cónsul configurar así un ejército de 25.000 hombres.

Mientras, en Italia, Aníbal estaba acorralado en la punta la bota italiana, manteniendo bajo su control una estrecha franja costera entre las ciudades de Locri (hoy se llama igual) y la ya citada Croton, la primera de las cuales fue tomada, en un atrevido golpe

de mano desde Sicilia en el verano de 205 a.C., por 3.000 hombres al mando del legado Quinto Pleminio enviados por Escipión para negar ese puerto a Aníbal, que encima resultó herido en su intento por auxiliar a su guarnición allí establecida. El resto del año de referencia fue consumido por Escipión en culminar los preparativos para llevar a sus tropas a África, cosa que por fin hizo en la primavera de 204 a.C., ya como procónsul, desembarcando en el cabo Apollo (el actual cabo Farina, en Túnez) donde se le unió el príncipe númida Masinissa, cumpliendo la promesa hecha a Escipión en Hispania (cfr. supra), con un contingente de su caballería. El romano había sabido explotar sabiamente las luchas intestinas entre las propias tribus númidas, sobre todo entre el rey Sífax, de los masaesilios (que después de varios vaivenes acabó por consolidar una alianza con los cartagineses), y el citado Masinissa, de los masilios (que unió definitivamente su suerte a Roma). La primera victoria romana tuvo lugar cuando la caballería de Masinissa, en un lugar hoy no identificado conocido con el nombre de «Torre de Agatocles» (Turris Agathoclis), emboscó y casi aniquiló a un contingente también montado cartaginés que mandaba Hannón (el último de los generales con este nombre que había combatido en Iberia y que había conseguido volver a la patria), que murió en el combate. Después de algunas otras victorias menores, el siguiente objetivo fue la importante ciudad costera de Vthica (hoy Útica, Túnez), a la que Scipio puso asedio ya en otoño. Como no pudo tomarla, el procónsul estableció entonces cerca de la ciudad un campamento de invernada que en lo sucesivo sería la base para las siguientes operaciones de la guerra y que fue conocido como los Castra Cornelia (hoy Kalâat-el-Andalous, Túnez). Durante ese invierno, el númida Sífax, no muy seguro de su alianza con Cartago, se ofreció como mediador y se produjo una tregua con la que Escipión pensaba ganar tiempo para evaluar las fuerzas del enemigo introduciendo espías en su campamento. Con toda la información recabada, el procónsul y su legado Lelio (el que había estado a sus órdenes en Hispania), secundado éste por Masinissa, se pusieron en campaña en la primavera de 203 a.C. y lo primero que hicieron fue batir, en un combate nocturno a orillas del río Bagradas (el actual Medjerda, en Túnez), al ejército combinado de cartagineses (30.000 infantes, 3.000 jinetes y un número indeterminado de elefantes, soldados bisoños y poco experimentados, mandados por Asdrúbal Gisgón) y númidas masaesilios (50.000 infantes y 10.000 jinetes,

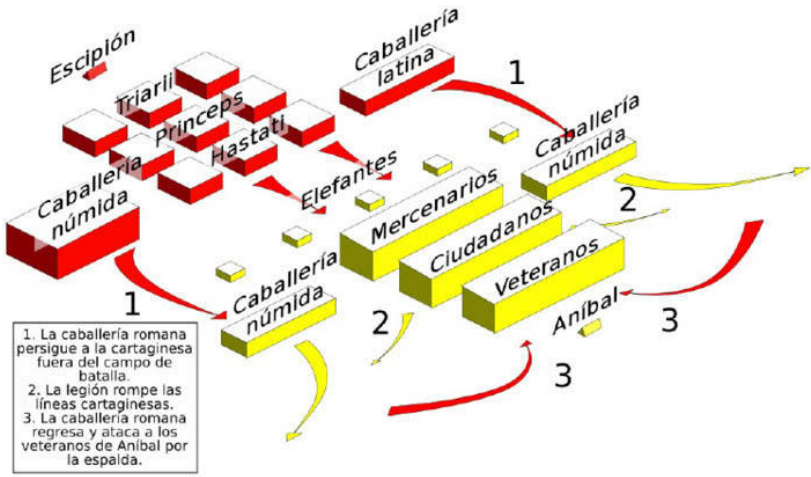
dirigidos por el rey Sífax), que habían cometido el error de acampar por separado y con escasas medidas de seguridad. Tanto el comandante cartaginés como el númida pudieron escapar, pero sus contingentes quedaron totalmente desbaratados, con enormes bajas entre muertos, heridos y prisioneros. Escipión consiguió así el control en torno a Vthica, a la que los romanos volvieron a poner bajo asedio ese mismo verano (la ciudad se entregaría finalmente a fines de 202 a.C., tras la batalla de Zama [cfr. infra]), rechazando los intentos del cartaginés Hannón (un nuevo general con ese nombre) de socorrerla.

Entretanto, Gisgón y Sífax, inasequibles al desaliento, reorganizaron sus tropas mediante levas y la adición de un contingente de mercenarios celtíberos, consiguiendo un contingente total de 30.000 guerreros, aunque de escasa operatividad, habida cuenta de su procedencia y la disparidad de su entrenamiento. Escipión, al saber de la existencia y las circunstancias del nuevo ejército enemigo, no tenía ningún interés en que se convirtiera en un conjunto operativo y desde el asedio de Vthica movilizó a los soldados de los que pudo disponer sin debilitar demasiado el cerco y, a marchas forzadas, salió a su encuentro en un lugar luego conocido por los romanos como los Campi Magni (hoy un paraje situado junto a Souk el-Kremis, a orillas del río Medjerda, en Túnez), a 100 km al suroeste de Cartago. Luego de tres días de observación y escaramuzas el cuarto se planteó la batalla, que de nuevo fue una victoria total de los romanos. Los celtíberos, luchando hasta el final, posibilitaron la retirada de los restos de su ejército, mientras Gisgón huía a Cartago y Sífax hacia sus propios territorios, perseguido éste por Lelio, Masinissa y su caballería, que acabarían por capturarlo tras presentar el perseguido una última resistencia junto al río Ampsaga (el actual Rhumel, en Argelia). Sífax fue enviado a Italia, donde moriría allí al poco tiempo, tras ser exhibido en su Triunfo por Escipión (cfr. infra). Tras la victoria en los Campi Magni, los romanos también se apoderaron a continuación de varias ciudades no identificadas en la zona. Escipión y sus hombres avanzaron entonces hacia Cartago, tomando previamente Tinete (la actual ciudad de Túnez), a 20 km al suroeste de la capital cartaginesa, desde cuyo puerto el procónsul vio partir una flota cartaginesa de la que dedujo acertadamente que su destino era intentar romper el cerco que continuaba en Vthica, por lo que cambió de objetivo y se

dirigió a socorrer a sus hombres que mantenían el asedio.

Ante la presencia ya tan cerca de Cartago de los romanos (Scipio ad portas!, habrían exclamado los cartagineses si hubiesen hablado latín), las autoridades de la ciudad empezaron a explorar posibles negociaciones de paz. El procónsul puso sus condiciones: una indemnización de 5.000 talentos de plata (se utilizaba en aquella zona el talento ático, unos 27 kg cada uno); Cartago se olvidaría de cualquier ambición sobre Hispania; renunciaba a su flota (excepto 20 naves) y asumía el compromiso de reconocer formalmente el reino de Masinissa y el autogobierno de otras tribus norteafricanas. En principio el Senado cartaginés aceptó, pero sin dejar de prepararse para la defensa, por lo que se reforzaron las murallas urbanas y se decidió hacer volver a Aníbal desde Italia. A esas alturas, el propio caudillo cartaginés sabía que no había esperanza de recibir refuerzos (sus hermanos Asdrúbal y Magón habían fracasado en ello [cfr. supra]) y con los barcos que tenía y los que le enviaron, a fines de 203 a.C. volvía a poner pie en tierra africana, con las tropas que pudo evacuar con él (15.000 infantes y ninguna caballería). Aníbal estableció su base en Hadrumetum (Susa, Túnez) y allí dedicó gran parte del año en entrenar y poner en forma al ejército que, con retales de fuerzas de diversas procedencias, pudo constituir: primero, los hombres que vinieron con él desde Italia (mercenarios ibéricos e itálicos del Bruttium); luego, los 2.000 jinetes númidas que, dirigidos por Tiqueo (un pariente de Sífax), pusieron a su disposición las autoridades cartaginesas; otros 1.000 númidas de a caballo mandados por Mesótilo; los guerreros mercenarios (mauritanos, cisalpinos, baleáricos y lígures) de su hermano Magón (muerto mientras regresaba a Cartago de las heridas que había sufrido en combate en la Galia Cisalpina); 4.000 mercenarios macedonios al mando de Sóprato, enviados por el rey Filipo V, aliado de Cartago; y, por último, el ejército de Asdrúbal Gisgón. Además, 80 elefantes, aunque no llegaron a tiempo los aproximadamente 17.000 númidas que mandaba Vermina, hijo de Sífax. Los preparativos de Aníbal respondían a que el enemigo había roto las negociaciones ya que los cartagineses, que, con todo, consideraban humillantes las condiciones de paz, se habían apoderado de unos barcos romanos empujados a sus costas por una tormenta y luego habían asesinado a los embajadores romanos enviados para pedir explicaciones.

La batalla decisiva tuvo lugar el 2 de octubre en la llanura de Zama (Jama, Túnez), a 6 km al oeste de Cartago. En el momento decisivo, los romanos alinearon unos 35.000 hombres, mientras que Aníbal les opuso alrededor de 40.000, con los elefantes por delante. Antes de empezar el combate, los generales de ambos ejércitos se entrevistaron personalmente, pero no llegaron a ningún arreglo. Cuando empezó la batalla, la especial formación romana que Escipión había dispuesto, permitió que se abrieran unos pasillos ante la embestida de los elefantes, consiguiendo así que éstos atravesaran el dispositivo romano y se perdieran por su retaguardia, mientras que los animales peor entrenados, asustados por la algarabía que montaron los romanos, se revolvían contra sus propias tropas. A Aníbal, en cierto modo, Escipión le devolvió Cannae, pues al igual que en 216 a.C., fue la caballería, en este caso romana (mandada por Lelio y Masinissa), la que decidió el combate, pues situada en las alas derrotó a los jinetes de Aníbal y, tras perseguirlos y dispersarlos, volvió al campo de batalla y atacó por la espalda a la infantería cartaginesa, que estaba empezando a adquirir cierta ventaja sobre la romana. Cuando se derrumbó la línea cartaginesa, los romanos tomaron y saquearon en campamento de Aníbal, que pudo huir a Hadrumetum. Del ejército de Aníbal la mitad murió en el combate y la otra mitad fue hecha prisionera, mientras que los elefantes, según las fuentes, habrían sido muertos todos o capturados en su gran mayoría. Por parte romana, 1.500 muertos. Unas semanas después, Vermina y sus masaesilios fueron aniquilados, aunque el príncipe númida pudo huir (dos años después solicitaría en perdón al Senado romano, que se lo concedió, asignándole una mínima parte del antiguo reino de su padre).



Esquema de la batalla de Zama. Por fin Escipión y Aníbal se enfrentaron en persona, en la batalla que decidió la guerra a favor de Roma (Fuente: Wikimedia Commons).

Ahora sí que Cartago no ya tenía nada que hacer y su Senado hubo de negociar la paz, de la que algunas de cuyas cláusulas resultaron más drásticas que las que se habían acordado en un principio, ya que se modificó el montante de la indemnización de guerra, que pasó desde los 5.000 talentos primigenios a 10.000, pagaderos en 50 años (100 rehenes garantizarían el pago); el territorio directamente controlado por Cartago no sobrepasaría los límites del que tenía el estado cartaginés antes del comienzo de la Primera Guerra Púnica, en 261 a.C.; la política exterior cartaginesa quedaría supeditada a los intereses de Roma, pues ninguna acción exterior (ni defenderse de un ataque) le estaría permitida a Cartago sin la autorización del Senado romano; además de todo ello, el númida Masinissa veía aumentados sus territorios con los de Sífax. Enviadas las condiciones del tratado a Roma, mientras el Senado las ratificaba, Cartago debió sufragar los gastos del ejército romano en el norte de África. Finalmente, la convalidación se produjo y la paz se hizo oficial en la primavera de 201 a.C.

Las tropas romanas volvieron a la Vrbs, donde Escipión celebró un

fastuoso Triunfo ese mismo año y se le concedió oficialmente el sobrenombre de Africano, para añadir a su nombre: Publio Cornelio Escipión Africano.

No acabaron bien los dos grandes protagonistas de la Segunda Guerra Púnica: Escipión siguió participando en la política romana y en 190 a.C. acompañó como legado a su hermano Lucio (ahora cónsul) en su victoriosa guerra contra el rey helenístico Antíoco III de Siria, a la vuelta de la cual ambos hermanos fueron acusados de haberse dejado sobornar por Antíoco, entrando Escipión en una espiral judicial que, aunque no lo condenó, le hizo quedar tan amargado por lo que él consideraba una ingratitud de parte de sus conciudadanos que se retiró a las posesiones que tenía en Liternum (Arenaria di Giuliano in Campania, junto a Marina di Lago Patria), en Campania, donde murió en 183 a.C.; mientras, Aníbal, que se había dirigido a los reinos helenísticos de Oriente, había acabado como consejero militar del rey de Bitinia Prusias I, el cual, presionado por Roma, que ya había entrado de lleno en la política de aquellos ámbitos, accedió a entregárselo en 183 a.C., algo que Aníbal evitó envenenándose, produciéndose su muerte, casualmente, el mismo año que la de su gran rival.

CONCLUSIONES

Fue la Segunda Guerra Púnica, con toda seguridad, el peligro más grave al que se enfrentó la República romana para garantizar no solo su poder, sino su existencia misma, situación que, frente a uno de los mejores militares de la Historia, como lo fue Aníbal, pudo superar merced a la propia tenacidad romana; a que supo mantener en los años críticos de la guerra la alianza/sometimiento con/de sus pueblos aliados claves (latinos, sabinos y otros centroitálicos), lo que le daba una base de reclutamiento en la que Aníbal no podía ni soñar; a que fue capaz de hacer que el cartaginés quedara acorralado en el sur de Italia, desgastándolo todo lo posible, impidiéndole recibir refuerzos sustanciales con los que revertir su situación; a que pudo encontrar en los momentos oportunos dirigentes militares (Fabio Máximo, Marco Claudio Marcelo o Escipión [hijo]) que materializaran la testarudez y la superioridad material romana. Una vez eliminada política y militarmente Cartago (su eliminación física tendría que esperar hasta 146 a.C.) Roma tuvo el campo mucho más despejado para sus políticas imperialistas, tanto en el oeste como en el este del Mediterráneo.

APÉNDICE

Cónsules y dictadores en Roma durante la Segunda Guerra Púnica	
218 a.C.	*Publius Cornelius Scipio*; *Tiberius Sempronius Longus*.
217 a.C.	*Cnaeus Servilius Geminus*; *Caius Flaminius* (II) (éste, muerto en combate; un *suffectus*: *Marcus Atilius Regulus* [II]).
217 a.C.	*Quintus Fabius Maximus Verrucosus* (*dictator*); *Marcus Minucius Rufus* (*magister equitum*).
217 a.C.	*Lucius Veturius Philo* (*dictator*); *Marcus Pomponius Matho* (*magister equitum*).
216 a.C.	*Marcus Claudius Marcellus* (II) (elección anulada); *Lucius Aemilius Paullus* (II); *Caius Terentius Varro*.
216 a.C.	*Marcus Iunius Pera* (*dictator*); *Tiberius Sempronius Gracchus* (*magister equitum*).
216 a.C.	*Marcus Fabius Buteo* (*dictator*). Sin *magister equitum*.
215 a.C.	*Tiberius Sempronius Gracchus* (I); *Lucius Postumius Albinus* (III) (por muerte del segundo, un *suffectus*: *Quintus Fabius Maximus Verrucosus* [III]).
214 a.C.	*Quintus Fabius Maximus Verrucosus* (IV); *Marcus Claudius Marcellus* (II).
213 a.C.	*Quintus Fabius Maximus* (hijo); *Tiberius Sempronius Gracchus* (II).
213 a.C.	*Caius Claudius Centho* (*dictator*); *Quintus Fulvius Flaccus* (*magister equitum*).
212 a.C.	*Quintus Fulvius Flaccus* (III); *Appius Claudius Pulcher*.
211 a.C.	*Cnaeus Fulvius Centumalus Maximus*; *Publius Sulpicius Galba Maximus* (I).
210 a.C.	*Marcus Claudius Marcellus* (III); *Marcus Valerius Laevinus*.
210 a.C.	*Quintus Fulvius Flaccus* (*dictator*); *Publius Licinius Crassus Dives* (*magister equitum*).
209 a.C.	*Quintus Fabius Maximus Verrucosus* (V); *Quintus Fulvius Flaccus* (IV).
208 a.C.	*Marcus Claudius Marcellus* (IV); *Titus Quinctius Crispinus*.
208 a.C.	*Titus Manlius Torquatus* (*dictator*); *Caius Servilius* (luego llamado también *Geminus*) (*magister equitum*).
207 a.C.	*Caius Claudius Nero*; *Marcus Livius* (luego llamado también *Salinator*) (II).
207 a.C.	*Marcus Livius Salinator* (*dictator*); *Quintus Caecilius Metellus* (*magister equitum*).
206 a.C.	*Quintus Caecilius Metellus*; *Lucius Veturius Philo*.
205 a.C.	*Publius Cornelius Scipio* (luego llamado también *Africanus*) (I); *Publius Licinius Crassus Dives*.
205 a.C.	*Quintus Caecilius Metellus* (*dictator*); *Lucius Veturius Philo* (*magister equitum*).
204 a.C.	*Marcus Cornelius Cethegus*; *Publius Sempronius Tuditanus*.
203 a.C.	*Cnaeus Servilius Caepio*; *Caius Servilius Geminus*.
203 a.C.	*Publius Sulpicius Galba Maximus* (*dictator*); *Marcus Servilius Pulex Geminus* (*magister equitum*).
202 a.C.	*Tiberius Claudius Nero*; *Marcus Servilius Pulex Geminus*.
202 a.C.	*Caius Servilius* (luego llamado también *Geminus*) (*dictator*); *Publius Aelius Paetus* (*magister equitum*).
201 a.C.	*Cnaeus Cornelius Lentulus*; *Publius Aelius Paetus*.

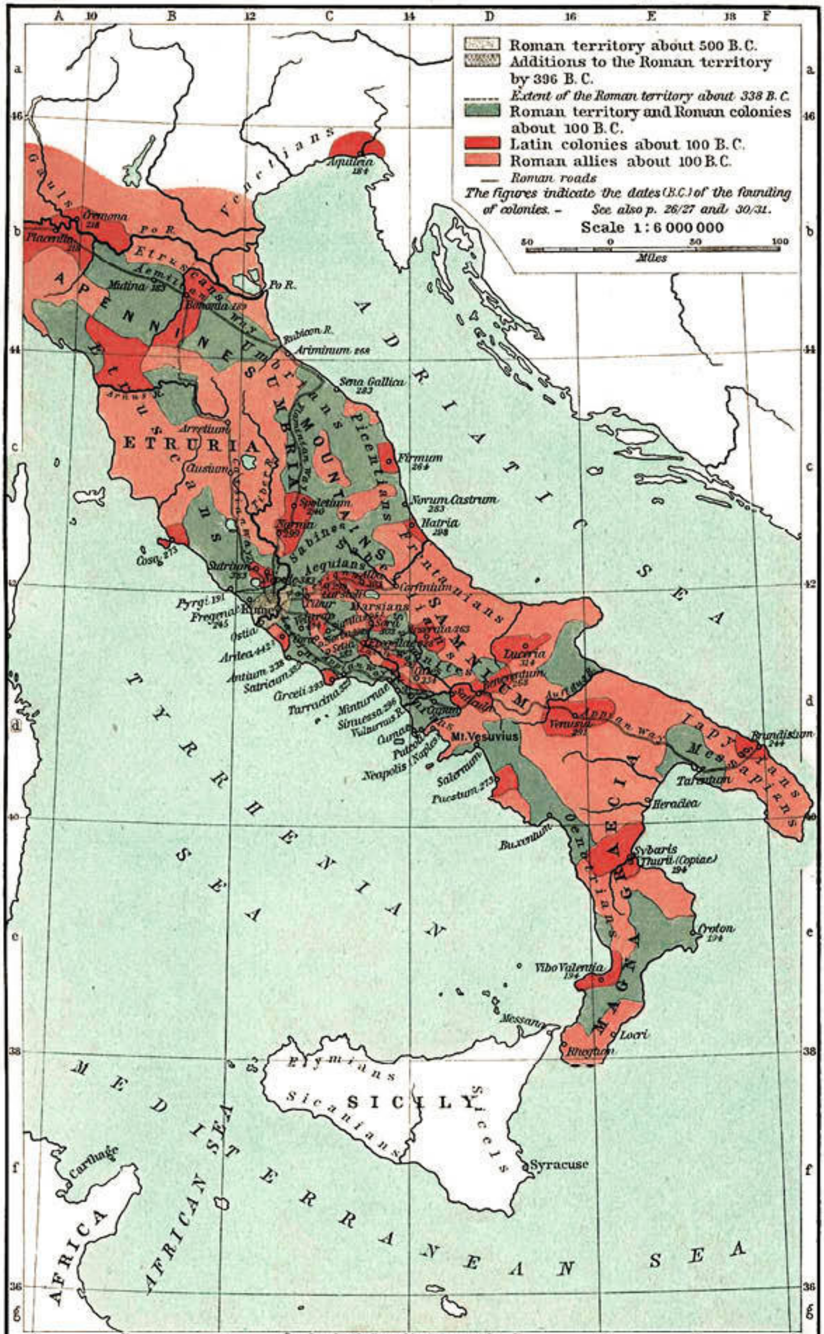
III

La Guerra de los Aliados (91-89/87 a.C.)

Luis Amela Valverde

INTRODUCCIÓN

A comienzos del siglo I a.C., cuando la expansión romana era ya imparable y no parecía haber muchos enemigos externos que, a corto plazo, pudieran poner coto a las ambiciones de Estado romano, a las puertas de su casa le surgió uno muy grave e importante. Efectivamente, los pueblos itálicos, tan trabajosamente sometidos por los romanos en los siglos anteriores, una vez comprobada y aceptada la premisa de que ya nunca podrían librarse de su dominación, aplicando aquello de que «si no puedes vencerlos, únete a ellos», solicitaron al Senado romano que les fuera concedida la ciudadanía romana, en igualdad de condiciones con otros que ya ostentaban previamente tal categoría jurídica. En la mente de los itálicos, ya que contribuían con sus impuestos y su esfuerzo militar a la grandeza de Roma, era justo que ella los retribuyera con la ciudadanía, en una época en que, a diferencia de los tiempos posteriores del Imperio, ser ciudadano romano daba acceso a unos derechos políticos que le permitían influir (cada vez menos) en la vida política de la Vrbs. Roma, con egoismo y ceguera política, trató de negarse, lo que provocaría una dura guerra donde el premio era, para los que la promovieron, ingresar de pleno derecho en la sociedad política de sus adversarios: luchar por ser como el enemigo.


Roman territory about 500 B.C.
Additions to the Roman territory by 396 B.C.
Extent of the Roman territory about 338 B.C.
Roman territory and Roman colonies about 100 B.C.
Latin colonies about 100 B.C.
Roman allies about 100 B.C.
Roman roads
The figures indicate the dates (B.C.) of the founding of colonies. – See also p. 26/27 and 30/31.
Scale 1:6 000 000
Miles
ADRIATIC SEA
TYRRHENIAN SEA
MEDITERRANEAN SEA
AFRICAN SEA
ETRURIA
SAMNIUM
SICILY
AFRICA
APENNINES
Carthage
Syracuse
Messana
Rhegium
Locri
Croton 194
Vibo Valentia 194
Sybaris
Thurii (Copiae) 194
Heraclea
Tarentum
Brundisium 244
Venusia 291
Luceria 314
Beneventum 268
Mt. Vesuvius
Neapolis (Naples)
Puteoli
Cumae
Salernum
Paestum 273
Buxentum
Ostia
Rome
Antium 338
Ardea 442
Circeii 393
Tarracina 329
Minturnae 296
Sinuessa 296
Pyrgi 191
Fregenae 245
Cosa 273
Sutrium 383
Arretium
Clusium
Spoletium 240
Narnia 299
Firmum 264
Castrum Novum 283
Hatria 289
Ariminum 268
Sena Gallica 283
Rubicon R.
Bononia 189
Mutina 183
Placentia 218
Cremona 218
Aquileia 184
Po R.
Arnus R.
Tiber R.
Volturnus R.
Aemilian Way
Flaminian Way
Appian Way
Cassian Way
Gauls
Venetians
Etruscans
Umbrians
Umbria
Picentians
Sabines
Aequians
Marsians
Frentanians
Lucania
Apulians
Messapians
Bruttians
Magna Graecia
Elymians
Sicanians
Sicels
Longitude East 14 of Greenwich

Mapa de Italia alrededor del año 100 a.C., con la distribución en Italia de territorio itálico, latino y romano (William R. Shepherd) (Perry-Castañeda Library Map Collection - The University of Texas at Austin).

La Guerra de los Aliados (Bellum Sociale, de aquí que se haya traducido un poco de manera equívoca como Guerra Social), también llamada Guerra Itálica (Bellum Italicum) o Guerra Márgica (Bellum Marsicum), fue un conflicto militar que enfrentó a la República romana con sus aliados (socii) de Italia entre los años 91 y 87 a.C., aunque los combates prácticamente cesaron a finales del año 89 a.C. (de aquí que esta última fecha se dé por muchos investigadores como el fin del conflicto). Llevó a Roma prácticamente casi al abismo, pero fue la política, más que las armas, la que salvó a la Vrbs eterna. La victoria significó la hegemonía total romana sobre Italia.

Si bien de iure no fue una guerra civil, de facto sí lo era, puesto que los bandos ahora enfrentados habían compartido alegrías y sufrimientos durante decenios, por lo que las líneas de separación no están del todo claras. Un caso bien documentado es el del hirpino Minacio Magio, antepasado del historiador Veleyo Patérculo, que, si bien su tribu engrosó las listas de los itálicos sublevados, Magio formó una legión de «lealistas» a favor de Roma.

El futuro célebre orador Marco Tulio Cicerón (cos. 63 a.C.) fue testigo de una conferencia entre el general romano Cneo Pompeyo Estrabón (cos. 89 a.C.) y el líder marso Publio Vetio Escatón, que tenían lazos de hospitalidad anteriores. Escatón preguntó al hermano de Estrabón, Sexto Pompeyo, que también estaba presente, cómo debía llamarlo, y recibió como respuesta: «huésped por sentimiento, enemigo por necesidad». La anécdota no es evidencia del deseo resiliente de los itálicos de integrarse en el cuerpo de ciudadanos romanos, sino de los fuertes lazos que existían entre sectores de las élites romana e itálica antes del estallido de la guerra.

CAUSAS DE LA GUERRA

Si bien las causas son variadas, el origen ha de buscarse en la exigencia de los aliados itálicos de obtener la ciudadanía romana, no sólo por el estatus y la influencia que conllevaba, sino también por el derecho a votar en las elecciones y en las leyes romanas. Creían que debían ser tratados por igual que los romanos, dado que habían formado conexiones culturales y lingüísticas con la civilización romana y habían sido sus leales aliados durante más de dos siglos. Más importante aún, la política de distribución de la tierra de los romanos (en concreto del ager publicus) había llevado a una gran desigualdad en la propiedad de la tierra y la riqueza.

Los romanos se opusieron enérgicamente a sus demandas y se negaron a otorgarles la ciudadanía, dejando así a los socii con menos derechos y privilegios que los primeros. Esta manera de proceder puede observarse en la Lex Licinia Mucia del año 95 a.C. que tenía como objetivo la expulsión de Roma y el regreso a sus respectivas ciudades de latinos e itálicos que se habían registrado fraudulentamente como ciudadanos romanos. Esta ley causó malestar general entre los socii y fue una de las razones por la que se inició la guerra.

La situación se intensificó en el año 91 a.C. El tribuno de la plebe Marco Livio Druso, entre otras medidas para regenerar el Estado, presentó un proyecto de ley que otorgaba la ciudadanía a los pueblos itálicos, pero no salió adelante, debido a la oposición de diversos grupos dispares, como, por ejemplo, la plebe romana, que temía perder sus privilegios, o como los terratenientes, que no deseaban entregar las tierras que habían ocupado de forma ilegal. Asimismo, muchos senadores temían que si se aprobaba tal disposición, el poder personal de Druso sería abrumador. No es de extrañar entonces que corrieran rumores de que los itálicos habían efectuado un juramento sagrado prometiendo lealtad únicamente a Druso, una versión del cual se conserva en Diodoro Sículo.

El juramento sagrado a Druso

«Juro por Júpiter Capitolino, por Vesta de Roma, por Marte su dios ancestral, por Sol el fundador de la raza, y por Tierra la bienhechora de los animales y las plantas, así como por los semidioses que fundaron Roma y por los héroes que han contribuido a aumentar su imperio, que consideraré a los amigos y enemigos de Druso como mis amigos y enemigos, y que no perdonaré ni la propiedad ni la vida de mis hijos o padres, excepto en beneficio de Druso y de aquellos que han tomado este juramento. Si me convierto en ciudadano por la ley de Druso, consideraré a Roma como mi país y a Druso como mi mayor benefactor»

Dionisio de Halicarnaso, Antigüedades romanas, 6, 95, 1-3.

Entre conjuras y conspiraciones, incluso hubo un complot con el objeto de asesinar a los cónsules romanos durante una feria en los Montes Albanos, que se frustró cuando el mismo Druso se enteró de la trama y lo denunció, sólo para ser luego acusado de complicidad en este asunto. El ambiente se fue caldeando hasta el punto de que los itálicos decidieron efectuar una demostración de fuerza: Quinto Popedio Silón, líder de los marsos y amigo personal de Druso, encabezó una marcha sobre Roma. Se encontraron con Cneo Domicio Enobarbo (cos. 96 a.C.), el pontífice máximo, quien los convenció de volver a sus hogares. Una vez de regreso en Roma, Enobarbo informó al Senado de la necesidad de tomar medidas rápidas para evitar el más que probable estallido de una guerra. No iba desencaminado.

Los itálicos empezaron preparativos secretos para un levantamiento

armado, incluido el intercambio de rehenes y la recolección de armas. El misterioso asesinato de Druso, no aclarado, supuso un duro golpe para la causa itálica, y fue la gota que colmó el vaso. Además, El asesinato fue seguido por un golpe de estado de la clase ecuestre, que hizo que el tribuno de la plebe Quinto Vario Híbrido propusiera una ley que enjuiciara a todos aquellos que habían trabajado en pos de los itálicos, superando luego el veto al que se oponían los demás tribunos mediante el uso por éste de la violencia.

La mayoría de los grupos involucrados en la revuelta eran tribus del centro y sur de Italia, básicamente el área al sureste de vía Flaminia entre Roma y Ariminum (la actual Rimini). Se encontraban involucradas un total de doce tribus, aunque las fuentes no coinciden en su identificación. Las más importantes, y las que llevaron la voz cantante, fueron los marsos (de aquí la denominación de «Guerra Mársica») y los samnitas; los otros grupos fueron: los vestinos, los pelignos, los marrucinos, los picentes, los frentanos, los hirpinos, los «pompeyanos», los «venusinos», los yapigios y los lucanos. La mayor parte de los etruscos, umbros y latinos no se unieron a la rebelión, aunque estaban al quite a la espera de cómo se desarrollaban los acontecimientos.

COMIENZAN LAS HOSTILIDADES

En el año 91 a.C., los itálicos tenían la capacidad de lanzar un ataque tremendamente contundente contra Roma, pero no estaban en condiciones de sostenerlo por mucho tiempo. Pero la guerra estalló antes de tiempo para unos y otros. Roma había enviado a varios magistrados a diversos puntos de Italia a recabar información de la situación sobre el terreno. El pretor Quinto Servilio fue informado de que la ciudad de Asculum (la actual Áscoli), en la región del Piceno, había enviado un rehén a otra comunidad, acudió a esta ciudad, que estaba celebrando un festival en ese momento. Su comportamiento combinó las amenazas con la arrogancia, lo que originó una respuesta violenta de sus habitantes: Servilio fue muerto en el acto, junto con su legado Fonteyo y, poco después, lo fueron todos los romanos que se encontraban en la ciudad y en las inmediaciones. Esta acción precipitó los acontecimientos, puesto que sin duda los rebeldes habían planeado atacar al comienzo de la temporada de campaña del año siguiente. Tal como estaban las cosas, la revuelta de Asculum provocó una declaración inmediata de hostilidades por parte de los picentinos y los marsos. El año estaba demasiado avanzado para efectuar una campaña en condiciones, por lo que Roma pudo reclutar y preparar tropas durante el invierno en lugar de ser sorprendida en marzo del año siguiente.

Los rebeldes se dividían en dos grupos, norte y sur; de aquí, que se dividiera la actividad militar en dos frentes, uno septentrional y otro meridional. En el norte, las tribus más pequeñas (picentes, pelignos, vestinos, marrucinos, frentanos) se agruparon en torno a los marsos. En el sur, los samnitas y lucanos, más homogéneos. Como cuartel general seleccionaron Corfinium (cerca de la actual Corfinio), probablemente debido a la importancia de su situación desde el punto de vista militar, situada junto al río Aternus (el actual Pescara), en tierras de los pelignos, y un centro conveniente para los cantones del norte. Itálica, como se redenominó, se convirtió en la sede del gobierno federal, una creación artificial, que

existía simplemente con fines militares y políticos, e iba a ser adornada con un nuevo y espacioso foro y la casa del senado, así como de otros edificios públicos de un estilo correspondiente a su grandeza prevista.

Denario de plata de los aliados itálicos, año 90 a.C. En el anverso aparece una cabeza laureada identificada con Italia, mientras que en el reverso figura un joven arrodillado junto al estandarte, sosteniendo un cerdo al que ocho soldados apuntan con sus espadas.

El ejecutivo central se modeló sergún el patrón romano. Había un Senado de 500 miembros, dos cónsules (uno de origen marso, el ya citado Silón, y otro samnita, Cayo Papio Mutilo) y doce pretores que ejercían un imperium completo. No conocemos cómo éstos fueron seleccionados (posiblemente uno por cada comunidad comprometida en la revuelta); tampoco sabemos qué relaciones precisamente mantuvieron entre sí las comunidades de los diversos grupos, ni cómo se constituyó el gobierno central. Sin duda el latín y el samnita (o mejor sus alfabetos) se usaron indistintamente para fines oficiales, como puede apreciarse en las emisiones monetales de los rebeldes, que siguieron la metrología romana, con series únicamente de denarios de plata (con una sola excepción, una acuñación áurea dedicada al rey póntico Mitrídates VI [120-63 a.C.]), de dos tipos: uno que imita a los denarios romanos y otro con una iconografía totalmente nueva, que refleja la ideología de

los rebeldes.

Desde el punto de vista geográfico, los rebeldes rodeaban Roma de noreste a sureste en un semicírculo alargado, ocupando la cordillera de los Apeninos y las llanuras del Bajo Adriático, la mayor parte del centro y sur de Italia. Unos pocos éxitos en Etruria y Campania completarían el círculo hasta el mar. Roma podía ser rodeada por tres lados a la vez por las fuerzas que salían a voluntad de los innumerables desfiladeros de sus bien defendidas montañas. Pero la acción de los itálicos se vio obstaculizada por las fieles fortalezas latinas, estratégicamente situadas en posiciones dominantes, cuya reducción y alivio proporcionaron a cada bando, respectivamente, el primer objetivo de esta guerra inconexa. De esta forma, casi de inmediato, los itálicos atacaron estos puntos: por ejemplo, Silón embistió a Alba Fucens (cerca de la actual Massa d'Albe), que parece que resistió durante todo el conflicto, ya que no hay noticias de su caída, al contrario que Aesernia (actual Isernia), que fue sitiada por Mutilo.

No existe evidencia concluyente que los itálicos planearan un ataque a Roma. Sin embargo, la posibilidad debió de parecer bastante realista al gobierno romano, que concentró un contingente considerable en la vía Valeria, que unía Roma con Corfinium, la capital de los aliados. Su estrategia parece haber consistido en extender la revuelta hasta las poblaciones más alejadas, con columnas móviles encargadas de apoderarse de las colonias más periféricas, como en Apulia, y de someter la ciudad de Roma a un férreo bloqueo, avanzando con sus ejércitos concéntricamente por las carreteras consulares del norte y del sur, sobre las vías Flaminia y Apia. La vía Valeria, que conectaba las capitales enemigas, se convirtió, junto con Campania, el Piceno y el Samnio, en uno de los principales teatros de operaciones. Probablemente, los itálicos trataron de aislar a Roma también de la costa tirrena, y para ello se apoderaron de diversas poblaciones, pero sin poder conquistar Neapolis (la actual Nápoles) ni impedir que la ciudad retuviera el control de la costa desde Roma a Cumae (la actual Cuma): Teanum Sidicinum (la actual Teano) en la vía Latina y Capua (la actual Santa Maria Capua Vetere) en la vía Apia quedaron en manos romanas, manteniendo así una solución de continuidad entre las mallas del dispositivo enemigo.

Por otro lado, la estrategia romana se centró en sobrevivir al primer ataque, al mismo tiempo que intentaba atraer a otras comunidades itálicas para que permanecieran leales o se abstuvieran de desertar, así como luego oponerse a la revuelta con tropas reclutadas tanto en las provincias como en los reinos clientes. Ha de tenerse en cuenta que, en principio, los socii itálicos formaban las fuerzas auxiliares de las legiones romanas, a las que podían unirse fuerzas procedentes del lugar de actuación. Por ello, ante la rebelión de sus antiguos camaradas, Roma reaccionó reclutando contingentes de fuera de la península italiana, teniendo constancia de fuerzas procedentes de la Galia Cisalpina, Hispania y África.

El peso del conflicto recayó en los cónsules del año 90 a. C., Lucio Julio César y Publio Rutilio Rufo. Entre sus legati, cinco para cada cónsul, conocidos por el listado que nos ha transmitido Apiano, sirvieron personajes de todos los matices políticos que existían en Roma, prueba de la importancia que se daba a este conflicto, que aparcó, al menos de manera temporal, las luchas internas entre las diversas facciones romanas. Por parte de Rutilio, se encontraban: Cneo Pompeyo Estrabón (cos. 89 a.C.), padre del triunviro Cneo Pompeyo Magno (cos. I 70 a.C.); Quinto Servilio Cepión (pr. 91 a.C.), padre de Servilia, la amante de Cayo Julio César (cos. I 59 a.C.); Cayo Perperna (pr. ca. 91 a.C.); Cayo Mario (cos. I 107 a.C.), el vencedor del Bellum Iugurthinum y el Bellum Cimbricum; y Marco Valerio Mesala. Por el lado de César: Publio Cornelio Lentulo; Tito Didio (cos. 98 a.C.); Publio Licinio Craso (cos. 97 a.C.), padre del triunviro Marco Licinio Craso (cos. I 70 a.C.); Quinto Lutacio Cátulo (cos. 102 a.C.); Lucio Cornelio Sila (cos. I 88 a.C.), el futuro dictador; y Marco Claudio Marcelo.

César tuvo a su cargo el frente meridional, mientras que Rufo operó en el septentrional. Por desgracia, la parquedad de las fuentes no permite conocer a ciencia cierta si las fuerzas que dirigían los subalternos tanto romanos como itálicos formaban parte del contingente de la fuerza principal o eran unidades independientes. Posiblemente, hubo un poco de todo. Parece evidente que Pompeyo Estrabón actuó de manera autónoma en la región del Piceno.

En cuanto a las acciones militares llevadas a cabo en el año 90 a.C., empezaremos por el frente meridional. En un intento de aliviar a

Aesernia por la antigua ruta del río Volturnus (el actual Volturno), César fue derrotado por Escatón y obligado a retroceder con la pérdida de 2.000 hombres. A ello hay que sumar la caída de Venafrum (la actual Venafro), en su retaguardia, a traición, a manos de Egnacio, donde fueron masacradas las dos cohortes que se hallaban de guarnición. Peor aún fue que César fuera derrotado por Egnacio en una emboscada en el Mons Tifernus (el actual Matese), causando fuertes pérdidas (8.000 de sus 30.000 soldados), obligando al cónsul romano a una precipitada retirada a Teanum Sidicinum, donde reconstruyó sus fuerzas y recibió importantes refuerzos. Mientras, el lucano Marco Lamponio derrotó a las fuerzas mandadas por Craso y las persiguió hasta Grumentum (la actual Grumento Nova).

Sea como fuere, el fracaso de César selló la suerte de Aesernia. Un éxito importante de los rebeldes fue la caída de esta ciudad a finales del año 90 a.C., después de una obstinada resistencia, aliviada por un momento por una hazaña del audaz y sutil Sila. Aquí, los dos responsables de la defensa, probablemente presionados por la población, tuvieron que huir disfrazados de esclavos, obligando a la guarnición a rendirse por inanición.

En Campania, Mutilo pudo presumir de la conquista de Nola (la actual Nola), aunque gracias a un traidor que le abrió las puertas; incluso logró convencer, por las buenas o por las malas, a los 2.000 romanos en la guarnición para que lucharan por él, incluso cuando los comandantes, que se negaron con desdén, fueron encadenados y dejados morir de hambre, entre ellos el pretor Lucio Postumio. También tomó Stabiae (cerca de la actual Castellammare di Stabia) y Salernum (la actual Salerno), alistando también aquí soldados romanos e incluso esclavos. Entusiasmado por su éxito, Mutilo se adentró en el territorio de Nuceria (actual Nocera Inferiore), arrasando la campiña, y bastó su acción para inducir a los pueblos cercanos, a abastecerle de contingentes. De esta manera, aumentaron las fuerzas de la confederación y disminuyeron las de los romanos, que se vieron obligados a defender también Acerrae (la actual Acerra), cuando César, alarmado por este repentino colapso, avanzó para evitar la caída de Capua, lo que completaría el círculo que cortaría la capital desde el sur. En el ínterin, el asculano Cayo Vidacilio se apoderó de numerosas poblaciones, entre ellas de

Canusium (la actual Canosa di Puglia) y Venusia (la actual Venosa).

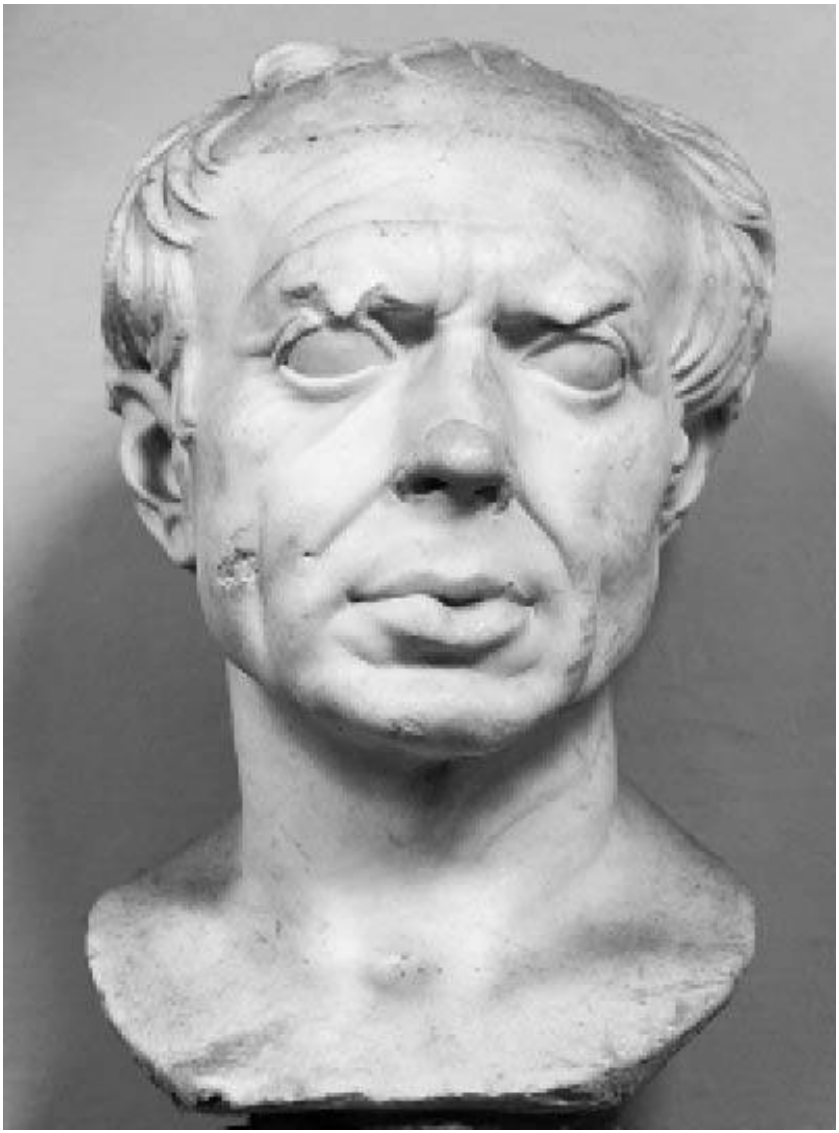
Las dificultades por las que pasaba César llevaron a Mutilo a atacar su campamento, pero, cuando el comandante itálico logró echar abajo parte de la empalizada, el cónsul dejó salir a la caballería por las otras puertas y los atacó por la retaguardia, por lo que Mutilo se vio obligado a retirarse, dejando 6.000 muertos en el campo. Esto proporcionó a Roma sus primeras buenas noticias desde el estallido de la guerra. No obstante, César no pudo mantener la presión sobre el enemigo y tuvo que replegarse hacia el Volturnus (actual Volturno), mientras que Mutilo pudo continuar el asedio de Acerrae, aunque sin éxito.

Denario de plata de los aliados itálicos acuñado posiblemente en Campania, año 90 a.C. En el anverso figura una representación del dios Baco mientras en el reverso un toro cornea a una loba.

En el frente septentrional, la prioridad natural de los romanos era socorrer a Alba Fucens y, naturalmente, castigar a Asculum. Un avance rápido y decisivo hacia ambos objetivos habría creado una poderosa impresión y despejado el terreno en las cercanías de la capital. En consecuencia, el cónsul Lupo tomó la ofensiva y marchó hacia Alba Fucens a lo largo de la vía Valeria, para enfrentarse contra uno de los pueblos más fieros de la Península, los marsos, de los que Apiano recuerda la noticia de que «existía hasta aquel

entonces un dicho de que no había triunfo sobre los marsos ni sin los marsos».

Lupo tenía entre sus legados al experimentado Mario. Éste aconsejó a Lupo que efectuara una guerra a la defensiva, pero él y Lupo pronto discreparon sobre la estrategia. Mario quería pasar más tiempo haciendo escaramuzas para acostumbrar a los soldados a la guerra, mientras que Lupo quería llevar de manera inmediata la guerra a los marsos. Su avance fue detenido por la derrota de su legado Cayo Perperna (pr. ca. 91 a.C.) que, al mando de dos legiones, perdió 4.000 de sus 10.000 hombres por obra de Publio Presenteyo, por lo que fue relevado y sus tropas supervivientes puestas bajo el mando de Mario. Lupo dirigió su ejército hacia el enemigo en el río Tolenus (actual Turano, afluente del Velino), entre Tibur (actual Tivoli) y Alba Fucens. Dividió su ejército en dos, una parte dirigida por él mismo y la otra por Mario. Ambos grupos acamparon a cierta distancia uno del otro, y cada uno por separado construyío un puente sobre el río sin oposición.



Supuesto retrato de C. Mario. Debido a muchos detalles que este busto tiene en común con el llamado «Sila» (proporciones, boca abierta, ojos grandes), se ha sugerido que ambas estatuas fueron concebidas y expuestas juntas.

El comandante itálico, Escatón, plantó su campamento entre los dos ejércitos romanos pero en la orilla opuesta. Parecía haber reunido la mayor parte de su fuerza para enfrentarse a Mario, pero de hecho había apartado en secreto a la mayoría de sus hombres durante la noche para desplegarlos en los barrancos cercanos al puente construido por Lupo. Cuando Lupo cruzó el río en la mañana del 11 de junio, sus tropas fueron atacadas en una emboscada y conducidas hacia el río. Perdió 8.000 de sus hombres. El propio Lupo fue alcanzado en la cabeza por un proyectil y herido de muerte, cumpliendo una profecía de que los marsos le darían muerte mientras era cónsul.

Los campamentos romanos estaban lo suficientemente separados como para que Mario no se diera cuenta de que Lupo había sido derrotado hasta que sus hombres le informaron de cuerpos romanos flotando río abajo. El veterano comandante comprendió de inmediato la situación y condujo a su ejército a través de su puente. Como era de esperar, sólo encontraron simples piquetes y, apartándolos fácilmente, se dirigió directamente hacia el campamento de Escatón, que fue capturado. Esto fue un pequeño consuelo, pero la captura de éste significó que Mario había establecido un punto de apoyo seguro sobre el río, mientras que Escatón había perdido su base de suministros. Como resultado, Escatón se vio obligado a acampar en el campo de batalla durante la noche. Luego, en parte porque carecía de suministros y en parte porque los romanos bajo el mando de Cepión habían derrotado a los pelignos más al este, Escatón se sintió incapaz de continuar su marcha victoriosa y, en consecuencia, hizo retroceder al ejército que había estado amenazando a Roma. El cónsul superviviente, César, tenía sus propios problemas, no pudo regresar a Roma para supervisar las elecciones de un nuevo cónsul para reemplazar a Lupo.

Ante tal tesitura, el Senado decidió confiar el mando de las fuerzas de Lupo a Mario y a Cepión, lo que disgustó sobremanera al gran héroe romano, que esperaba que éste recayera únicamente en su persona. Las tropas se dividieron entre ambos, lo que resultó a la postre una decisión errónea, ya que Mario se negó a cooperar con Cepión. Éste decidió adentrarse en territorio marso, con funestas consecuencias. El general marso Silón, enemigo personal de Cepión,

se presentó en su campamento como un desertor, y de una manera que no se entiende, engañó a éste de tal forma que lo llevó a una emboscada en la que el ejército romano fue masacrado; incluso se llegó a decir que el propio Silón dio muerte personalmente a Cepión.

El triunfo en el Tolenus fue de tal magnitud que recientemente se ha encontrado un monumento en Poggio Cinolfo, en Carsoli, del que se han conservado dos bloques, en el que figura un trofeo con una inscripción en osco que parece celebrar esta victoria. Uno de los pocos testimonios, junto con las monedas, contemporáneos de los aliados itálicos.

La muerte de Cepión

«No hubo sucesor de Rutilio para el resto del año, pues Sexto César no tuvo tiempo de acudir a Roma para los comicios. Y el Senado decretó que Cayo Mario y Quinto Cepión asumieran el mando del ejército de aquél. Quinto Popedio, el general que se oponía a Cepión, se pasó a éste como si fuera un desertor y le dio como rehenes a dos niños esclavos que llevaba consigo, revestidos con una túnica de bordes teñidos de color púrpura, como si se trataran de sus propios hijos. En prueba de mayor garantía llevaba, además, unos panes de plomo recubiertos de oro y plata. Solicitó que Cepión le siguiera a toda prisa con el ejército a fin de apoderarse de su propio campamento, mientras estaba huérfano de un jefe. Y Cepión, plenamente convencido, le siguió. Cuando Popedio estuvo cerca de la emboscada que había preparado, corrió hacia una colina como para vigilar a los enemigos y les dio la señal a sus hombres. Éstos salieron de su escondite y. mataron a Cepión junto con muchos de los suyos. Y el Senado asignó a Mario el resto del ejército de Cepión»

Apiano, Sobre la guerra civil, 1, 44.

Pero no todo eran alegrías en el bando márs ico. Mario y Sila decidieron retomar su fructífera sociedad, que había dado excelentes resultados en campañas anteriores, e Infligieron una aplastante derrota a los marsos, probablemente en las inmediaciones del lago Fucinus (actualmente desecado), justo en el corazón de su territorio. Este éxito tuvo un doble efecto: hizo inviable la posibilidad de un ataque itálico a Roma en el futuro previsible y creó una barrera entre los dos frentes (el corazón de los Apeninos y Campania) en los que el enemigo había concentrado sus fuerzas.

Sea como fuere, al acabar el año, Mario renunció al mando, posiblemente debido a diferencias políticas.

En el otro escenario del frente septentrional, el Piceno, el asesinato de un magistrado romano, que dio origen a la revuelta, había puesto a Asculum en el ojo del huracán. Durante el año 90 a.C. Roma había estado intentando con éxito desigual tomar la ciudad. Al estar en una colina en la intersección de dos ríos, no era fácil acercarse a Asculum, y el comandante itálico era un soldado comprometido e inteligente llamado Vidacilio. Su opositor romano fue Estrabón, que había avanzado hacia el Piceno, pero fue derrotado en el Mons Falernus por una coalición de picentes, vestinos y marsos, por lo que se vio obligado a retirarse a la ciudad de Firmum Picenum (actual Fermo) mientras esperaba refuerzos. Aquí fue sitiado por Tito Lafrenio, lo que fue aprovechado por Vidacilio para dirigirse a Apulia. Afortunadamente para Estrabón, le llegaron los esperados refuerzos dirigidos por César, que cogieron por la retaguardia a los sitiadores, que fueron duramente derrotados y se vieron obligados a retirarse a la propia Asculum, con la pérdida incluida de su líder, Lafrenio. Fue la primera victoria genuina de la guerra y ayudó a restaurar un poco la confianza en Roma. Fue en este momento cuando comenzó en serio el asedio de Asculum.

Los acontecimientos militares del primer año indicaban que difícilmente los itálicos podrían alcanzar la victoria, pero el panorama podía complicarse por dos acontecimientos de naturaleza opuesta. Sectores de etruscos y umbros, que hasta ese momento se habían negado a tomar medidas contra Roma, comenzaron a

preparar una revuelta. Es imposible conocer si hubo un cambio de opinión de aquellos que hasta ese momento habían mantenido su lealtad a Roma, o si prevalecieron nuevos sectores de esas comunidades. El alcance de este levantamiento tampoco está claro. Las consecuencias de la apertura de un nuevo frente probablemente habrían sido difíciles de controlar para Roma; la élite política romana respondió enviando un contingente de libertos a la costa del Tirreno y, lo que es más importante, redactando un proyecto de ley que otorgaba la ciudadanía romana a los itálicos que habían mantenido su lealtad.

La Lex Iulia de civitates latinis et sociis danda, presentada por el cónsul César a finales del año 90 a.C., otorgaba la ciudadanía romana a los habitantes de las ciudades itálicas que no habían tomado las armas contra Roma, lo que benefició principalmente a las colonias latinas. Asimismo, se autorizó a los comandantes romanos a otorgar este privilegio a ciertos individuos a través de la Lex Calpurnia. Hubo ciertas excepciones: al menos dos comunidades, ambas de origen griego, Neapolis y Heraclea (cerca de la actual Policoro), se negaron a integrarse en el sistema y optaron por mantener su estatus independiente.

Esta legislación cumplió con las expectativas de los aliados que todavía militaban en el campo romano y fue suficiente para resolver la crisis en Etruria. También tuvo el efecto de sacudir la determinación de algunos sectores de la coalición itálica.

Unos meses más tarde, a principios del año 89 a.C., las disposiciones de la Lex Iulia se integraron en una Lex Plautia Papiria de Civitate Socii Danda, que ampliaba la posibilidad de obtener la ciudadanía a toda persona física itálica domiciliada en Italia que se presentara personalmente ante el pretor urbano en el plazo de sesenta días. Esto no puso fin a la guerra de golpe, pero le quitó el corazón a la rebelión y separó a los rebeldes cuya ambición era destruir Roma de los que querían la asimilación. Hubo contactos entre etruscos, umbros y miembros de la coalición itálica cuando estaba a punto de abrirse un tercer frente, y se les envió apoyo por parte de los marsos con vistas a unir fuerzas y lanzar un contraataque, antes de que les llegara la noticia de su realineamiento con Roma.

Otra ley fruto de las circunstancias fue la Lex Pompeia de Transpadanis, impulsada por Estrabón en el año 89 a.C., año en que ocupó el consulado gracias a sus éxitos en el Piceno, que premiaba la fidelidad de las poblaciones de la Galia Cisalpina, de tal modo que se otorgó el derecho latino a las comunidades locales al norte del río Padus (actual Po), y posiblemente algunas comunidades de Liguria al sur de este río, a lo largo de su curso occidental. A partir de este momento, las pequeñas tribus dependieron de las ciudades. Esta diferencia de estatuto con el resto de Italia hará que a finales de la década de los años 80 a.C. Sila como dictador organizara la provincia de la Galia Cisalpina desde un punto de vista administrativo.

Pero, mientras tanto, la guerra continuó. Los itálicos, cuando no conocían todavía el cambio de actitud de los etruscos, decidieron enviar en apoyo de éstos un ejército de 15.000 hombres a principios del año 89 a.C., en pleno invierno, cruzando los Apeninos, por un camino intransitable. Por desgracia para ellos, Estrabón descubrió la maniobra, y dejando a un tal Cayo Bebio a cargo del asedio de Asculum, interceptó a este ejército, al cual causó 5.000 muertos, obligando al resto a regresar a sus casas en una marcha desesperada, en territorio inhóspito, que forzó a los soldados a alimentarse de bellotas, por lo que la mayor parte perecieron.

Por otro lado, el nuevo cónsul, Cayo Porcio Catón, el colega de Estrabón, que había tomado el mando del contingente romano de Mario y en principio del frente meridional, infligió a los marsos una gran derrota en las inmediaciones del lago Fucinus, pero él mismo pereció al asaltar el campamento enemigo; se dice que fue asesinado por Cayo Mario el Joven (cos. 82 a.C.), el hijo de Mario, debido a que Catón se había jactado de que sus logros eran superiores a los del viejo Mario. Un proyectil de honda con una inscripción en lengua véneta que menciona a un tal Floro Decio da fe de la presencia de tropas vénetas en esta batalla.

Estrabón lo vengó, obteniendo la rendición de los marsos y sus aliados, los marrucinos, los pelignos y los vestinos. Corfinium, la capital enemiga, no tardó mucho en caer. Más problemático es situar estos eventos antes o después de la caída de Asculum.

Por otro lado, el pretor Cayo Cosconio actuó de manera brillante en

Apulia, en el Bajo Ofanto, tomando Salapia (cerca de la actual Cerignola) y Cannae (la actual Canne della Battaglia) y poniendo sitio a Canusium. Aquí fue amenazado por la espalda por un ejército de socorro samnita dirigido por el samnita Trebacio, quien lo obligó a retirarse a Cannae después de una batalla acalorada y equilibrada. El líder itálico siguió manteniéndose presionando a los romanos, empujando a Cosconio a efectuar una mayor retirada, pero entonces el general romano logró revertir la situación atacando al enemigo mientras cruzaba un río y obligándolo a refugiarse en Canusium, causándole 15.000 muertos. De esta forma Cosconio pudo continuar imperturbable sus operaciones en los territorios de los rebeldes más meridionales, sometiendo gran número de comunidades, entre ellos a la tribu de los pediculos.

En Lucania, el legado Aulo Gabinio, que había logrado reconquistar numerosas plazas fuertes, cayó muerto durante el asalto a un campamento. Una tradición, relatada por Livio y Floro, también menciona las victorias de un tal Carbón, quizás Cneo Papirio Carbón (cos. I 85 a.C.), el famoso líder popular del Cinnanus tempus.

Glande o proyectil de honda de plomo procedente de Ásculo, Asculum, (Italia). Utilizado durante el asedio a esta ciudad (año 89 a.C.), la inscripción se refiere a la ciudad de origen de los honderos

romanos.

Pero la ciudad de Asculum demostró ser un objetivo más resistente y su asedio no terminó hasta finales de otoño. Los numerosos proyectiles de honda recuperados en la zona dan cuenta de la dura lucha que se llevó a cabo entre ambos bandos. Como respuesta al sitio romano de Estrabón, Vidacilio respondió reuniendo ocho cohortes de infantería. Envió mensajeros por delante de su avance advirtiendo a los habitantes de la ciudad que se preparasen para salir contra los romanos tan pronto como vieran que sus fuerzas se acercaban a la retaguardia romana. Sin embargo, parecía que ahora había un elemento pro-romano en la ciudad, y esto impidió que la gente se uniera a Vidacilio cuando éste atacó. Se dice que el líder itálico tenía una fuerza de 60.000 soldados, una cifra que debe considerarse con escepticismo como la de 75.000 hombres para los romanos. Incluso sin el apoyo de la gente de Asculum, Vidacilio luchó a través de las líneas romanas hasta alcanzar la ciudad. Estrabón derrotó a los aliados concentrados en una gran y sangrienta batalla, con una pérdida de 21.000 muertos o capturados. Ésta, la mayor batalla y quizás el verdadero punto de inflexión de la guerra, decidió el destino de Asculum.

EL PRINCIPIO DEL FIN DE LA GUERRA

Vidacilio castigó a los habitantes de Asculum por su falta de apoyo y ejecutó a los que consideró responsables. Más tarde, Vidacilio se dio cuenta de que la defensa de la ciudad no podía sostenerse. Después de un festín con sus amigos, se suicidó con veneno, lo que fue alabado por sus compañeros, pero nadie le imitó; poco después la ciudad se rindió a Estrabón, en noviembre del año 89 a.C. La victoria le valió al cónsul un triunfo al mes siguiente. Los prisioneros de Asculum fueron exhibidos durante la procesión, junto con el botín recogido por el vencedor: entre ellos estaba el joven hijo de un líder local de la revuelta, Publio Ventidio Baso (cos. suff. 43 a.C.), quien tuvo el privilegio, más de medio siglo después, en el año 38 a.C., en celebrar su propio triunfo, en su caso, sobre los partos.

Placa de bronce hallada en Roma en la que el cónsul Cneo. Pompeyo Estrabón recompensaba a una unidad de caballería procedente del valle del Ebro, la Turma Sallutana, con la ciudadanía romana por su valor durante el sitio de Asculum.

Éste fue un gran revés para la causa itálica y alentó más deserciones a favor del bando romano. A destacar que tras la caída de Asculum, una unidad de caballería hispánica, la Turma Salluitana, recibió una serie de recompensas por su actuación, entre ellas la ciudadanía romana a título individual para sus miembros.

En cuanto al frente meridional, por llamarlo de alguna manera, Sila ocupó el lugar del fallecido Catón. La energía de Sila pronto recuperó la situación. Asistido por una fuerza naval a las órdenes de Aulo Postumio Albino (cos. 99 a.C.) y disfrutando de manos libres, invadió Campania; con la ayuda de Didio y el leal Magio, recuperó la mayor parte de las ciudades del territorio, entre ellas Stabiae (ruinas junto a Castellammare di Stabia, y que nunca recuperó el tamaño y el estatus de un centro urbano), Herculanum (ruinas de Herculano) y Pompeii (ruinas de Pompeya), e infligió una serie de duras derrotas a Lucio Cluencio, quien trató de socorrer a Pompeii y lo empujó, literalmente, hacia las murallas de Nola (hoy se llama igual), situada al noreste de Pompeii.

Según parece, en un principio la impaciencia de Sila le había jugado una mala pasada y fue derrotado por Cluencio, Éste, además, había recibido refuerzos, entre ellos un grupo de galos (lo que implica que el conflicto se estaba extendiendo como la pólvora). Un galo de enorme estatura se adelantaba de sus filas y retaba a un duelo personal a cualquier romano, hasta que un mauritano de pequeña envergadura le dio muerte, lo que ocasionó que el resto de los galos huyera en desbandada. Esto afectó a la línea formada por las tropas de Cluencio, lo que aprovechó Sila para lanzar sus tropas al ataque, provocando la derrota del ejército itálico, al que causó 3.000 muertos. Pero mucho peor fue la retirada de este último, que buscó refugio dentro de las murallas de Nola. La guarnición de la ciudad se limitó a abrir una sola puerta y la afluencia de fugitivos fue tan lenta que ofreció al general romano la oportunidad de masacrar a todos los que se agolpaban a su alrededor esperando su turno de entrada. Se dice que otros 20.000 aliados murieron bajo los muros, incluido el propio Cluencio, del que se dijo que había sido muerto por el propio Sila.

Los hombres de Sila lo aclamaron imperator en el mismo campo de

batalla, y también le concedieron la corona graminea, el honor militar romano más alto, otorgado por la valentía personal a un comandante que salva a un ejército entero, de la que sólo se conoce que se concedió únicamente a nueve personas (aunque al emperador Augusto [27 a.C.-14 d.C.] en realidad fue más bien de carácter simbólico por salvar a la República).

La personalidad de Sila quedó reflejada en la siguiente anécdota. Albino, mientras bloqueaba Pompeii, fue muerto por sus hombres a pedradas. Se desconoce las causas de esta acción, fuese porque éstas consideraban que su comandante tenía una actitud traicionera, los había ofendido, u otra razón cualquiera. Cuando la noticia de este hecho llegó a Sila, se negó a castigar a los asesinos, porque necesitaba a los hombres y supuso que Albino se lo había buscado, esperando que los soldados reclamaran su perdón luchando contra el enemigo.

«Casa del Laberinto» de Pompeii (Pompeya, Italia). Redecorada con nuevas pinturas tras la conquista de la ciudad en el año 89 a.C. muestra restos de los impactos de proyectiles de la época.

Tras su victoria sobre Cluencio, Sila volvió al sitio de Pompeii, a la cual, como ya hemos dicho, finalmente tomó, y en la que posteriormente fundó una colonia cuando fue dictador, Colonia Cornelia Veneria Pompeiana (80 a.C.), donde Cornelia hace alusión al nomen de Sila y Veneria a la diosa Venus, su divinidad protectora. Sea como fuere, no existe relación directa entre la conquista de la ciudad por Sila y el establecimiento de veteranos silanos en la ciudad.

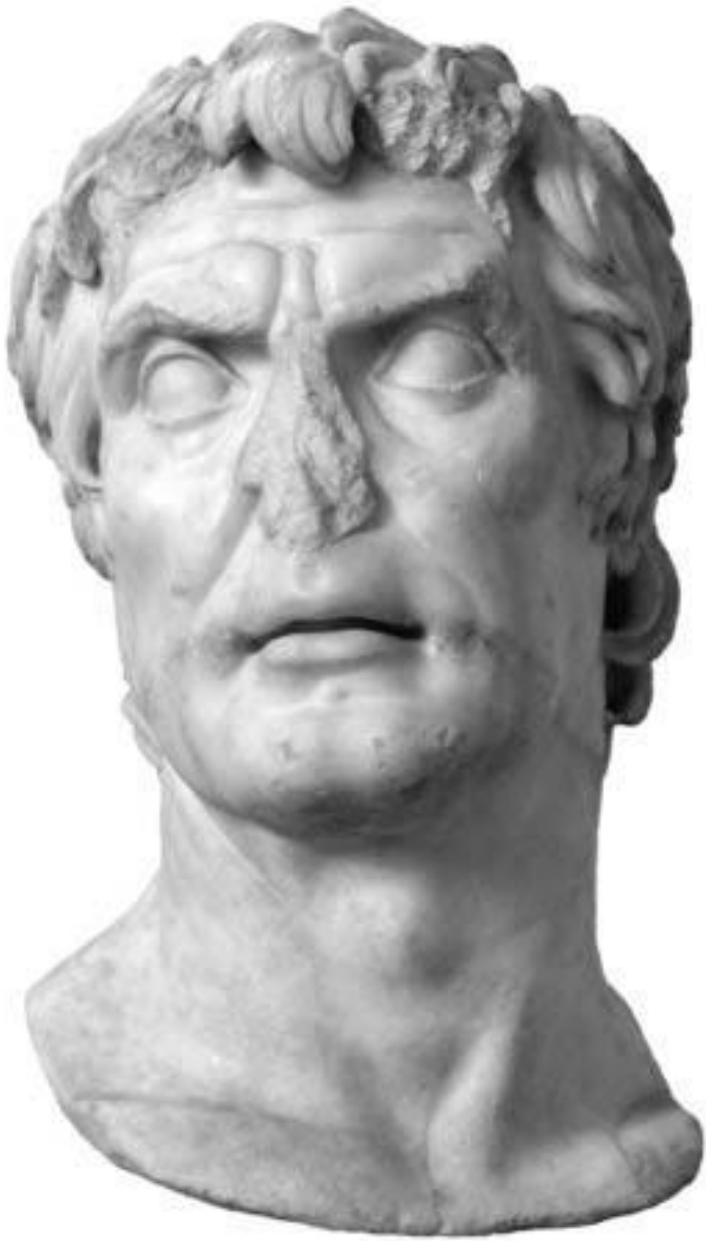
El sitio de Pompeii dejó huellas arqueológicas: el tramo norte de las murallas de la ciudad muestra las marcas del impacto de las balas de honda y las balas de balista más pesadas lanzadas por las tropas de Sila, y su impacto también es perceptible en residencias privadas como la Casa del Laberinto o la Casa de las Vestales. Incluso, en un momento dado la historiografía ha considerado que las autoridades de la ciudad organizaron de manera cuidadosa la defensa, planificando los movimientos de las tropas dentro de las murallas con un nivel considerable de sofisticación, cuyas instrucciones habrían quedado reflejadas en las denominadas «inscripciones eítuns», pero que en realidad no tiene nada que ver con el presente conflicto.

Pero la osadía de Sila no acabó aquí, ni mucho menos. Después de forzar la capitulación de todas las ciudades controladas por los rebeldes en Campania, con la excepción de Nola, Sila lanzó un ataque directo al centro de las tierras rebeldes, algo que nadie se hubiera esperado.

Sila apareció en Hirpinia, donde atacó Aeclanum (cerca de la actual Mirabella Eclano), la ciudad principal de los hirpinos, protegida por una simple valla de madera. Los hirpinos, que esperaban a los lucanos para que los ayudaran, pidieron tiempo para negociar, pero Sila sólo les concedió una hora, tras la cual colocó unos bultos cerca de la valla y le prendió fuego, obteniendo de inmediato la rendición de los habitantes. A continuación, Sila se convirtió en protagonista

del sometimiento de todas las plazas fuertes de Hirpinia, entre ellas Compsa (la actual Conza della Campania), a menudo con la única amenaza de atacar las murallas y saquear la ciudad; luego se trasladó a la región del Samnio, eludiendo el bloqueo de las vías de acceso que Mutilo, uno de los principales líderes samnitas, había colocado allí. Por lo tanto, Sila pudo descender en picado detrás del enemigo, exterminando sus fuerzas, obligando a Mutilo a refugiarse en Aesernia y capturando su campamento.

Sin embargo, el objetivo de Sila era Bovianum (actual Boiano), cerca de la fuente del río Tifernus (el actual Biferno), en el corazón de las montañas samnitas, elegida por los restantes rebeldes, tras el derrumbe de los marsos, como capital de la confederación en lugar de Corfinium, por sus robustas estructuras defensivas, basadas en tres fortalezas. Mientras Sila mantenía ocupada a una de ellas con el grueso de sus tropas, envió a otros soldados a conquistar al menos a una de las otras dos; según lo acordado, una señal de humo le avisó de la captura de una de las otras dos fortalezas, y una vez liberado su flanco, pudo asaltar sin impedimento alguno la fortaleza en la que había concentrado su ataque, que tomó en apenas tres horas. Ahora los samnitas ya no tenían ni siquiera salida al mar Adriático, lo que, de ser cierta la noticia proporcionada por Diodoro Sículo, les impedía recurrir al último aliado posible capaz de apoyarlos en su lucha: el rey del Ponto, Mitrídates VI Eupátor (120-63 a.C.), que en Asia se perfilaba como el próximo e inevitable antagonista de los romanos.



Supuesto retrato de Lucio Cornelio Sila, denominado «Sila». Se puede considerar la imagen «hermana» de la anteriormente expuesta de Mario.

Era ya finales de verano y Sila pensó que lo mejor era utilizar sus victorias para competir por el consulado, como ya había hecho Estrabón. Luego abandonó el frente para regresar a Roma y presentar su candidatura, como exigía la ley. Ni que decir tiene que logró el ansiado cargo, teniendo como colega a Quinto Pompeyo Rufo. Pero los samnitas no tenían intención de darse por vencidos. Tras la caída de Bovianum, trasladaron la capital de lo que quedaba de la confederación a Aesernia, reorganizando su ejército que, mediante nuevos reclutas, alcanzó los 30.000 hombres, confiados al marso Silón. Empezó a reclutar esclavos liberados, añadiendo así otros 20.000 de infantería y 1.000 jinetes. ¡Realmente, parecían estar de vuelta los días de las guerras samnitas!

Para el año 88 a.C., el frente residual ya era el sur, que estaba encomendado a Mam. Emilio Lépido Liviano (cos. 77 a.C.), hermano del tribuno Druso, y a Quinto Cecilio Metelo Pío (cos. 80 a.C.), que sucedió a Cosconio. Sabemos aún menos sobre esta última fase de la guerra que sobre los dos años anteriores. Probablemente los romanos la consideraban un tema prácticamente finiquitado y la atención de los cronistas estaba ya atraída por los acontecimientos orientales. Tenemos que conformarnos con pocas y escasas noticias, que también pueden indicar un reflujo progresivo de las operaciones militares. Conocemos al menos que Metelo Pío venció a los yapigios y se apoderó de la colonia latina de Venusia, que se había pasado a los insurgentes, mientras que Liviano derrotaba a Silón en batalla campal, causándole 6.000 bajas. Por otro lado, Sila, antes de partir hacia Oriente para enfrentarse en la Primera Guerra Mitridática (89-85 a.C.) al citado Mitrídates VI, parece que pudo apoderarse de Aesernia, que en tiempos del geógrafo Estrabón, en el cambio de Era, estaba completamente abandonada. En cambio, Silón, antes de perecer en la toma de Teanum Apulum (actual San Paolo di Civitate), había recuperado Bovianum.

A estas alturas, los samnitas, después de perder el control primero del Samnio y luego de Lucania y Apulia, conservaron solo el de

Brucio. El último recurso de algunos de los líderes supervivientes, como Marco Lamponio y Tiberio Clepicio, fue ocupar Sicilia, a la que pretendían llegar para reanudar la lucha desde posiciones seguras, rememorando de alguna manera las guerras serviles que habían sacudido no mucho ha la isla. Para ello intentaron ocupar Rhegium (actual Reggio di Calabria), pero el pretor de Sicilia, Cayo Norbano (cos. 83 a.C.), les salió al paso y los rechazó. Este evento ocurrió en el año 87 a.C.

Denario serrado de plata acuñado en una ceca de Roma en el año 68 a.C. Es una emisión monetaria que conmemora la «reconciliación» entre Italia y Roma.

Después de eso, ya no tenemos noticias de hechos militares relevantes que no se confundan con la segunda fase de la Primera Guerra Civil (88-81 a.C.) entre marianistas y silanos, en la que el último de los intransigentes, el samnita Poncio Telesino, junto con el incansable Lamponio, morirá justo frente a las murallas de Roma, en la batalla de la Porta Collina (82 a.C.). Precisamente, aprovechando las luchas internas que estallaron en la ciudad con más fuerza que antes, y la amenaza de Oriente representada por Mitrídates VI, la guerra de guerrillas fue probablemente el único recurso que les quedaba a los itálicos más recalcitrantes en dar la batalla.

Parece ser que tras la casi aniquilación de la confederación a finales del año 89 a.C. asistimos a un nacionalismo revivido en el Samnio, centrado en su nueva capital, Aesernia, opuesto al gobierno romano y que jugó su propio papel entre las partes en conflicto; se trata de la entidad denominada Safinim que aparece en algunas de las monedas acuñadas en osco por los aliados. El apoyo que los samnitas prestaron a la facción popular (contra la optimate representada por Sila) en el año 87 a.C. ha servido para que algunos estudiosos consideren que el Samnio vivió bajo un régimen autónomo o semiindependiente durante el Cinnanum tempus, hasta que la victoria de Sila en el conflicto civil acabara con esta situación.

Pueden señalarse numerosas consecuencias de la Guerra de los Aliados, pero la principal fue la completa romanización de Italia. Los diferentes pueblos se integraron rápidamente en el mundo romano después de obtener la ciudadanía romana. Sus propios idiomas y culturas se extinguieron en el proceso, y el término «romano» pasó a referirse a todos los habitantes de Italia.

IV

Quinto Sertorio. Una aventura en Hispania (82 a.C.-72 a.C.)

Emilio Campomanes Alvaredo

INTRODUCCIÓN. UNA ÉPOCA TURBULENTA

La espectacular expansión de Roma durante el siglo II a.C. fue origen de enormes tensiones sociales. De una parte, estaba el descontento de los pueblos itálicos y su estallido, que se puede consultar con más extensión en el capítulo III de este libro. De otra parte, las tensiones en Roma entre los grupos sociales menos favorecidos iban en aumento frente a la camarilla aristocrática que recogía los beneficios de la política expansionista, mientras que muchos ciudadanos debían engrosar las filas de las legiones a cambio de bien poco. El primer intento para resolver estos conflictos corresponde a los hermanos Graco (Tiberio Sempronio Graco y Cayo Sempronio Graco), cuyas reformas para recuperar el equilibrio social resultaron infructuosas.

Durante las décadas a caballo entre los siglos II y I a.C. se organizaron dos facciones políticas. Por un lado, la que recogía los intereses de los grupos conservadores senatoriales, los llamados «optimates», dirigida por Lucio Cornelio Sila. Enfrente estaban los «populares», con Cayo Mario a la cabeza, que defendían los intereses de grupos sociales menos favorecidos.

La figura de Mario define la historia romana en este periodo y permite explicar el auge de figuras como Sertorio. Mario se eleva desde una posición social de homo novus, es decir, sin un linaje antiguo, pero con mucho talento y habilidad política. Cosechará grandes victorias frente a bárbaros como cimbrios y teutones o bien contra el númida Yugurta en el norte de África. Su prestigio ganado en el campo de batalla le permitió abordar transformaciones de enorme calado, como los radicales cambios introducidos en el ejército, con grandes implicaciones sociales, a los que se sumarán una ansiada reforma agraria y otras concesiones.

La rivalidad política entre Mario y Sila supuso una escalada de tensión que llegaría hasta la guerra civil en la década de los años 80 a.C. Durante este enfrentamiento surgirían nuevos personajes en el

panorama militar y político. Entre ellos aparecerán Pompeyo o Quinto Sertorio, figuras que solo se entienden en este contexto.

SERTORIO EN LA HISTORIA

El nacimiento de un mito

Para muchos romanos posteriores el nombre de Quinto Sertorio era legendario. Arrastraba una aureola casi mística, desde luego muy difícil de comprender en nuestro tiempo, en el que la formación clásica ha sido relegada casi por completo. La fascinación que ejerció en su época ha sido capaz de traspasar los siglos hasta nuestros días y hoy es un personaje sobre el que los historiadores han vuelto de forma reiterada. Así, el filólogo e historiador alemán Theodor Mommsen dirá a comienzos del siglo XX que Sertorio fue «el hombre de más elevados sentimientos, el genio verdadero, el más digno de compasión»...

La biografía de Sertorio está llena de aventuras, alternadas con episodios dramáticos y románticos. Como en una tragedia. De lo que no cabe duda es que se trató de uno de los militares con más talento que dio Roma. Nunca fue derrotado en el campo de batalla, donde doblegó a otros grandes generales con vitola de invencibles, como Pompeyo. Por otra parte, su aventura simbolizaba un canto a la libertad en medio de un periodo oscuro, como la dictadura de Sila. En último lugar, hay que mencionar la devoción que suscitó su persona entre sus seguidores, sobre todo entre los hispanos, quienes se entregaron de una forma extrema, asumieron enormes sacrificios y hasta llegaron a inmolarse por Sertorio, incluso después de su desaparición.

Además de su habilidad como militar, hay que considerar su maestría como propagandista, ya que no ha dejado indiferentes a los tratadistas romanos, que o bien le adoraban o bien le odiaban. Entre sus admiradores está Salustio, que le considera un gran genio o Plutarco que más que un biógrafo parece un devoto. Plutarco le retrata como un patriota, maltratado por los suyos, y justifica sus

decisiones más controvertidas. Algo más tardío es Sexto Julio Frontino, que en su Stratagemata recoge tácticas de los más grandes militares romanos, donde Sertorio es, con diferencia, el comandante más aludido.

En cambio, otros historiadores romanos le consideraron fraudulento, cruel y tiránico, como Diodoro Sículo o Veleyo Patérculo, que le hace responsable de la cruenta guerra civil que desató. Tito Livio criticaba su insurrección por el peligro que supuso para el Estado romano, mientras que se alineaba del lado de Pompeyo, quien habría demostrado una mayor responsabilidad política.

Los orígenes de Quinto Sertorio (122-72 a.C.)

Quinto Sertorio era un homo novus como se decía en su tiempo, es decir, un «hombre nuevo», que no procedía de un linaje antiguo de Roma, sino de la aristocracia de la península itálica. Era sabino, de la localidad de Nursia (Norcia, Italia), nacido en el año 122 a.C. y se llegó a afirmar que era de origen humilde, lo cual tal vez fuera cierto varias generaciones atrás. Su padre y su abuelo ya habían disfrutado de una posición social importante y costearon a Sertorio una carrera pública en Roma. En la antigua Roma, el linaje lo era todo para alcanzar puestos relevantes en la administración civil o en el ejército. Pero en el turbulento periodo en el que surge Sertorio varios «hombres nuevos» ascenderían, entre ellos el propio Mario.

La carrera de Sertorio fue sobre todo militar o, al menos, es de la que más información se ha transmitido. Comenzó desde abajo su andadura en el ejército y ascendió hasta tribuno militar, donde necesitaba destacar para que los grandes comandantes se fijasen en él. En los años finales del siglo II a.C., participó a las órdenes de Mario, uno de los grandes genios militares de Roma, en la guerra contra cimbrios y teutones. En ella se narran hazañas suyas como espía en territorio enemigo. Sin duda, sacó buen aprendizaje de esta experiencia.

Después fue como tribuno a Hispania donde trabó contacto con las poblaciones celtíberas, le permitió conocer el territorio y, de nuevo, sobresalir con su ingenio. En vísperas de la Guerra de los Aliados (91-87 a.C.) fue elegido como cuestor de urgencia en la Gallia Cisalpina, para reclutar tropas, lo cual era una ocupación menor, destinada a los militares de peores familias. Aun así, lo hizo con eficacia. Conocemos poco sobre su papel en la guerra con los aliados itálicos en relación con su origen sabino. Plutarco dice que en esta guerra perdió un ojo durante una batalla, lo que es punto de partida para compararlo con el mismísimo Aníbal, también tuerto (aunque en su caso por enfermedad). Para sus detractores simplemente sería una deformidad.

Proyectil de honda (glans) de plomo con inscripción Quinto Sertorio Procónsul.

A su regreso a Roma se veía con gran popularidad, lo que le animó a presentarse a las elecciones de tribuno de la plebe. Perdería las elecciones ante los candidatos del partido de Sila, lo que provocó serias fricciones con sus adversarios. Quizá existiese alguna incompatibilidad con los silanos de tipo personal, de extracción social o de procedencia. El caso es que Sertorio se vio obligado a

alinearse con el partido oponente, para evitarse este tipo de fracasos en lo sucesivo. A veces era una cuestión más práctica que ideológica. De esta manera, se uniría a un personaje de complejo carácter como fue Lucio Cornelio Cinna, uno de los líderes de los «populares».

La guerra civil

Para entonces la tensión entre los dos grandes grupos políticos estaba en plena escalada. Alcanzó su auge cuando Sila obtuvo el mando en Asia de la guerra contra Mitrídates VI, rey del Ponto, que sería la Primera Guerra Mitridática (88-84 a.C.), encargo que había sido objeto de confrontación política previa. Cuando el líder de los optimates partió de Roma a la guerra, sus oponentes aprovecharon para destruir toda su labor y Cinna, que entonces era cónsul, trató de destituir a Sila de su cargo. La respuesta de los silanos fue violenta y estalló una guerra civil entre ambas facciones.

Sertorio participó en los enfrentamientos del lado de Cinna. Pero tenía sus propias ideas sobre la dirección de la guerra y no estaba de acuerdo en buscar el apoyo de Mario, por entonces exiliado en África. Había servido a sus órdenes y no confiaba en él, bien por su brutalidad o bien porque fuese a eclipsarles. Aún así, Cinna lo llamó a su lado y ambos ocuparon Roma el año 87 a.C., abriendo un periodo de gobierno revolucionario de tres años. Cinna dirigió el Estado en calidad de cónsul, mientras Mario se entregó a la venganza y sometió a la Vrbs a un baño de sangre con sus oponentes políticos.

Plutarco afirma que Sertorio no participó en las matanzas. Por el contrario, estaba disgustado por los desvaríos de Mario y trató de hacer cambiar de opinión a Cinna sin éxito. Así que, Sertorio bastante asqueado, se dirigió al campamento del ejército de esclavos que Mario utilizaba para sus matanzas y aniquiló a 4.000 de ellos, asaeteados.

Tras muerte de Mario (86 a.C.) el panorama cambió bien poco bajo

el gobierno de Cinna y Cneo Papirio Carbón como cónsules. En el año 84 a.C. Cinna fue asesinado durante un motín militar y en el 83 a.C. Sila regresó de Oriente al frente de su ejército victorioso y con un claro afán de venganza. Barrió toda resistencia gracias a sus veteranas tropas y Sertorio asistiría a las derrotas de su bando sin poder evitarlas. Adoptaría entonces una postura muy crítica hacia la pésima dirección de la guerra, de modo que se convirtió en un personaje incómodo. El caso es que, Sertorio obtuvo el cargo de procónsul (gobernador) de la provincia de Hispania Citerior, lo que significaba que el gobierno de Roma se quitaba de encima una voz molesta, mientras él se alejaba de un naufragio seguro.

Gobernador de Hispania Citerior (83-82 a.C.)

La misión de Sertorio era mantener la provincia fiel al gobierno y a salvo de incursiones de los silanos. En Hispania recibió la noticia de la victoria de Sila y el inicio de un periodo de terror en el que las ejecuciones se contaban por miles. La represión tomó la forma de «proscripciones» o listados donde figuraban enemigos políticos, antiguos magistrados o partidarios de Mario. Quienes aparecían en esas listas debían ser apresados, ejecutados y todas sus propiedades debían confiscarse. Y en esos registros Sertorio ocupaba un puesto destacado.

Desde Roma salió una avalancha de exiliados en varias direcciones donde aún había focos de resistencia anti-silanos. Entre ellas hacia Hispania, un refugio para muchos de los que huían de una muerte segura y para amigos que se reunieron en torno a Sertorio que, en realidad, nunca llegó a tomar posesión oficial del cargo, pues Sila lo había destituido. Pero éste se dedicó a aplastar con brutalidad toda oposición. Así, en 82 a.C. sometería con una desmedida crueldad la ciudad itálica de Praeneste (Palestrina), asesinando a sus defensores incluso después de haberles dado esperanzas de salvación.

También envió un considerable ejército de unos 20.000 hombres a Hispania para recuperar la provincia. Sertorio reclutó tropas entre los romanos de su zona de gobierno y destinó la mayoría de sus

fuerzas a bloquear los pasos de los Pirineos. Pero la campaña fue muy decepcionante ya que estas tropas asesinaron a su comandante y desertaron en masa. Sertorio se retiró con las pocas unidades que le quedaban hasta Carthago Nova (Cartagena), en cuyo puerto organizó una flota y evacuó a su ejército.

En los meses siguientes, Sertorio se vio vagando por el Mediterráneo con su flota y los restos del ejército. Recalaría en Mauritania, donde se aprovisionó e intentó el regreso a la península, para ser rechazado por las tropas silanas. Se unió a unos piratas cilicios con los que intentó capturar sin éxito Ebusus (Ibiza). Al final cruzó el Estrecho de Gibraltar y desembarcó en las islas Afortunadas (islas Canarias), donde estuvo tentado a asentarse definitivamente y abandonar una complicada vida que le tocaba sobrellevar.

Pero Sertorio recibió la llamada de una facción implicada en un conflicto local en Mauritania para luchar a su lado. Su pequeño ejército y sus aliados cilicios necesitaban estar en movimiento, recibir paga y aprovisionamiento, y el general partió a la guerra. En este punto, su destino parecía ser el de un soldado de fortuna, que era la salida para muchos líderes militares como él.

En Mauritania había una guerra civil contra un gobernante local, aliado de Sila, al que se habían enviado tropas como apoyo. Sertorio, alineado en el lado contrario, obtendría algunas victorias, lo que supuso que muchos de los soldados romanos se pasasen a su lado. Una vez con esos refuerzos, y en un golpe de suerte, ocupó la ciudad de Tingis (Tánger, Marruecos) tras un breve asedio.

De regreso a Hispania

Estas victorias le devolvieron parte de su crédito como general, lo que motivó que los lusitanos enviasen una delegación a pedirle ayuda para librarse de la opresión de un gobernador romano. En parte convertido en soldado de fortuna, en parte viendo una nueva oportunidad para regresar a territorio romano, en el año 80 a.C.

volvió a desembarcar en la península ibérica con un pequeño ejército compuesto por sus fieles romanos y tropas mauritanas e hispanas, pero no lo tuvo nada fácil.

El gobernador de Hispania Vlterior debía de estar informado de su desembarco, porque envió una flota a su encuentro, solo para ser derrotada cerca de Mellaria (cercanías de Tarifa, Cádiz). Esta victoria abrió a Sertorio el Estrecho de Gibraltar y le permitió desembarcar cerca de la ciudad de Baelo (Bolonia, Cádiz), donde se unieron tropas lusitanas. Su objetivo era avanzar hacia territorio amigo, es decir hacia Lusitania, pero el gobernador de la Vlterior envió otro ejército, que también caería a orillas del Guadalquivir ante la pericia del Sertorio.

Solo así, después de varios combates, lograría cruzar Sierra Morena e internarse en Lusitania, donde encontraría el núcleo de la insurrección y se convertiría en su líder.

El Bellum Sertorianum (80-72 a.C.)

Sila estaba alarmado por las noticias que llegaban desde Hispania y el sorprendente retorno de Sertorio. Cuando ya parecía acabado y arrastrándose por el desierto, llegaba y doblegaba a sus bien equipadas tropas. En 79 a.C., Sila nombró procónsul de la Vlterior, la provincia invadida, a Quinto Cecilio Metelo, alias Pio (piadoso) que era un destacado optimate, victorioso general con una impresionante hoja de servicios desde la guerra contra los Aliados, hasta la guerra civil de Sila tras de su desembarco en Italia, cuando combatió a su lado. Metelo era uno de sus hombres de confianza, hasta el punto que ambos compartieron el consulado el año 80 a.C.

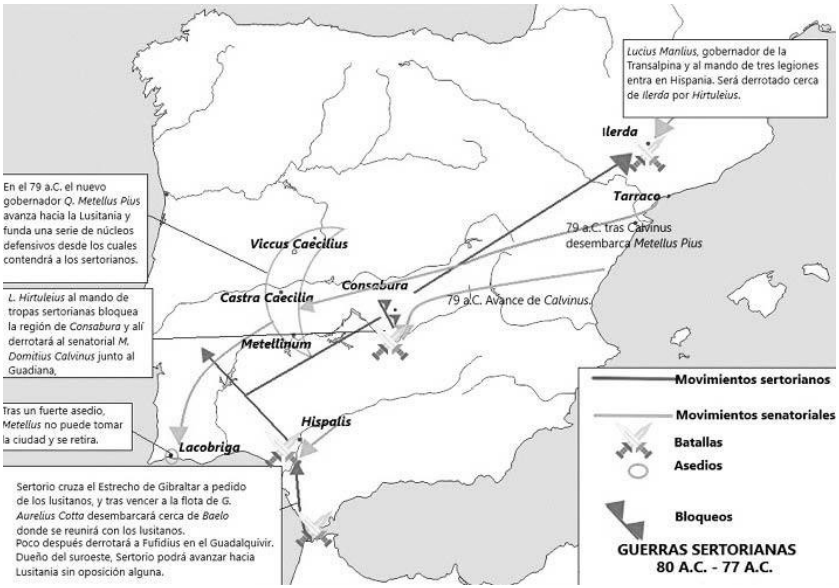
Metelo llegó a la península al frente de un gran ejército estimado en 20.000 hombres, a los que se debían sumar las tropas estacionadas en su provincia designada. Sin alcanzar los 50 años, ya se le consideraba algo mayor para esta guerra, que resultaría ser agotadora, pero Sila confiaba en su experiencia.

Con su evidente superioridad, Metelo buscaría trabar una batalla definitiva en campo abierto, pero Sertorio no estaba dispuesto a aceptarla por su inferioridad en número. En lugar de ello, Metelo se marcó como objetivo tomar los grandes núcleos rebeldes, ya fuera por asalto, o por asedio, lo que era un plan habitual.

Pero con Sertorio los planes convencionales servían de poco. Se dedicó hostigar al ejército senatorial y a un tipo de operación en la que se convirtió en un especialista. Las labores de cerco y asedio requerían grandes concentraciones de tropas y absorbían muchos suministros, lo que obligaba a enviar destacamentos cada vez más lejos a «forrajear», es decir, a buscar provisiones. De este modo, se mandaban grupos numerosos que Sertorio solía emboscar, provocando severas pérdidas al ejército senatorial y su consiguiente desabastecimiento. De esta forma, Metelo debió abandonar el bloqueo de ciudades como Lacobriga (Portugal) y al final debió retirarse al valle del Guadiana.

Sertorio pasó entonces a operar entre el Guadalquivir y el Guadiana, aunque la población de la zona, mucho más romanizada, nunca se decantó a su favor. Parece que buscaba ocupar los distritos mineros de Sierra Morena y estrangular económicamente a la provincia. Ante la frustrante marcha de la guerra, Metelo pidió ayuda al gobernador de la Citerior, Marco Domicio Calvino, que avanzó con sus tropas por el valle del Guadiana y así atacar por dos frentes. Sertorio envió a su lugarteniente, Lucio Hirtuleyo, con unas pocas cohortes y logró derrotar al ejército senatorial, matar a Calvino y ocupar la ciudad celtíbera de Consabura (Consuegra, Toledo).

Sertorio era cualquier cosa menos un comandante conformista y buscó la manera de sacar partido a las victorias de su subordinado. Con el camino abierto por Hirtuleyo, avanzó hacia el norte, llegando al valle del Ebro, y en Ilerda (Lérida) logró derrotar a otro ejército senatorial que venía en ayuda de los suyos desde la Gallia Transalpina. De esta forma, el conflicto se extendió más allá de la Lusitania.



Los años posteriores, Sertorio seguiría a Hirtuleyo avanzando por el Tajo, donde sometió algunos núcleos, como Contrebia (Fosos de Bayona, Cuenca) y Caracca (de ubicación debatida). Y alcanzó el valle del Ebro. La mayoría de los pueblos celtibéricos entre el Ebro y el Tajo se le unieron en masa. Su prestigio y el mal trato que las autoridades senatoriales les daban, facilitaron el cambio de bando.

En los años 77-76 a.C. Sertorio amplió su territorio hacia el curso alto del Ebro, ocupando nuevas ciudades, y hacia Levante, donde se citan algunos núcleos afines, como Dianium (Denia, Valencia), base de sus aliados cilicios.

¿Creando un Estado Hispano?

Llegado a este punto, Sertorio controlaba la mayoría de la Hispania romana, a excepción de la actual Andalucía y norte de Cataluña, que eran reductos senatoriales. El enorme talento de Sertorio no solo fue militar, sino que también tuvo una mente política dotada para la administración. En pocos años pasaría de liderar a un

puñado heterogéneo de rebeldes a organizar algo parecido a su propio Estado, que gobernaría casi toda Hispania con unas miras puestas a largo plazo. Por mucho éxito que tuviese en el campo de batalla, necesitaba una organización que soportase el enorme esfuerzo bélico que estaba realizando.

Al controlar el valle del Ebro instaló su capital en Osca (Huesca). Esa ciudad se convertiría en el centro de las instituciones de su propio gobierno de Hispania, administrado por romanos que se habían reunido en torno a él. Formó un Senado con senadores huidos de Roma, que en algunos momentos vemos ejerciendo su función consultiva, al igual que el Senado original. De este grupo se elegían magistrados, cuestores y pretores a la romana, para el gobierno de diferentes territorios y la dirección de los ejércitos. Es el caso de Hirtuleyo, al que veremos operando en Lusitania como su legado.

Aunque los hispanos formaron parte de su proyecto nunca aparecen integrados en su organización, ni debieron de tener demasiada influencia. Los senadores romanos nunca perdieron la dirección.

La escuela de Osca

Una de las creaciones más interesantes de Sertorio fue una escuela fundada en su capital, Osca (Huesca). Allí había reunido maestros romanos y griegos –los mejores que pudo conseguir– de todo tipo de ciencias y profesiones para formar a los hijos de los aristócratas hispanos, que acudieron allí. En parte eran rehenes para garantizar la fidelidad de sus padres, costumbre muy extendida en la Antigüedad. Pero por otra parte, estaban siendo educados como futuros dirigentes hispanos y adquiriendo los conocimientos que les permitirían llegar al gobierno y las magistraturas.

Siglos después, la universidad medieval del reino de Aragón

fundada en Huesca se reclamó sucesora de la escuela de Sertorio, lo que acrecentó el mito sertoriano. En el siglo XVIII, sería llamada la «Universidad Sertoriana» y aún hoy se venera esta institución.

Parece indudable que su trato fue más benévolo que el dispensado por los gobernadores senatoriales. Plutarco afirmaba que enriqueció con oro y plata a los líderes hispanos y les introdujo la moda romana en el vestido. Rebajó la presión fiscal, a veces asfixiante, que los propios romanos calificaban de extorsión, trató de ser justo con los hispanos y parece que fue ésa una política tan efectiva como popular entre los indígenas. La piedra de toque fueron una serie de pactos y alianzas y, sobre todo, las tradicionales instituciones como la fides y la devotio, al uso entre los celtíberos. Eran lazos tan fuertes que exigían la fidelidad a un caudillo hasta la muerte, lo que ocurriría en muchos casos.

No solo introdujo las costumbres romanas, sino que también organizó y equipó a las tropas hispanas al estilo romano, tanto en su estructura y su armamento, como en el entrenamiento, con el fin de obtener un mejor rendimiento de su ejército en los enfrentamientos.

Parece que Sertorio viese que el conflicto iba para largo. Muchas de estas medidas tenían como finalidad un pensamiento a largo plazo e incluso la posibilidad de establecer un gobierno independiente de Roma, al menos mientras el Senado fuese hostil a su persona.

Y la política exterior

Se sabe que Sertorio mantuvo contactos exteriores a Hispania, en busca de aliados. Tuvo relaciones con el Norte de África, gracias a su conocimiento de la política local, pero parece que pronto perdió la comunicación a través del Estrecho de Gibraltar. También era aliado de un grupo de piratas cilicios, que le habían apoyado. La ciudad de Dianium era una ciudad costera con un promontorio

próximo que Sertorio utilizó como base de operaciones marítimas. Autores, como Salustio aluden a este lugar como un centro de los piratas que apoyaron a Sertorio y que resistirían allí tras la muerte del general.

La noticia más destacable fue la relación de Sertorio con el reino del Ponto. El rey Mitrídates, viejo enemigo de Sila, envió a Hispania una embajada con una propuesta de alianza. Ofrecía apoyo en dinero y barcos a cambio del permiso de Sertorio para ocupar los territorios perdidos en Asia, lo que parece una petición absurda, pues Sertorio no tenía ningún poder en aquella zona. Es evidente que el interés de Mitrídates estaba en desviar recursos romanos hacia Hispania y dejarle las manos más libres para recuperar los territorios perdidos.

Plutarco, rendido admirador de Sertorio, pone en su boca un patriótico discurso pronunciado ante su senado de Osca, en el que se negaba a dar permiso para que Mitrídates ocupase los territorios ganados por Sila, lo que le confiere una visión patriótica del asunto. Tito Livio, en cambio, tiene un punto de vista menos generoso y afirma que el pacto de Sertorio permitiría al monarca del Ponto volver a declarar la guerra a Roma. Lo cierto es que Sertorio tenía bien poca influencia en lo que ocurriese al otro lado del Mediterráneo.

Aún así, Mitrídates envió oro y barcos a cambio de un destacamento militar al mando de uno de sus generales. Esta ayuda, casi testimonial, contribuiría a que el rey del Ponto volviera a ocupar algunas ciudades perdidas. En cambio, a Sertorio el dinero le llegaría demasiado tarde.

Refuerzos inesperados

En Roma había pasado ya lo peor del régimen de terror de Sila. El dictador abandonaría su cargo por sorpresa en 79 a.C., para morir al año siguiente. La política en Roma volvería a desestabilizarse cuando uno de los cónsules de 78 a.C., Marco Emilio Lépido,

iniciase el desmantelamiento de la legislación de Sila, lo que provocaría otro conflicto militar con los optimates.

Lépido terminó muy mal. Fue derrotado y huyó hacia Cerdeña, junto con el numeroso ejército que había logrado reunir. Esta isla seguía siendo otro foco de resistencia antisilana liderada por un antiguo amigo de Mario, Marco Perpenna. Tras la victoria de Sila, Perpenna se había hecho fuerte en Sicilia con un ejército, pero Pompeyo le había derrotado y expulsado de la isla, de modo que había saltado hasta Cerdeña.

Lépido moriría al poco de llegar a la isla y Perpenna se vería al mando de un considerable contingente de tropas, que ascendían a unos 20.000 infantes y 1.500 jinetes. Si bien eso le convertía en un comandante nada despreciable, por otra parte se vio en dificultades para mantener a su enorme ejército, así que tomó la decisión de cruzar el mar para unirse a Sertorio, sin duda atraído por su fama. Hacia el año 78 a.C. desembarcó en la península ibérica con estos refuerzos inesperados, más o menos cuando Sertorio se extendía por el Ebro y la zona levantina. Perpenna no solo se convertiría en uno de los principales comandantes de Sertorio, sino en el más eficaz, y uno de los protagonistas del desenlace de esta historia.

Pompeyo «el Grande» entra en acción

Cneo Pompeyo era el general de moda en Roma. Joven (29 años), hábil militar y victorioso en múltiples campañas, había sido implacable a las órdenes de Sila hasta ganarse el sobrenombre de adulescentulus carnifex, es decir, el «joven carnicero». Parecía el hombre indicado para dar la vuelta a la situación cada vez más alarmante de Hispania. Era el contrapunto a un veterano Quinto Metelo a quien la situación se le había ido de las manos.

En 77 a.C. el Senado concedió a Pompeyo un cargo extraordinario, lo que no era nuevo en su carrera, que se basó más en ese tipo de nombramientos que en un cursus honorum ortodoxo. Así, sin haber cumplido la edad legal (los 30 años) fue nombrado procónsul, título

que recibían los gobernadores provinciales del máximo rango. Salvo que Pompeyo no había alcanzado previamente el cargo de cónsul, por lo que en realidad era un «legado con poderes proconsulares», en la Hispania Citerior. Y ponían en sus manos otro enorme ejército.

El joven militar se desplazó por el sur de Francia para pacificar la provincia de la Gallia Transalpina, que también estaba en rebelión abierta. Cicerón diría más tarde que Pompeyo había llevado sus legiones a Hispania a través de «un mar de sangre».

Por su parte, Sertorio estaba bastante preparado para recibir al «discípulo de Sila», como le llamaba de forma burlona. Su prioridad era evitar que el ejército de Metelo, aún considerable, y el de Pompeyo se uniesen, ya que acumulaban un elevado número de tropas. De este modo, el recién llegado Perpenna contendría a Pompeyo en el valle del Ebro, Hirtuleyo debía operar en Lusitania frente a Metelo, evitando la batalla en campo abierto, mientras Sertorio ampliaba sus territorios en el Alto Ebro y reclutaban nuevos soldados.

Una lección para Pompeyo

Pompeyo burló el bloqueo del Ebro, logró cruzar el río y avanzó hacia el sur en busca de Metelo. A Sertorio no le quedó otro remedio que acudir con un fuerte ejército, dispuesto a dar una lección al joven Pompeyo. Se dispuso a sitiar una ciudad íbera llamada Lauro, que se quiere situar en el entorno de Liria (Valencia), aunque aún se discute esta ubicación. Pompeyo se dirigió con rapidez en busca de su oponente y encontró a Sertorio ocupando terrenos elevados y favorables, mientras que él ocupaba posiciones detrás de su enemigo, para bloquearle en una situación difícil. El joven militar se veía vencedor y envió mensajeros a la ciudad atacada diciendo que subieran a las murallas para ver cómo aplastaba a Sertorio.

Pero Sertorio aún tenía una sorpresa. Había dejado 6.000 hombres ocultos en su antiguo campamento, que ahora estaban detrás de las

posiciones de Pompeyo, lo que le dejaba inmovilizado entre los dos ejércitos. Pompeyo, frustrado, tuvo que limitarse a ver cómo Lauro era asediada sin oposición.

En el tiempo en que ambos contingentes estuvieron acampados, Sertorio puso en práctica una de sus tácticas favoritas. Los ejércitos necesitaban forrajear sobre el terreno para abastecerse mientras duraban los asedios. Se acumulaba gran número de soldados que necesitaban muchos suministros y Sertorio ya había atacado otras veces a este eslabón débil de la cadena.

Sertorio tendió una emboscada a un cuerpo de forrajeadores pompeyanos, con un numeroso cuerpo de 20 cohortes. Pompeyo vio la oportunidad de destruir una enorme fuerza enemiga y envió una legión en auxilio de sus sorprendidas tropas. El encuentro aumentó de intensidad y lo que parecía una emboscada se convirtió en una batalla en toda regla. Pompeyo vio su oportunidad y salió con el grueso de su ejército, mientras Sertorio hizo otro tanto, pero también desplegó las unidades en la retaguardia de Pompeyo, quien se dio cuenta que no podía maniobrar sin ser rodeado y aniquilado. Pompeyo tuvo así que limitarse a ver cómo las tropas sertorianas saqueaban su convoy y mataban a 10.000 de sus hombres.

Los habitantes de Lauro se rindieron tras comprender que no serían auxiliados. Sertorio permitió a la población ir en libertad, pero arrasó la ciudad hasta los cimientos para completar la humillación de Pompeyo.

La cervatilla de Sertorio

Las supersticiones en la Antigüedad estaban a la orden del día, mezcladas con elementos religiosos.

En una ocasión, un cazador regaló a Sertorio una cervatilla blanca,

que fue alimentando él mismo hasta domesticarla por completo. El general tenía una relación muy especial con el animal, que le seguía a todas partes y a quien daba de comer en la mano.

Con el paso del tiempo se empezó a afirmar que había sido un regalo de la diosa Diana, lo que otorgaba a Sertorio el favor de los propios dioses. Y él mismo extendió la creencia que su extraña mascota le daba noticias, que a veces habían traído mensajeros o exploradores.

Una vez el animal se perdió y Sertorio envió exploradores que lo encontraron y fueron recompensados generosamente. Es posible que hallasen otro idéntico, para mantener alta la confianza de los suyos.

Este tipo de historias son frecuentes en el mundo antiguo. Así, muchos generales afirmaban a sus supersticiosos soldados que recibían mensajes o presagios en sueños o por medio de oráculos. En el caso de Sertorio es indudable que a su carisma y liderazgo se añadía así un ingrediente místico.

El declive del sueño sertoriano (75-72 a.C.)

Por su parte, la campaña de Hirtuleyo en la Lusitania no había ido nada bien. Metelo consiguió entablar batalla un caluroso día de verano cerca de Italica (Santiponce, Sevilla), donde aniquiló al ejército de Hirtuleyo con un movimiento envolvente. Se estiman en 20.000 las bajas del legado sertoriano, lo que obligó al propio Sertorio a ir en su ayuda para detener a Metelo y a reclutar nuevas tropas para cubrir el desastre.

Al año siguiente se repetiría el mismo plan. Hirtuleyo se limitaría a hostigar a Cecilio Metelo, pero el viejo general se las arregló para tender otra trampa. Hirtuleyo volvió a caer en ella, entabló batalla y esta vez su derrota fue total. Se saldó con la destrucción de todo el ejército y muerte del general sertoriano. Lusitania no tardaría en sucumbir.

Sertorio ocultaría a los suyos la noticia del desastre para evitar una desmoralización general.

En la zona de Levante la suerte tampoco estaba del lado de los sertorianos. Perpenna y su colega Cayo Herennio fueron derrotados a orillas del río Turia y Pompeyo entró en Valentia (Valencia), que fue arrasada con la crueldad propia del joven carnicero. Sertorio acudiría en ayuda de sus comandantes con tropas de refresco en busca de Pompeyo. Los ejércitos se enfrentarían en varios lugares con resultado indeciso. El primero a orillas del río Sucro (en la actual provincia de Valencia). A pesar de la habilidad de Sertorio, la batalla no tuvo un resultado claro y las pérdidas por ambos lados fueron numerosas. Lo peor es que no logró evitar la aparición de Metelo y que se uniesen ambos ejércitos enemigos.

Sertorio se retiró, pero fue alcanzado en los límites entre las regiones de la Celtiberia y la Carpetania. Esta batalla duró más de un día, desde el mediodía hasta el anochecer, lo que era poco común. Las tropas dirigidas por Sertorio infligieron enormes pérdidas a Pompeyo, mientras que en el flanco dirigido por Metelo, éste hacía otro tanto con las de Perpenna. De nuevo, la batalla quedó en tablas y Sertorio se retiró sin un resultado definitivo, dando por perdido prácticamente el Levante.

Las siguientes campañas tuvieron como escenario la Celtiberia, donde Sertorio contaba con el núcleo más fiel a su persona. Pompeyo le persiguió hasta la ciudad de Clunia (Peñalba de Castro, Burgos), donde logró asediarle, pero estaban muy igualados y Pompeyo tuvo que levantar el cerco, hostigado por las tropas sertorianas.

A partir de ahora, la guerra fue diferente a los conflictos convencionales de grandes movimientos. Sertorio había tejido una red de acuerdos y alianzas tan densa que llevó a una larga y

compleja guerra en la que fue necesario asediar un poblado tras otro en la Celtiberia. De forma sistemática, Pompeyo sitió Pallantia (Palencia) sin éxito, mientras que sí pudo tomar Cauca (Coca, Segovia). Por su parte Metelo avanzó por el valle del Ebro y ocupó Bilbilis (Calatayud, Zaragoza) y Segobriga (Cabeza del Griego, Saelices, Cuenca). Ambos generales confluyeron en el asedio de Calagurris (Calahorra, La Rioja) donde no tuvieron éxito en vista de la tenacidad de la ciudad.

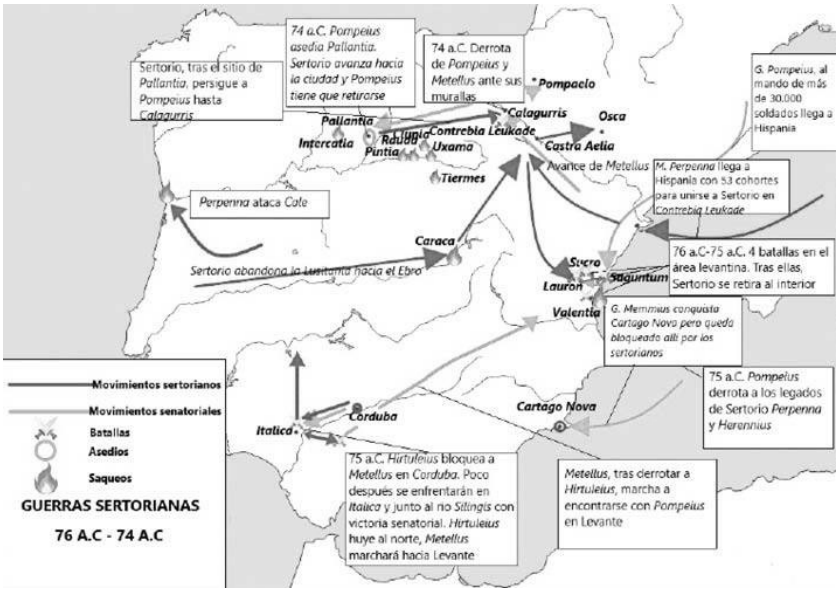
La muerte de Sertorio

La guerra duraba ya demasiado y los generales romanos estaban impacientes por terminar largos años de campañas. Metelo ofreció recompensas a los oficiales de Sertorio que desertasen. Por su parte, el Senado romano promulgó en 73 a.C. la Lex Plautia de reditu Lepidanorum, dirigida en particular a las tropas de Perpenna y las del cónsul Lépido (cfr. supra), que ofrecía la amnistía a los insurrectos y les permitía recuperar su antigua posición en la sociedad romana.

Había cansancio y desánimo entre las filas sertorianas y se multiplicaron las deserciones. El mismo Sertorio, el gran líder de otro tiempo, daba muestras de agotamiento, tal vez desánimo y de cierto desvarío en su juicio. Pasó de su frugalidad habitual a beber en exceso, empezaba a desconfiar de los suyos y mantenía una guardia personal formada por tropas celtíberas. Su gobierno también se deterioró y el trato con los hispanos fue cada vez más brutal. Sertorio no era ni la sombra de lo que había sido años atrás.

Las fuentes romanas señalan a su lugarteniente Perpenna como el autor de una campaña de descrédito, que no fue demasiado difícil, y de la conspiración final. Perpenna organizó una fiesta en la que no fue complicado emborrachar a Sertorio, que se había vuelto un gran bebedor, y a su guardia y después asesinarles. La escena parece repetida de otros episodios de la historia romana y el comandante imbatido solo pudo caer después de una conspiración dentro de sus filas.

A la muerte de Sertorio sus partidarios se dividieron. Una parte de los hispanos pactó su rendición. Perpenna, en cambio, asumió el mando de las tropas y mantuvo la resistencia poco tiempo ya que Pompeyo lo derrotó y fue ejecutado en 72 a.C.

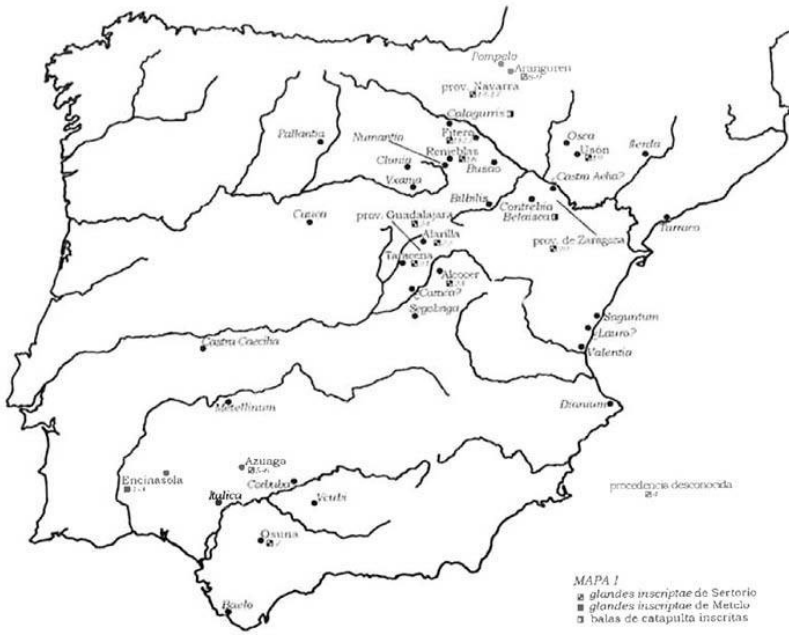


El resto de núcleos rebeldes irían sucumbiendo uno tras otro, sin un líder capaz de mantener la rebelión. Así cayeron Clunia, Vxama (Osma, Soria) Tiermes (Montejo de Tiermes, Soria), Pallantia, y Osca, la antigua capital. Calagurris sería asediada por Lucio Afranio, legado de Pompeyo, durante un largo tiempo. La obstinación de los calagurritanos fue épica, hasta llegar al canibalismo, comiéndose a sus mujeres e hijos para mantener la resistencia. El historiador Salustio afirma que «habiendo consumido una parte de los cadáveres, el resto lo salaban para que les durase más tiempo». Tras la caída de Calagurris, los pocos supervivientes fueron pasados a cuchillo y el resto fue deportado, mientras que la ciudad fue saqueada e incendiada.

SERTORIO EN LA ARQUEOLOGÍA

Es posible que la Guerra Sertoriana sea uno de los conflictos que más huellas arqueológicas haya proporcionado, muy por encima de otras contiendas. Hay un elevado número de testimonios diseminados por toda la península, de tipología muy variada, como obras de asedio, recintos campamentales, campos de batalla, etc. Muchos de ellos son de bastante calidad en cuanto a su estado de conservación o tan explícitos que llegan a estremecernos por transmitir la crueldad del conflicto.

Se conocen las acuñaciones de monedas para pagar a las tropas implicadas y ha existido un animado debate sobre la identificación de las emisiones y cecas de Sertorio. Hay numerosos hallazgos de ocultamientos de monedas de la época, que sus propietarios escondieron y jamás llegaron a recuperar, tal vez por haber perecido durante los combates, por haber sido esclavizados o por haber sufrido cualquier tipo de suerte que les impidiese regresar para recuperar sus pertenencias.



La distribución de los proyectiles de honda nos da una idea bastante aproximada de las áreas de combates y la elevada cantidad de enclaves implicados en el conflicto sertoriano (tomado de Díez Ariño, 2005).

Se conocen numerosos proyectiles de honda (glandes) hechos de plomo que han quedado diseminados por los campos de batalla. Han sido recogidos por aficionados e investigadores, yendo a parar a colecciones publicas y privadas y han llamado la atención por su distribución por buena parte del territorio español. Se han recogido desde Huelva hasta Navarra, señalando los lugares de enfrentamiento. Algunos incluyen leyendas que informan sobre el comandante del ejército y, así, hay no pocos ejemplares con la inscripción de Q(uintus) Sert(orius) /[p]roco(n)s(ul), manteniendo la memoria de su cargo en la provincia. Y también de sus oponentes, como las piezas marcadas por Q(uintus) Me(tellus).

Los ejércitos acampados: los campamentos

Otros vestigios bastante explícitos son los campamentos militares en las zonas de conflicto, que nos muestran la presencia de unidades en campaña. El más conocido de todos es el de Cáceres el Viejo (afueras de la ciudad de Cáceres), también conocido como Castra Caecilia, que se atribuye a un acantonamiento de las legiones de Metelo.

Es un impresionante recinto excavado desde antiguo y recientemente habilitado para su visita. Tiene unas 27 has, por lo que tal vez alojó hasta dos legiones; es de forma rectangular, con la particularidad de tener las esquinas en ángulo recto en lugar de redondeadas, como los campamentos posteriores, y su muralla es de piedra con un doble foso delantero excavado en la roca.

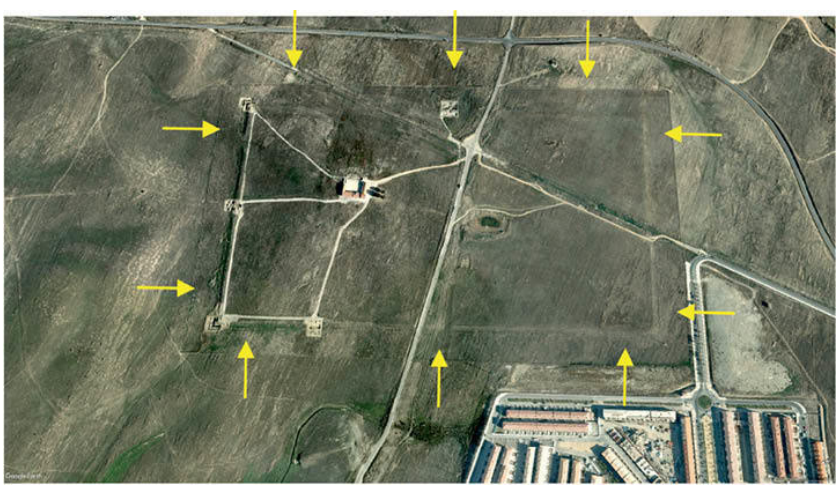


Foto aérea del campamento de Cáceres el Viejo. Las flechas indican el perímetro del recinto (foto: Google Earth).

En el interior hay vestigios de las calles principales, algunos

edificios de piedra de las viviendas del comandante, los oficiales y barracones para la tropa. Estas construcciones pétreas parecen indicar una larga ocupación del acuartelamiento. Al final de su vida fue incendiado de forma intencionada, como era la norma cuando las tropas abandonaban un lugar como ése.

Existen noticias de otros campamentos en Extremadura y en Portugal, muchos de ellos temporales, que pudieron pertenecer a este periodo, aunque la mayoría permanecen sin excavar. Señalaríamos la presencia de evidencias bastante fiables de esta época de otro campamento bajo la localidad de Valdetorres, próxima a Medellín (Badajoz), que ha proporcionado vestigios de una muralla y numerosos materiales de este periodo.

Un caso similar se conoce en el casco urbano de la localidad alicantina de Villajoyosa. Se ha encontrado el foso de sus defensas en diversas intervenciones urbanas, que después de su abandono fue colmatado con escombros y tierras en las que aparece abundante armamento y materiales datados durante este conflicto. No es sencillo identificar el bando de su ocupante, aunque se sospecha su atribución sertoriana.

También hay que aludir a los conocidos campamentos de asedio en torno a la ciudad de Numantia (Garray, Soria) levantados durante las guerras numantinas del siglo II a.C. En varios de estos recintos se ha constatado una fase de ocupación posterior datada en la Guerra Sertoriana, en la que incluso se reconstruyeron las viviendas, con hallazgos de proyectiles de honda con el nombre de Sertorio.

En Navarra se ha identificado otro conjunto de espacios campamentales. Bien podrían atribuirse a las campañas que Sertorio emprende para someter los pueblos de la zona en los años 77-76 a.C., o bien a los combates de 75 d.C. con un Sertorio en retirada. Así, se puede citar un recinto cercano a Pamplona en Zalbeta (Aranguren, Navarra) de forma pentagonal, algo irregular y adaptado a la cumbre de un gran cerro testigo, del que proceden algunos proyectiles de honda con la inscripción de Q(uintus) Sertor(ius) proco(n)s(ul) / pietas.

Un paisaje de destrucción

La intensidad de este conflicto sorprende al constatar la enorme cantidad de enclaves indígenas donde los arqueólogos han registrado rastros de violencia. En considerables casos se señala la destrucción de toda o de parte de las viviendas de los poblados durante este periodo. Los más explícitos conservan aún potentes niveles de los incendios que arrasaron los poblados y, en ocasiones, incluyen restos de armamento y proyectiles como testigos principales de la batalla.

Imagen aérea del oppidum de Azaila, la flecha señala el lugar desde el que se realizó el asalto romano (foto: Google Earth).

El territorio que se lleva la palma en este tipo de hallazgos es, sin duda, el valle del Ebro, en particular sus zonas media y alta. El territorio fue objeto de campañas, sobre todo en las últimas fases del conflicto, por los ejércitos de Pompeyo y Metelo, cuando la guerra se recrudece. Los combates debieron de ser particularmente intensos en el valle medio del Ebro y los arqueólogos consideran que buena parte de los centros urbanos quedarían destruidos o abandonados después de esta contienda.

El catálogo de núcleos afectados por la guerra es espectacular por su número. Solo citaremos unos pocos casos como Contrebia Belaisca (Cabezo de las Minas de Botorrita, Zaragoza), Contrebia Carbica (Fosos de Bayona, Cuenca) que se fortifica de forma extraordinaria, con un complicado sistema de murallas, así como Segeda (Durón de Belmonte de Gracián, Zaragoza). El yacimiento de La Caridad (Caminreal, Teruel) corresponde a un núcleo que también fue destruido y abandonado y ha proporcionado el insólito hallazgo de una máquina de asedio de tipo scorpio.

En Calagurris, uno de los núcleos más fieles a Sertorio, se han documentado muestras del incendio de la ciudad y de su abandono posterior. Pero lo más interesante son varios centenares de proyectiles esféricos de catapulta diseminados por todo el recinto y un conjunto de lo que parece un almacén de proyectiles. Algunos de ellos tienen grabadas leyendas que atribuyen su pertenencia al Castra Martia, es decir de la legio Martia. En otro ejemplar se dedica el proyectil a las tropas de Lepido, que Perpenna había traído a Hispania, y que en ese momento defendían la ciudad.

Destacaremos el caso de Azaila (Cabezo de Alcalá, Teruel) por su interés. Se trata de un gran poblado ibérico excavado desde antiguo. Su final se atribuye a las guerras sertorianas, cuando sus edificios son destruidos y el poblado se abandona. En su excavación aparecía numeroso armamento romano, entre el que resaltan los fragmentos de dos catapultas, que son hallazgos poco habituales.

En las excavaciones antiguas se excavó una rampa artificial de acceso al poblado, que es interpretada como una rampa de asalto. En 2017 se completó con el hallazgo de un gran campamento romano y un campo de batalla al pie del poblado, que da aún más sentido a los hallazgos de Azaila y confirman que la rampa fue construida por las tropas romanas para el asalto.

El recinto campamental se detectó gracias a la aplicación de nuevas tecnologías. No era demasiado grande, de tan solo 2,2 ha, pero muy defendido por siete fosos consecutivos. Parece indudable que fue el punto desde el que partiría el asalto de las tropas y tal vez desde donde se dirigiesen las operaciones. Finalmente, en el campo de batalla localizado a los pies del poblado aparecen numerosos restos de armamento, distintos tipos de proyectiles y otros objetos de uso

militar tanto romano, como indígena.

Los testimonios de destrucción se extienden al valle del Duero donde las campañas afectaron a Pallantia, Clunia, Tiermes o Vxama. En el oppidum vacceo de Pintia (Padilla de Duero, Valladolid) los arqueólogos han constatado la destrucción y el incendio de buena parte del poblado datado en estos momentos. Los habitantes debieron de abandonar la mayoría de sus pertenencias domésticas, que aparecen en su lugar originario, aplastadas o deformadas por la combustión.

Terribles represalias

La actual ciudad de Valencia ha dado notables testimonios de la destrucción de la Valentia romana. Las fuentes fechan la caída de la ciudad en la campaña del año 75 a.C., a manos de Pompeyo después de la derrota de los lugartenientes sertorianos.

Cuerpo mutilado tal y como apareció en las excavaciones de La Almoina en medio de un gran nivel de incendio (tomado de Ribera i Lacomba, 2014, fig. 6).

Los hallazgos más explícitos y espectaculares se localizan en el solar de la antigua Almoina, en el entorno del foro de la ciudad romana. Durante su excavación se constató la destrucción de unas termas y un gran nivel de incendio, donde se recuperaron numerosos restos de armamento, sobre todo de pilum, el arma arrojadiza de las legiones, y umbos de escudo. Aún más explícitos fueron los hallazgos de varios cuerpos, con un total de 14 individuos de edades comprendidas entre 18 y 35 años, con toda probabilidad soldados. Muchos tenían huellas de impactos de arma blanca, que habían alcanzado el hueso y uno de los casos apareció con las piernas y brazos mutilados.

El testimonio más estremecedor de la brutalidad de este conflicto se documenta con el único individuo de edad madura. Conservaba restos de una cuerda con la que había sido maniatado hasta sujetar el cuello y tenía un pilum que había atravesado el cuerpo introducido por su recto. La venganza de las tropas de Pompeyo fue terrible con sus enemigos, sobre todo después de haber acumulado varias derrotas a manos de Sertorio. La ciudad no se volvería a recuperar hasta época de Augusto.

CONCLUSIONES

Es difícil clasificar esta crisis debido a las múltiples facetas que muestra. La extensión de los conflictos sociales de la República tuvo un eco inesperado en las provincias hispanas, lo que habitualmente se lee como un epílogo del enfrentamiento entre los partidarios de Mario y Sila. O bien de sus seguidores Sertorio contra Metelo y Pompeyo.

La insurrección tuvo un alcance mayor por la implicación de las poblaciones peninsulares sometidas por Roma, que permitieron un levantamiento y una extensión asombrosa. En ello tuvieron mucho que ver las duras condiciones de la administración, que reconocen los propios historiadores romanos. La clase senatorial solo veía a las provincias como un lugar para enriquecerse.

Ambos aspectos resultan indisolubles y por separado no explican cómo fue posible que la guerra se prolongase durante una década y afectase a territorios tan dispares. Por otra parte, Sertorio procedía de una tradición política romana que deseaba implantar medidas sociales para mejorar las condiciones de vida de amplios grupos. No sabemos hasta qué punto su gobierno desde Osca llevaba las huellas de su pasado revolucionario. Apenas conocemos algunas pinceladas sueltas de su administración paralela, su senado, sus relaciones exteriores con Mitrídates o la creación de su escuela de jóvenes hispanos que algún día llegarían a ocupar las magistraturas. Es escaso lo que nos han trasmitido unos textos romanos poco o nada interesados en las cuestiones de los «bárbaros».

El conflicto sertoriano tuvo unas consecuencias insospechadas en el proceso de romanización de Hispania. Por encima de las terribles pérdidas humanas y materiales que debió de suponer y que arruinó a las provincias, evidenció una aceleración en el proceso de aculturación de las comunidades peninsulares. Esta crisis significó un cambio en el papel de los pueblos hispanos, de ser solo pueblos ocupados, que soportaban impuestos o el paso de tropas de forma

más o menos estoica, a ser actores activos en la política y a tomar partido en las guerras civiles romanas, no solo en ésta, sino en otras futuras.

De resultas, Pompeyo creará una densa red de clientela personal en toda Hispania. En ello hay que ver algunas de las lecciones que aprendería de Sertorio. De la guerra nacerían nuevos enclaves muy romanizados, hubo una fuerte migración de colonos itálicos, concesiones de tierras y de ciudadanía romana. La fundación más famosa es Pompaelo (Pamplona) a la que Pompeyo puso su nombre. Algo menos conocida es Metellinum o Caecilia Metellina (Medellín, Badajoz) atribuida a Cecilio Metelo. Gerunda (Gerona) parece ser otra fundación para controlar el paso del Pirineo y el acceso a la península y sugiere que Pompeyo estableció un puesto militar en esta zona.

Pompeyo se acabaría convirtiendo en una de las figuras protagonistas del ocaso de la República y, en parte, su poder se basaba en su influencia sobre ambas provincias hispanas, que serían pompeyanas por los cuatro costados. Distribuyó recompensas para premiar fidelidades, concedió muchas ciudadanías a los influyentes locales y se convirtió en patrono de multitud de indígenas hispanos, obligados a prestar su apoyo político y militar.

V

La Segunda Guerra Civil. El primer «conflicto mundial» (49-45 a.C.).

Luis Amela Valverde

INTRODUCCIÓN

En Roma, como en todos los estados que en el mundo han sido, siempre hubo ambiciosos que amaban el poder y trataban de conseguirlo y, una vez efectuada esa labor, querían permanecer en él cuanto más tiempo mejor. Los ejemplos fueron muy numerosos a lo largo de los períodos de la Monarquía (753-509 a.C.) y la República (509-27 a.C.).

Fueron sobre todo dos los aspectos de la vida romana que hicieron que, a partir de comienzos del siglo I a.C., la pugna entre los interesados en el poder pasara de ser política, y en ocasiones violenta, a tener la entidad de una guerra civil. El primero era que el Ejército romano se profesionalizó. Hasta ese momento, las legiones romanas se formaban con hombres que eran llamados al servicio militar cuando la patria lo necesitaba y solo en esas ocasiones, de tal manera que el Ejército era el pueblo militarizado y cuando no había guerra no había Ejército (claro que en la Historia romana era raro el año en que la Vrbs no estaba metida en algún conflicto). Una vez convertida la milicia en un oficio fijo, con un sueldo regular, los hombres alistados, mientras eran jóvenes, no querían abandonar las filas al final de cada guerra y esperaban siempre otra contienda en la conseguir gloria y, sobre todo, botín. Cada legión era reclutada por un magistrado (cónsul, pretor, procónsul...) concreto y entre el reclutador y sus unidades reclutadas se establecía un especial vínculo que los ambiciosos políticos sabrían explotar en su beneficio, en el sentido de conseguir el apoyo de esos soldados para llegar al poder y mantenerlo, saltándose las reglas constitucionales. Los legionarios, cuando efectuaban su juramento, aunque la literalidad del mismo aludía a Roma, a su Senado y a su pueblo (el famoso Senatus Populusque Romanus [El Senado y el pueblo romano]), cada vez parecía más que se lo hacían a la persona de su general, no como representante del Estado, sino como líder individual.

El otro aspecto al que hacíamos referencia era la fuerte

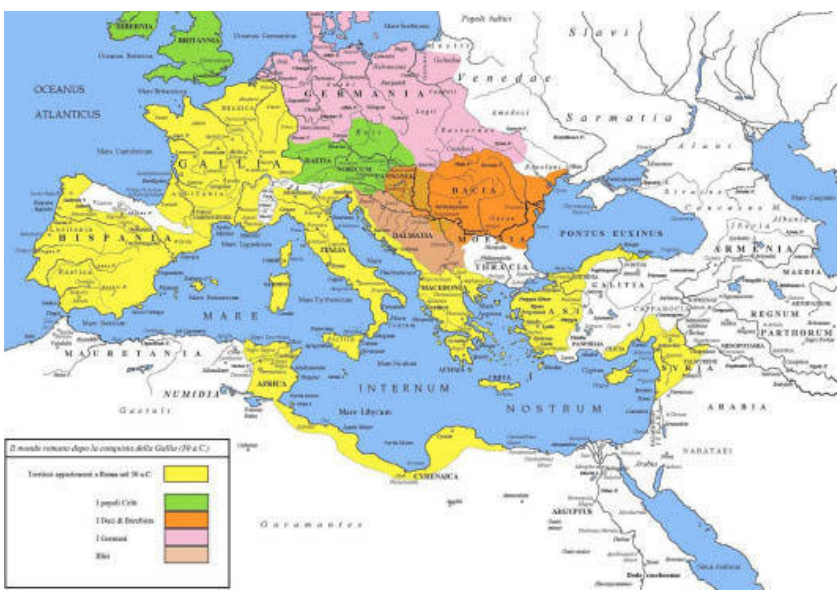
personalidad de muchos de los que aspiraban a conquistar el poder por los medios que fueran necesarios. Mario y Sila, César y Pompeyo, Octaviano y Marco Antonio, son ejemplos de disputas políticas que acabaron por solucionarse en el campo de batalla. Sin duda, los dos oponentes más famosos fueron César y Pompeyo, en los años de mediados del siglo I a.C.

La Segunda Guerra Civil romana (49-45 a.C.), o Guerra entre los citados César y Pompeyo, por sus principales protagonistas, al menos en la primera fase, Cayo Julio César (cos. I 59 a.C.) y Cneo Pompeyo Magno (cos. I 70 a.C.), fue el antepenúltimo conflicto militar que se suscitó dentro de la República romana. A veces se la ha descrito como la primera guerra mundial, ya que abarcó toda la ecúmene, todo el mundo conocido, la cuenca mediterránea, desde las columnas de Hércules hasta el Levante.

Es una de las guerras de la Antigüedad de la que estamos relativamente mejor informados gracias al escrito de Sobre la guerra civil del propio César y del llamado corpus cesariano (Sobre la guerra de Alejandría, Sobre la guerra de África, Sobre la guerra de Hispania), que se atribuyó a éste, aunque son evidentemente textos ciertamente tendenciosos. Numerosos autores clásicos escribieron sobre ella, como Apiano, Dión Casio, Plutarco, etc. La popularidad de este conflicto queda reflejada, por ejemplo, en la serie de televisión de HBO «Roma», cuya primera temporada se centra en este periodo histórico. Debido a los numerosos escenarios bélicos que se produjeron en tan breve espacio de tiempo, nos limitamos únicamente a narrar los hechos más importantes.

CAUSAS DE LA GUERRA

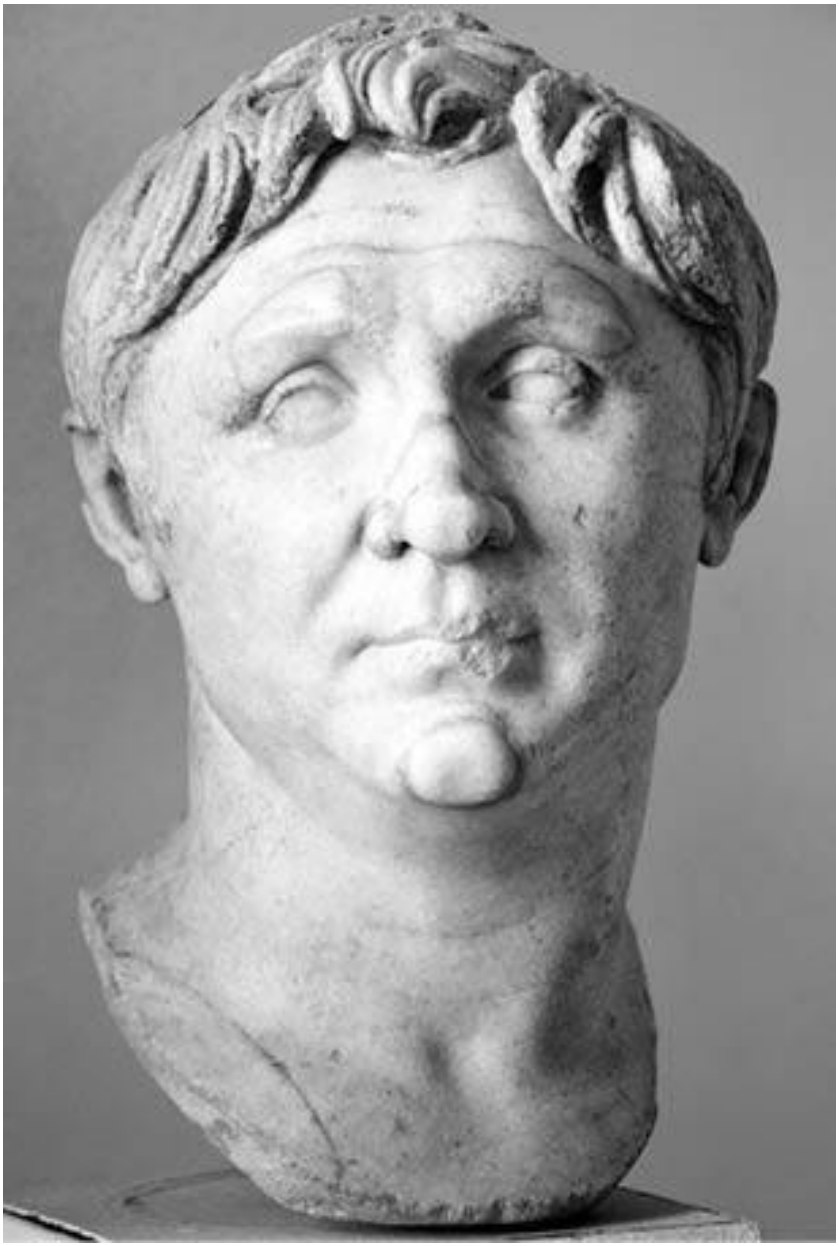
En principio, la guerra se inició debido a que el Senado no dejaba a César presentarse a un nuevo consulado (para el año 48 a.C.) sin abandonar sus poderes proconsulares como gobernador de las Galias, mando que finalizaba el 31 de diciembre del año 50 a.C. La riqueza obtenida durante la conquista de la Galia Comata, la adhesión de su ejército y su ascendiente sobre el pueblo, hacía temer para muchos senadores que pudiera transformarse en un nuevo dictador, como anteriormente había hecho L. Cornelio Sila (cos. I 88 a.C.). Sin protección tanto legal como militar, César sería acusado de traición y eliminado de la escena política.



Mapa del mundo romano a la víspera de la Segunda Guerra Civil (wikipedia) Si bien puede discutirse alguno de los límites de su poder en este momento, Roma era claramente el poder hegemónico en el Mediterráneo.

Pero las causas tienen raíces más profundas, que se remontan a tiempos de los hermanos Graco, en el último tercio del siglo II a.C. El problema principal de Roma es su profunda crisis institucional: Roma era un imperio pero se seguía gobernando como una ciudad-estado. Las reformas emprendidas por Sila intentaron mejorar la situación, pero la clase política no estuvo a la altura de las circunstancias. A ello hay que añadir una crisis financiera sin precedentes mal conocida, que debió encender aún más los ánimos.

En este contexto de luchas por el poder entre diversas facciones senatoriales, César y Pompeyo, junto con Marco Licinio Craso (cos. I 70 a.C.), formaron lo que se denomina el «Primer Triunvirato» (60 a.C.), una alianza política privada que buscaba colmar las aspiraciones personales de sus tres miembros. Gracias a ella César logró el consulado, desde donde orquestó una serie de medidas para satisfacer a sus dos socios, a la vez que obtenía para el año siguiente los mandos provinciales de la Galia Cisalpina y la Galia Transalpina, desde donde iniciará su famosa conquista de las Galias (58-51/50 a.C.). El pacto fue renovado en la Conferencia de Luca (actual Lucca, Italia) (56 a.C.), por la que Pompeyo y Craso lograron el consulado para el año siguiente. Pero la muerte de Julia (54 a.C.), la única hija de César, que se había casado con Pompeyo, y la de Craso, que cayó luchando contra los partos en la batalla de Carrhae (Altinbaşak, Turquía) (53 a.C.), puso fin en la práctica a esta alianza.



Busto de Pompeyo. Museo Arqueológico Nacional de Venecia. Pompeyo lideró la primera fase de la resistencia contra César. Su muerte fue un duro golpe para la causa senatorial.

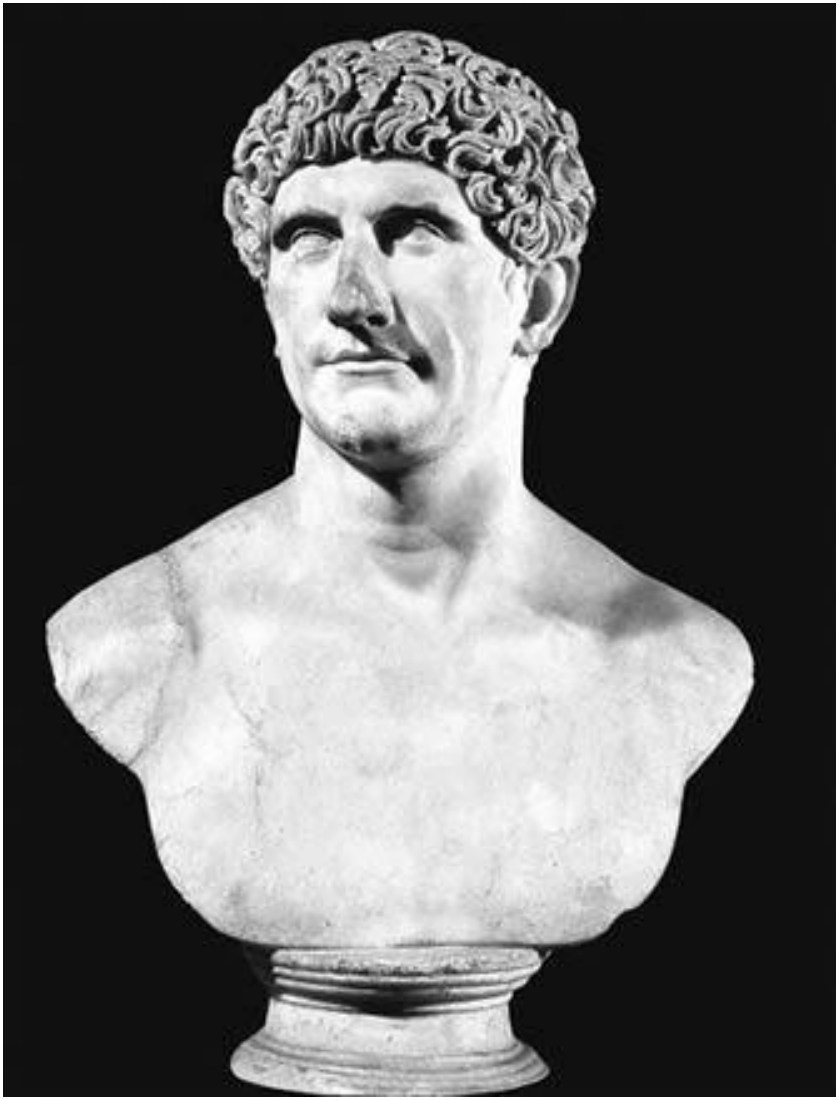
Los intentos de César de obtener un nuevo consulado fueron obstaculizados por el bando más conservador del Senado, dirigido por Marco Porcio Catón (pr. 54 a.C.). Pompeyo, que en el año 52 a.C., ante la anarquía en la ciudad provocada por las bandas de Publio Clodio (aed. 56 a.C.) y Tito Annio Milón (pr. 54 a.C.), fue nombrado cónsul sine collega, intentó en un principio ser neutral hasta que su matrimonio con Cornelia, hija de Quinto Cecilio Metelo Escipión (cos. 52 a.C.) lo decantó finalmente por la facción optimate. Pompeyo aprobó una serie de medidas que si bien no iban directamente contra César, en la práctica le impedían obtener el consulado según sus deseos. El reclutamiento de tropas por parte de Pompeyo (con la excusa de vengar a Craso pero dirigido en realidad contra César) precipitó la situación.

COMIENZA LA GUERRA. LA CAMPAÑA DE ITALIA Y LA PRIMERA CAMPAÑA EN EL NORTE DE ÁFRICA

De esta forma, el 11 de enero del año 49 a.C., según el calendario prejuliano, César cruzó por sorpresa con una sola legión el río Rubicón (el antiguo Rubico), que hacía de frontera entre la Galia Cisalpina e Italia, con lo que se iniciaba la guerra, pronunciando la famosa frase alea iacta est («la suerte está echada», aunque literalmente ha de traducirse como «los dados han sido lanzados»). Los optimates estaban convencidos de que Italia presentaría resistencia al invasor. La popularidad de Pompeyo quedó de manifiesto cuando éste se recuperó de una grave enfermedad en Neapolis (la actual Nápoles), y fue vitoreado en su vuelta a Roma. El misma Pompeyo se ufanaba que dando un puntapié surgirían legiones de la tierra. Pero todo fue un espejismo. Las comunidades itálicas todavía tenían muy vivo el recuerdo de la Primera Guerra Civil (88-81 a.C.), sufriendo en sus propias carnes el conflicto, así como César era muy popular por sus hazañas en las Galias; no iban a padecer sufrimientos por una lucha intestina de la elite romana.

César avanzó rápidamente por la costa adriática en dirección sur, mientras había llamado de la Galia a otras cuatro legiones. Su lugarteniente Marco Antonio (cos. I 44 a.C.), el posterior triunviro, avanzaba por el otro lado de la Península. Roma se vio cogida por sorpresa, entre el temor y el terror. La confianza en Pompeyo se disolvió como un azucarillo en el agua (aunque en realidad no disfrutaba del apoyo del Senado; sólo era considerado como el mal menor frente a César), y finalmente el Senado se vio obligado a evacuar la Vrbs, lo que hasta el propio Marco Tulio Cicerón (cos. 63 a.C.) reconoció que fue un grave error político, ya que César, dueño de Roma, se presentaría como la encarnación de la legitimidad política. La huida, más que retirada, tenía como objetivo Brundisium (la actual Bríndisi), en donde se ordenó concentrar todo barco que pudiera navegar para transportar las tropas que disponía en aquel momento Pompeyo (dos legiones más gran número de levas) al otro lado del mar, para allí organizar la resistencia. En

esto, Pompeyo pretendía emular a Sila, que desde Oriente había reconquistado Italia a los populares durante la Primera Guerra Civil.



Retrato de Marco Antonio en mármol. Museos Vaticanos, Ciudad del Vaticano. Este hombre es más conocido por sus amoríos con la reina egipcia Cleopatra VII que por sus logros políticos y militares.

Mientras, el avance de César no encontraba resistencia seria alguna hasta llegar a Corfinium (la actual Corfinio), una estratégica plaza situada en un cruce de caminos, que había sido la capital de los sublevados itálicos durante la Guerra de los Aliados (91-89/87 a.C.). Aquí, Lucio Domicio Enobarbo (cos. 54 a.C.), enemigo personal de César y que había sido nombrado por el Senado para suceder a aquel en las Galias, se había atrincherado con 30 cohortes. Enobarbo, desoyendo las órdenes de Pompeyo de retirarse, hizo todo lo contrario, y reclamó la ayuda de éste con las dos legiones de las que disponía. Mientras, César recibió refuerzos y rodeó la ciudad con un total de 52 cohortes. Enobarbo, viendo la situación insostenible, decidió huir abandonando a sus soldados, pero éstos descubrieron sus planes, lo apresaron y se rindieron a César (21 de febrero). César perdonó a Enobarbo y a otros líderes senatoriales (la famosa clementia Caesaris), mientras que, como en otros lugares bajo las mismas circunstancias, incorporó los soldados a sus fuerzas.

La aristocracia postsilana

«Después (César) marchó contra Domicio, que ocupaba Corfinio al mando de treinta cohortes, y estableció su campamento junto a la ciudad; Domicio, desesperando de sus posibilidades, pidió a su médico, un esclavo, que le diera un veneno, y tomando lo que aquel le daba se lo bebió, dispuesto a morir. Pero al cabo de un rato, enterándose de la maravillosa clemencia de que César hacía gala con los prisioneros, comenzó a deplorar su suerte y a reprocharse el haber tomado una resolución tan precipitada, pero su médico lo reconforto diciéndole que la droga que había bebido no era mortal, sino solo un somnífero; así que Domicio, exultante, se levanto, se presento ante César y, tras haberle este dado la mano, volvió de nuevo al lado de Pompeyo»

Plutarco, César en Vidas paralelas, 34, 6-8.

Inmediatamente, César prosiguió su marcha hacia Brundisium para evitar que Pompeyo cruzase el mar Adriático, ya que en Oriente podría disponer de amplios recursos para oponerse a César. El procónsul de las Galias llegó a este puerto cuando la operación de traslado ya estaba en marcha: la mitad de las fuerzas senatoriales y los dos cónsules ya habían partido para Dyrrachium (la actual Durrës, en Albania), mientras que el resto del ejército y el propio Pompeyo permanecían en el mencionado puerto a la espera del regreso de la flota, mientras fortificaba la ciudad a la espera de César. Este último, con una fuerza compuesta por tres legiones veteranas y tres legiones reclutadas durante su marcha, comienza el asedio. Cuando César intentó bloquear la salida del puerto mediante un sistema de diques, Pompeyo instaló torres de tres pisos sobre barcos para impedirlo. Finalmente, Pompeyo logra salir de Brundisium con el resto de sus fuerzas. Lo que podría haber sido una guerra de corta duración se va a convertir en un conflicto largo y sangriento.

César no pudo perseguir a los huidos por falta de naves. Pero esto no le amilana. Él mismo se dirigió a Roma, a donde llegó el 31 de marzo, y convocó al Senado (los senadores que quedaron allí, que no todos son favorables a su causa). César tomó diversas medidas para asegurar la situación en Italia, y, ante todo, se hace con el erario público.

A principios de abril, mandó parte de sus fuerzas a Sardinia (actual Cerdeña) y Sicilia con objeto de ocupar las provincias productoras de cereales, para asegurar el suministro de Roma. Esta última operación estaba a cargo de Cayo Escribonio Curión (tr. pl. 50 a.C.), quien había recibido las fuerzas que se habían rendido previamente en Corfinium. Tras haber asegurado Sicilia, invadió la provincia de África, y derrotó a las fuerza senatoriales en la batalla de Vthica (las actuales ruinas en Bordj Bou Chateur, junto a Zehana/Utique, Túnez), pero imprudentemente atacó a las fuerzas númidas del rey Juba I (ca. 60-46 a.C.), un enemigo personal de César, en la batalla del río Bagradas (el actual Medjerda), donde fue completamente

derrotado el 22 de agosto, perdiendo el propio Curión su ejército y la vida.

PRIMERA CAMPAÑA EN HISPANIA

Entretanto, César se dirigió hacia Hispania, cuyas dos provincias, Citerior y Vlterior, eran gobernadas ambas por Pompeyo a través de legados, y en donde había apostado un ejército de siete legiones más unidades auxiliares. Una frase resume su pensamiento estratégico: «derrotar a un ejército sin general, para luego derrotar a un general sin ejército». Pero en su marcha se encuentra que la importante e influyente ciudad de Massalia (la actual Marsella) se le muestra hostil, de tal manera que incluso elige como general al vencido Enobarbo.

Denario de plata de ceca móvil (en Galia e Hispania) de César (49 a.C.) En el anverso figura un elefante luchando contra una serpiente mientras que en el reverso aparecen elementos religiosos utilizados por el pontífice máximo.

Para no dejar en su retaguardia a un enemigo tan peligro, César encargó a Cayo Trebonio (cos. suff. 45 a.C.) el sitio de Massalia con tres legiones, algo ciertamente difícil ya que ésta estaba protegida

por el mar y defendida por tres lados por sólidas murallas. Asimismo, ordenó a Décimo Junio Bruto Albino (cos. desig. 42 a.C.) construir una flota para bloquear el puerto. César prosiguió hacia Hispania, donde su legado Cayo Fabio había recibido la orden de apoderarse de los pasos de los Pirineos. En total, iba a disponer de seis legiones para la conquista de Hispania.

La península ibérica estaba gobernada por tres legados de Pompeyo: Lucio Afranio (cos. 60 a.C.), Marco Petreyo (pr. 64? a.C.), y Marco Terencio Varrón (pr. 67? a.C.). Los dos primeros concentraron un fuerte ejército de cinco legiones en las cercanías de Ilerda (la actual Lleida), mientras el tercero permanecía en el mediodía peninsular con las dos legiones restantes. La campaña de Ilerda, que se desarrolló entre los meses de julio y junio del año 49 a.C., no se caracterizó como otras protagonizadas por César en una batalla campal, sino en una serie de asaltos, persecuciones y escaramuzas, que si bien César describe en su obra, más difícil es seguirlo en la topografía actual. Después de una serie de arriesgadas maniobras, César pudo rodear al ejército enemigo y obtener su rendición el 2 de agosto. De nuevo ejerció su clementia Caesaris. Varrón, con una fuerza inferior, se rindió el 25 de agosto. Hispania estaba en manos de César. Asimismo, el 15 de septiembre, después de dos derrotas marítimas, Massalia se rendía. Así pues, todo Occidente, menos África, estaba en manos del procónsul de las Galias. César volvió a Roma el 1 de diciembre. Nombrado dictador, ejerció esta función durante once días, tiempo suficiente para hacerse elegir cónsul y comenzar las reformas que figuraban en su programa.

CAMPAÑA EN ÉPIRO, MACEDONIA Y GRECIA

César reunió en el puerto de Brundisium una fuerza compuesta por doce legiones y mil jinetes, aunque al parecer las unidades legionarias en su mayoría no se encontraban completas debido al desgaste sufrido en anteriores escenarios bélicos.

A pesar de que era invierno, una estación no apta para la navegación, César decidió cruzar el mar Adriático en busca del enemigo, al que de nuevo cogió por sorpresa. No había podido reunir transportes suficientes para hacer pasar todo su ejército de una sola vez. Zarpó el 4 de enero del año 48 a.C., con un total de siete legiones y quinientos jinetes, mientras que el resto de sus fuerzas quedaban al mando de Marco Antonio y Aulo Gabinio (cos. 58 a.C.).

Marco Calpurnio Bíbulo (cos. 59 a.C.), antiguo co-cónsul con César, era el jefe de la flota senatorial, quien, desde su base de Corcyra (la actual Corfú, en Grecia), disponía de una amplia flota de trescientos barcos con objeto de impedir la travesía de César. El primero no se esperaba que con el mal tiempo César se atreviera a tal hazaña. Pero lo hizo, fiel a su costumbre y a su carácter. Y lo más importante, es que pudo apoderarse de la importante ciudad de Apollonia (hoy ruinas junto a Pojan, Albania), con lo que así tenía un punto de apoyo en la costa.

Bíbulo, ante las noticias del desembarco de César, salió de su letargo, y hundió parte de la flota de transportes cesariana que regresaba a Brundisium. Pero, a la postre, fue incapaz de evitar que Marco Antonio pudiera cruzar el mar con refuerzos y reunirse con César. Este último decidió apoderarse de Dyrrachium, el punto clave senatorial, pero Pompeyo llegó antes a esta ciudad desde Macedonia con su ejército.

César, ahora con un ejército de diez legiones y mil jinetes decidió asediar tanto la ciudad como el campamento de Pompeyo, por lo

que se inició una guerra de posiciones que hace pensar en la guerra de trincheras de la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Ambas partes tenían problemas de suministros, pero Pompeyo en este campo se encontraba en mejores condiciones debido a que obtenía todo tipo de abastecimientos desde el mar, lo que no conseguía César, puesto que toda su flota había sido destruida en varias acciones por los senatoriales. La estrategia de Pompeyo era rendir por hambre a su contrincante. Pero Pompeyo pudo romper el cerco de César y lo derrotó dos veces en un mismo día (9 de julio). Plutarco indica que César estuvo a punto de perecer en la refriega, y si Pompeyo hubiera sido más atrevido, habría vencido decisivamente a su enemigo.

César se vio obligado a retirarse al interior de Grecia a través de las montañas del Pindo, perseguido por Pompeyo, que lo seguía por otra ruta distinta, pues su objetivo era contactar con las dos legiones que su suegro Escipión traía consigo de Siria, a lo que César, en su momento, despachó una fuerza de dos legiones al mando de Cneo Domicio Calvino (cos. I 53 a.C.) con objeto de detener a éste. Al final, ambos se integrarían en el ejército principal de sus respectivos bandos.

Pompeyo tenía abierta las puertas de Italia, pues podía haber cruzado el mar con su flota, pero decidió rendir a su adversario mediante el hambre, como señala el historiador Dión Casio. El mismo Pompeyo se sorprendió de lo que llegaban a comer los soldados cesarianos, por su mala calidad. Si bien César había logrado aliviar en parte las penurias de su ejército, todavía tenía problemas debido a la escasez de víveres ya que la caballería enemiga, muy superior en número, le impedía forrajear.

El hambre aguza el ingenio

«Existe también una raíz llamada alcaravea, descubierta por los soldados que habían estado en las tropas auxiliares, la cual, mezclada con leche, aliviaba mucho la escasez. La preparaban igual

que el pan. Había gran abundancia de ella. Cuando en las conversaciones los pompeyanos echaban en cara a los nuestros el hambre, los nuestros para desesperanzarlos les tiraban panes hechos de esta raíz»

César, Sobre la guerra civil 3, 48, 1-2.

Para desgracia para Pompeyo, existían disensiones en sus filas. Los miembros del Senado más recalcitrantes, con Catón en la cabeza, eran partidarios de enfrentarse a César en batalla campal, lo que precisamente deseaba éste, debido a su escasez de provisiones y a su aislamiento. La superioridad numérica del ejército senatorial avalaba en principio esta solución: 45.000 soldados de Pompeyo contra unos 20.000 de César. Pero Pompeyo tenía en mente que sus soldados eran bisoños en comparación con el gran número de veteranos que albergaban las filas cesarianas.

Los dirigentes senatoriales incluso comenzaron a discutir entre sí qué puestos iban a ocupar en la República después de su victoria. Es decir, vendieron la piel del oso antes de matarlo. Pompeyo, harto de la situación, y entre rumores conspirativos para sustraerle el mando, decidió entablar batalla.

Finalmente, el enfrentamiento tuvo lugar junto a la ciudad de Pharsalos (la actual Farsalia, Grecia), el 9 de agosto del año 48 a.C. El planteamiento de Pompeyo era sencillo: lanzar su superior caballería, dirigida Tito Labieno (pr. ¿60? a.C.), sin duda el mejor lugarteniente que tuvo César en las Galias, sobre el ala derecha del enemigo (la izquierda esta resguardada por el curso del río Enipeos [el actual Enipefs]), aprovechando que el combate se iba a dirimir en una llanura, para luego envolver al ejército contrario, en que el mayor número de infantes por parte senatorial inmovilizaría a las tropas de César. Era una táctica que sin duda contra cualquier otro adversario habría tenido éxito. Pero César, esperando tal maniobra, preparó una línea adicional de legionarios (oculta a la vista del enemigo) para contener dicho ataque.

El ataque de la caballería pompeyana fue un completo fracaso (en parte porque posiblemente los caballos no estuvieran en buen estado y no podían ir más que al trote), por lo que decidió retirarse precipitadamente, de manera que la línea de reserva de César fue la que flanqueó el ala izquierda pompeyana. El ejército senatorial colapsó completamente. La derrota fue total. Se dice que Pompeyo huyó del campo de batalla al observar la huida de su caballería.

César dio la orden de no matar a los ciudadanos romanos, es decir, a los legionarios, pero sí masacrar a las fuerzas auxiliares, de modo que las fuerzas de Pompeyo tuvieron 6.000 legionarios y 15.000 auxiliares muertos, más 24.000 prisioneros, a los que César alistó en sus fuerzas; las bajas cesarianas se contabilizan en 1.200 hombres. El caído más ilustre de la batalla fue Enobarbo, que se las había ingeniado para huir de Massalia antes de que esta ciudad se rindiera.

En cuanto a los miembros más ilustres del bando senatorial, tomaron caminos diferentes. Por ejemplo, Cicerón decidió volver a Roma y pedir el perdón del vencedor; algo parecido efectuó Marco Junio Bruto (pr. 44 a.C.), uno de los asesinos de César. Escipión se dirigió a África, al que seguirá, vía la Cyrenaica, Catón, donde levantarán un nuevo ejército apara oponerse a César con la ayuda de Juba I, vid. infra.

La batalla de Pharsalos

«En la batalla contra César en la antigua Farsalia, Cneo Pompeyo preparó tres líneas de batalla, cada una de diez hombres de profundidad, colocando en las alas y en el centro las legiones sobre cuyo valor él podía confiar sin peligro, y llenando los espacios entre éstas, con reclutas. En el flanco derecho colocó seiscientos jinetes, a lo largo del río Enipeo que, con su canal y depósitos, habían hecho el lugar infranqueable; el resto de la caballería lo colocó a la izquierda, junto con las tropas auxiliares, que de este modo podrían envolver a las tropas de César. Contra estas disposiciones, Cayo César también preparó una

triple línea, colocando sus legiones en el frente y descansando su flanco izquierdo en pantanos, a fin de evitar la posibilidad de ser rodeado. A la derecha colocó su caballería, entre quienes distribuyó sus más rápidos soldados de infantería, hombres entrenados en la lucha a caballo. También mantuvo seis cohortes de la reserva para emergencias, colocándolas oblicuamente a la derecha, lugar desde donde esperaba un ataque de la caballería enemiga. Ninguna circunstancia contribuyó más que ésta a la victoria de César durante aquel día; ya que tan pronto como la caballería de Pompeyo salió, estas cohortes le derrotaron por un ataque inesperado, y entregaron al resto de las tropas [de Pompeyo] para la matanza»

Frontino, Las Estartagemas, 2, 3, 22.

En cuanto a Pompeyo, su huida fue una auténtica odisea. Tras su derrota, Pompeyo huyó a Larisa (hoy ruinas junto a Pelasyía), luego a Amphipolis (las ruinas de Amfípolis, al noreste de Néa Kerdhília), luego a Mytilene (Mitilene, en la isla de Lesbos). Rodas (la antigua Rhodos) no le dio la bienvenida. Antioquía (la antigua Antiochia ad Orontes) le cerró las puertas. Nadie quería saber nada del derrotado. En Cilicia celebró un consejo de guerra con los pocos fieles que todavía tenía, y decidió finalmente dirigirse a Egipto, donde esperaba que el faraón Ptolomeo XIII (51-47 a.C.), un niño de trece años, le diera la bienvenida, ya que su padre Ptolomeo XII (80-58 y 55-51 a.C.) le debía el trono, y sin duda había sido reconocido como el monarca legal por el bando senatorial.

Por desgracia, Ptolomeo XIII estaba en guerra contra su hermana mayor Cleopatra VII (51-30 a.C.), de poco más de veinte años de edad. En principio, ambos hermanos debían compartir el poder, para lo que se unieron en matrimonio según la tradición egipcia, pero no tardó en producirse una lucha por la hegemonía. En el verano del año 48 a.C., Cleopatra VII fue obligada a huir a Siria, donde organizó un ejército. Para mayor complicación, otra hermana, Arsinoe IV (48-47 a.C.), también reclamó el trono.

«La muerte de Pompeyo», anónimo del siglo XVIII actualmente en el Museo Nacional Magnin de Dijón. El asesinato de Pompeyo a manos de los esbirros de Ptolomeo XIII es uno de los momentos cumbre de la guerra en la que César logrará el poder absoluto.

En este contexto, Pompeyo llegó a Pelusium (ruinas en Tell al-Faramah, a 30 km de Puerto Said), la puerta oriental de Egipto. Cuando se disponía a desembarcar, fue asesinado por Lucio Septimio, que había servido con él durante sus campañas en Oriente durante la década de los años 60 a.C., y el general egipcio Áquilas. Era el 28 de septiembre, un día antes de su quincuagésimo noveno cumpleaños. Los consejeros de Ptolomeo XIII, el eunuco Potino y Teodoto de Quíos, consideraron que no debían implicarse en el conflicto interno romano, por lo que, para ganarse el favor de César, el vencedor, decidieron dar muerte a Pompeyo.

«… La distancia desde la trirreme a tierra era grande, y como ninguno de los que navegaban con él le dirigía una palabra de cortesía, volvió los ojos hacia Septimio y le dijo: «Seguro que no me equivoco, ¿no eres tú uno de mis antiguos compañeros de armas?». Septimio se limitó a hacer una señal de afirmación con la cabeza, sin pronunciar palabra ni darle muestra alguna de amistad. Como de nuevo se hizo un profundo silencio, Pompeyo, que llevaba en un pequeño rollo un discurso escrito en griego, preparado para pronunciarlo ante Tolomeo, comenzó a leerlo. Cuando se aproximaban a tierra, Cornelia, que estaba vivamente inquieta, acompañada de sus amigos miraba desde la trirreme el desarrollo de los hechos, y empezó a animarse al ver que muchos hombres del rey concurrían al lugar del desembarco como con intención de honrarlo y recibirlo. Pero en el momento en que Pompeyo tomaba la mano de Filipo para ponerse en pie con mayor facilidad, Septimio, por la espalda, fue el primero en atravesarlo con su puñal, y después de él Salvio y luego Áquilas desenvainaron sus espadas. Pompeyo, echándose con ambas manos la toga sobre su rostro, sin decir ni hacer nada indigno de él, sino emitiendo solo un gemido, resistió con firmeza los golpes. Tras haber vivido cincuenta y nueve años, dijo adiós a su vida un día después de su cumpleaños [sic]»

Plutarco, Pompeyo en Vidas paralelas, 79, 1-5.

CÉSAR EN EGIPTO

Mientras tanto, César, que se había detenido en la provincia de Asia para imponer el orden y ante todo para recabar dinero, llegó el 2 de octubre a Alexandrea (la actual Alejandría), la capital de Egipto, con dos legiones (no completas) y 800 jinetes, solo tres días después. Aquí se le presentó la cabeza de Pompeyo y el anillo con su sello. César rompió a llorar; no hay que olvidar que Pompeyo había sido su amigo y su yerno y, por supuesto, debió de pensar que si el derrotado en Farsalo hubiera sido él la cabeza sería la suya.

«Presentación de Cleopatra a César» de J.-L. Gérôme (1865). La entrada de Cleopatra VII envuelta en una alfombra para sortear la guardia de Ptolomeo XIII y entrevistarse con César supera cualquier guión escrito en Hollywood.

César se instala en el palacio imperial de los Ptolomeos. Ante todo, exigió el reembolso del dinero prestado previamente a Ptolomeo XII Auletes por los triunviros. Asimismo, decidió resolver la disputa entre Ptolomeo XIII y Cleopatra VII, resolviendo favorecer a esta última, muy posiblemente porque los instigadores del magnicidio de Pompeyo eran los consejeros de su hermano. Evidentemente, estos últimos no estuvieron de acuerdo con tal decisión y comenzó lo que se ha denominado el bellum Alexandrinum o el sitio de Alejandría, una serie de escaramuzas y batallas que tienen lugar entre las fuerzas de César, Cleopatra VII, Arsinoe IV y Ptolomeo XIII entre los años 48 y 47 a.C.

Potino dio la orden a Áquilas de marchar sobre Alexandria con un ejército de 20.000 soldados de infantería y 2.000 de caballería. Este último rápidamente sitió a César en el recinto del palacio. Después de una breve tregua, Áquilas lanzó un ataque total. Al repeler uno de estos ataques, algunas fuentes dicen que los hombres de César provocaron un incendio que se extendió y destruyó la Biblioteca de Alejandría; en realidad, parece que fue un almacén de libros lo que ardió. César envió mensajeros solicitando ayuda, pero ésta tardaría algún tiempo en llegar. A pesar de algunos reveses, las fuerzas de César mantuvieron cierto control del puerto, lo que resultó vital para sus intereses.

Al comienzo del asedio, los ostensibles líderes enemigos estaban presentes con César en el recinto del palacio. Cleopatra VII entró sin ser detectada en el complejo para reunirse con César, con la ayuda de un mercader siciliano a través del puerto de Alejandría, escondida en una alfombra. El historiador Dión Casio afirma que la reina sedujo intencionadamente a César; independientemente, los dos se convirtieron rápidamente en amantes y César luego declaró que la voluntad de Ptolomeo XII requería que Ptolomeo XIII y Cleopatra VII fueran gobernantes conjuntos. Después de que se descubrió que Potino se comunicaba con los sitiadores, fue ejecutado. Arsinoe IV escapó y se unió al ejército egipcio, que la proclamó reina y luego dio muerte a Áquilas para tomar el control de las tropas, poniendo al frente de éstas al eunuco Ganímedes.

A fines de enero o principios de febrero del 47 a.C., una delegación

de los principales ciudadanos alejandrinos le pidió a César que pusiera en libertad a Ptolomeo XIII. Éste lo hizo con la esperanza de que Ptolomeo XIII detuviera a los sitiadores o, en su defecto, sembrara la disensión entre las filas enemigas. La guerra continuó. Después de nuevos asaltos a las posiciones de César, un ejército de socorro de Siria llegó por tierra dirigido por Mitrídates de Pérgamo, con 10.000 soldados entrenados en las formas romanas de la guerra, y ayudado por 3.000 judíos aportados por el sumo sacerdote Hircano II y dirigidos por Antípatro, el hombre fuerte de Judea. Después de que el ejército de socorro asaltara Pelusium, los Ptolomeos enviaron la mayor parte de sus fuerzas para disputar el cruce del delta del Nilo. César movió a sus hombres por mar para unirse al ejército de socorro, lo que condujo a la Batalla del Nilo, en el lado oeste de este río.

Después de la llegada de César al campamento de Mitrídates, sus fuerzas, compuestas por un total de 20.000 efectivos, y las de Ptolomeo XIII, un poco más numerosas, se enfrentaron a través de un afluente del Nilo. La caballería auxiliar germánica de César se desempeñó bien al atropellar a la infantería ligera de Ptolomeo XIII mientras la infantería pesada de César cruzaba el río por un puente improvisado, lo que provocó la derrota de las tropas egipcias. Posteriormente, el ejército vencedor tomó el campamento egipcio, lo que obligó al ejército de Ptolomeo XIII a huir, momento en el cual el barco de Ptolomeo XIII, sobrecargado, volcó y éste se ahogó (26 de marzo del 47 a.C.). Al día siguiente, Alexandria se rindió a César.

Vencedor, César instaló a Cleopatra VII y a su hermano pequeño Ptolomeo XIV (47-44 a.C.) como reyes de Egipto. Arsinoe IV fue llevada prisionera a Roma, y posteriormente desterrada al Templo de Artemisa en Ephesus (actualmente ruinas junto a Selçuk, Turquía), y más tarde ejecutada por orden Marco Antonio a instigación de Cleopatra VII. César tuvo con la reina egipcia a su único hijo natural conocido, Ptolomeo XV César, más conocido como Cesarión. César y Cleopatra nunca se casaron debido a la ley romana que prohibía el matrimonio con un no romano. Durante el mes de abril del año 47 a.C. la feliz pareja se embarcó en un crucero por el Nilo. Se decía que si sus hombres no se hubieran quejado habrían navegado hasta la misma Etiopía.

LA CAMPAÑA PÓNTICA

Pero problemas más acuciantes necesitaban la atención de César. No sólo estaba la cuestión de que las fuerzas senatoriales se estaban reagrupando en África. El gobierno de Marco Antonio en Italia estaba provocando recelos. Y había una cuestión más urgente aún. Farnaces II (63-47 a.C.), rey del Bósforo Cimerio, hijo de Mitrídates VI del Ponto (120-63 a.C.), el enemigo más implacable de Roma en Oriente, había invadido Anatolia, reclamando la herencia de su padre. El anteriormente mencionado Calvino, a la sazón gobernador de Asia, intentó oponerse al invasor junto con una importante fuerza militar enviada en su ayuda por el rey Deyótaro de Galacia, pero fue derrotado en Nicopolis (la actual Koyulhisar, Turquía), en el Ponto, el 8 de diciembre del año 48 a.C. Farnaces II se vio frenado en su ofensiva por la rebelión en el Bósforo Cimerio (la actual Crimea, Ucrania) de su yerno Asandro, a quien había dejado encargado del territorio.

Las tropelías que Farnaces II cometió contra la población civil (por ejemplo, en la ciudad de Amyssus (actual Samsun) castró a todos los niños y vendió a los habitantes a los traficantes de esclavos) no dejó indiferente a César, quien se vio obligado a intervenir. Éste, con una sola legión, cruzó Siria, Cilicia, Capadocia y Galacia hasta llegar a la región del Ponto. En el camino reunió un ejército de unos 15.000 hombres, contra los 20.000 soldados que tenía Farnaces II, pero que era muy heterogéneo.

Farnaces II, reconociendo el peligro, hizo una oferta de sumisión, con el único propósito de ganar tiempo, pero fue en vano. La victoria romana en la batalla de Zela (actual Zile) el 2 de agosto del año 47 a.C. fue tan rápida y completa que César, en una carta a un amigo en Roma, la describe con la famosa frase «Veni vidi vici» («llegué, ví, vencí»). Farnaces II huyó al Bósforo Cimerio, donde logró reunir una pequeña fuerza de escitas y sármatas. Pero no mucho más tarde Asandro lo atacó y le dio muerte. Éste no pudo disfrutar mucho de la corona, puesto que César nombró nuevo

monarca a Mitrídates de Pérgamo, quien era asimismo hijo de Mitrídates VI, por los servicios prestados, aunque éste desapareció rápidamente de la escena dejando el Bósforo Cimerio a Asandro.

Pero los problemas para César no cesan. Tuvo que regresar a Roma para, entre otras cosas, detener el motín de varias de sus legiones veteranas acuarteladas en las afueras de la ciudad. Bajo el mando de Marco Antonio, magister equitum, el lugarteniente de un dictador (César había sido nombrado dictador por tercera vez a finales del 48 a.C.), esperaban su licenciamiento así como las recompensas prometidas antes de la batalla de Pharsalos. La larga ausencia de César deterioró rápidamente la situación y Marco Antonio perdió el control de las tropas que comenzaron a saquear propiedades al sur de la capital. Varias delegaciones vendrán a tratar de calmar el motín, entre ellas una del futuro historiador Cayo Salustio Crispo (pr. 46 a.C.), pero no pudieron evitarlo y los amotinados continuaron con sus reclamaciones.

Después de varios meses, César se presentó a sus tropas sabiendo muy bien que las necesitaba para hacer frente a las fuerzas senatoriales ubicadas en el norte de África. César también sabía que no tenía fondos para pagarles y que volver a alistarlos en esta campaña africana le costaría mucho menos. Fríamente, César preguntó a las tropas qué esperaban de él; avergonzados de pedir dinero, los soldados demandaron sus recompensas. César los llamó «ciudadanos» (quirites) en lugar de soldados, enfatizando que se trataba de civiles, es decir, ya licenciados, y que el pago se haría cuando el ejército pompeyano en África fuera derrotado y que él, en todo caso, podía ganar con otros soldados. Los amotinados se sintieron heridos por este discurso; después de quince años de lealtad, nunca habrían pensado que César podría prescindir de ellos. Le rogaron a César que los mantuviera a su lado y los llevara a África, a lo que accedió amablemente. Su conocimiento de la psicología de las masas y su carisma le permitieron preservar sus fuerzas más preciadas.

«En cuanto a los soldados de la decima legión, que reclamaban en otra en Roma su licenciamiento y recompensas con grandes amenazas y poniendo incluso a la ciudad en gravísimo peligro, no vaciló, aunque sus

amigos intentaban disuadirle, en presentarse ante ellos y licenciarlos a pesar de que por entonces ardía la guerra en África; pero con una sola palabra, llamándoles «ciudadanos» en lugar de soldados, los mudó y doblegó tan fácilmente, que al punto le respondieron que eran soldados y, a pesar de su rechazo, le siguieron voluntariamente a África; e incluso así, a los mas sediciosos les impuso una multa de la tercera parte del botín, así como de los campos que les tenia destinados»

Suetonio, César en Vidas de los Doce Césares, 70.

SEGUNDA CAMPAÑA EN ÁFRICA

A finales del año 47 a.C., César llegó a África, donde se habían refugiado los supervivientes de los ejércitos de Pompeyo, bajo la autoridad de Escipión, Catón y Labieno. Las fuerzas senatoriales contaban con diez legiones, al menos 40.000 hombres, más 20.000 jinetes africanos. Allí encontraron un aliado en la persona de Juba I de Numidia, cuyas fuerzas incluían en principio más de cien elefantes de guerra, 30.000 hombres de infantería y 20.000 de caballería. Desde luego, al menos sobre el papel, un ejército enorme.

César, que carecía de suficientes barcos de transporte, trasladó sus tropas a África de manera gradual. Una tormenta y fuertes vientos dispersaron la flota invasora. Cuando desembarcó cerca de Hadrumetum (la actual Susa, en Túnez) el 28 de diciembre del año 47 a.C., César sólo disponía de 3.000 soldados de infantería y 150 de caballería. Durante el desembarco, ocurrió un incidente citado con frecuencia que podría haber sido un presagio desfavorable: César cayó a la playa, pero pudo reírse con éxito del mal presagio cuando agarró dos puñados de arena, declarando «¡Te tengo agarrada, África!»

Con el beneficio de la sorpresa, César tuvo el tiempo necesario para encontrar y reorganizar sus dispersas fuerzas, enviando también órdenes a Sicilia para regresar con refuerzos. Como los senatoriales ya habían adquirido la mayoría de los suministros de alimentos disponibles, César se vio obligado a moverse rápidamente. Pasó por alto Hadrumentum después de que se negara a rendirse y estableció bases en Ruspina (la actual Monastir, Túnez), donde dirigió un gran grupo de forrajeo que luego participó en un encuentro con las fuerzas de batalla bajo el mando de Labieno. Las tropas inexpertas de César vacilaron bajo el ataque de la caballería de escaramuzadores númidas durante la mayor parte del día antes de retirarse tras un contraataque, lo que resultó en una derrota estratégica, ya que a César se le impidió buscar comida.

Los dos ejércitos se enfrentaron en una serie de escaramuzas para probar sus respectivas fuerzas, y durante esta fase gran número de tropas senatoriales desertaron a favor de César, que se calcula que podían sumar un total de dos legiones. Sin embargo, César adoptó un enfoque defensivo hasta que fue reforzado fuertemente desde Sicilia, momento en el que retomó la ofensiva.

A finales de abril, César llegó a Thapsus (cerca de la actual Bekaita, en Túnez) y sitió la ciudad, bloqueando el acceso sur con tres líneas de fortificaciones. Los senatoriales, dirigidos por Escipión, al no poder permitirse perder este puerto, se vieron obligados a aceptar el enfrentamiento. La batalla de Thapsus se dará el 6 de abril del año 46 a.C. Se desconoce el número de fuerzas en combate, aunque es posible que César dispusiera de 30.000 hombres mientras que su contrincante una cifra cercana a los 40.000.

El ejército de Escipión rodeó a Thapsus para acercarse a la ciudad por su ala norte. Anticipándose a la llegada de César, permaneció en orden de batalla cerrado, manteniendo a la caballería y los elefantes a los lados. La posición de César era la típica de su forma de combatir, con él al mando en el lado derecho y la caballería y los arqueros en los flancos. La amenaza que representan los elefantes es la base de la decisión de reforzar la caballería con cinco cohortes.

Una corneta de César dio la orden de batalla. Los arqueros de César atacaron a los elefantes, pero los elefantes tenían la piel demasiado gruesa, por lo que las flechas fueron ineficaces. Los elefantes empujaronn los colmillos hacia adelante y pisotearon a los legionarios. El ala izquierda de los elefantes atacó el centro de los soldados de César, donde estaba apostada la legión V. Esta legión apoyó el ataque con tal coraje que un elefante se convirtió desde entonces en su símbolo. Los elefantes, sin embargo, masacraron a la infantería, abriendo el camino a los jinetes de Escipión. César hizo sonar enormes trompetas con tanta violencia que los elefantes enloquecidos huyeron pisoteando a la caballería. Tras la pérdida de los elefantes, Escipión empezó a perder terreno. La caballería de César hizo avanzar al enemigo mediante una maniobra, destruyó su campamento fortificado y obligó al enemigo a retirarse. Las tropas aliadas de Juba I abandonaron sus las posiciones y se decidió de esta manera el destino de la batalla.

Perseguidos sin piedad, ya vencidos, los senatoriales intentaron rendirse pero fueron masacrados aunque César era capaz de ver como suplicaban misericordia. Esto fue extraño en él, ya que durante la guerra civil se mostró benevolente con sus enemigos, por lo que algunos investigadores piensan que pudo sufrir un ataque epiléptico durante la batalla y que ya no estaba en posesión de todas sus facultades. Otra posibilidad es que simplemente sus soldados estaban demasiado descontrolados para obedecer. Los prisioneros de rango consular o pretorial fueron ejecutados y muchos de sus pares se suicidaron antes de ser capturados, como Escipión.

«Tomemos, por ejemplo, a Escipión, el suegro de Cneo Pompeyo: un viento en contra lo hizo retroceder a la costa africana y vio su barco en poder del enemigo. Por lo tanto, atravesó su cuerpo con una espada; y cuando le preguntaron dónde estaba el comandante, respondió: 'Todo está bien con el comandante'. Estas palabras lo elevaron al nivel de sus antepasados y no permitieron que la gloria que el destino dio a los Escipiones en África perdiera su continuidad. Fue una gran hazaña conquistar Cartago, pero una hazaña mayor conquistar la muerte. '¡Todo está bien con el comandante!' ¿Debería morir un general de otra manera, especialmente uno de los generales de Catón?»

Séneca, Epístolas, 24, 9.

Luego César dejó tres legiones para continuar el asedio de Thapsus y marchó con las demás hacia Vthica, la capital de la provincia. Catón, que era gobernador de la ciudad, entendió que la resistencia era inútil y se suicidó. César se quedó estupefacto y según Plutarco habría dicho: «Catón, envidio tu muerte como me envidiaste a mí por salvarte la vida». Al final, toda la provincia de Africa quedó sometida a César, anexionando además el reino de Numidia, que se convertirá en la provincia de Africa Nova, a excepción de ciertos territorios que entregó a sus aliados.

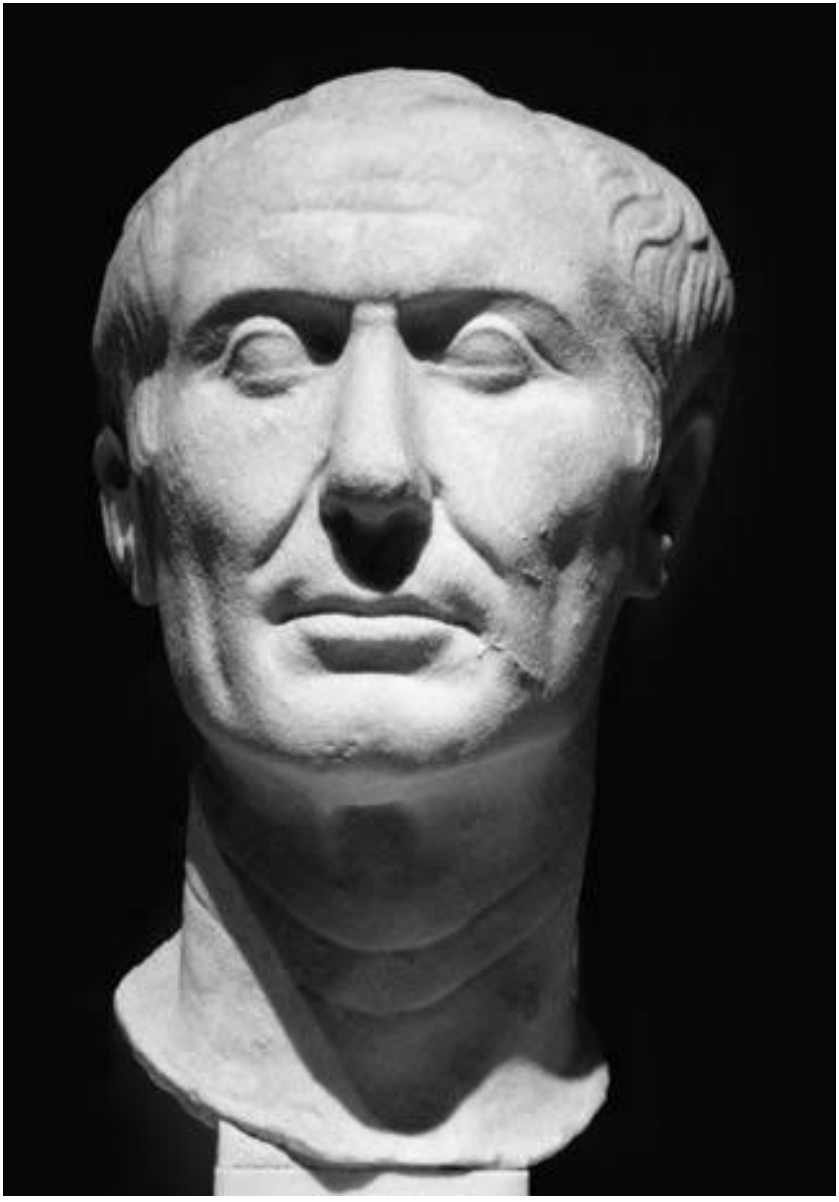
«La muerte de Catón», pintura de Guyon-Leterrier (1795). Los amigos de Catón sospecharon que quería suicidarse por el tono del discurso que dio durante la cena.

La campaña de César en África ha quedado de alguna manera reflejada en la cultura popular en el cómic «Astérix legionario», que a su vez se basa en la película «Laurel y Hardy reclutas» (1939). Por supuesto, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

César volvió, vía Cerdeña, a Roma el 25 de julio del año 46 a.C. La victoria total cesariana dotó a César de un poder enorme y el Senado, estupefacto e intimidado, se apresuró a legitimar su victoria nombrándolo dictador por tercera vez en la primavera del año 46 a.C., por un plazo sin precedentes de diez años. En este año César ocupaba el consulado por tercera vez.

Después del regreso de César a Roma, celebró cuatro triunfos: sobre la Galia, Egipto, Asia y África. Las celebraciones comenzaron el 21 de septiembre y duraron hasta el 2 de octubre, con fastuosos desfiles de prisioneros y tesoros saqueados. En este momento fue ejecutado el célebre caudillo arverno Vercingétorix, el alma de la

rebelión de las Galias contra César (52 a.C.)



«El retrato de Tusculum», posiblemente la única escultura

superviviente de César realizada durante su vida. Museo Arqueológico de Turín.

César, como triunfador, también celebró la ocasión otorgándose el derecho de ser precedido por setenta y dos lictores, mucho más allá de los doce normales del cónsul y los veinticuatro normales del dictador, simbolizando que había ocupado la dictadura tres veces. También se realizaron juegos masivos y banquetes públicos; César también entregó enormes donaciones a sus hombres, equivalentes a más de dieciséis años de salario.

LA ÚLTIMA CAMPAÑA: HISPANIA OTRA VEZ

Pero la paz no llegaba. Escipión había enviado a Cneo Pompeyo el Joven, el hijo mayor de Pompeyo, a Hispania, con objeto de sublevar este territorio y ganarlo a la causa senatorial. Ya en el año 48 a.C. había habido disturbios en la provincia de la Hispania Vlterior por el mal gobierno de Quinto Casio Longino (tr. pl. 49 a.C.), que desembocó en un intento de asesinato contra éste y en la sublevación de parte de la guarnición provincial. La situación pudo estabilizarse, pero se había avivado el descontento entre la población.

No se conoce muy bien cuáles fueron los eventos en Hispania durante el año 47 a.C., pero, tras la derrota senatorial de Thapsus, los dirigentes supervivientes se refugiaron aquí. Pero, en contraste con otras acciones, no se trata de una resistencia por parte del Senado contra César, sino de una guerra más bien de carácter privado de los hijos de Pompeyo, Cneo Pompeyo el Joven y su hermano Sexto Pompeyo, que más tarde se distinguirá en la lucha contra el Segundo Triunvirato. A ellos se les unió, entre otros, el incombustible Labieno.

Cneo Pompeyo el Joven, que todavía no había ejercido ninguna magistratura importante, era el líder del nuevo ejército anticesariano. Parece que dominó gran parte de la península Ibérica, no sólo la Bética (grosso modo la actual Andalucia), sino también una parte importante de la Hispania Citerior, a tenor de los nuevos descubrimientos.

Los generales de César, Quinto Fabio Máximo (cos. suff. 45 a.C.) y Quinto Pedio (cos. suff. 43 a.C.), no se arriesgaron a entablar batalla. Permanecieron en su campamento en Obulco (la actual Porcuna, Jaén), a unos cincuenta kilómetros al este de Corduba (la actual Córdoba), la capital de la Hispania Vlterior, y pidieron ayuda a César. A pesar de todo, la situación no era tan dramática para los cesarianos: Cayo Didio derrotó a la flota pompeyana en batalla

naval ante el puerto de Carteia (la actual El Rocadillo, junto a San Roque, Cádiz), en el Estrecho de Gibraltar, y la presencia de Fabio Máximo y Pedio en Obulco parece significar que los cesarianos dominaban la mayor parte de la Hispania Citerior, a excepción posiblemente de su extremo meridional.

El viaje (más de dos mil cuatrocientos kilómetros) se realizó en menos de un mes, llegando el ejército de César a Obulco el 2 de diciembre del año 46 a.C. según ya el calendario juliano, que entró en vigor en el año 45 a.C., para corregir el desfase existente entre el año civil y el año solar. César inmediatamente escribió un poema describiendo el viaje, Iter. Le pidió a su sobrino nieto Cayo Octavio, el posterior emperador Augusto (27 a.C.-14 d.C.), que se le uniera pero este último enfermó y solo pudo llegar tras la finalización de la campaña.

Aprovechando el efecto de la sorpresa, César consiguió romper el sitio de la plaza fuerte de Vlia (la actual Montemayor, Córdoba), ciudad que le había sido fiel y que estaba sitiada sin éxito por Cneo Pompeyo el Joven, pero no pudo tomar Corduba, defendida por Sexto Pompeyo. Después de un breve asedio, tomó la ciudad fortificada de Ategua (la actual Teba la Vieja, Córdoba), lo que asestó un duro golpe a la moral de los pompeyanos, y algunos de sus aliados locales comenzaron a cambiar de bando. La campaña estuvo repleta de atrocidades de todo tipo, síntoma del desgaste de tantos años de guerra.

Una escaramuza cerca de Soricaria (¿Plaza de Armas?, junto a Castro del Río-Nueva Carteya, Córdoba) se resolvió a favor de las tropas cesarianas, lo que no mejoró la moral del campamento pompeyano y obligó a Cneo Pompeyo el Joven a dar rápidamente una batalla decisiva, que se libró el 17 de marzo del año 45 a.C. Los dos ejércitos se encontraron en los llanos de Munda, cerca de la actual Osuna (Sevilla), pero todavía sin localizar. El ejército pompeyano se posicionó en una colina, aproximadamente a un kilómetro de las murallas de Munda. César tenía ocho legiones y al menos 8.000 jinetes, mientras que el ejército pompeyano constaba de trece legiones (dos legiones de veteranos, una legión de ciudadanos romanos residentes en Hispania y el resto compuesto por no ciudadanos), más 6.000 de infantería ligera y unos 6.000 de

caballería.

Muchos de los soldados pompeyanos se habían rendido a César en campañas anteriores y luego desertaron de su ejército para unirse a Cneo Pompeyo el Joven: temiendo no ser perdonados por segunda vez (César ya había ejecutado a prisioneros durante la campaña de África), lucharían con la energía de la desesperación. Tras un movimiento destinado a desalojar a los pompeyanos de su colina que fracasó, César ordenó un ataque frontal (al grito de guerra de Venus, diosa de la que César decía ser descendiente).

La lucha duró mucho tiempo sin que un bando obtuviera ventaja sobre el otro. Los generales se unieron a la refriega. El historiador Plutarco señala que César manifestó más tarde que había combatido muchas veces por la victoria, pero que en Munda tuvo que luchar por su vida. Tomó el mando del ala derecha donde su legión favorita, la X Equestris, estaba enfrascada en una dura pugna. Esta legión comenzó a hacer retroceder a las fuerzas pompeyanas. Consciente del peligro, Cneo Pompeyo el Joven retiró una legión de su ala derecha para reforzar su amenazada ala izquierda. Tan pronto como la derecha pompeyana se vio debilitada, la caballería de César lanzó un ataque decisivo. El rey Bogud II de Mauritania y su caballería, aliados de César, atacaron a las tropas pompeyanas por la retaguardia. Labieno, jefe de la caballería pompeyana, observó esta maniobra y corrió a su encuentro. Desafortunadamente para Cneo Pompeyo el Joven, sus legionarios pensaron que la caballería estaba huyendo. Las legiones pompeyanas huyeron entonces en desorden. Aunque algunos pudieron encontrar la protección de las murallas de Munda, muchos soldados murieron en su retirada. Al final de la batalla, unos 30.000 soldados pompeyanos quedaron tendidos en el campo de batalla mientras que las fuerzas de César sumaban solo 1.000 muertos y 500 heridos. Los trece estandartes de las legiones pompeyanas fueron capturados, señal de su derrota. Labieno murió en la batalla y César dispuso que se le dieran honores fúnebres.

César dejó a su legado Fabio Maximo con la orden de sitiar Munda mientras que él fue a pacificar el resto de la provincia. En Corduba, Sexto Pompeyo huyó de la ciudad ante la llegada de las fuerzas cesarianas, y estalló una lucha entre los partidarios de uno y otro

bando dentro de la ciudad, a lo que hay que unir la presencia de tropas pompeyanas. Todo ello creó un cóctel incendiario tal que la ciudad fue quemada y la población masacrada, llegándose a decir que hubo 22.000 víctimas de todas las edades y los pocos supervivientes fueron vendidos como esclavos. Munda resistió durante algún tiempo, pero tras un intento fallido de romper el cerco, la ciudad se rindió con sus 14.000 soldados. Cualquier oposición a César fue drásticamente eliminada.

En un primer momento, Cneo Pompeyo el Joven pudo escapar, dirigiéndose a Carteia, desde donde zarpó con una pequeña flotilla. Sin embargo, perseguido por la flota al mando de Didio, tuvo que desembarcar y continuar su huida tierra adentro. Pero fue alcanzado y muerto por el enemigo. Didio no pudo disfrutar de esta victoria, ya que cayó poco después en una celada de los lusitanos, que habían participado en la guerra del lado pompeyano.

En cuanto a su hermano Sexto Pompeyo, pudo alcanzar la Celtiberia, donde pasó en principio desapercibido. Ni él ni Quinto Cecilio Baso, que se levantó contra César en Siria, representaban peligro alguno para Roma. A su vuelta a la Vrbs, en octubre del año 45 a.C., celebró un triunfo sobre sus conciudadanos (algo totalmente ilegal), que dio muy mala impresión. Los nuevos honores y títulos que se confirieron a César parecían ir encaminados a su nombramiento como rex («rey»), algo completamente despreciable en la clase política romana. La aparición de su retrato en las monedas acuñadas a principios del año 44 a.C., una regalía, confirmaron esta opinión. No mucho después, la conspiración llevada a término en los idus de marzo (15 de marzo) acabó con la vida de César, pero no frenó el hecho de que Roma fuese gobernada por un solo hombre.

«La muerte de Julio César» de V. Camuccini (1804/1805). Ironías del destino, César murió asesinado a los pies de una estatua de dedicada a Pompeyo.

VI

El largo año de los cuatro emperadores (68-70)

Emilio Campomanes Alvaredo

INTRODUCCIÓN

Se conoce como «El año de los cuatro emperadores» al año 69 d.C., cuando se sucedieron en pocos meses Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano. Sin embargo, he optado en el título por ampliar el marco cronológico ya que esta narración empieza a comienzos del año 68, con el complot que provoca la caída de Nerón (54-68), y termina con el epílogo de la «revuelta bátava», sofocada en el año 70.

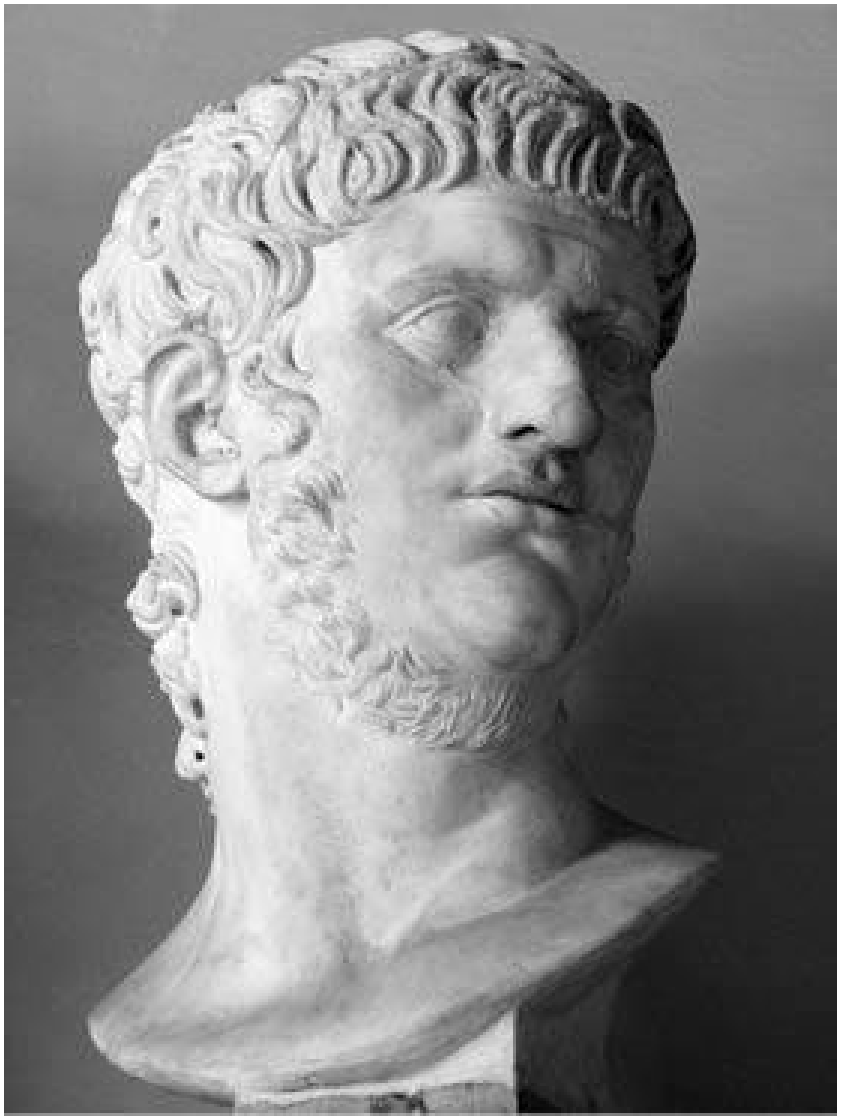
Durante los siglos I y II d.C. no hubo crisis militares demasiado graves en el Imperio Romano. Casi todas fueron de tipo sucesorio, en realidad poco frecuentes, pero cuando se desataban provocaban la guerra, el caos y abundante derramamiento de sangre. Así había ocurrido al final de la República, cuando el poder se conquistó después de cruentas guerras civiles ganadas por Julio César y después por Augusto (27 a.C.-14 d.C.). Este último impuso un gobierno estable y hereditario, que garantizó un siglo sin guerras civiles.

Mapa del Imperio romano con los cuatro emperadores en sus lugares de origen, representados en una moneda de la época.

Aún así, hubo varios sobresaltos, quizás el más serio fue el asesinato de Calígula (37-41). Y nunca dejaron de planear las sospechas del asesinato de parte de los sucesores de Augusto, pero en todo caso la sucesión se decidía dentro del palacio imperial. Después de varias generaciones sin conflictos civiles, los acontecimientos de estos meses dejaron a la sociedad romana conmocionada, como expresa el historiador Tácito en su libro Historiae, que se ocupa precisamente de esta etapa. Implicó a muchas provincias, ejércitos y provocó dos guerras civiles muy cruentas, aunque de escasa duración.

EL PUNTO DE PARTIDA

En el año 68 gobernaba Nerón, quien resultaría ser el último emperador de la dinastía Julio-Claudia. Nerón había sido un emperador bastante popular entre el pueblo y debió cuidar a la plebe con repartos de comida y buen abastecimiento de víveres a Roma, que había alcanzado un inmenso tamaño –se estima que superaba el millón de habitantes–, ya que su abastecimiento era una cuestión estratégica. Aún así, los historiadores romanos, unánimemente lo retratan como un tirano caprichoso, extravagante y cruel en sus castigos, al que se acusa de instaurar un régimen de terror en sus últimos años.



Retrato de Nerón en el apogeo de su poder (Museos Capitolinos de Roma).

Algunos historiadores actuales tienen ciertas reservas sobre este carácter tiránico. Fueron comunes los choques políticos entre

algunos emperadores y la clase aristocrática representada en el Senado, que fue evidente en el caso del emperador Nerón. Es posible que haya legislado en contra de los intereses de los grupos aristocráticos y ello le haya creado el resentimiento del Senado, lo que terminaba en una lucha repleta de complots, purgas y ejecuciones de la aristocracia.

Lo cierto es que Nerón fue muy popular en vida y después de muerto le ponían flores a diario en su tumba. Durante un tiempo existió la creencia que seguía vivo, que había logrado huir y que volvería algún día. Sus sucesores se cuidaron bien de mantener su memoria para ganar popularidad.

Los historiadores, y en especial Suetonio, especialista en los peores cotilleos, cuentan todo tipo de aberraciones en su comportamiento para justificar su asesinato. Lo cierto es que Nerón perdió el apoyo de los senadores y se ganó su hostilidad. En el año 65 hubo un complot importante que desató una dura represión y alcanzó al círculo íntimo del emperador. Les costó la vida, entre otros, al filósofo Séneca y a su sobrino Lucano.

EL COMPLOT ANTINERONIANO

Pocos años después surgirían nuevas insurrecciones. El momento de partida lo dio Julio Víndex, gobernador de la Gallia Lugdunensis, una de las provincias en las que estaba dividida la Galia. Su levantamiento provocaría una avalancha de pronunciamientos en otras provincias.

Víndex era de origen galo, aunque su familia tenía la ciudadanía romana desde hacía varias generaciones. Se afirmaba que descendía de los monarcas aquitanos y, como nobles, conservaron su alto rango con varios cargos militares y civiles, entre ellos el de gobernador provincial de la Gallia Lugdunensis. Sobre el papel, Víndex estaba en la cúspide social, pero no tenía suficiente pedigree para aspirar a ser emperador de Roma. No era de origen romano y nadie estaba preparado aún para ver gobernar a un provincial. Así que Víndex buscó aliados en otras provincias cercanas y su propio candidato al trono, que encontró en Servio Sulpicio Galba, el gobernador de la provincia cercana de Hispania Citerior, también conocida como Tarraconensis, que se convertirá en protagonista de esta historia.

¿Quién era Servio Sulpicio Galba?

Era de una antigua familia romana, que afirmaba remontarse a los orígenes de la República, acostumbrada a ocupar altos cargos civiles y militares en cada generación. Nuestro gobernador Galba destacaba en la jurisprudencia más que en lo militar, aunque había sido comandante en Germania, bastante estricto, según los cánones romanos. De joven fue un protegido de la emperatriz Livia, esposa de Augusto, quien promocionó muchas carreras políticas y llegó a formar un partido de fieles. Suetonio afirma que heredó de Livia 50

millones de sextercios, pero Tiberio (14-37), que era muy rácano y albacea del testamento de su madre, no le pagó nada. El emperador Claudio (41-54) le incluyó en su círculo íntimo y le concedió varios gobiernos en Galia y en África donde pacificó la provincia durante unas revueltas.

Nerón no le favoreció tanto y debió retirarse temporalmente hasta que, en torno al año 60, obtuvo el gobierno de la Tarraconensis. Allí comenzó como un eficiente gobernador, tal y como acostumbraba, pero en poco tiempo se había limitado a sestear bajo el sol hispano y a no llamar mucho la atención del difícil emperador Nerón. De este modo, había logrado estar en Tarraco (Tarragona) el inusual periodo de ocho años sin hacer gran cosa, ni tampoco llamar la atención.

Cuando llegó el ofrecimiento de Víndex, Galba era un anciano de 71 o 72 años, no tenía hijos a quien dejar el trono y si fracasaba le esperaba una muerte terrible. Todo indica que al septuagenario Galba no le gustó la idea de la insurrección, o al menos los historiadores romanos nos transmiten su oposición. Mientras que influyó a favor de la sedición el comandante de la única legión de su provincia, llamado Tito Vinio, que sería su segundo al mando y personaje indispensable en esta parte de la historia.

No es posible saber si las reservas de Galba son ciertas o fingidas, como en otros casos. El caso es que Nerón no se fiaba nada de él y envió a unos agentes a asesinarle, que fueron descubiertos. Sería el empujón definitivo que despejaría todas sus dudas para unirse a la insurrección.

Midiendo fuerzas

Galba tenía un ejército muy pequeño en su provincia. Suficiente para sus cometidos pacíficos, pero escaso para una campaña militar. Disponía de la legio VI Victrix, estacionada en la actual ciudad de León, junto con algunas unidades auxiliares que, con suerte, alcanzarían los 7.000 efectivos.

La conexión hispana

Tito Vinio es el personaje clave en el complot contra Nerón. Todos los testimonios le señalan a la hora de convencer a un dubitativo Galba para unirse a la rebelión y después sería el hombre fuerte del régimen de Galba.

Como hemos visto, en el año 68 era el comandante de la legio VI Victrix, la legión de Hispania, acantonada en León. Como militar organizaría la recluta de más tropas.

Cuando Galba llegó al trono no estaba muy interesado en la administración y delegó casi todos los asuntos oficiales en Vinio, que se convirtió en su mano derecha y tomaba las decisiones más importantes. Ambos iban a ser nombrados cónsules, la magistratura más importante y por él pasaron los nombramientos o destituciones.

Fue acusado de una administración del todo corrupta y de admitir sobornos que resultaron escandalosos, ya que llegó a salvar la vida a algunos siniestros personajes de la etapa neroniana, antiguos enemigos, que estaban abocados a ser ejecutados.

Vinio compartiría el destino de Galba cuando las cosas se pusieron en su contra.

Galba reclutó una nueva legión entre los ciudadanos de Hispania y varias unidades auxiliares. La legión sería llamada Galbiana, por su

creador y VII, en correlación a la otra legión de su provincia, que proporcionó parte de los cuadros de mando, el escaso entrenamiento que recibiese y su equipamiento.

En cambio, gobernaba la provincia más extensa del Imperio y una de las más ricas por la existencia de minas de oro en su extremo occidental. Todas las fuentes guardan un unánime silencio sobre el oro del noroeste en la rebelión. Pero la realidad es que en esos años existían numerosas explotaciones auríferas, quizá la más conocida sean las Médulas (León). Pocos años después de estos acontecimientos Plinio visitó el distrito minero en calidad de procurador y afirmó que producían unas 20.000 libras de oro al año, es decir, unos 6.500 kg, lo cual es una cifra enorme que permitiría a Galba pagar un buen ejército y muchas voluntades.

Detalle de Las Médulas (León), una de las minas de oro más conocidas del noroeste hispano, que estaba a pleno rendimiento en este momento (Foto O. Herrero Holguera).

LOS DADOS ESTÁN ECHADOS

Pero la chispa de la rebelión se extendió. En el norte de África se levantó Clodio Macro con la legio III Augusta, en una posición similar a la de Galba. Disponía de bastantes recursos, pero una sola legión que vigilaba la frontera meridional. Reclutó otra legión más, que fue llamada como su comandante, Macriana y también libertadora: legio I Macriana liberatrix.

Macro no se entendió ni con Víndex ni con Galba y se postuló como candidato imperial. Su plan era cortar el suministro de trigo que enviaba a Roma desde su provincia y provocar una revuelta que hiciera caer a Nerón. Prueba de que Macro iba por libre, es que sería asesinado por orden de Galba nada más llegar al poder, que además disolvió su legión, considerada ilegal, ya que solo podían levantarse por el emperador legítimo.

De esta forma, la crisis se extendía por todo el occidente romano.

La forma más rápida de anular a Víndex pasaba por las legiones que defendían la frontera del Rin. Era un ejército numeroso y a punto para el combate. El gobernador de Germania Superior, un tal Verginio Rufo, disponía de tres legiones y numerosas tropas auxiliares y como provincia limítrofe estaba en la obligación de responder a la revuelta. Movilizó a su ejército y se dirigió a la Gallia. Por su parte, Víndex había reclutado un número de tropas muy importante, aunque se dan cifras exageradas de 100.000 hombres. Ambos ejércitos se encontraron a mediados o finales de mayo en las proximidades de la ciudad de Vesontio (Besançon, Francia), donde se impusieron las veteranas legiones del ejército germano a la tropa reclutada por Víndex, quien no tuvo otra salida que el suicidio.

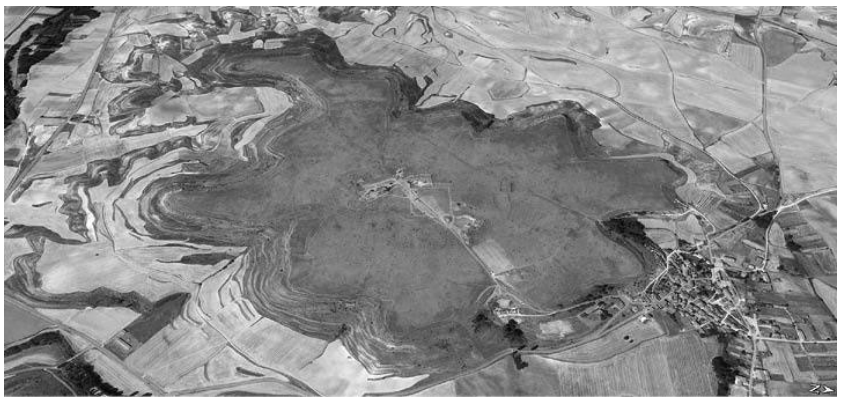
Con la euforia de la victoria, las legiones germanas proclamaron emperador a su comandante, que no aceptó de ninguna manera. Aún así, este tipo de movimientos levantaba sospechas, como

ocurría en este caso.

De la euforia al desencanto

Nerón iba descubriéndo lo poco popular que era entre el ejército. Veía enemigos por todos los lados y entró en un estado de paranoia. Depuso a los cónsules y reclutó sus propias tropas de marineros, gladiadores y esclavos. Las narraciones romanas refieren varios episodios abusivos, que socavaron la poca credibilidad que aún le quedaba. Declaró enemigo público a Galba, lo que suponía que sus bienes quedaban confiscados y cualquiera podía entregarle a la justicia.

Para Galba las noticias también eran pésimas. Su aliado principal acababa de ser derrotado y es posible que llegasen las legiones germanas, contra las cuales sus dos legiones inexpertas tenían poco que hacer. Asustado, buscó refugio en el interior de su provincia, en una pequeña ciudad llamada Clunia (hoy Peñalba de Castro, en la provincia de Burgos), esperando a que de un momento a otro aparecieran las tropas imperiales.



Vista general del enclave arqueológico de Clunia, donde Galba se refugió durante su insurrección. (Peñalba del Castro, Burgos, foto

Google Earth).

El desenlace de esta trama se produjo en Roma. Allí había agentes de Galba que maniobraron con rapidez. Negociaron con el comandante de la Guardia Pretoriana o más bien compraron la lealtad del prefecto del pretorio, ya que eran la principal fuerza militar en Roma. El anciano exgobernador prometió una generosa gratificación económica a los soldados, así que, a partir de ahí, el prefecto se comportaría como uno de los fieles de Galba.

El Senado era el segundo apoyo necesario y los agentes de Galba también convencieron a sus miembros. Si Nerón había declarado a Galba enemigo público, el Senado, por su parte, declaró enemigo público a Nerón y nombraba emperador al viejo Galba. A comienzos del mes de junio Nerón ya había perdido el poder. Huyó de Roma disfrazado, tal vez hacia Egipto, ya que Oriente parecía aún fiel. En su refugio le llegaron las noticias de la declaración del Senado. Nerón, acorralado, se suicidó el 9 de junio.

La noticia de su muerte corrió rápida por todo el Imperio. Dice Plutarco que uno de los libertos de Galba, de nombre Icelo, llevó la noticia hasta Hispania en el asombroso plazo de tiempo de siete días (Plut. Galba, VII). Asombroso, porque Clunia está separado de Roma por casi 1.900 km.

VERDADES Y MENTIRAS

Llegados a este punto, es el momento de señalar varias incongruencias de los testimonios romanos y algunas narraciones, por decirlo de algún modo, demasiado ingenuas. Está claro que el vencedor escribe la historia y los historiadores romanos exculparon a Galba de cualquier acción parecida a la traición. Es un tópico, en esta revuelta y otras más, que el comandante militar no quiera levantarse contra el emperador legítimo y que casi se vea obligado por las circunstancias. Así los historiadores romanos nos dicen que Galba se enteró por casualidad de la sublevación de Víndex y que éste le pidió que aceptase el nombramiento de emperador. Y solo se rebeló al enterarse que Nerón había ordenado su asesinato. Tácito se expresa en términos similares, que Galba se unió a última hora a la conspiración, a desgana y casi engañado por Tito Vinio.

Pero es posible que las cosas hubiesen transcurrido de forma distinta. Todos los golpes de estado, por su propia naturaleza, ocultan hechos poco confesables, que los escritores romanos prefieren callar y solo los historiadores actuales ponen el dedo en la llaga de esos silencios.

La primera de ellas es que la confabulación contra Nerón no fue cosa de un par de meses, como afirman las crónicas. Personalmente creo que fue una trama organizada tiempo atrás, que necesitaba muchos preparativos con tiempo y bastantes recursos. Plutarco dice que Galba supo de la conspiración mucho antes de estallar la rebelión.

También implicó a un importante número de legados provinciales. Víndex pudo sumar a varios gobernadores de la Galia, mientras que a Galba le siguieron los gobernadores de todas las provincias hispanas. Otón, de Lusitania, que tendrá su papel en capítulos posteriores y el procónsul de la Baetica, de nombre desconocido. Una acción unida y coordinada daría más posibilidades que un levantamiento desorganizado. En cambio, en los relatos romanos

todo parece fruto de la casualidad y la improvisación.

En segundo lugar, se describen movilizaciones muy importantes de tropas. Las fuentes romanas afirman que Víndex reclutó un ejército de 100.000 galos y aun siendo una cifra exagerada, pudo no superar los 40.000 hombres, como otros historiadores actuales conceden. Galba, por su parte, levantó en armas una legión de 5.500 hombres y varias unidades auxiliares que duplicaban sus efectivos.

Pero reunir todos estos contingentes requería mucho más tiempo que los dos meses que dejan entrever los historiadores romanos. Era necesario reclutar a todos esos miles de hombres, entre muchas ciudades y en varias provincias. Hoy se sabe que la legio VII Galbiana, se creó con ciudadanos de las tres provincias hispanas.

El siguiente reto es equipar a un ejército de este volumen. Los pertrechos hispanos debieron de ser fabricados en los talleres de la legio VI Victrix, lo que llevaría varios meses de trabajo. No solo se trata de las armas, sino de los cascos y corazas, que eran unas piezas bastante complejas de elaborar y montar. Entre las historias poco creíbles de Suetonio, llega a afirmar que llegó «a Dertosa una nave de Alejandría, cargada de armas, sin piloto, marineros ni pasajeros» (Suet. Galba, X), que debería explicar el milagro de armar un ejército en dos meses sin preparativos previos y, de paso, demostraba que los dioses apoyaban su causa.

La última de las medias verdades fue el propio nacimiento de la legio VII. El historiador J.J. Palao Vicente señala otra de las incongruencias de las fuentes clásicas en la fecha de nacimiento oficial de la legión. Según varias inscripciones aparecidas en la provincia de León erigidas durante la festividad de su natalicio, su nacimiento fue un 10 de junio. La fecha parece otra «afortunada casualidad» que evitaba declarar ilegal a la nueva legión, al no haber sido levantada por el emperador legítimo –Nerón–, como ocurriría en cambio con la legio I Macriana. Pero el 10 de junio era el primer día de reinado de Galba, ya que el día 9 había muerto Nerón ¿No es una casualidad afortunada?

No existen testimonios de que el complot se tramara tiempo atrás, ni sobre reuniones previas entre los gobernadores, ni de otros preparativos ya que suponía una traición que quizá sus coetáneos

no admitirían.

GALBA, EMPERADOR

Galba emprendió un viaje por tierra desde Hispania hasta Roma acompañado de un nutrido séquito y escoltado por la legio VII Galbiana. Tácito describe este viaje como largo y sangriento. Se ordenaron unas cuantas ejecuciones de fieles a Nerón, de hostiles a Galba o bien de dudosos que no aceptaron al nuevo emperador. No era nada extraño en un cambio de gobierno, ya que en los primeros meses se imponía eliminar a cualquier opositor. Varios testimonios sugieren que hubo numerosas denuncias y ejecuciones sin juicio previo, que Tácito enumera y detalla con repugnancia una lista de víctimas, como el caso de Macro en el norte de África que se mantuvo en rebelión contra Galba, así como en Germania, Hispania, Gallia y, desde luego, en la misma Roma.

La entrada de Galba en Vrbs sería la primera de varias que se sucederían en el año siguiente. Entró con su legión Galbiana, en contra de la norma, que imponía que las tropas no traspasasen el pomerium, y eso se hizo en medio de un baño de sangre, con la matanza de tropas que había armado Nerón y de algunos opositores. Además, hubo numerosos saqueos y todo tipo de abusos. Fue un mal presagio.

Galba gobernaría siete meses desde junio hasta enero del año siguiente apoyado por la aristocracia y el Senado, que veían en él a uno de los suyos y dejaba atrás la mala experiencia con Nerón. Muchos gobernadores mostraron su fidelidad, como el caso de Vespasiano, comandante del ejército de Judea.

La situación que encontró Galba en el poder era muy difícil. El estado se encontraba en práctica bancarrota, de lo que se echó la culpa a Nerón y sus dispendios. Así que fue necesario tomar medidas económicas desesperadas, entre ellas la venta de cargos públicos. Pero lo peor es que no pudo dar a las tropas todas las gratificaciones que había prometido durante su ascenso al trono. Sus detractores le acusaron de ser demasiado tacaño para cumplir lo

acordado. Pero la situación económica era tan apurada que hasta reclamó la devolución del dinero que había concedido. Desde luego, la medida le auguraba muchas enemistades.

Galba tampoco fue un gran gobernante. Si el anciano ya era apático como gobernador provincial, tampoco fue muy diligente como emperador. Dejó en manos de sus más próximos el gobierno, como Tito Vinio, con quien iba a ser cónsul y en la práctica el que tomaba las decisiones, junto a varios libertos, como Icelo, que fue quien le llevó a Galba la noticia de su nombramiento. En Roma les llamaron «las niñeras de Galba», porque mantenían aislado al emperador de personas del exterior para hacer y deshacer a su antojo.

La equivocación que le costó la vida a Galba fue, en realidad, un error político. Al ser de edad tan avanzada se esperaba que nombrase a un sucesor y en su círculo íntimo todos daban por hecho que nombraría a Salvio Otón, el gobernador provincial de Lusitania, que se había unido a su insurrección desde el principio. Todo el mundo esperaba esta decisión ya que contaba con el apoyo total de Tito Vinio. Pero Galba fue impredecible y nombró como sucesor a otro personaje, un tal Pisón Liciniano.

Poco importan los motivos de esta decisión. Otón se enfureció de tal manera que se dirigió al cuartel de la Guardia Pretoriana, sobornó a los soldados y logró que se sublevasen. Al enterarse, Galba en persona acudió a sofocar el motín pero fue asesinado por uno de los militares. Suetonio, bastante macabro, detalla cómo un soldado le cortó la cabeza y se la llevó a Otón para reclamar su recompensa. Permanecería clavada en una lanza a la vista pública, hasta que un liberto de Galba la recuperase para darle sepultura con su cuerpo.

SALVIO OTÓN, NUEVO EMPERADOR (ENERO-ABRIL DE 69)

Reseña de Otón

De familia también antigua, prestigiosa y senatorial, su padre fue otro protegido de la emperatriz Livia, que le aupó como senador. El perfil de Otón, en cambio, era el de un joven de la alta sociedad romana, veinteañero y juerguista, que entró en el círculo íntimo y también vividor de Nerón. Con su maledicencia habitual, Suetonio, dice que obtuvo la confianza del emperador gracias a «la costumbre de prostituirse mutuamente». De cualquier forma, la juventud y las juergas en el Palatino crearon a dos compañeros cercanos.

Los problemas de Otón comenzaron cuando Nerón se enamoró de su famosa esposa Popea Sabina. Por entonces ella estaba casada, así que Nerón preparó su rapto, o más bien su secuestro, de casa de su auténtico marido. Como se organizaría un gran revuelo, Nerón le pidió a su amigote que la escondiese en su propia casa hasta que se calmasen los ánimos. Otón accedió y se la llevó a su mansión, pero no pudo permanecer quieto. La sedujo y parece que también se enamoró tan perdidamente de ella que la retuvo en su casa y no quiso devolvérsela a su amigo. Cuando emperador envió sirvientes para llevarse a Popea a palacio, Otón se negó a abrir la puerta de su casa. Suetonio, siempre mordaz, describe una escena con Nerón aporreando la puerta de la casa de su amigo Otón, entre amenazas y súplicas, casi llorando y pidiendo que terminase con la broma, que ya no tenía gracia.

Nerón recuperaría después a su amante Popea Sabina y castigaría a su antiguo amigo. En realidad, el castigo no fue muy severo porque le mandó a como gobernador a Lusitania, que era la provincia más alejada de occidente, donde estuvo diez años, hasta la revuelta de Galba. Como era de esperar, Otón tampoco fue un gran administrador, porque estaba más interesado en darse la buena vida

que en el gobierno.

En su situación era lógico que apoyase el complot de Galba. Pertenecía su círculo íntimo y todo presagiaba que sería su sucesor en el trono. Pero como ya se narró, el anciano cambió de idea de improviso y Otón organizó la caída del emperador. El mismo día del asesinato de Galba, Otón fue al Senado, donde no hubo más remedio que reconocerle como emperador.

Otón restableció la memoria de Nerón, sus estatuas y algunas inscripciones. Es posible que buscase el apoyo del pueblo, que aún quería a su antiguo emperador. Quizá conservaba cierto cariño hacia su antiguo amigo. Pero también devolvió las propiedades de algunos condenados por Nerón e incluso repuso en sus cargos a antiguos funcionarios.

El problema principal al que se enfrentaba fue la insurrección del gobernador de Germania Inferior. Galba, o más bien Tito Vinio, había nombrado a Aulo Vitelio gobernador, en pocos meses se había rebelado y arrastrado a otras provincias cercanas. En su caso disponía de bastantes legiones desplegadas en la frontera del Rin, que ya habían probado su calidad contra el ejército de Víndex. Los intentos por resolver la cuestión por la vía diplomática fracasaron. Una vez que las legiones aupaban a la púrpura a un candidato era difícil echarse atrás.

Vitelio, con sus legiones germanas, se dirigió hacia Roma para ocupar el poder por la fuerza. Reunió dos cuerpos de ejército, uno con tropas de Germania Inferior, estimadas en 40.000 hombres, y otro con unidades de Germania Superior, de unos 30.000 hombres. Pero Otón también tenía un buen número de soldados en las provincias fieles del Danubio, a sumar a las unidades estacionadas en Italia, las cohortes pretorianas, el resto de la guarnición de Roma, y además reclutó a 2.000 gladiadores.

Los dos ejércitos se encontraron en las inmediaciones de la ciudad de Cremona –en Bedriacum–, donde se libró la batalla definitiva con victoria para los vitelianos.

Otón se suicidó para evitar caer en manos enemigas. Era la costumbre más honrosa de la aristocracia romana. Murió apenas a

los tres meses de llegar al poder y con 38 años de edad. Algunos de sus fieles se quedaron con él y aunque fue odiado en vida, a su muerte fue colmado de elogios.

AULO VITELIO (ABRIL-OCTUBRE DE 69)

Reseña de Vitelio

El padre de Aulo Vitelio ya había sido cónsul y se le retrata como un grandísimo adulador de emperadores, cualidad que heredó el hijo. Por su parte, éste obtuvo varios gobiernos provinciales con Nerón, en los que se ganó una pésima reputación que Suetonio, cómo no, se afana en recoger calificándolo de corrupto y poco interesado en la administración. Sobre todo debía de ser un glotón insaciable. Comía a todas horas, en cantidades extraordinarias y cumplía el cliché del tragaldabas romano, de vomitar para seguir comiendo más.

Cuando Galba llegó a Roma, Vitelio estaba en la ruina y acosado por los acreedores. Así que, con sus dotes de adulador se ganó a Tito Vinio o le sobornó, o tal vez ambas cosas a la vez. El caso es que obtuvo el mando de la Germania Inferior. La opinión general era contraria al nombramiento de Vitelio para un mando tan delicado y con un ejército de fidelidad tan dudosa. Pero parecía inofensivo con su aspecto regordete, su fama de vividor y de grandísimo glotón. Y tal y como se esperaba tuvo una pésima actuación. Fue incapaz de disciplinar al ejército, se convirtió en una marioneta de unos militares golpistas y, a los tres meses de su llegada –el día 1 de enero–, ya le habían proclamado emperador.

Cuando se enteró de la muerte de Galba, envió sus tropas hacia Italia, mientras él avanzaba más despacio, pegándose la vida padre y dándose buenos atracones. Aún seguía en la Galia cuando le llegó la noticia de la victoria de sus tropas en Bedriacum. A partir de entonces su viaje se convirtió en un desfile en carro triunfal y de una comilona en otra. La tropa se relajó y su desplazamiento se tiñó de robos y abusos de sus legionarios.

Vitelio en el poder

Vitelio entró en Roma con una gran comitiva militar y él mismo vestido de general, recordando que había obtenido el poder por las armas y así lo conservaría. Así que, al Senado no le quedó otra opción que reconocerle como emperador.

Retrato del emperador Vitelio. En la época gustaban los retratos realistas, así que Vitelio aparece con una gran obesidad y una calvicie oculta con el peinado (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando).

Una de sus primeras medidas fue declarar su respeto por Nerón, le hizo honras fúnebres y siguió con la política autoritaria de Nerón. Como era costumbre hubo numerosas ejecuciones arbitrarias y un nuevo baño de sangre de oponentes. A pesar de su aspecto externo apacible, se destapó como alguien vengativo con sus enemigos políticos y su rencor se desató con aquéllos a quienes debía grandes sumas de dinero y le habían acosado en su momento.

Para ilustrar su rasgo de crueldad, se le atribuye una frase monstruosa que pronunció cuando visitó el campo de batalla de Bedriacum, aún lleno de cadáveres en putrefacción, ante los cuales dijo: «El enemigo muerto siempre huele bien, y mejor aún si es ciudadano» (Suet., Vitelio, X).

Castigó al ejército fiel a Otón, degradó a algunos centuriones y castigó a las legiones con trabajos degradantes, lo cual creó un resentimiento que acabaría siendo letal. Ese mismo verano se sublevó Vespasiano. La reacción de Vitelio fue redoblar regalos al ejército, reparto de cargos entre sus fieles y una leva importante para hacer frente a una nueva guerra civil. También recurrió a los gladiadores, esclavos e incluso a los legionarios de la disuelta legión Macriana.

La conexión hispana (II). Antonio Primo

Antonio Primo fue el gran artífice de la victoria flavia en la guerra civil. Fue acusado por Tácito de provocar la guerra, es descrito con las peores tintas y como otro personaje oscuro, de los que proliferaron en esta época. En cambio, se le puede considerar un hábil general que llevó a la victoria al bando flavio durante la guerra civil frente a otro ejército muy experimentado.

Fue el primer comandante de la legio VII creada por Galba en Hispania, aunque Primo era de originario de Tolosa. La legión fue

enviada a la frontera del Danubio tras su deplorable actuación como acompañante de Galba, protagonizando saqueos y disturbios en Roma. Una parte de la legión participó en la primera batalla de Bedriacum del lado de Otón, de modo que fue castigada.

Al llegar las noticias del levantamiento de Vespasiano, Antonio Primo vió de nuevo su gran oportunidad y logró el apoyo del ejército panonio.

Las legiones se pusieron en marcha con rapidez sin esperar a Licinio Muciano, el lugarteniente de Vespasiano. Y durante la marcha hacia Italia Primo se las arregló para deshacerse de los gobernadores provinciales, de rango superior y que les correspondía la dirección de la guerra por encima de él. Primo fingió un motín para asustar a los gobernadores, de modo que dejaron en sus manos las operaciones militares.

Tras la victoria en la segunda batalla de Bedriacum y la muerte de Vitelo, Antonio Primo se comportó como el dueño de Italia, junto al hijo menor de Vespasiano, Domiciano, otro personaje oscuro. Muciano se encargaría de desactivar a ambos. Antonio Primo, desaparece de la Historia y nunca se volverá a saber nada de él. Domiciano, en cambio, lograría llegar a ser uno de los emperadores más odiados de su tiempo.

Flavio Vespasiano

El cuarto de nuestros emperadores fue otro anciano, para la época. De nombre completo Tito Flavio Vespasiano, era de familia acomodada y de origen itálico que había ascendido a senatorial

décadas atrás. No era el mejor pedigree pero, como hemos visto hasta aquí, el linaje por sí mismo no era garantía de nada.

Vespasiano había destacado como militar con el emperador Claudio. Participó en la conquista de Britannia, fue el eficaz comandante de una legión que obtuvo varias victorias por las que fue condecorado. Pero con Nerón su carrera se había estancado, asegura Suetonio que por quedarse dormido mientras el emperador actuaba. Cuando estalló la revuelta de los judíos se vio al viejo general como un comandante eficaz sin peligro para dirigir un ejército de gran tamaño. Pero la campaña de Judea resultó ser más complicada y larga de lo esperado. El ascenso de Galba fue una auténtica sorpresa y se cuidó de prestar su fidelidad. Era importante que el comandante de un gran ejército pareciera fiel. Pero la sucesión de golpes de estado acabó por animarle a proclamarse emperador.

Suetonio afirma que a comienzos de julio le aclamaron las tropas de Egipto, dos días después las de Judea, y pocos días más tarde se sucedería la «espontánea» aclamación de las de Siria y las de Mesia, que ni siquiera estaban bajo su mando directo. Las venganzas de Vitelio le pusieron en bandeja a todo el ejército del Danubio, antiguos otonianos, además de la aristocracia senatorial, que estaba de nuevo alarmada. Pero Vespasiano se encontraba demasiado lejos de Roma y enfrascado en la guerra contra los judíos. Decidió permanecer en Oriente, donde se aseguró la fidelidad de Egipto y con ella el suministro de trigo para Roma. Envió con un ejército a su hombre de confianza, el gobernador de Siria Cayo Licinio Muciano, que obró con mucha habilidad en un panorama realmente complejo.

Las legiones danubianas llevaron la voz cantante en el nuevo conflicto. El ejército del Danubio no esperaría a Muciano y se puso en marcha con un buen número de legiones que habían sido fieles a Otón, con Antonio Primo, comandante de la legio VII de Galba, al frente. El choque con el ejército de Vitelio se produjo de nuevo en las inmediaciones de Cremona, en la segunda batalla de Bedriacum.

La segunda batalla de Bedriacum

Vitelio conservaba tropas de las provincias germanas y de Britannia, con cuatro legiones más o menos completas, vexillationes de otras siete más y un elevado número de tropas auxiliares de infantería y de caballería. Por su parte, Antonio Primo desplegó a cinco legiones danubianas, caballería e infantería auxiliar, aunque es imposible aventurar el número de efectivos implicados en la batalla, ya que pocas legiones estaban al completo.

Pero la diferencia la marcó la dirección de la batalla. En el ejército viteliano su comandante había sido arrestado al sospecharse de su fidelidad y el sustituto elegido para dirigir las operaciones iba de camino al campo de operaciones con refuerzos. Antonio Primo conocía esta información y quiso sacar partido. Avanzó con rapidez hasta Cremona, donde estaba el grueso del ejército enemigo esperando a su nuevo comandante, antes que se les uniesen refuerzos y provocó el enfrentamiento.

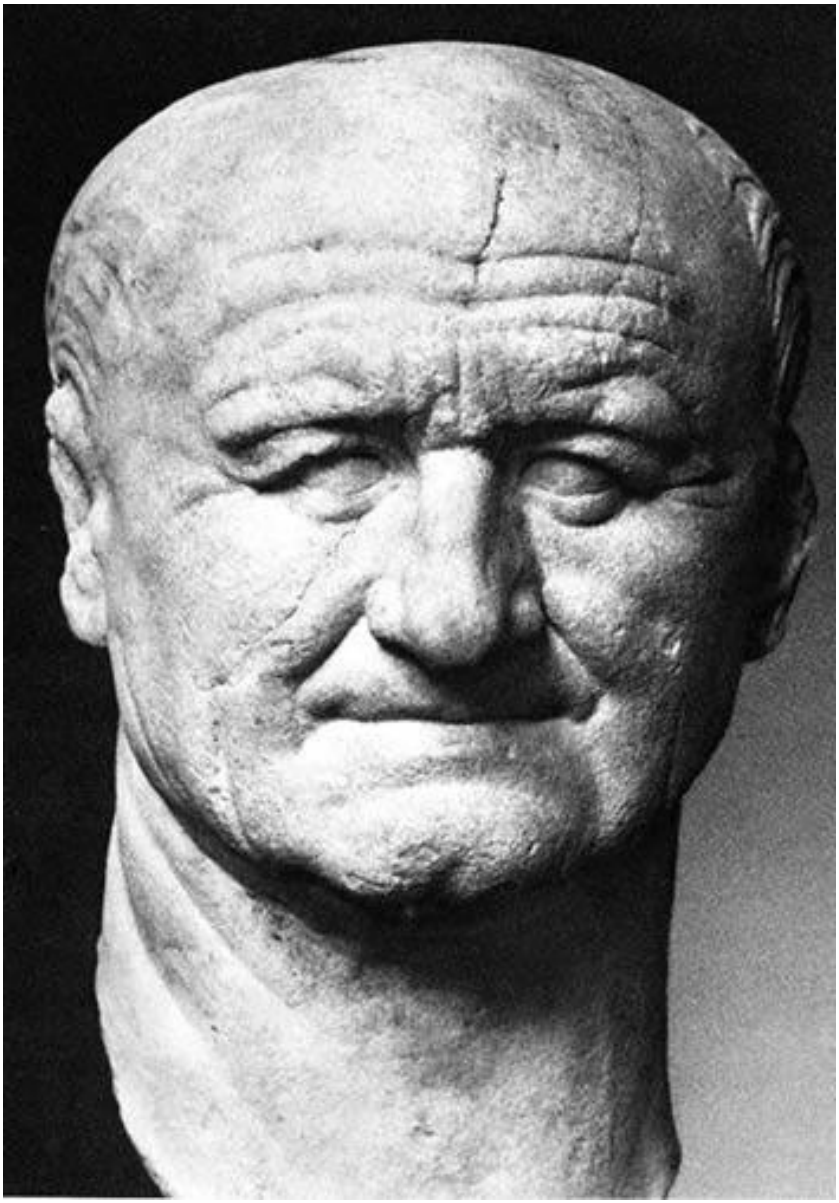
El combate duró parte del día y toda una noche. El primer choque fue a las 11 de la mañana del 24 de octubre del 69, cuando una gran fuerza de caballería de la vanguardia flaviana se encontró con unidades vitelianas. Como era habitual, estuvieron tanteándose mutuamente hasta que los vitelianos se retiraron tras las murallas de Cremona. Avanzada la tarde, las legiones de Antonio Primo formaron en orden de batalla. Los refuerzos vitelianos acababan de llegar a Cremona después de cubrir una gran distancia y fueron obligados a desplegarse en orden de batalla sin haber descansado, lo que suponía otra ventaja más para Antonio y sus hombres.

Se entabló una batalla que duró toda la noche, en medio de una gran confusión. Las legiones de Pannonia llevaron la mayor parte de la presión, en especial la VII Galbiana, que perdió numerosos centuriones y casi pierde su águila. Es probable que estuviesen en inferioridad numérica. Al amanecer, las tropas que habían servido en oriente aclamaron la salida del sol, por una costumbre adquirida allí, lo que fue interpretado por las tropas vitelianas como el saludo a la llegada de tropas enemigas de refresco. Los vitelianos, exhaustos, se replegaron a Cremona, cuyas murallas fueron tomadas al asalto por las legiones VII y III Gallica. El desenlace fue terrible. La ciudad fue sometida a un terrible saqueo y violaciones durante

cuatro días.

EL ASCENSO DE VESPASIANO

La noticia de la derrota provocó la rendición del resto del ejército viteliano y su emperador negoció con el Prefecto de la Ciudad, Flavio Sabino, que además era hermano de Vespasiano. El trato consistía en su retirada a la vida privada, a cambio de una importante suma de dinero, que le garantizaba una jubilación acomodada. Vitelio declaró en el Foro que renunciaba al Imperio, pero los suyos se vieron traicionados, no aceptaron y atacaron a los partidarios de Vespasiano. Se formó una pequeña batalla campal a lo largo de las calles de Roma y del Campo de Marte, que acabó por arrinconar a Flavio Sabino y los suyos en el Capitolio. No se sabe quién fue el autor, pero el Capitolio fue incendiado, muchos encontraron la muerte y Sabino fue apresado y ejecutado. Importante error, ya que ahora no habría perdón de Vespasiano.



Retrato de Vespasiano, el último de los protagonistas, con todos sus rasgos de la edad, arrugas, calvicie y es posible que incluso falta de muchos dientes.

Las tropas de Antonio Primo avanzaron hacia Roma trabando combates con los vitelianos, que se prolongaron por la calles de la Vrbs, en medio de un gran baño de sangre. Vitelio fue encontrado escondido en su palacio y arrastrado desnudo al Foro, mientras que el pueblo le tiraba excrementos y barro, hasta que le acuchillaron y le tiraron al Tíber. Murió con 57 años de edad, junto a su hijo y su hermano.

Suetonio sentenció: «sus legados le dieron el Imperio, pero él no pudo mantenerlo» (Suet. Vitelio, IX).

Vespasiano aún tardaría varios meses en llegar a Roma. Estaba pendiente la revuelta de los judíos y debió dejar a su hijo y futuro sucesor, Tito, para finalizar la ocupación de Jerusalén, que se resolvería con la destrucción del Templo de los judíos.

A pesar del baño de sangre en que se sumió Roma, Vespasiano ha pasado a la historia como un emperador justo y bastante capaz, que logró estabilizar la situación política. Aceptado por el Ejército y el Senado, abordó diversas reformas del Estado. La más difícil fue de tipo fiscal, debido a la ruina del Estado que se arrastraba desde Nerón.

Epílogo: La revuelta de los Bátavos

La inestabilidad del año de los cuatro emperadores tuvo como efecto colateral la rebelión de una parte importante de los territorios del Imperio: la revuelta de los bátavos. Los bátavos eran una tribu germana que vivía en la desembocadura del Rin, en los actuales Países Bajos. Eran famosos por ser muy belicosos, proporcionaban al Ejército romano un elevado número de tropas auxiliares e incluso formaron parte de la guardia personal de algunos emperadores Julio-Claudios.

El distrito militar (hasta 89 no fue provincia) de Germania Inferior

acusó los vaivenes de la política romana. De una parte, por un abusivo reclutamiento para las guerras civiles y, de otra, por los cambios rápidos en el poder y las sucesivas purgas. El líder de los bátavos, Julio Civilis, había sido encarcelado y absuelto, mientras que su hermano fue ejecutado. La subida de Vitelio al poder había puesto bajo sospecha de nuevo a Civilis, que a la postre encabezaría el enorme descontento de los pueblos del bajo Rin.

Civilis era un aristócrata germano, oficial del ejército romano, buen conocedor de las tácticas de las legiones y con prestigio entre su pueblo. Si hemos de seguir a Tácito, la revuelta tuvo un importante carácter nacionalista y religioso. Civilis adoptó las costumbres germanas con función aglutinadora.

Es inevitable buscar un paralelo décadas atrás, el que lleva a la batalla del bosque de Teutoburgo, bajo la dirección de Arminio, otro germano y oficial del ejército, que logró cohesionar a las tribus germanas. Sus conocimientos tácticos fueron determinantes para evitar la anexión de la Germania Magna al Imperio.

En el verano del año 69 Civilis se puso al frente de las numerosas tropas bátavas e inició la rebelión. Los primeros golpes fueron muy rápidos y exitosos contra las legiones, lo que le animó a asediar en septiembre el campamento de Castra Vetera (Xanten, Alemania), guarnecido con lo que quedaba de dos legiones (el resto estaba con Vitelio), que acabaría cayendo tras un bloqueo por hambre. Esto ocurría mientras las tropas de Vespasiano combatían en Italia.

Estos éxitos inclinaron a varias tribus indecisas a unirse a la insurrección como los pueblos galos de los lingones y los tréveros, así como las legiones I Germanica y la XVI Gallica. Civilis controlaba casi todas las Germaniae y parte de la Gallia Belgica. De modo que estableció su cuartel general en la ciudad de Colonia (Colonia Claudia Ara Agrippinensium).

Cuando Vespasiano tomó el poder, esta insurrección heredada de su antecesor fue uno de los mayores problemas, que ya se había ido de las manos. Era mucho más seria que la rebelión de Judea, por su emplazamiento fronterizo y por el miedo a los germanos del otro lado del Rin. Y amenazaba con ampliarse hacia toda la Galia, además de la pérdida de cuatro legiones: dos pasadas a Civilis y

otras dos aniquiladas.

Muciano, la mano derecha de Vespasiano, envió a un militar bastante competente, llamado Quinto Petilio Cerial, al frente de un gran ejército reunido en la guerra civil. Su estrategia fue desmontar la rebelión empezando por las tribus más dudosas. Así, derrotó a los tréveros y otras tribus galas, que volvieron a someterse y sus victorias tuvieron efecto entre los desertores romanos, que regresaron y reforzaron las legiones.

Después emprendió una campaña sobre los germanos insurrectos, que comenzarían una agónica retirada hacia el norte a pesar de recibir refuerzos del este del Rin, mientras las legiones recuperaban Colonia, la capital de Germania Inferior, y casi todo el distrito. Ambos ejércitos tendrían un enfrentamiento definitivo, cerca de Castra Vetera, en una batalla muy reñida con victoria para los romanos, donde se impuso el tamaño y calidad de su ejército. En verano se dio por sofocada la rebelión, aunque aún hubo ataques y represalias. Al final, los bátavos aceptaron la rendición a cambio de ser perdonados. Se desconoce la suerte de Civilis, ya que el relato de Tácito termina en este punto (se ha perdido el resto), sin aclarar qué fue del líder germano.

Conclusión

Después de varias generaciones sin conocer la guerra civil, murieron de forma violenta cuatro emperadores y se desataron venganzas y represiones posteriores. A lo que hay que añadir tres guerras civiles, el paso de tropas por territorio romano, saqueos y violaciones. Y, como consecuencia, muchas fronteras mal guarnecidas fueron objeto de ataques exteriores o, aún peor, rebeliones tan serias como la protagonizada por los bátavos.

Esta crisis fue un recordatorio del origen del poder imperial. Un secreto poco menos que olvidado desde hacía casi un siglo, desde la lejana batalla de Actium (31 a.C.). El secreto consistía en que las legiones daban o quitaban el poder imperial. En condiciones

normales los problemas sucesorios se ventilaban en la corte, a veces dentro del Palatino. A lo sumo la Guardia Pretoriana inclinaba la balanza o elegía emperador, como el caso del emperador Claudio.

Pero si la situación no se estabilizaba llegaba la hora de las provincias, que durante esta crisis descubrieron su potencial. Los poderosos gobernadores provinciales, que estaban en la cúspide de la administración, por debajo del emperador, administraban grandes recursos y pequeños ejércitos y cuando algo no funcionaba bien en el poder central la mirada se dirigía a ellos para poner orden. Aún así el sistema de provincias definido por Augusto, resultó ser bastante estable.

El ejército seguía siendo el origen del poder y su apoyo se veía indispensable. La disciplina en las legiones era férrea, pero a la vez las tropas eran permeables a ser influenciadas o incluso compradas con generosidad por sus comandantes. El sistema procuraba no concentrar demasiadas legiones en la misma provincia, pero en algunos casos era inevitable.

En último lugar, esta crisis demostraría que no era necesario ser un aristócrata de antiguo linaje, ni siquiera nacido en la Vrbs. El primer emperador de esta etapa –Galba– y los sucesivos eran de antiguas familias, pero después un año de crisis llegaría al poder Vespasiano, de origen itálico, más exactamente sabino, y pocas décadas después ascendería al trono Trajano, de origen hispano.

Los pronunciamientos del año 69 amenazaron con hacerse endémicos a causa de su multiplicación en un breve lapso y la sucesión de emperadores de muy bajo perfil, incapaces de estabilizar la situación, lo que ocurriría siglos más tarde, al no encontrarse una figura indiscutida. Por el momento, Vespasiano tendrá el suficiente carisma y sabrá dirigir un estado tan complejo como el romano y garantizar varias décadas de estabilidad.

Imperio romano en 117 A. D.
Provincias senatoriales
Provincias imperiales
Estados satélites
Oceanus
Mare Germanicum
Mare Internum
Pontus Euxinus
HIBERNIA
CALEDONIA
BRITANNIA
GERMANIA MAGNA
SARMATIA
REGNUM BOSPORI
IBERIA
ARMENIA
REGNUM PARTHICUM
GAETULIA
PHAZANIA
ARABIA
1. ALPES POENINAE
2. ALPES COTTIAE
3. ALPES MARITIMAE
BELGICA
LUGUDUNENSIS
AQUITANIA
RAETIA
NORICUM
PANNONIA SUPERIOR
PANNONIA INFERIOR
DALMATIA
DACIA
MOESIA INFERIOR
MOESIA SUPERIOR
TARRACONENSIS
LUSITANIA
BAETICA
GERMANIA INFERIOR
GERMANIA SUPERIOR
ITALIA
ROMA
CORSICA ET SARDINIA
MACEDONIA
THRACIA
ACHAIA
EPIRUS
ASIA
BITHYNIA ET PONTUS
GALATIA
CAPPADOCIA
CILICIA
LYCIA ET PAMPHYLIA
SYRIA
MESOPOTAMIA
ASSYRIA
CYPRUS
IUDAEA
ARABIA PETRAEA
AEGYPTUS
CYRENAICA ET CRETA
AFRICA PROCONSULARIS
NUMIDIA
MAURETANIA CAESARIENSIS
MAURETANIA TINGITANA
SICILIA

VII

Al borde del abismo. La guerra civil de Septimio Severo (193-197)

Emilio Campomanes Alvaredo

«Tras un siglo de oro llegó uno de hierro» (Dión Casio)

INTRODUCCIÓN

La crisis del año 193 tiene un componente muy similar a la del año 69 y de hecho se le conoce como «el año de los cinco emperadores», como a la 69 se la conoció como «el año de los cuatro emperadores». Se trataba de otro trance sucesorio que cerraba un brillante periodo de la Historia de Roma, dirigida por una dinastía de emperadores que la habían llevado a lo más alto y cuyo final provocaría una de sus caídas más fuertes.

Los acontecimientos recuerdan mucho a los sucesos del año 69 (véase en el capítulo anterior). Un emperador tiránico que acumula una fama terrible de depravado y termina asesinado en una conspiración de palacio. El vacío de poder anima a personajes con mucha ambición, aventureros y, ante todo, de pocos escrúpulos, lo que termina en una guerra civil. El guión es muy parecido al de 69 y se corre el riesgo que pensar en dos momentos paralelos, pero lo cierto es que la historia no se repite.

Esta crisis se concreta para los romanos en tres guerras, lo que podría hacer pensar en conflictos aislados. Quizá sea más exacto pensar en una única guerra dirigida por Septimio Severo (193-211), una de las mentes más brillantes y, quizá, más despiadadas de la Historia de Roma. En el conflicto intervino la gran mayoría del ejército y afectó a gran parte de los territorios romanos. Sería lo más parecido a una Guerra Mundial que se extendió por los continentes de Europa, Asia y África.

En último lugar, esta crisis estalla en un momento de cambio trascendental, en el que se atisban los primeros síntomas de una profunda crisis que tendrá lugar en el siglo III. Una mezcla de crisis económica, epidemias y conflictos de todo tipo. Los efectos aún no se hacían sentir, la riqueza del Imperio los atenuaba, pero el año de los cinco emperadores parece un inquietante prólogo de lo que está por llegar.

El primer protagonista, el emperador Cómodo, que se creía Hércules, aparece aquí cubierto con una piel de león y portando una maza (Museos Capitolinos, Roma).

El ocaso de otra dinastía

El siglo II fue un largo periodo de prosperidad y gobiernos considerados ideales a cargo de la dinastía de los Antoninos. Este tiempo se ha calificado desde una Edad de Oro hasta el «periodo más feliz de la humanidad». Los emperadores habían alcanzado la maestría en el gobierno de su inmenso imperio y logrado el complejo equilibrio que requería ser princeps –el primer ciudadano de Roma–, tal y como lo concibiese Augusto. Esta sabiduría del poder se transmitió desde Adriano hasta Marco Aurelio, los emperadores de la dinastía Antonina, quienes logran, caso raro en la Historia, la aceptación política, militar y social.

Al final del siglo esta dinastía finaliza con una imagen de agotamiento personificada en su último representante. Es un proceso que recuerda mucho a lo ocurrido con la dinastía Julio-Claudia y Nerón, su postrero emperador, con quien muchas veces se ha hecho el paralelismo.

El nombre completo del último emperador de la familia antonina era Lucio Aurelio Cómodo (180-192), hijo de Marco Aurelio (161-180), el emperador filósofo. Es curioso que una de las mentes más brillantes que Roma produjo, hubiera dado lugar a uno de los peores emperadores que podía concebirse.

Sin embargo, la sucesión de padre a hijo fue ideada buscando una formación adecuada para el ejercicio del poder, al menos en la teoría. Marco Aurelio asoció a su hijo al gobierno a los 15 años al nombrarlo césar (167) y ambos dirigieron el imperio de forma conjunta como augustos durante tres años (177-180). Pero Cómodo tuvo un nulo interés en la administración del Imperio, por otra parte, demasiado compleja para alguien tan perezoso. Al llegar a emperador pasó una época en la frontera y después no volvió a salir

de Roma. También delegó las tareas del gobierno en diferentes favoritos que ascendían y caían a golpe de conspiración. Aun así, los historiadores consideran que no fue una época de mala administración al acometerse medidas acertadas a las que, lógicamente, Cómodo era totalmente ajeno.

Cómodo en el cine: Gladiator

La película Gladiator tiene algunas partes reales y muchas otras inventadas, que en multitud de ocasiones se han señalado por lo evidente. Su director, Ridley Scott, afirmó que le importaba muy poco la fidelidad histórica, sino más bien la historia que él deseaba narrar.

La película relata que Marco Aurelio deseaba volver a la República, en lugar de legar el trono a su hijo, lo cual es falso. Marco Aurelio murió durante una campaña militar, sí. Pero Cómodo llevaba con él dos años, desde 177 asociado al trono como augusto, y aún tardaría en regresar a Roma.

El personaje central, el general Máximo Décimo Meridio es inventado. Jamás existió. Y ningún general romano, ni mucho menos victorioso, descendió a uno de los niveles más bajos de la sociedad, el de gladiador.

En cambio, la hermana de Cómodo, Lucila, participó en una conspiración al comienzo de su reinado que la costaría el exilio y la vida.

Cómodo tuvo un imperio de doce años, nada que ver con la narración cinematográfica. La película coincide con la Historia en que era muy aficionado a los juegos de gladiadores, no solo a asistir, sino también a bajar a la arena para combatir con otros gladiadores. Dicen las crónicas romanas que entrenaba habitualmente como uno de estos atletas y que derrotó a varios cientos de ellos en diversos tipos de combates.

Como se describe en estas páginas, Cómodo no murió como se narra en la película y nadie reivindicó a su muerte el regreso a la República. Al contrario.

Por lo demás, el personaje de Cómodo aparece bien retratado: desconfiado, cruel y tiránico.

Los primeros años de Cómodo como emperador fueron difíciles y sufrió varias conspiraciones, incluso de familiares cercanos, así que se hizo cada vez más desconfiado y derivó en un hombre de carácter cruel y conspiranoico. El miedo hizo que implantase un régimen de terror, con grandes purgas sobre todo entre las filas del Senado, donde estaban sus oponentes, y ejecuciones gran escala, que alcanzaron a su propia hermana y a su esposa, que serían exiliadas y después ejecutadas.

Es probable que Cómodo tuviese problemas de salud mental, agudizados por el miedo a las conspiraciones, que veía por todos lados. Además, las historias romanas describen, cómo no, todo un catálogo de depravaciones. Desde luego, toda clase de vicios de tipo sexual, pero sus peores perversiones eran las de mayor crueldad. Se divertía asesinando a lisiados en las calles, mataba animales y torturaba esclavos... Y era un fanático de las luchas de gladiadores, hasta el punto de que participaba en los combates del anfiteatro y dio muerte a muchos gladiadores, claro está, desarmados.

Dión Casio, senador que vivió esos años y escribió una historia que seguiremos por su gran valor testimonial, le describía así: «Cómodo no es de naturaleza malvada pero, por el contrario, es el hombre menos honesto que jamás ha vivido». De carácter ególatra, caprichoso, extravagante... El paralelismo con Nerón es evidente y ha sido destacado por todos los historiadores.

El año 192 sus inclinaciones patológicas llegaron al extremo. Se autonombró Hércules, rebautizó a Roma como Colonia Commodiana y otras ideas estrafalarias. A.R. Birley, uno de sus biógrafos actuales, piensa que, por el contrario, los más cercanos al emperador dejaron de refrenar sus extravagancias para justificar después su asesinato ante el pueblo.

El clima de terror de los últimos meses entre los senadores lo describe Dión Casio, el citado senador e historiador, coetáneo de los acontecimientos de este capítulo. Dión Casio narró que los senadores masticaban las hojas de laurel de sus propias coronas para evitar reírse en un mal momento y ser ejecutados en un arranque de ira.

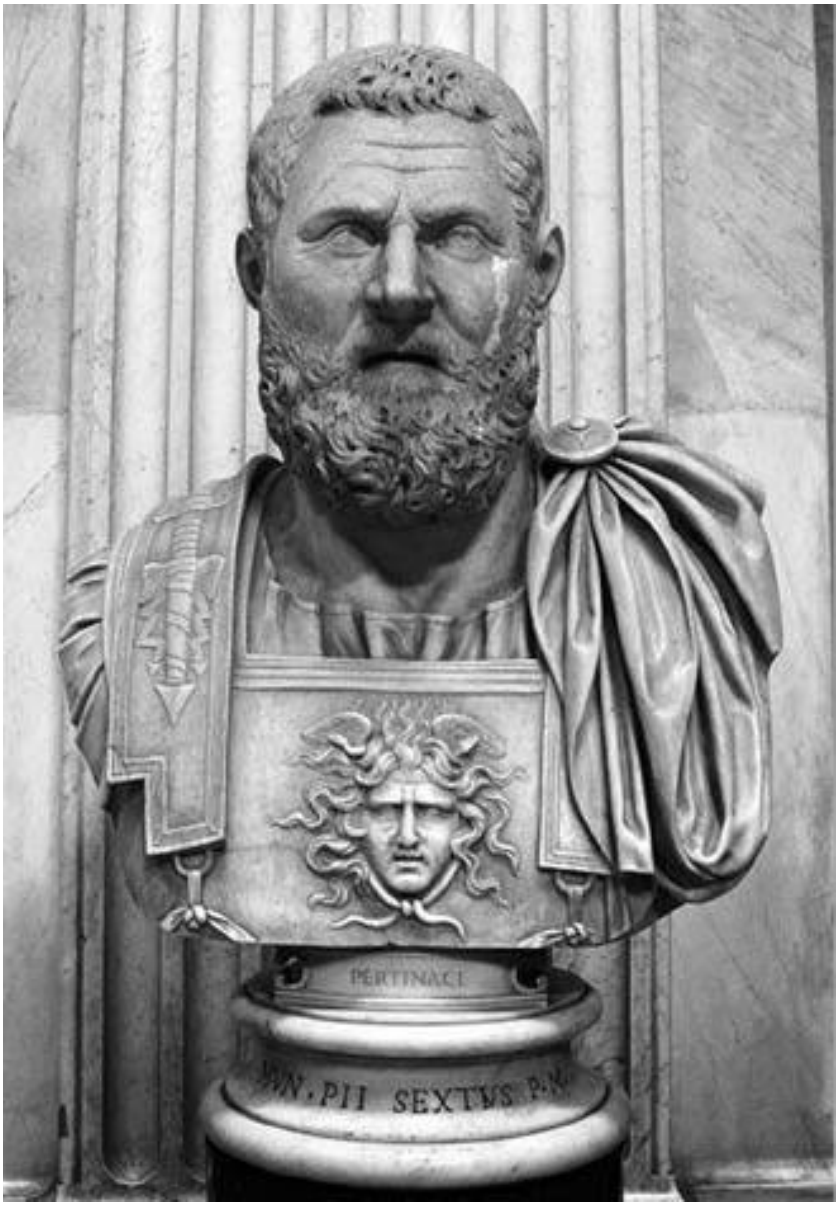
La víspera de año nuevo de 193 la concubina del emperador, de nombre Marcia, le envenenó, pero Cómodo logró vomitar y el veneno perdió su efecto. El emperador se retiró a los baños, y los conspiradores enviaron a un atleta para que lo estrangulara allí mismo.

Su asesinato ocurrió el último día del año 192, en medio de un gran suspiro de alivio de muchos romanos.

AÑO 193: UN AÑO CON CINCO EMPERADORES

El primero: Pértinax (enero-marzo de 193)

Publio Helvio Pértinax se movió esa misma madrugada del 1 de enero con rapidez inusitada para un hombre de 65 años, considerado en su tiempo como un anciano. Fue deprisa hasta el cuartel de la Guardia Pretoriana, contó a los soldados su propia versión edulcorada de la muerte de Cómodo y les convenció para nombrarle emperador a cambio, claro está, de una importante suma de dinero para cada uno. No sin cierta división de opiniones, fue aclamado emperador por la principal fuerza militar en Roma.



Busto atribuido a Pértinax, de quien no se conservan muchos retratos fiables o, como éste, rehecho de época moderna. (Museos Vaticanos, Roma).

Pértinax era el prefecto de la Vrbs, es decir, la máxima autoridad de la ciudad, y se le abrían todas las puertas. Aún de noche, convocó al Senado de Roma para explicar lo sucedido, cómo había sido aclamado por los pretorianos y él, de forma sutil, ponía en sus manos ratificarle o no como emperador. Los senadores se sintieron aliviados por la muerte del déspota y estaban más interesados en pasar página, así que no lo pensaron demasiado y aclamaron con unanimidad a Pértinax que, a fin de cuentas, era uno de los suyos y uno de los hombres más respetados, incluso entre el ejército. Era el alba del 1 de enero de 193.

A Pértinax se le atribuye un origen socialmente muy bajo, de familia de libertos, pero lo cierto es que era un veterano senador de origen itálico. Fue cónsul con Marco Aurelio, había gobernado numerosas provincias y ejércitos y cosechó fama de duro, tras provocar quejas en las legiones por su rigor. El año anterior, ya bastante mayor o precisamente por ello, Cómodo le eligió como su pareja para el consulado. Su edad le hacía inofensivo y después se le nombró prefecto de Roma, un puesto sencillo aún lejos del retiro, de cierta responsabilidad.

El Senado odiaba a Cómodo y decretó su damnatio memoriae. Era una condena al olvido de su gobierno por ominoso, a borrar su nombre de edificios e inscripciones públicas y a derribar sus estatuas. El castigo de suprimir sus años de la memoria. Se anularon los juicios por traición, los exilios y muchas condenas. Aún así Pértinax se encontró una multitud de problemas y, al igual que había ocurrido a la muerte de Nerón, el tesoro estaba vacío y la hacienda en quiebra, así que debió imponer una serie de medidas duras que le granjearon impopularidad.

Pero lo más decisivo fue el enorme malestar entre los pretorianos porque no habían cobrado todo lo prometido. Ellos esperaban más generosidad a cambio de proporcionar el trono a Pértinax. Así que iniciaron más de una conspiración contra el nuevo emperador. Cuando una de ellas cristalizó en un motín el 28 de marzo, Pértinax en persona acudió a sofocarlo, pero uno de los pretorianos le asesinaría y pondría su cabeza en una lanza como era costumbre.

No había durado en el poder ni tres meses: 87 días.

Didio Juliano (marzo-junio de 193 d.C.): el dinero lo compra todo

Los pretorianos se encontraban en pleno motín y eufóricos por la muerte de Pértinax. Anunciaron que el puesto de emperador estaba vacante y en venta, lo que fue un llamamiento para los hombres más ricos de Roma, con más ambición y menos escrúpulos, que acudieron al cuartel de la guardia imperial. Allí se produjo uno de los episodios más lamentables de la Historia de Roma. Ofrecían dinero a los soldados, pujando como en una subasta, alcanzando una degradación propia de los últimos meses de Cómodo.

Cuando la cantidad prometida a los soldados alcanzó los 20.000 sextercios por hombre, Didio Juliano aumentó su cifra en otros 5.000, acompañando con un gesto de los dedos para indicar su oferta. Los 25.000 sextercios por cabeza equivalían a tres años de paga y los hombres aclamaron a Juliano como emperador en medio de un enorme jolgorio.

Era una cifra tan desorbitada que los pretorianos jamás la cobrarían del todo.

Por la noche, Juliano reunió al Senado y apareció escoltado por los pretorianos. En ese gesto fue mucho menos sutil que el viejo Pértinax y tenía como finalidad recordar la capacidad de extorsión de las principales tropas estacionadas en Roma. Así que, Juliano fue ratificado por el Senado como dueño del Imperio.

Didio Juliano era otro de los consulares de la ciudad de mayor rango. También tenía una larga experiencia en gobiernos provinciales y había tenido problemas con Cómodo. Mantenía buenas relaciones con Pértinax, a quien había invitado a la boda de su hija. Pero el pueblo no compartía la idea que el dinero lo comprase todo, así que abucheó a Juliano en sus comparecencias públicas y estallaron revueltas, que incluso le obligaron a

atrincherarse en su palacio. Juliano trató de calmar los ánimos y derogó algunas de las medidas menos populares de Pértinax, pero no lo iba a tener nada fácil.

Los gobernadores provinciales tampoco compartían la idea de comprar el trono y empezaron a rebelarse uno tras otro. En Oriente se levantó Pescenio Níger con sus legiones de Syria y además, la plebe de Roma le había aclamado durante los tumultos pidiendo que viniera a salvarles. En Britannia se alzó Clodio Albino y finalmente Septimio Severo en Pannonia Superior.

Severo se puso en movimiento con rapidez desde su provincia y antes de que Juliano se diese cuenta, ya avanzaba por Italia al frente de su ejército. Juliano no pudo preparar una defensa, así que trató de negociar, ofreciendo compartir el trono o retirarse con honor al ámbito privado. Pero los enviados se pasaban al bando de Septimio. El desenlace era previsible para un emperador sin apoyos. Septimio entró en Roma sin oposición y simplemente asumió el poder, mientras Juliano, oculto en su palacio, sería asesinado el 2 de junio de 193 por uno de sus soldados. No había lugar para dos emperadores.

Didio Juliano no superó el tiempo de su predecesor: había durado 66 días.

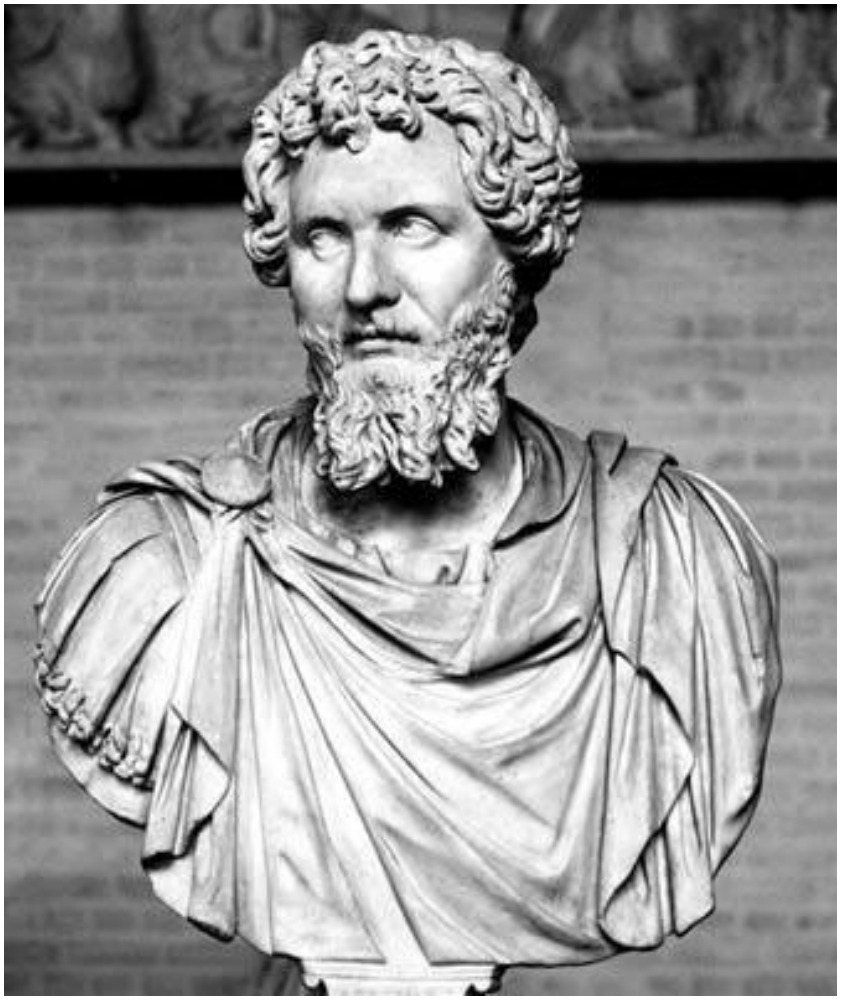
¿Quién era Septimio Severo?

Septimio Severo es un personaje que ha atraído a historiadores durante siglos por ser clave para abordar los cambios del Siglo de Oro romano –el siglo II–, al Siglo de Hierro –el siglo III–. Los estudiosos de su figura han visto una compleja personalidad, buenas condiciones de administración y una mente política de gran altura, a la par de una determinación despiadada que no se detenía ante nada.

De nombre Lucio Septimio Severo, había nacido en la ciudad norteafricana de Leptis Magna (Labdah, Libia), dato que tiene

trascendencia en su biografía. Sus antepasados eran colonos itálicos mezclados con oriundos de origen púnico-bereber, por lo que pronunciaba el latín con el acento particular de su región, donde aún se hablan las lenguas autóctonas. Ese acento tan marcado solía chocar en Roma, pero lo conservaría hasta su muerte.

Algunos historiadores afirman que su piel era oscura y, aunque el detalle no tiene trascendencia para nuestra historia, eso ha sido un punto de debate sobre la multiplicidad étnica del imperio. Es descrito de pelo rizado natural, de pocas palabras, no de mucha estatura pero bastante fuerte. Sería el primer norteafricano en alcanzar el imperio, aunque ya no había nada de extraño en ello después del ascenso de provinciales como Trajano y Adriano, quien también tenía un acento bético que provocaba las burlas de sus coetáneos.



Retrato de Septimio Severo, con un calculado parecido a sus predecesores antoninos. A la vez muestra un carácter enérgico acompañado de su indumentaria militar.

La familia de Septimio Severo era de elevada posición pero no había destacado en la política. Algunos primos de Septimio habían sido cónsules bajo Antonino Pío así que su hermano mayor y él fueron a Roma para hacer carrera política. Se puede decir que su trayectoria

no fue espectacular. Más bien discreta.

Sus primeros pasos en la milicia fueron en Britannia, lo que le dio conocimientos sobre el territorio, después cuestor en la Baetica y legado en su ciudad, Leptis Magna. Allí se cuenta una anécdota que ilustra acerca de su carácter despótico. Entró en su ciudad natal con el boato propio de un magistrado, desfilando con sus lictores, y un viejo conocido corrió a abrazarle. Esta muestra de familiaridad molestó a Septimio Severo, así que lo mandó azotar y anunció con heraldo que ningún plebeyo debería abrazar a un magistrado del pueblo romano de forma tan poco digna.

Septimio Severo no tuvo una gran carrera militar. No sirvió en las guerras de Marco Aurelio, como otros coetáneos suyos, y su único mando militar importante fue el de legado de la legio IV Scythica mientras Pértinax era gobernador de Syria. Para Septimio sería un contacto decisivo en su futuro político y, de hecho, ambos mantuvieron una buena amistad.

Leptis Magna, ciudad natal de Septimio Severo, sería enriquecida hasta rivalizar con las grandes urbes de Cartago o Alejandría. Se conserva en pie el arco cuadrifronte atribuido a este emperador (Fuente: Wikimedia

Commons).

El segundo hecho significativo es que mientras servía en Syria conoció a su futura esposa, Julia Domna, de la familia real de Emesa (Homs, Siria), pero aún tardaría en casarse con ella. Esperó hasta alcanzar su primer cargo de gobernador, que fue en la Gallia Lugdunensis (187-188) y solo entonces llamó a Julia Domna para casarse, cuando ya estaba viudo de su primera esposa, Paccia Marciana. Los historiadores romanos envuelven el enlace dentro de presagios afortunados sobre su futuro como emperador, ya que el horóscopo de Julia predecía que se casaría con un rey. Presagios o adornos para justificar su cuestionable legitimidad. Lo cierto es que Septimio era muy supersticioso, creía en el horóscopo, consultaba magos, adivinos e incluso, una vez en el poder, llegó a prohibir que se consultase el horóscopo del emperador para acceder a información sensible.

Julia Domna

Era hija de un sacerdote del culto solar de Elagabal en Emesa (Siria) y de familia de linaje real de su ciudad.

El enlace de ambos mezclaba dos tradiciones existentes en el Imperio, la siria con la norteafricana, que desde luego eran del todo ajenas a la tradición imperial romana.

Julia Domna no era una convencional matrona romana. Tuvo bastante influencia en el gobierno imperial, aunque sería acusada de adulterio por sus oponentes políticos, lo que le restó influencia.

También tenía una enorme cultura. Gran conocedora de la filosofía, se rodeó de todos los hombres de alta cultura de su tiempo, como el caso del sofista Filóstrato o del médico Galeno.

Los últimos años de vida de su esposo retomó el interés por los asuntos de estado y después de su muerte asumió la dirección durante el reinado de su hijo Caracalla, que le produciría un enorme dolor al asesinar a su propio hermano y después prohibirla a ella guardar luto.

Durante el imperio de Caracalla gobernaría abiertamente el Estado. Se trata de un periodo trascendente en el que se adoptan considerables medidas para el futuro del mundo romano, como el edicto de ciudadanía y no pocas medidas económicas para paliar una incipiente crisis económica.

Julia Domna apenas sobreviviría al asesinato de su hijo Caracalla. El acoso de los opositores políticos de su hijo y, sobre todo, un cáncer de pecho la llevarían al suicidio el año 217.

Retrato de Julia Domna.

Después fue gobernador de Sicilia y cónsul en un año en el que,

según A.R. Birley, se nombró la cifra record de 25 cónsules.

No era una carrera ni mucho menos brillante, pero al menos se encontraba en la cúspide de la administración romana. El año 191 obtuvo, al fin, un puesto destacable como gobernador de Pannonia Superior. Su importancia consistía en dirigir un ejército de tres legiones y una de las guarniciones más cercanas a Italia, por lo que se consideraba una provincia muy «sensible» y su gobierno se daba a hombres con experiencia militar previa, con acreditadas muestras de fidelidad. Pero la experiencia militar de Septimio era mínima y esta circunstancia pudo pesar frente a hombres con más prestigio que levantaban las sospechas de un Cómodo paranoico.

En último lugar, los norteafricanos estaban de moda en la administración gracias a uno de los favoritos de Cómodo, en quien delegaba el poder. Era norteafricano Quinto Emilio Leto, que aupó a muchos norteafricanos a todo tipo de cargos de la administración romana. Por cierto, Emilio Leto, prefecto de la guardia de Cómodo, orquestaría su asesinato y los siguientes capítulos de Pértinax y Juliano.

El golpe de estado

Septimio había mostrado fidelidad a Pértinax, a quien respetaba y con el que tenía buena amistad. Sin embargo, el escándalo de Didio Juliano ya fue demasiado. A los doce días de conocerse las noticias de la vergonzosa subasta, Septimio fue aclamado por sus tropas en Carnuntum (Petronell, Austria), el 9 de abril.

Como es habitual en estos casos, el relato romano deja clara la resistencia de Septimio al nombramiento de su ejército. Pero es posible que ese movimiento pudiera estar planeado de antemano, y tal vez antes de postularse ya contase con la aprobación de otros gobernadores provinciales cercanos.

Las provincias tenían un número limitado de tropas para evitar este tipo de aventuras políticas, de modo que era necesario contar con

los apoyos de otros gobernadores. Severo logró la adhesión del resto de provincias danubianas, a las que se unieron otras tropas de los Balcanes y las de las Germaniae, de modo que tendría de su lado a la mayoría del ejército occidental y el de mayor capacidad de combate.

Según el historiador Herodiano, Septimio y su ejército se presentaron en Italia antes de que se conociera su proclamación en la capital, así que no dio tiempo a organizar ninguna resistencia. Su velocidad de movimiento era pasmosa, característica que mantuvo en sus campañas, y que le dio considerable ventaja. Septimio había enviado agentes a Roma para trabajar a su favor, como era frecuente y velar por sus intereses. Así, logró que la mayoría del Senado se pasase a su lado, ya que le veían como la fuerza vencedora. Sus agentes en Roma, incluso, ordenaron que se arrestase a los asesinos de Pértinax antes de llegar a la ciudad.

Llegó a Roma el 9 de junio sin librar ninguna batalla.

Severo en el poder

Una de sus primera medidas fue licenciar a todos los miembros de la Guardia Pretoriana. Los últimos escándalos habían sido demasiado y, además, él mismo podía sufrir la misma suerte que sus dos predecesores, así que sustituyó a los pretorianos por soldados extraídos de sus propias tropas. Ordenó la ejecución de los asesinos de Pértinax y la muerte de Didio Juliano.

Se conoce bien la entrada de Septimio en Roma, porque Dión Casio la vio y la dejó descrita como un magnífico espectáculo. Fue al Capitolio a hacer sacrificios y después tomó posesión del palacio. Al día siguiente acudió escoltado por sus propias tropas al edificio de la Curia, donde había convocado al Senado. Pero tranquilizó a la vieja cámara y prometió no hacer purgas entre los senadores, se presentó como el vengador de Pértinax asesinado, le hizo un gran funeral a su antiguo amigo y adoptó su nombre, reivindicándose como su sucesor.

El gran problema que tenía que afrontar eran las otras dos insurrecciones en marcha y solo podía combatir una cada vez. Decidió aliarse con Clodio Albino, el de Britannia, para combatir a Pescenio Níger en Oriente. Llegó a un acuerdo con Albino por el que ambos se repartían el poder y el exgobernador de Britannia era nombrado césar o sucesor. El acuerdo se escenificó compartiendo con él el primer consulado del gobierno de Septimio, el de año 194.

Esto dejó las manos libres a Septimio para afrontar una campaña militar contra Níger, gobernador de Syria, que tampoco había perdido el tiempo. Había ocupado la estratégica ciudad de Byzantium (Estambul, Turquía), que permitía el paso de Asia Menor a Europa, y avanzaba hacia occidente. Septimio envió un contingente para contener el avance, mientras ponía en orden sus asuntos en Roma y reunía más tropas para hacer frente a tan importante oponente. Otro gran peligro era que Níger controlaba Egipto, lo que comprometía el abastecimiento de Italia.

Partió hacia Oriente treinta días después de su entrada triunfal en la Vrbs, y avanzó con rapidez por tierra, desconfiando de la travesía

por mar.

LA GUERRA CON PESCENIO NÍGER

Cayo Pescenio Níger Justo, gobernador de Syria, era muy popular en Roma. En los tumultos provocados tras el nombramiento de Didio Juliano la plebe le aclamaba y pedía a gritos que fuese a Roma a salvarles y en el Senado también contó con un nutrido grupo de partidarios. Es posible que esta buena fama se debiese ser un gobernante benévolo y a su buen carácter, pero los historiadores romanos están divididos en cuanto a su personalidad.

Níger era en origen un ecuestre de raíz itálica, mayor que Septimio, de unos 50 años de edad cuando inició la rebelión. En su caso tenía un extenso currículum de cargos públicos que culminaban en varios gobiernos provinciales y, además, alguna participación en tiempos de Cómodo en campañas contra los dacios junto a Clodio Albino. El año 191 hubo problemas en la frontera oriental del Imperio y se envió a Pescenio Níger al gobierno de Syria, donde quedó al frente del ejército allí acantonado. Dión Casio afirma que el motivo de su elección fue su mediocridad. Nunca había destacado por nada, ni a favor ni en contra, lo que evitaría problemas a Cómodo, agobiado por las conspiraciones.

Su insurrección se produjo en fechas próximas a las Septimio y Albino. La proclamación se produjo en Antioquía, su capital provincial, tras un discurso en el que el pueblo y los soldados le aclamaron emperador. Aunque se le acusa de ser inactivo y confiado, Níger inició pronto las hostilidades avanzando con sus tropas hacia occidente. Tras controlar Byzantium atravesó el Bósforo, progresó por las provincias de Thracia y Macedonia, derrotando a algunas tropas de Septimio. Y también atrajo a su causa a las provincias del norte de África para amenazar el suministro de trigo a Roma, hasta que Septimio envió tropas, en un escenario secundario del conflicto.

Septimio, con la rapidez que acostumbraba, partió de Roma con sus tropas y en poco tiempo apareció cerca de Perinthus

(Marmaraereğlisi, Turquía europea) mientras su ejército asediaba Byzantium. Repartió las tropas entre varios generales muy capaces. Envió por delante a sus hombres al mando de Tiberio Claudio Cándido, un militar de carrera muy cercano al emperador, que se convertiría en un indispensable. Mario Máximo, otro africano y futuro biógrafo de Septimio Severo, llevaría tropas de refresco con la misión de tomar Byzantium.

Por su parte, la mano derecha de Níger era Aselio Emiliano. Era un militar con experiencia, que entonces gobernaba la provincia de Asia. Se daba la circunstancia que Emiliano era amigo de Septimio y cuñado de Albino, lo que había hecho suponer a ambos que contarían con su apoyo. Para su sorpresa se puso del lado de Níger, lo que provocó un encendido odio de Septimio.

En otoño, Claudio Cándido cruzó el mar y desembarcó con su ejército en Asia. Cerca de la ciudad de Cyzicus (Kyzicos, Turquía) derrotaría a las tropas de Emiliano, a quien logró capturar y ejecutar y en vista del resultado de la batalla, la importante ciudad de Nicomedia (İzmit, Turquía) se pasó al lado de Septimio. Esta circunstancia permitía aislar a Níger en Byzantium, por lo que abandonó la ciudad para desembarcar con sus tropas en la orilla asiática del Bósforo. En vista del movimiento, Claudio Cándido avanzó a su encuentro para entablar una batalla en diciembre de 193 en las cercanías de Nicaea (İznik, Turquía). Su desarrollo fue confuso y el resultado incierto, pero al final Claudio Cándido se impuso gracias su intervención personal. El ejército de Níger se salvó de milagro de una destrucción total y se replegó a Antioquía a restañar heridas.

Como consecuencia toda el Asia Menor y la parte occidental y central de la costa del Mar Negro –Bithynia et Pontus– se pasó al lado de Septimio y provocó varias deserciones en las filas de Níger como era habitual entre los aliados más dudosos. La más sonada fue la provincia de Egipto, lo que garantizaba el abastecimiento de Roma.

Durante el invierno ambos se tomaron un descanso para recomponer sus fuerzas. Septimio recibió refuerzos con otro general, Cornelio Anulino, de gran prestigio militar y amigo de confianza que alcanzará considerable reconocimiento. Por su parte, Níger fortificó los pasos de montaña del Tauro en el camino de Antioquía.

Con la primavera de 194 se reanudaron las operaciones militares y el ejército severiano avanzó hacia el interior de Asia. Forzó los pasos de montaña en varios combates y avanzó casi hasta Antioquía. Níger y sus tropas salieron a su paso y ambos oponentes se enfrentaron al norte de Antioquía, en Issos (cercanías de Dörtyol, Turquía), un lugar de resonancias históricas, donde Alejandro Magno había derrotado a los persas quinientos años atrás.

Parece que las tropas de Níger eran más numerosas, pero una gran parte eran novatos, mientras que los severianos, en menor número, eran unidades muy curtidas y con la moral alta por sus anteriores victorias. La batalla empezó con avances de los de Níger por su número superior, pero en medio del combate se desató una fuerte tormenta que bloqueó sus movimientos. Cornelio Anulino, por su parte, había planificado un ataque por la retaguardia con sus fuerzas de caballería, cuyo efecto sorpresa, unido a las condiciones climáticas adversas, provocó la desbandada del ejército de Níger,

que según Dión Casio perdió 20.000 hombres.

Níger fue capturado cuando intentaba huir hacia el Imperio Parto, decapitado y su cabeza exhibida según la costumbre romana. De esta forma, la proclamación de Níger quedaba neutralizada, y los núcleos de resistencia caerían en pocos meses, a excepción de Byzantium que aún resistiría un largo asedio. Septimio no se mostró demasiado duro en el castigo de los fieles a su difunto enemigo. Aún tenía una posición inestable y podría alarmar a los senadores partidarios de Albino o a los que no se habían decantado del todo. De momento nombró a sus propios gobernadores entre su gente y no hubo demasiadas ejecuciones.

La Primera Guerra Pártica (194-195)

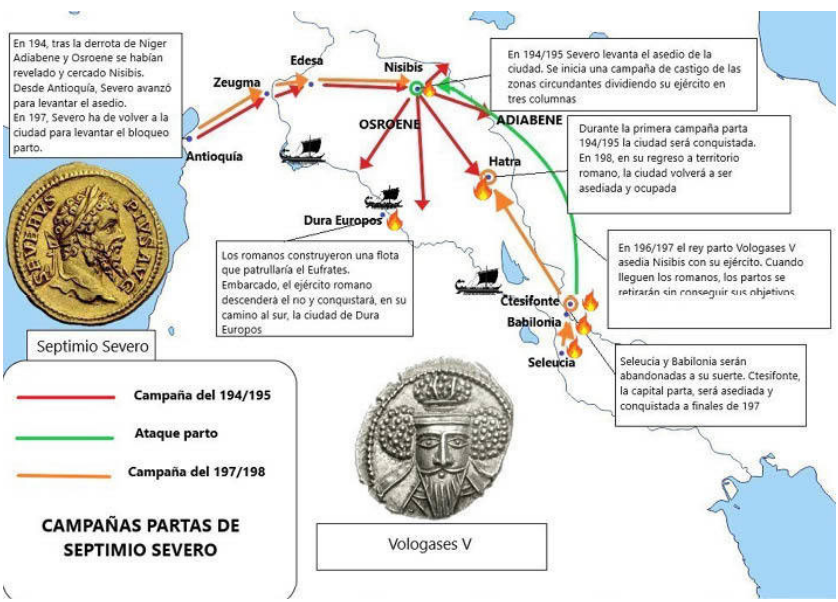
Septimio Severo no era hombre de dejar cabos sueltos. Sus movimientos eran bastante sistemáticos y, a pesar de su rapidez, se tomaba su tiempo para los preparativos. De modo que no regresaría a Roma de inmediato, hasta no terminar el trabajo en Oriente. El motivo estaba en la sublevación de varios reinos vasallos de Roma, como Osroene y Adiabene, entre la provincia de Syria y los ríos Éufrates y Tigris. No solo habían expulsado a las guarniciones romanas, sino que después asediaron la ciudad de Nisibis (Nusaybin, Turquía), aliada de Roma. Estos periodos de inestabilidad interna solían destapar este tipo de crisis en las fronteras, de modo que aún se preocuparía de resolver esta cuestión.

En la primavera de 195 Septimio organizó la invasión del norte de Mesopotamia. Cruzó el Éufrates y se dirigió a Nisibis, cuya guarnición romana resistía penosamente un largo asedio. Después de liberarla sometió a los reinos rebeldes y, como resultado, los antiguos reinos vasallos, que hacían de tapón con el Imperio Parto, serían anexionados. Septimio crearía con ellos una nueva provincia romana llamada Mesopotamia, con capital en Nisibis.

El golpe de efecto estaba garantizado por los ecos míticos de sus

victorias de Oriente. Su victoria sobre Níger había sido en el mismo lugar que una de las del gran Alejando Magno y las nuevas anexiones se efectuaron donde el mismísimo Trajano había fracasado. El Senado le reconoció sus éxitos, pero Severo, conforme a la tradición rechazó celebrar un desfile triunfal en Roma, ya que no era buena idea festejar una guerra civil. En cambio aceptó que se le erigiese un Arco Triunfal por sus victorias sobre pueblos exteriores.

Después de declaró a sí mismo hijo de Marco Aurelio y se cambió su nombre oficial por el de Marco Aurelio Antonio, su esposa Julia recibió el título de mater castrorum, a semejanza de Faustina, la esposa de Marco Aurelio. Y el movimiento más importante fue el cambio de nombre a su hijo que pasó de Septimio Bassiano a Marco Aurelio Antonino, como su padre, aunque sería conocido con el apodo de Caracalla. Su nombramiento como césar, es decir su sucesor, suponía la ruptura de relaciones con su antiguo aliado Clodio Albino.



Septimio solo regresaría a occidente tras la caída de Byzantium, que tozudamente había resistido un largo bloqueo, hasta que el hambre los derrotó. Se dirigió a occidente con la finalidad de resolver la

cuestión de Clodio Albino.

CLODIO ALBINO

Reseña de Clodio Albino

Originario de la ciudad norteafricana de Hadrumetum (Susa, Túnez), la Historia Augusta afirma puede que recibiera el cognomen de Albino por su palidez. Era de buena familia y otro favorito del Senado. Era un gobernante experimentado, con mucha experiencia militar y una gran influencia en los últimos años del reinado de Cómodo, hasta el punto de afirmarse que el emperador le ofreció ser su sucesor, pero Albino lo rechazó pensando que era una trampa. Pertenecía al grupo de los influyentes políticos norteafricanos y estaba muy bien relacionado con las grandes familias de su tiempo.

Después de que Didio Juliano comprase el trono imperial, se rebeló con el apoyo de sus tres legiones británicas y Septimio quiso tenerlo como aliado, precisamente por su influencia. Pactaron su conocido reparto de poder, y fue nombrado césar en 193, lo que le daba el derecho de sucesión. Este tipo de alianzas recuerdan mucho otras situaciones pasadas, como los triunviratos del final de la República. Tras un reparto claro del poder y los territorios de cada uno, se prevenía así un enfrentamiento casi inevitable por intereses o recelos mutuos. Sin embargo, la historia romana demostraba que este tipo de asuntos se saldaban con la muerte del oponente. Lo primero fue liquidar al candidato más débil de los tres, que estimaron era Níger.

Durante la estancia de Septimio en Oriente, Albino comenzó a comportarse como emperador y asumió algunas atribuciones. Mientras, los sectores próximos del Senado le pedían que tomase el poder y eliminase a Septimio. Lo cierto es que Albino seguía en Britannia y sin hacer movimientos alarmantes.

Septimio Severo, tras sus victorias sobre Níger y la anexión de territorios exteriores, había aumentado mucho en su popularidad. Y, sobre todo, su autoadopción como hijo de Marco Aurelio y el movimiento de títulos y declaraciones habían alarmado a Albino. De este modo, había empezado a desplazar tropas al continente, ya que mover sus numerosos contingentes requería tiempo. Producida la ruptura entre ambos, Albino se declaró augusto, y el Senado, en manos severianas, le declaró enemigo público.

Retrato atribuido a Clodio Albino (Museo del Prado). Era «alto, de cabello rizado y con bucles, de frente ancha, y de una blancura de tez tan admirable y asombrosa que muchos autores piensan que por ella recibió el nombre de Albino» (Historia Augusta).

Es posible que Severo enviase un asesino, como si fuera un correo para envenenar a Albino, pero fue descubierto. En cualquier caso, el acuerdo de ambos ya había saltado por los aires y la propaganda de uno y otro comenzó a funcionar difundiendo bulos, como que Albino había instigado el asesinato de Pértinax.

Albino contaba entre sus aliados a los gobernadores de las provincias de Gallia y de Hispania, donde había muy pocas tropas, aunque sabemos que en otras provincias tenía aliados. Un factor importante en su contra fue no conseguir el apoyo de los gobernadores de las Germaniae, que estaban del lado severiano, ni de sus tropas, controladas por ellos. Por ello, atacó y derrotó al gobernador de Germania Inferior, aunque no pudo ocupar las provincias del Rin. Sus hombres asediaron la ciudad de Augusta Treverorum (Tréveris, Alemania) pero fueron rechazados. De haber triunfado en esta campaña es probable que hubiese obtenido importantes refuerzos. Instaló su base en Lugdunum (Lyon, Francia), desde donde podía amenazar Italia.

El enfrentamiento final

Septimio, con la velocidad que acostumbraba, llegó a Roma. Después pasó por las provincias del alto valle del Danubio, Pannonia, Noricum y Raetia, eliminando opositores y añadiendo nuevas tropas para recomponer las pérdidas de sus legiones y avanzó a partir de aquella zona hasta Germania Superior, donde obtuvo refuerzos. Desde allí giró hacia el sur en dirección a Lugdunum, el cuartel general de Albino. Desplazaba a sus tropas en tres cuerpos de ejército, al mando respectivo de sus legados Claudio Cándido, Claudio Claudiano y Mario Máximo.

Las tropas de Albino salieron a su encuentro y se produjeron varios enfrentamientos con resultados alternativos, como en el caso de Tinurtium (Tournus, Francia), en este caso con victoria severiana. De cualquier modo, eran combates de tanteo antes de la batalla definitiva, que ocurrió en las inmediaciones septentrionales de la ciudad de Lugdunum.

Se afirma que éste fue el enfrentamiento que reunió al mayor número de tropas de la Antigüedad. Después nunca se llegaría a ver tal concentración de unidades. Dión Casio, coetáneo de los acontecimientos, afirma que se enfrentaron 150.000 hombres por cada bando, cifra impensable, ya que supondría la presencia allí de todo el ejército romano desplegado en las fronteras. Aunque solo se tratase de un total de 150.000 o 100.000 hombres como estiman muchos investigadores actuales, supone convertirse en una de las batallas con la concentración de tropas más elevada de la Historia de Roma. Posteriormente ningún enfrentamiento acumularía unas cifras tan elevadas.

Haciendo un recuento de unidades, es probable que Septimio Severo contase con una superioridad numérica importante. Disponía de las legiones de todas las provincias danubianas y de parte de la Germania Inferior, además de un número indeterminado de unidades de auxiliares. En total pudo disponer de unas 14 legiones, si bien pocas estarían al completo y muchas solo habrían cedido vexillationes de 1.000 a 2.000 hombres, porque una numerosa parte de la tropa debería quedar de guarnición en las fronteras.

Como ya se aclaró, Clodio Albino solo contaba el ejército de Britannia. Estaba compuesto por tres legiones y un número muy elevado de unidades auxiliares, pero difícil de precisar por los historiadores actuales. Y Albino también se encontraría con el mismo problema de dejar guarniciones en la frontera. La provincia de Hispania Citerior se puso de su lado, donde seguía estacionada la legio VII Gemina, pero se duda si esta unidad llegó a participar en los combates, ya que después de la guerra sería premiada por Severo con el epíteto de Pia (piadosa), de modo que varios historiadores actuales consideran que se mantuvo neutral.

En cualquier caso, la superioridad numérica estaba del lado de Septimio.

El 19 de febrero de 197 se entabló la batalla definitiva que resolvería quién sería el dueño del mundo. Al menos el romano.

Como era habitual, los primeros compases de la batalla fueron de tanteo y sin repercusiones decisivas. En la batalla, el ala izquierda de Albino fue derrotada y huyó hacia su campamento. Si fue un repliegue real o fingido no queda claro, pero el caso es que las tropas severianas les persiguieron para saquear el campamento enemigo, pero terminaron en una zona de trampas, lo que provocó el miedo de las tropas y su retirada.

El contraataque de Albino fue durísimo, afirma Dión Casio, y Septimio acudió en persona en auxilio de sus hombres con refuerzos, que también fueron arrollados. El propio Severo cayó del caballo y se quitó el manto de emperador para evitar ser reconocido y asesinado. Las tropas de Septimio huyeron y las legiones británicas entonaron su himno de victoria, dando por ganado el combate y entregándose a la matanza. La victoria aplastante de Albino estaba a punto.

En ese momento intervino el general Julio Leto con tropas de caballería de reserva, lo que daría la vuelta a la situación. Su intervención fue del todo providencial, pero algunos testimonios llegaron a afirmar que había esperado hasta ese instante con la esperanza de que Septimio Severo muriese en combate para obtener el Imperio para sí mismo. Cierto o no, Leto sería ejecutado por traición tiempo después y es posible que esta acusación fuese posterior para justificar su muerte.

De cualquier modo, los refuerzos de Leto pillaron desprevenidas a las legiones de Britannia, en pleno saqueo de los caídos, de modo que fueron presa fácil. Las tropas britanas se retiraron a la ciudad de Lugdunum, perseguidas muy de cerca por las tropas de Septimio, que entraron en el casco urbano, que fue saqueado e incendiado. La capital de la Gallia Lugdunensis, que había sido muy próspera en el pasado, ya no se volvería a recuperar.

Se desconoce el número de bajas, que debió de ser elevado en ambos lados. Dión Casio afirma que, al final, el campo de batalla estaba cubierto de cuerpos de hombres y caballos.

Albino fue capturado y, como era costumbre, decapitado y su cabeza exhibida sobre una lanza. Y esta vez la represión fue muy dura. Se ejecutó a la familia de Albino y a todos los senadores que estaban de su lado.

Una vez terminada la guerra Septimio declaró abiertamente sus intenciones. Sería estricto como Sila o Augusto, en lugar de clemente como César. Se desató una importante represión sobre quienes no le habían sido fieles. En paralelo, la confiscación de propiedades de los represaliados debería servir para suavizar las enormes deudas que contrajo el fisco en la larga guerra civil.

Severo envió a Claudio Cándido, un hombre de su confianza, a Hispania a «limpiar» las provincias de la península ibérica. Un tipo que ya había hecho trabajos similares para Severo en otros territorios desfavorables. Y se empleó a fondo. El gobernador de la provincia Tarraconensis, aliado de Albino, fue ejecutado, junto con muchos senadores hispanos y galos y sus bienes confiscados.

Como resultado, el Estado romano quedó como propietario de vastas extensiones de olivares y de buena parte de la producción de aceite bético. El tema tiene su gran miga, pues Septimio Severo era juez y parte en esta operación. El aceite bético había monopolizado el abastecimiento de Roma hasta ese momento. A partir de entonces los productores norteafricanos empezarán a controlar el comercio de aceite, favorecido por el nuevo emperador de origen norteafricano.

CONCLUSIONES

Se ha calificado de muchas formas el reinado de Septimio Severo. Quizá una de las más descriptivas sea una dictadura de cuño militar, apoyada en el ejército, al que mimó aumentando la paga de los soldados, que apenas había crecido desde el siglo I, e hizo concesiones como permitir a los soldados casarse, cuestión que estaba prohibida, aunque muchos mantenían parejas no legales e incluso hijos.

Acumuló un enorme poder en sus manos y dispuso de los inmensos recursos de un Imperio en pleno apogeo. Septimio Severo, que nunca había destacado como militar, fue uno de los últimos emperadores que añadió territorios al mundo romano. Emprendió varias campañas exteriores con la movilización de colosales recursos. Atacaría de nuevo al Imperio Parto (197-199), ocuparía su capital Ctesifonte (Taki Kesra, Irak) y se apropiaría del fabuloso tesoro real parto, pero no pudo retener la ciudad en sus manos y debió abandonarla. Por las victorias sobre ese enemigo, asumiría el título de Parthicus Maximus, lo que le hacía superar al propio Trajano.

Al final de sus días emprendió otra campaña contra los britanos. Severo, con 66 años, se desplazó en persona con Caracalla y Geta, sus dos hijos y sucesores, se llevó un ejército enorme y desplazó parte de su administración imperial hasta Eburacum (York, Reino Unido). El objetivo debía ser ocupar por completo la isla y eliminar la frontera norte, quizá la más costosa para Roma. Pero se enfrentó a una resistencia insospechada y a enormes pérdidas. Al final su ejército logró alcanzar la punta norte de la isla, y Septimio fue transportado en litera hasta el límite del mundo romano, antes de morir en 211 y dejar el trono a sus dos hijos.

En apariencia, Septimio Severo había restablecido el orden tras un breve periodo de inestabilidad y la nueva dinastía, conocida como los Severos, gobernaría durante todo el primer tercio del siglo, hasta

235. Pero los cambios estaban en marcha y no tendrían vuelta atrás. En primero será el aumento del protagonismo del Ejército, que fue mimado para mantener su apoyo. En 235 las legiones asesinaron a Alejandro Severo, el último miembro de la dinastía, y auparon a Maximino, un militar sin ningún linaje, ni vinculación con el poder civil o con el Senado. Sería el primero de muchos otros.

En segundo lugar, Septimio Severo inauguraría un nuevo estilo de gobierno. Mucho más autoritario, que dejaba de lado los modos y maneras del siglo II, cuando hubo un reparto de juego con el Senado. Al final del siglo III, la vieja cámara romana sería un mero adorno. Sus miembros ni siquiera ocupaban los puestos clave del Ejército o los gobiernos provinciales.

En último lugar, algo más complejo: la gran crisis del siglo III daba sus primeros pasos. Todos los historiadores adentran las raíces de la profunda crisis del Imperio en las últimas décadas del siglo II. Un deterioro progresivo del clima, lo que se traducía en peores cosechas, epidemias, como la peste antonina, que se repetiría cíclicamente. Los Severos tomarán las primeras medidas para contrarrestar la crisis económica que comenzaba, pero el proceso era imparable.

VIII

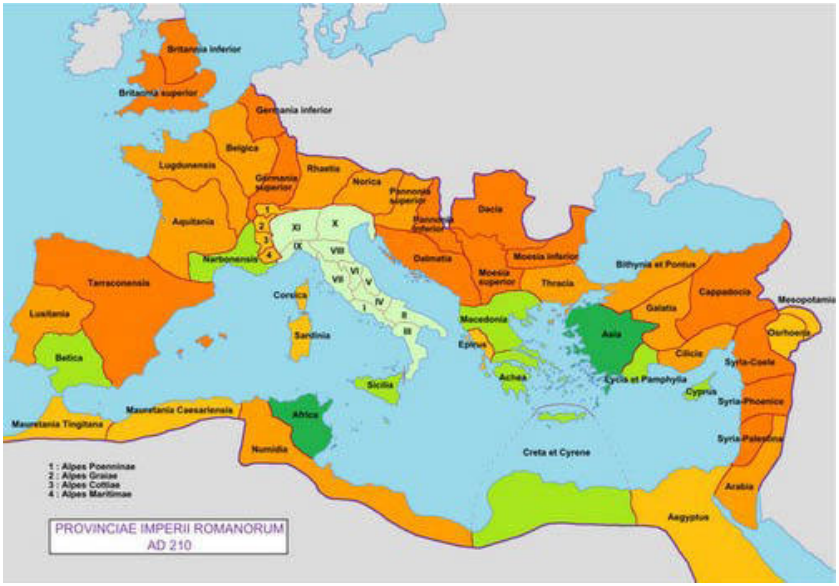
La crisis bélica de los años centrales de la Anarquía Militar: de Valeriano a Aureliano, un mundo a punto de disgregarse. (253-275)

Julio Rodríguez González

INTRODUCCIÓN

El Imperio romano había disfrutado de una época de esplendor en el siglo II, al final del cual una guerra civil de cuatro años (193-197) llevó a consolidarse en el poder a una nueva dinastía, la de los Severos, cuyos últimos representantes no supieron estar a la altura que se esperaba de ellos. El asesinato de Alejando Severo, último miembro de la dinastía, en marzo de 235 a manos Maximino el Tracio, uno de sus generales, cuando se disponía a emprender una campaña contra los germanos, dio comienzo a un turbulento periodo de cincuenta años conocido como la Anarquía Militar, en el que hasta cuarenta y cinco emperadores o aspirantes vistieron la púrpura o quisieron vestirla, varios de ellos solo por unos pocos días y con años en los que hubo hasta cinco emperadores, incluso algunos simultáneos. En esos agitados tiempos los aspirantes se enfrentaban en sangrientas guerras civiles mientras que los enemigos de Roma, ya fuesen bárbaros del norte u orientales persas, aprovechaban las situaciones que se iban produciendo para atacar las fronteras, en incursiones de saqueo los primeros o en operaciones de conquista los segundos. En los años centrales (253-275) de ese periodo parecía que todo estaba perdido para el Imperio romano, que llegó a estar dividido en tres entidades políticas diferentes y que vio a uno de sus emperadores capturado por el enemigo persa y a sus ejércitos aparentemente impotentes para detener el desastre. Fueron años de conspiraciones, insurrecciones, guerras exteriores e interiores, incursiones enemigas, asesinatos de emperadores, incluso con problemas de cronología, pues a veces los autores modernos no saben con seguridad dónde fechar cada uno de esos acontecimientos. Sin embargo, para el caso que nos ocupa, «los dioses aprietan, pero no ahogan», y Aureliano, el último de los emperadores del periodo, supo y pudo poner orden y restaurar el mundo romano (Restituor Orbis, fue llamado), situándolo así en camino de las reformas que, a finales de siglo, puso en marcha el emperador Diocleciano, materializadas en su sistema de gobierno de la Tetrarquía (cuatro emperadores simultáneos pero coordinados y manteniendo la

unidad teórica del Imperio).



El mundo romano a fines del imperio de Septimio Severo (193-211) (Fuente: Internet: TruttaFario. «Cronología del Imperio»).

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Para los acontecimientos que se tratan en este trabajo, las fuentes literarias que nos interesan son las siguientes: la colección de biografías de diversos autores sobre los emperadores entre Adriano (117-138) y Carino (283-285) que se agrupan en la llamada Historia Augusta, amén de las obras de Dexippo, Lactancio, Valerio Festo, Eutropio, Aurelio Víctor, Orosio, Zósimo, Agatías, Zonaras y Jordanes, entre otros. Además, está un documento ciertamente insólito: la inscripción trilingüe (griego, persa pahlavi y parto) en piedra en Naqsh-e-Rustam (Irán), donde se narran las victorias militares (p.ej. contra el emperador romano Valeriano [cfr. infra]) y otros hechos administrativos del reinado del Gran Rey persa Sapor I (240-272), acompañada de significativos relieves.

Cambios militares en el siglo III. La condición del soldado y el armamento

El ejército de unos 300.000 hombres al mando del cual se encontró Septimio Severo en 197 y cuyo núcleo eran sus 33 legiones estaba en su gran mayoría apostado en las fronteras del Imperio, dificultando una acción eficaz si un ataque traspasaba esos límites, pues había pocas tropas disponibles en el interior, algo que sería difícil de resolver hasta que avanzado el siglo, no se articuló un ejército de maniobra. Los antecedentes de este tipo de ejército hay que buscarlos primero en el propio Septimio, que estacionó una legión en las cercanías de Roma, presta para ser utilizada donde hiciera falta, junto al resto de la guarnición de la Vrbs y, ya en tiempos de los emperadores Filipo (244-249), Decio (249-251) y Treboniano Galo (251-253), en destacamentos seleccionados de entre las unidades fronterizas, que quedarían concentrados juntos

en zonas estratégicas amenazadas, como en Aquileia (Aquileya), en el noreste de Italia.

Septimio Severo se cuidó también de mejorar la condición del soldado, que vio aumentada su remuneración, su aprovisionamiento enriquecido, quedó exonerado de que, una vez licenciado, si no quería tuviera que ejercer cargos municipales en su ciudad y se le permitió contraer matrimonio legal estando aún en filas (lo que, a decir del historiador Herodiano, destruyó la vida campamental, pues hasta puede que a los casados se les permitiera salir del campamento a dormir con sus familias). Caracalla (211-217), hijo y sucesor de Septimio, al conceder la ciudadanía en 212 a todos los habitantes libres del Imperio eliminó la distinción jurídica entre legionarios y auxiliares y cada recluta se alistaba en unas u otras unidades según su interés personal.

El armamento individual de esta época concluyó la evolución que ya se venía experimentando y que consistió básicamente en que el gladius (espada corta) fue reemplazado por la spatha (espada larga), la jabalina (pilum) por la lanza (lancea) y el escudo curvo y rectangular (scutum) por el plano o de forma circular u ovalada (caetra).

EL IMPERIO CONJUNTO DE VALERIANO Y GALIENO (253-260)

En el año 253, el Estado romano estaba en manos del emperador Treboniano Galo y de su hijo y corregente Volusiano cuando las tropas de Moesia Inferior, tras una victoriosa campaña contra los bárbaros (sármatas, carpos, godos y boranos), proclamaron emperador a su comandante, el gobernador Marco Emilio Emiliano, el 24 de julio de 253. Ante la situación planteada, Treboniano dio aviso a su gobernador en Raetia, Publio Licinio Valeriano, de que se preparara a interceptar la posible marcha de Emiliano y sus tropas hacia Italia, donde se hallaban él y su hijo. Valeriano no llegó a tiempo de cortar ese avance y Emiliano derrotó en agosto en Forum Flamini (hoy Foligno, Italia) o Interamna (Terni, Italia) a los coemperadores, que murieron en combate. Este doble fallecimiento animó a Valeriano a proclamarse emperador con el apoyo de sus tropas. La nueva guerra civil así planteada llevó a ambos autodenominados emperadores frente a frente en Spoletium (Spoleto, Italia) en octubre, donde no llegaron a enfrentarse porque Emiliano fue asesinado por sus propios hombres, viéndose así Valeriano como único amo del Imperio. El nuevo emperador era ya un hombre de edad (60 años), por lo que rápidamente, asoció a su hijo Publio Licinio Ignacio Galieno, de unos 35 años, al trono en calidad de augusto (título oficial del emperador romano) y corregente, en pie de igualdad con él.

Valeriano era un viejo senador (lo que facilitó su aceptación por el Senado) que procuró favorecer los intereses de sus colegas y en política religiosa, continuando la tradición de algunos de sus antecesores (y que seguirían algunos de sus sucesores), persiguió a los cristianos con el doble fin de revitalizar las tradiciones antiguas de Roma y allegar fondos mediante la confiscación de los bienes de los condenados. Sin embargo, su hijo Galieno no ordenó acciones contra ellos en los territorios que controlaba. A efectos prácticos y manteniendo la unidad política y administrativa del Imperio, padre e hijo se repartieron la labor, pasando Valeriano a encargarse de Oriente y Galieno de Occidente.

Moneda de plata con el busto del emperador Valeriano. Su mandato empezó con buenos augurios y acabó en desastre (Fuente: Wikimedia Commons).

LA LABOR DE VALERIANO EN ORIENTE (253-260)

La amenaza persa

En 226 d.C., los persas sasánidas habían sustituido a los partos como vecinos orientales del Imperio Romano, e impulsado una agresiva política exterior hacia él, con el propósito de restaurar los antiguos territorios de la dinastía Aqueménida (550-331 a.C.) previa a su destrucción por Alejandro Magno.

Dos predecesores de Valeriano, el ya citado Alejandro Severo (222-235), en 231-232, y Gordiano III (238-244), en 242-244, habían librado guerras contra ellos sin resultados concluyentes, por lo que la moral persa estaba muy alta y en 252, con su Gran Rey Sapor I a la cabeza, ya habían hecho una profunda incursión en las provincias orientales, conquistando (al asalto o por rendición) numerosas ciudades y guarniciones de las provincias de Mesopotamia, Syria Coele (incluyendo la toma su capital Antioquía [Antiochea ad Orontes, la actual Antakya, Turquía]), Cappadocia y llegando hasta Cilicia.

Se retiraron sin anexiones territoriales, pero dos años después repitieron la incursión, esta vez con intenciones de conservar lo ganado, apoderándose de gran parte de la provincia romana de Mesopotamia, donde puntos como Edessa (Sanliurfa, Turquía) consiguieron resistir, pero no así la capital provincial, Nisibis (Nusaybin, Turquía), que fue tomada.

En 256 Sapor volvió a la carga y sus tropas alcanzaron de nuevo Cappadocia, cuya capital, Caesarea (Kayseri, Turquía), fue conquistada. Mientras, en la frontera, la lucha fue especialmente intensa en el ataque persa a Dura-Europos (Aş Şalihiyah, Siria), puesto avanzado romano en la frontera sobre el Éufrates, donde la batalla se llegó a librar en los túneles excavados por las minas de

los persas y las contraminas romanas, donde se han hallado pruebas arqueológicas de la utilización de algún tipo de gas asfixiante. Tras varios meses de resistencia, los persas tomaron la ciudad, que fue saqueada y quedó abandonada. Los atacantes prosiguieron su avance y, como cuatro años antes, de nuevo Antioquía cayó en sus manos.

En 256 Valeriano se hallaba en dicha ciudad, reconquistada por las armas romanas después de que un nuevo ataque de Sapor la hubiese tomado unos meses antes. Decidido a detener definitivamente a los persas, durante cuatro años, con base en Antioquía, reunió un gran ejército basado en las unidades legionarias y auxiliares ya situadas en las provincias orientales y, con las aportaciones que fueron llegando de unidades de las provincias occidentales, alcanzó los 70.000 hombres en total (según fuentes persas). Una vez que se sintió preparado, en la primavera de 260 avanzó hasta el Éufrates y lo cruzó, progresando hacia Edessa, que estaba siendo asediada por los persas. Valeriano y sus hombres consiguieron romper el cerco a finales de junio pero cuando quisieron proseguir su acción victoriosa fueron estrepitosamente vencidos por el enemigo que (de nuevo según fuentes persas) capturó, ni más ni menos, que 60.000 prisioneros, incluyendo el emperador y uno de sus dos Prefectos del Pretorio, Sucesiano. Otras versiones del asunto indican que Valeriano, con una pequeña escolta, habría acudido a entrevistarse con Sapor y fue apresado a traición. Los prisioneros (en mayor o menor cantidad, pero numerosos) fueron llevados a las zonas orientales de los dominios persas donde, en régimen de trabajos forzados, fueron dedicados a la construcción de obras públicas, mientras que Valeriano fue objeto de un trato humillante, siendo utilizado por Sapor como escabel para subir al caballo y finalmente, cuando murió en cautividad (no consta que su hijo Galieno hiciese ninguna gestión para su rescate) en fecha indeterminada, fue disecado y exhibido en el palacio de Sapor I, para solaz del Gran Rey persa y sus invitados. A pesar de la catástrofe, Edessa resistió de nuevo y los persas, dejándola atrás, durante la segunda mitad de 260 alcanzaron el Mediterráneo al penetrar en las provincias de Syria Coele y Cilicia, a partir de las cuales las tropas de Sapor se dividieron en dos columnas, una que marchó en dirección noroeste llegando tan al oeste como Galatia y Asia, mientras que la otra tomaba dirección norte, adentrándose en Cappadocia. La invasión

fue un éxito para los persas, apoderándose de numerosas ciudades y campamentos fortificados, incluyendo, otra vez, Antioquía y Caesarea, la capital capadocia, que fueron vueltas a saquear, además esta vez de Tarsus (Tarso, Turquía), la capital cilicia.

El bajorrelieve de Naqsh-e-Rustam (Irán) (autor anónimo), donde está esculpida la humillación de dos emperadores romanos, Filipo (de pie), vencido, y Valeriano (rodilla en tierra), vencido y capturado (Fuente: Wikimedia Commons).

La situación fue salvada en un principio por la proclamación en Oriente de un nuevo emperador (sin tener en cuenta el que ya hubiera uno, Galieno) en la persona del jefe de abastecimientos de la expedición (praefectus annonae expeditionis) de Valeriano, Fulvio Junio Macriano que, con la ayuda del otro Prefecto del Pretorio de Valeriano, Balista (o Calisto, según Zonaras), se dispuso a hacer frente a los invasores. Con tropas que no sabemos de dónde salieron, Balista/Calisto consiguió interceptar a los persas y, tras

vencer a Sapor en dos combates (durante los cuales capturaron a las concubinas del persa y que él no hizo nada por recuperar; se ve que tenía fácil conseguir más) los derrotados volvieron a su territorio.

Incursiones de otros pueblos extraimperiales

Las costas orientales del Pontus Euxinus (el Mar Negro) sufrieron las correrías marítimas de los boranos (pueblo procedente de la actual Crimea) en 255 y 256. En la de 255 atacaron Pityus (Picunda o Pitsunda, Georgia), ciudad formalmente fuera del Imperio pero con guarnición romana, sin poder tomarla a la primera pero consiguiéndolo en 256, tras lo cual continuaron la expedición y llegaron hasta las costas de Cappadocia, donde se apoderaron y saquearon Trapezus (Trabzon, Turquía), regresando desde allí ya a su tierra.

En 254 godos y marcómanos llegaron hasta Thessalonica (Salónica, Grecia), capital de la provincia de Macedonia, que consiguió resistir, mientras que en 256 los escitas (heterogéneo conjunto de bárbaros formado por carpos, godos y otras etnias) atacaron las costas occidentales del Pontus Euxinus, llegaron hasta el estrecho del Bosporus (el Bósforo, en Turquía), donde tomaron y saquearon Chalcedon (Kadiköy, en el sur de Üskudar, barrio de la parte asiática de Estambul), en Bithynia et Pontus, provincia sobre la que esos mismos incursores reiteraron su ataque dos años después, haciendo lo mismo en esta ocasión con la ciudad de Astacus (İzmit, Turquía).

EL MANDO DE GALIENO EN OCCIDENTE (253-260)

Su acción contra los bárbaros

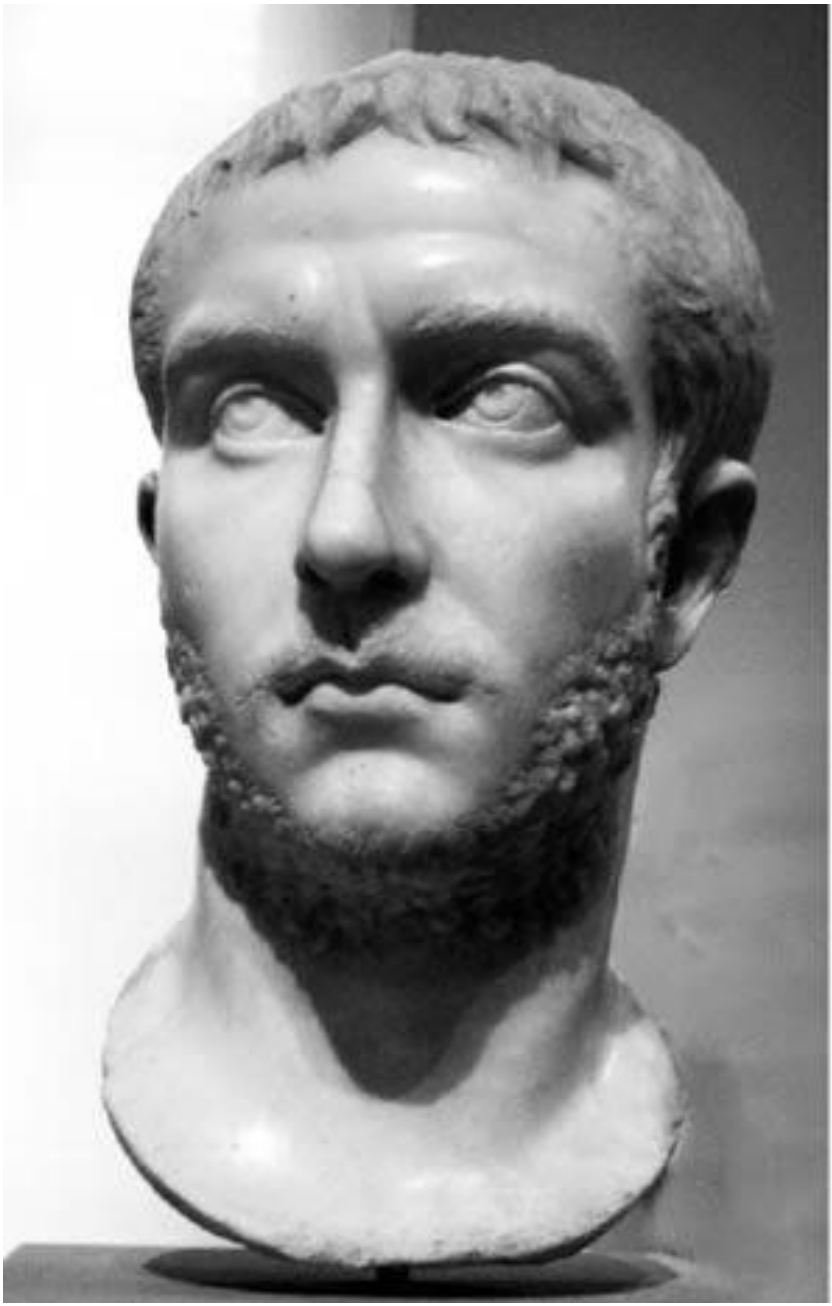
Las incursiones germánicas van a ser constantes en el Rin y el Danubio y así, en 255, en Germania Superior, una razzia de germanos de diversas tribus, tuvo que ser derrotada en varios enfrentamientos (uno de ellos junto a Mogontiacum [Maguncia, Alemania]) por Galieno, que recibió por ello por parte del Senado romano los apelativos honoríficos de Restitutor Galliarum («Restaurador de las Galias») y Germanicus Maximus.

En 257 un profundo ataque de los alamanes llegó hasta la mediterránea provincia de la Gallia Narbonensis, donde los romanos consiguieron interceptarlo y aniquilarlo junto a Arelate (Arlés, Francia). Esa misma tribu repitió el ataque, esta vez masivamente, a través del alto Danubio y, tras tomar, saquear y destruir varias localidades no identificadas en Raetia, llegaron a apoderarse de la base legionaria de Castra Regina (Ratisbona, Alemania) (de su guarnición habitual, la legio III Italica, se sabe, por documentos posteriores, que siguió existiendo, pero no de su actuación ante la acometida), llegando a entrar los incursores en la provincia de Germania Superior, donde saquearon también Aventicum (Avenches, Suiza). Vistos sus éxitos, los alamanes cruzaron los Alpes (¿en dirección a la propia Roma?) y penetraron en Italia pero el emperador Galieno y sus tropas les salieron al paso junto a Mediolanum (Milán) y los derrotaron con toda claridad. Los alamanes, con grandes pérdidas, volvieron a sus territorios, mientras los romanos malograban la ocasión de aniquilarlos del todo. En el verano de ese año los francos llevaron a cabo otra más de sus incursiones a través del bajo Rin, durante la cual tomaron y saquearon varias localidades, entre ellas Gelduba (Gellep, Alemania), en Germania Inferior, mientras que los dacios libres atacaban también en el bajo Danubio, siendo vencidos por Galieno,

en tanto que el dux (general) Lucio Domicio Aureliano (el futuro emperador Aureliano) aniquilaba junto a Nicopolis ad Istrum (Nikljup, junto a Veliko Tărnovo, Bulgaria) a la banda de godos que había penetrado en Moesia Inferior. Galieno, ante la situación en la región balcánica y dado que su padre estaba muy ocupado preparando su, finalmente desastrosa, guerra persa (cfr. supra), decidió personarse allí y en 257 dejó en tierras renanas un «triunvirato» encargado de rechazar nuevas incursiones. Esos personajes eran su propio hijo, el jovencísimo (unos 13 años) Salonino, a quien nombró césar (ascendido a augusto o coemperador en 259) para elevar su rango por encima de todos en la región renana; el segundo era el gobernador de Germania Inferior, Marco Casiano Latinio Póstumo; el tercero al mando era un tal Silvano (o Albino, según las fuentes). Póstumo, aparentando estar a las órdenes de Salonino, era quien en realidad dirigía el ejército y la administración, y no lo hizo mal, manteniendo la frontera relativamente segura durante los tres años siguientes.

En 259 algunos incursores bárbaros (probablemente también alamanes) atacaron los llamados Campos Decumates (los Agri Decumates, los territorios que formaban el entrante entre los cursos superiores del Rin y del Danubio, en poder romano) donde, entre otros puntos fortificados, tomaron el campamento auxiliar situado en la actual localidad alemana de Niederbieber (¿la antigua Victoria?). Fue quizá a raíz de este ataque cuando Galieno decidió renunciar a esa región y retrasar la frontera a los propios ríos Rin y Danubio. El territorio perdido fue inmediatamente ocupado por los germanos, fundamentalmente los citados alamanes.

Incluso las provincias norteafricanas fueron atacadas y a principios de 260 tribus nómadas fronterizas atacaron la Mauretania Caesariensis, debiendo ser interceptadas por las tropas provinciales ayudadas por las de Numidia, encabezadas por la legio III Augusta y su legado y gobernador provincial Cayo Macrinio Deciano, que las vencieron y expulsaron de territorio romano en una serie de combates, uno de los cuales tuvo lugar cerca de la ciudad de Auzea (hoy ruinas entre Nacereddine y Sour El Ghozlane, Argelia).



Busto en mármol del emperador Galieno (autor anónimo). Un

emperador capaz pero que se vio desbordado por todo tipo de ataques militares, interiores y exteriores (Fuente: Wikimedia Commons).

Represión de sublevaciones

En 259 en Pannonia Superior, el gobernador Quinto Nonio Regaliano se autoproclamó emperador con la anuencia (algo reticente) de las tropas a su mando, siendo apoyado por algunas unidades de las provincias moésicas y dácicas. Era evidente que se avecinaba una guerra civil y Regaliano quiso previamente asegurar su retaguardia, por lo que lanzó una campaña, ya a comienzos del año siguiente, contra los sármatas roxolanos, en el curso de la cual murió en combate (según algunas crónicas porque sus soldados prefirieron dejarlo en la estacada antes que afrontar la previsible, y violenta, reacción de Galieno). Problema solucionado.

El 260 su colega de Pannonia Inferior, Décimo Lelio Ingenuo, al parecer molesto porque Galieno le había retirado gran parte de las tropas a su mando para llevarlas como refuerzo a tierras renanas, se sublevó con el apoyo de las que le quedaban, que le proclamaron emperador. Galieno, muy ocupado en el Rin, encargó la solución del asunto a su muy eficaz magister equitum Manio Acilio Aureolo que, reuniendo un ejército fundamentalmente de caballería, venció a Ingenuo en su propia provincia, junto a Mursa (Osijek, Croacia). El fallido usurpador fue capturado y ejecutado, se suicidó o fue asesinado por sus propios hombres (las fuentes discrepan).

EL IMPERIO EN SOLITARIO DE GALIENO (260-268)

Cuando Galieno se vio en solitario a la cabeza del Estado romano, se dio cuenta con claridad de la dificultad que entrañaba para un solo hombre y en aquellas circunstancias dirigir la maquinaria administrativa y militar del Imperio. Por ello, y aunque parezca paradójico, las secesiones de las partes oriental y occidental del mundo romano, salvaron dicho Imperio ya que, aunque fuera sin la autorización expresa de Galieno, le descargaron de la labor de frenar a los pueblos extraimperiales que atacaban por ambos lados. Estas separaciones del núcleo central imperial fueron el reino de Palmira (Palmyra, hoy Tadmur, Siria) y el «Imperio de las Galias».

Las reformas militares de Galieno en las unidades del Ejército

Otro de los emperadores que hicieron reformas en el siglo III fue Galieno (253-268). Éste no reclutó ninguna nueva legión, pero los combates en los que se vieron envueltas las unidades romanas contra ejércitos, como el persa, que utilizaban grandes contingentes de caballería, obligó a que los jinetes romanos tomaran cada vez más significación, mientras que la tradicional infantería legionaria perdía peso en las batallas, algo que forzó un cambio en la organización de las unidades y en las tácticas de combate, ya que Galieno hizo que el componente montado de cada legión (los promoti), que había aumentado previamente de 120 a 726 jinetes, quedara separado de sus unidades y concentrado, con un sustancial refuerzo, en una reserva central de caballería, que acuarteló en el norte de Italia, en los alrededores de Mediolanum (Milán), para prevenir invasiones y acudir desde allí a los lugares de peligro.

Asimismo se dio más importancia a contingentes de maniobra de infantería, extrayendo personal de algunas legiones fronterizas formando vexillationes (destacamentos) y situándolas en lugares estratégicos, sobre todo protegiendo el acceso a la península itálica desde la cuenca danubiana: en la citada Aquileia y en Poetovio (Ptuj, Eslovenia).

Por su parte, las máquinas artilleras (ballestas, onagros, catapultas, escorpiones...) de dotación en las legiones empezaron a ser concentradas en unidades autónomas que, con el nombre genérico de Ballistarii, acabaron en tiempos bajoimperiales por ser transformadas en legiones regulares.

Pero en las provincias que dominaba, Galieno también tenía mucho trabajo, como por ejemplo en 261, cuando bandas de escitas hicieron una incursión tan profunda a través del bajo Danubio que llegaron a atacar la propia Atenas, en la provincia de Achaea, que consiguió rechazarlos gracias a sus murallas. Además tuvo que resistir las pretensiones imperiales del rival oriental Macriano (cfr. supra), que proclamó augustos a sus dos hijos, Tito Fulvio Macriano y Tito Fulvio Junio Quieto, y con el primero de ellos y 45.000 hombres pasó en 261 a los Balcanes, con la intención de extender sus dominios. Mientras, en Thessalonica, un magistrado, ¿Calpurnio? Pisón Frugi, asumía a su vez la púrpura, mientras que Valente, gobernador de Achaea, hacía lo mismo. Ambos se enfrentaron en la región griega de Thessalia siendo Piso derrotado y muerto, aunque al poco Valens era asesinado por sus propios hombres. Sin salir de los Balcanes, el ejército de Macriano y su hijo homónimo era derrotado en la primavera de 261 por las tropas del magister militum Aureolo, junto a Serdica (Sofia, Bulgaria), capital de Thracia (30.000 hombres se pasaron al vencedor), mientras que un aliado oriental de los romanos, el príncipe Odenato de Palmira, ayudado por el ya citado Balista/Calisto (que había cambiado de bando) acababa con la aventura familiar ese verano tomando Emesa (Homs, Siria), en Syria Phoenicia, base de los Macrianos, y dando muerte a Quieto.

Ahora tocaba lío en Aegyptus, una estratégica provincia cuyo suministro de grano era vital para la ciudad de Roma. Allí, el prefecto provincial Lucio Musio Emiliano se autoproclamó emperador con el apoyo de las tropas a su mando, pero Galieno reaccionó rápido y envió una flota al mando de Aurelio Teodoto, uno de sus generales, que derrotó al subversivo, lo capturó y lo envió al emperador, que lo hizo ejecutar. Teodoto pasó a ser el nuevo gobernador.

Hasta hubo que reprimir en Sicilia entre 262 y 263, con gran dificultad, una rebelión de esclavos, y en 263 una sublevación militar en Byzantium (Estambul, Turquía).

Pero el mayor peligro continuaba en las provincias al sur del bajo Danubio, objetivo o lugar de paso de continuas incursiones bárbaras: en 263, un ataque de godos llegó hasta la provincia griega de Achaea donde fueron interceptados, derrotados y forzados a la retirada por las tropas que mandaba el dux Trajano Muciano. Sin embargo, algunos no tomaron dirección norte, sino noreste y tras cruzar a la península anatólica (seguramente por el estrecho del Hellespontus [los actuales Dardanelos, en Turquía]), bajaron por la costa alcanzando la capital de la provincia de Asia, Ephesus (hoy ruinas en las cercanías de Selçuk, Turquía), capturándola al asalto y saqueándola, incluido su famoso templo de Artemisa, una de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo, sin que sepamos de la ruta de retirada de los incursores o si fueron interceptados por los romanos. En 264 de nuevo los godos, que en este caso sabemos que saquearon Anchialus (Pomorie, Bulgaria), en Thracia. En 267 el propio Galieno se puso al frente de las labores para rechazar otro ataque, esta vez godo y hérulo dividido en múltiples grupos, algo que logró aunque antes de conseguirlo no pudo evitar que los incursores penetraran profundamente en territorio romano, alcanzando la península del Peloponeso, donde llegaron a saquear Argos (Argos), el santuario de Olimpia y la propia Esparta, entre otras localidades, después de tomar al asalto la capital de Achaea, Corinthus (Korinthos). Esta banda probablemente al retirarse se uniría a la que asediaba Philippopolis (Plovdiv, Bulgaria), en Thracia, cerco que fue levantado por la llegada de Galieno y sus hombres. El emperador persiguió entonces a los incursores en fuga y los dio alcance y derrotó completamente a orillas del río Nestus

(el Mestas/Nestos, en Bulgaria-Grecia). En su desordenada retirada trataron de hacerse fuertes en el mons Gesaces (¿los actuales montes Rhodopi?, entre Bulgaria y Grecia), pero allí fueron alcanzados por los soldados enviados en su persecución al mando de Trajano Muciano, aunque no sepamos el desenlace de este combate por la pérdida de las fuentes. Mientras, los hérulos se habían desviado hacia Atenas, de donde fueron rechazados por los 2.000 hombres de la milicia ciudadana que mandaba Publio Herennio Dexippo (el futuro historiador Dexippo) e incluso, otros grupos, por vía marítima, tras un primer intento fallido en las costas de Thracia, atacaron Asia Menor (desde 265 competencia de Odenato de Palmira), unos penetrando en la Propontis (el Mar de Mármara, en Turquía) donde saquearon Nicomedia (İzmit, Turquía) y Cyzicus (Kyzicos, junto a Tatlisu, Turquía), en la provincia de Asia, y otros siguiendo por la costa romana del Pontus Euxinus, donde sometieron a pillaje a Heraclea Pontica (Ereğli, Turquía), en Bithynia et Pontus, y otras ciudades, incluso ya en la costa de Cappadocia. Cuando esta flota pirática regresaba a sus bases, fue interceptada por la classis Pontica (la escuadra romana del Mar Negro) y completamente derrotada, pudiendo los supervivientes (duramente castigados de nuevo en otra batalla naval posterior) a duras penas llegar a la sus tierras al norte del Danubio. Sin abandonar la península anatólica, en la región cilicia de Isauria un tal Trebeliano se hizo proclamar emperador en fecha indeterminada entre 260 y 268. Un contingente de composición desconocida mandado por el dux Camsisoleo venció a los partidarios del usurpador, que fue capturado y ejecutado.

Los cambios en el mando militar en el siglo III

En lo militar, el siglo III vio el imparable avance del orden ecuestre frente al senatorial, en la creencia de los emperadores que su menor categoría social haría a sus miembros con cargos militares más fieles a la persona imperial. Ya Septimio Severo cuando reclutó a fines del siglo II sus tres legiones Parthicae puso a su mando no a los tradicionales legados senatoriales (a pesar de ser él mismo un

senador), sino a prefectos ecuestres, algo que poco después emuló uno de sus sucesores, Alejandro Severo, con la legión que él formó (la IIII Italica). Era esto algo que ya se hacía en las legiones estacionadas en Aegyptus desde el comienzo del Imperio, practica que empezaba así a extenderse por el resto del Ejército. El cambio se consumó con Galieno cuando, hacia 262, estableció que los miembros del orden senatorial fueran apartados de la carrera militar y sustituidos por ecuestres en los puestos que tradicionalmente ocupaban, de tal manera que quedó consagrada oficialmente la modificación empezada por Septimio, aunque no se procedió a su sustitución radical y durante algunos años vemos todavía senadores a la cabeza de las legiones. El también senatorial cargo de tribuno laticlavio (el segundo en el mando de una legión) fue asimismo suprimido. Dos privilegios más de la oligarquía senatorial que desaparecían.

Asimismo, la reserva central de caballería acantonada en la zona de Mediolanum, en el norte de Italia, quedó también al mando de un miembro del orden ecuestre, con el título de magister equitum (jefe de la caballería). Lo mismo pasó con las diversas vexillationes sacadas de las legiones fronterizas y agrupadas en cuerpos autónomos situados en lugares estratégicos, cuyo mando era otorgado a oficiales en principio tanto de una clase como de otra, pero cada vez más era encomendado a ecuestres, cada uno de los cuales recibía el título de prepósito (praepositus), general (dux) y, más adelante, tribunus (tribuno).

En la primavera de 267 los alamanes instalados en los Campos Decumates cruzaron los Alpes e invadieron Italia, amenazando la propia Roma, aunque no llegaron a atacarla. Cuando se retiraban cargados de botín hacia sus tierras originales fueron interceptados por Galieno, que llegaba desde los Balcanes tras sus éxitos allí contra los godos, y aplastados de nuevo junto a Mediolanum. El siguiente año, el 268, empezó complicado de nuevo para Galieno, pues su competente magister equitum Aureolo, quizás harto de ir apagando fuegos en nombre de su emperador, se autoproclamó como tal a principios de ese año o fines del anterior en

Mediolanum, tratando incluso de ponerse de acuerdo con el usurpador gálico Póstumo, que no quiso saber nada del asunto. El inevitable enfrentamiento entre Galieno (que debió dejar inconclusos sus asuntos en los Balcanes) y Aureolo tuvo lugar en marzo junto a un puente (que luego recibió su nombre en memoria del usurpador, pons Aureoli [Pontirolo, Italia]) del río Adua (el Adda, en el norte de Italia), donde el aspirante fue derrotado, consiguiendo retirarse herido hasta Mediolanum, donde Galieno le puso bajo asedio. No contaba el emperador con que entre su «Estado Mayor» se había formado una conspiración dirigida por dos de sus más cualificados oficiales: el nuevo magister equitum Marco Aurelio Valerio Claudio y el antes mencionado dux Aureliano, conjura que el 22 de marzo acabó con la vida del emperador y proclamó como tal al magister equitum, que pasó a ser Claudio II. Aureolo, confiado en la palabra del nuevo emperador, se entregó, pero Claudio no hizo honor a ella y ordenó su ejecución.

Mapa del mundo romano en los tiempos del imperio en solitario de Galieno, con las secesiones del «Imperio de las Galias», al oeste, y el reino de Palmira, al este (Fuente: Wikimedia Commons).

LOS COMIENZOS DE LAS SECESIONES: EL REINO DE PALMIRA Y EL «IMPERIO DE LAS GALIAS»

El reino de Palmira

Como hemos visto antes, la situación en Oriente fue salvada por Odenato de Palmira, que en 261 asumió el título de rey pero dejándole bien claro a Galieno que iba a actuar como muro contra los persas y en ningún caso con ánimo independentista, algo que Galieno, ocupado como estaba en tierras europeas, aceptó, reconociéndole los títulos romanos de dux romanorum («general de los romanos») y corrector totius Orientis («regente de todo Oriente»), con mando sobre las provincias situadas entre Syria Coele y Aegyptus, incluida la primera. Esta labor contra los persas se intensificó en 262 cuando, tras preparar un ejército con sus propios hombres, los restos de las fuerzas romanas orientales y nuevas levas, se propuso reconquistar la perdida Mesopotamia romana y, tras tomar Carrhae (Altinbaşak, Turquía), Nehardea (Tell Nihar, Irak), Nisibis y vencer al propio Sapor I en campo abierto (en un lugar no identificado), lo consiguió, forzando al Gran Rey persa a retirarse al interior de sus dominios, siendo perseguido por el ejército palmireno-romano hasta llegar a asediar Ctesiphons (hoy ruinas junto a Taki Kesra, Irak), la capital persa, aunque Odenato se retiró sin tomarla. Tras unos años de tranquilidad, en 267 Odenato (a quien Galieno había concedido en 265 el título de imperator [aunque no en el sentido de emperador, sino en el de general victorioso]) desencadenó una nueva guerra contra Sapor, llegando de nuevo a atacar la capital, pero otra vez sin poder tomarla, teniendo que retirarse para hacer frente a los incursores godos que estaban depredando Asia Menor (ahora bajo la responsabilidad del palmireno) (cfr. supra). No llegó a combatir contra ellos, pues a finales ese año fue asesinado junto a su hijo mayor y corregente Hairan, quedando el poder palmireno en manos de su siguiente hijo, Vabalato que al solo contar con un año de edad tuvo que ser

tutelado por su madre Zenobia, la segunda esposa de Odenato, la cual, sintiéndose segura de su situación, hizo oficial la secesión del tercio oriental del Imperio, con el nombre de Reino de Palmira. Esto era más de lo que podía soportar Galieno (además ¡ante una mujer! ¡qué oprobio!) y, con un contingente al mando del dux Aurelio Heracliano, intentó ya en 267 la recuperación de las provincias perdidas, pero esta primera tentativa fue fácilmente rechazada por los palmirenos.

Para Palmira se trataba ahora de consolidar su posición en el este, primero ante los romanos y, en este sentido, en 269 el intento de la III Cyrenaica, la legión provincial de Arabia Petraea, de mantenerse fiel a Roma se saldó con la derrota de la legión y el saqueo de su campamento en Bostra (Buṣrá ash Shān, Siria). El siguiente objetivo fue Aegyptus que, tras una derrota inicial, pasó a control de los palmirenos en 270.

El «Imperio de las Galias»

En 260, el gobernador de la Germania Inferior Póstumo, con el mando efectivo de la frontera renana (cfr. supra) desde tres años antes, tenía ambiciosos planes para sí. Ese año, tras rechazar una de las frecuentes incursiones bárbaras y aniquilar a sus componentes (probablemente francos), les arrebató el botín que habían obtenido en su incursión y, en lugar de devolverlo a sus legítimos dueños, lo repartió entre sus hombres. Otro de los oficiales que mandaban en la zona, Silvano/Aeliano (cfr. supra), mostró su desacuerdo por tal proceder, por lo que Póstumo decidió dar el paso decisivo: tras asegurarse el apoyo de sus tropas, en el verano de ese año se autoproclamó emperador, atacando rápidamente Colonia Agrippina (Colonia, Alemania), la capital de Germania Inferior, donde estaban Silvano/Aeliano y el jefe teórico de la frontera, el joven (entonces de 16 años) coemperador Salonino. Cuando éstos se disponían a resistir, sus tropas se pasaron Póstumo, quien se apoderó de los dos y los hizo ejecutar. A Póstumo le hubiese gustado ser emperador de todo el Imperio, pero hubo de conformarse con lo que tenía

entonces, además de las provincias galas, las británicas y, durante un tiempo, Raetia y las provincias hispanas. Puso su capital en Augusta Treverorum (Tréveris, Alemania), capital de la provincia de Gallia Belgica, donde instaló un Senado propio e incluso formó su propia Guarda Pretoriana.

Pero en los asuntos bélicos, desde su constitución como ente separado del núcleo del Imperio Romano, el que será denominado «Imperio de las Galias» o «Imperio Gálico» (Imperium Galliarum) tuvo que seguir haciendo frente a los ataques bárbaros a través de la frontera. Ya el mismo año 260, aprovechando el desconcierto romano por la situación política allí, los francos se atrevieron a atacar el campamento legionario de Castra Vetera (Xanten, Alemania), en Germania Inferior, cuya guarnición, la legio XXX Vlpia Victrix, consiguió rechazarlos, aunque las instalaciones campamentales quedaron muy dañadas.

El año 260 vio una gran victoria romana ante otra incursión germana, esta vez una de semnones y yutungos, que en Raetia y quizás cuando ya se retiraban de su correría en territorio romano, fueron interceptados en las cercanías de la capital provincial, Augusta Vindelicorum (Augsburgo, Alemania), por la guarnición de la provincia, con refuerzos de la vecina Germania Superior, que los derrotó los días 24 y 25 de abril, mandadas las tropas imperiales por Marco Simplicinio Genial, un oficial al que las fuentes (L'Année Épigraphique 1993, 1231) identifican como agens vice praesidis (quizá el segundo al mando del gobernador).

Sin embargo no todo fue bien contra los germanos aquel año, pues otras dos razzias, esta vez de francos y alamanes, penetraron profundamente en tierras galas, alcanzando una de ellas la provincia de Aquitania, donde quizás atacaran y saquearan Augustonemetum (Clermont-Ferrand, Francia). Además (aunque algunos autores lo fechan dos años antes) también hacia ese año, los francos realizaron una profundísima incursión (acaso por mar, como sugieren algunos autores, tras haberse apoderado de barcos en la costa gala del Atlántico) que llegó hasta la península ibérica y tomó al asalto (¿por barco dando la vuelta a toda la península?) Tarraco (Tarragona, España), capital de la Hispania Citerior Tarraconensis. Los defensores de la teoría de que llegaron por mar

creen que también atacaron las costas del norte de África. Al parecer estuvieron durante 12 años sometiendo a depredaciones a las provincias hispanas, sin que sepamos cómo acabó la incursión (¿se retiraron? ¿fueron aniquilados?). En 261, nuevo ataque bárbaro que Póstumo rechazó en una o varias batallas en lugares no identificados, victorias por las que el «emperador galo» adoptó el epíteto de Germanicus Maximus.

Pero Póstumo no solo tuvo que hacer frente a los bárbaros, pues Galieno estaba deseoso de acabar con su secesión. Así, en 263, el emperador «central» se puso en marcha con sus tropas, con la dirección táctica de su magister equitum Aureolo. Este contingente pudo atravesar los Alpes, pero las fuerzas de Póstumo consiguieron derrotarlo antes de que avanzara más. Galieno no se dio por vencido e insistió en su campaña, cuyo segundo combate, también en un lugar indeterminado de las provincias galas, esta vez le fue favorable, aunque el derrotado Póstumo no pudo ser alcanzado en la persecución que Aureolo dirigió contra él, lo que permitió que «el galo» pudiera reordenar sus fuerzas, contratando incluso mercenarios germanos, lo que no le sirvió ante una nueva derrota, que hizo que se refugiara en una ciudad gala no identificada, donde Galieno le puso bajo asedio. Lo que pintaba muy bien para el emperador, se torció cuando una flecha le hirió en una escaramuza del cerco. La herida no fue mortal, pero hizo que Galieno levantara el asedio y se retirara a Italia, aunque conservando lo ganado en el sureste de las Galias. Al año siguiente Galieno lanzó una nueva campaña contra Póstumo, aunque inútil, pues no obstante «el galo» fue derrotado en varios combates, pudo mantenerse en el poder, aunque cada vez con menos territorios bajo su control. En 267 se llegó a una especie de acuerdo, pues Galieno debía acudir a otros teatros de operaciones más urgentes (cfr. supra) y, sin reconocer a Póstumo su autoarrogado título imperial, aceptó su mando sobre las provincias que controlaba entonces.

Centrada de nuevo la atención en los bárbaros, un intento de Póstumo en 268 de reocupar o, al menos, controlar, los abandonados Campos Decumates terminó en fracaso, pues tribus no identificadas tomaron y destruyeron los fortines que se allí se establecieron. Ese mismo año un oficial del «emperador galo» se sublevó en Mogontiacum con la intención de tomar la púrpura él

mismo: Ulpio Cornelio Laeliano. Derrotado y muerto por las tropas postumianas, como «el emperador» se negó a que las mismas saquearan Mogontiacum (que al fin y al cabo era una ciudad romana) sus soldados lo asesinaron junto a su hijo y heredero del mismo nombre, proclamando «emperador» a uno de los oficiales del finado, Mario (Marcus Aurelius Marius) que, tras unos días en el trono galo, fue asesinado a su vez, ascendiendo a él el jefe de la Guardia Pretoriana de Póstumo, Marco Piavonio Victorino.

LA RECUPERACIÓN: LOS IMPERIOS DE CLAUDIO II Y DE AURELIANO

Claudio II (268-269)

Tras el asesinato de Galieno y su asunción del poder (cfr. supra), Claudio II no tuvo que esperar mucho tiempo para tener que ponerse en campaña, sin salir de Italia, pues ese mismo año una nueva banda de alamanes empezó una incursión por el norte de la península. Otra vez el escenario de la batalla fueron los alrededores de Mediolanum, donde fueron vencidos en primera instancia por los romanos, que los persiguieron en su retirada hacia los Alpes, donde Claudio y su nuevo magister equitum Aureliano los atraparon y los derrotaron inapelablemente junto al lago Benacus (el lago de Garda, en Italia).

Un teatro de operaciones poco habitual en esta época, el norte de África, también se activó, pues hacia 268 ó 269 los marmáridas atacaron las fronteras de Cyrenaica o de Aegyptus, siendo rechazados por los romanos, al mando del dux Probo (quizás Marco Aurelio Probo, el futuro emperador Probo), el mismo oficial que, al mando de un contingente llegado desde Aegyptus venció a un tal Aradio, que se había autoproclamado emperador en el Africa Proconsularis, muriendo el rebelde en combate.

Tras unos años de paz con el «Imperio de las Galias», Claudio II, en cuanto se vio un poco más desahogado, envió un ejército contra él, dirigido por el praefectus vigilum (el comandante de los vígiles, uno de los cuerpos de la guarnición de Roma) Julio Placidiano y, aprovechando que «el emperador galo» Victorino estaba teniendo problemas en el Rin, avanzó por el sureste de las Galias y consiguió la obediencia de la Gallia Narbonensis, además de las provincias hispanas. Al saber de la cercanía de las tropas gubernamentales, la ciudad de Augustodunum (Autun, Francia), en la Gallia

Lugdunensis, se sublevó a favor de Claudio II. Por razones desconocidas Placidiano no pudo ayudar a los sublevados y la ciudad fue asediada por Tétrico, el nuevo emperador galo que, tras el brevísimo intervalo de Domiciano II (en 271), había ocupado el «trono galo». Tras siete meses de resistencia, la ciudad se rindió y fue saqueada.

Lo que probablemente impidió que Augustodunum recibiera ayuda fue el nuevo ataque combinado de godos (la mayoría) y hérulos en el bajo Danubio, que en la primavera de 269 lo cruzaron a la altura de Moesia Inferior, apoyados por una flota en el Pontus Euxinus. Atacaron primero Tomis (Constanza, Rumanía), luego Marcianopolis (Šumen, Bulgaria), ambas en dicha provincia, y con ayuda de sus barcos también Byzantium y Cyzicus, pero de todas ellas fueron rechazados. Embarcando en su flota, atacaron con ella, simultáneamente al haberse dividido en dos contingentes, Thessalonica y Cassandrea (Nea Potidaia, Grecia), en Macedonia. Esta vez los bárbaros sí que contaban con material de asedio y estaban a punto de expugnar ambas ciudades cuando ante la noticia de que llegaba Claudio con un ejército, se retiraron por tierra primero hacia el suroeste (con un ataque sobre Atenas) y luego hacia el noroeste, saqueando los territorios que cruzaban (ataque contra la ciudad de Doberus [quizás cerca de la actual Dojran, Macedonia del Norte]), y con varios enfrentamientos contra tropas romanas, hasta que el emperador los atrapó ya en verano junto a la capital de Moesia Superior, Naissus (Niš, Serbia), aplastándolos completamente (50.000 muertos bárbaros, según las fuentes). El Senado otorgó al emperador el título de Gothicus Maximus. Los supervivientes se dispersaron por donde pudieron y un grupo de ellos nuevamente derrotado por los romanos, se refugió en el llamado mons Gessax (¿?, en Bulgaria) donde a punto estuvo de dar un disgusto a sus perseguidores. Otra de esas bandas de supervivientes emboscó a un contingente romano y le causó 2.000 bajas. Por su parte, la flota goda descendió costeando Asia Menor y, tras atacar y saquear Syde (Selimiye, en las cercanías de Side, Turquía) y Rhodae (Rodas, en la isla homónima, Grecia) (ambas en la provincia de Lycia et Pamphilia), continuaron su incursión hasta las costas de la isla y provincia de Cyprus (Chipre), de donde fueron rechazados por milicias locales, lo mismo que les sucedió cuando, siguiendo su pirático periplo, atacaron las costas de la isla de Creta

(parte de la provincia de Creta et Cyrenaica).

Mientras, junto a Mediolanum, el magister equitum Aureliano, de vuelta en Italia, batía una nueva incursión bárbara, ésta de los marcómanos, y ese mismo año aniquilaba otra en algún punto de las Pannoniae, en este caso de suevos y sármatas yácigos.

Pero los godos parecían incansables y contar con unas reservas humanas inagotables, pues a comienzos de 270 volvieron a cruzar el bajo Danubio, atacando de nuevo Anchialus y Nicopolis ad Istrum, siendo rechazados en ambas ocasiones.

La peste hacía estragos en aquellos días en las provincias danubianas y una de sus víctimas fue precisamente el propio emperador, que moría el 6 de septiembre de 269 sin designar sucesor. Dos militares se postularon para ocupar el trono: por una parte Marco Aurelio Claudio Quintilo, hermano pequeño del difunto y en ese momento al mando del norte de Italia; por otra parte, el magister equitum Aureliano, a quien las tropas de las Pannoniae invistieron de la púrpura el 3 de noviembre. Éste sería el definitivo, pues Quintilo, abandonado por sus hombres, se suicidó el 23 de noviembre.

Aureliano (269-275). La reunificación del Imperio

Antes de dedicarse a la labor de lo que sería su gran logro, reunificar el Imperio, Aureliano debía poner en orden la muy permeable frontera norte, como se demostró en la primavera de 270 cuando los yutungos cruzaron el alto Danubio en Raetia. Tras atravesar los Alpes se dedicaron, divididos en bandas y como tantos otros, al saqueo en Italia. Informado Aureliano de la situación en Sirmium (hoy Sremska Mitrovica, Serbia), capital de Pannonia Inferior, donde se hallaba, se puso en camino hacia Italia. Los bárbaros, también enterados de que llegaba el emperador, trataron de retirarse hacia sus tierras pero fueron aniquilados.

Busto en bronce del emperador Aureliano (autor desconocido). Con razón fue llamado Restitutor Orbis (Fuente: Wikimedia Commons).

Desde el norte de Italia, Aureliano debió ponerse en camino hacia las Pannoniae donde el otoño de 270 hizo frente y derrotó un ataque de vándalos y sármatas yácigos, quizás en el propio territorio bárbaro, pues algunos autores modernos sitúan la batalla decisiva a orillas del Tisa (el Tisza, en aquel lugar en Hungría), quizá junto a su desembocadura en el Danubio.

Tenaces, los yutungos montaron un nuevo ataque a través de la misma ruta, esta vez acompañados por los alamanes. Aureliano y sus tropas disponibles nuevamente marcharon hacia allí pero en las últimas semanas de 270 los bárbaros emboscaron una noche a los romanos junto a Placentia (Piacenza) y Aureliano resultó completamente derrotado. Él y Roma tuvieron la suerte de que los incursores estaban más interesados en el saqueo y no persiguieron a los derrotados ni se encaminaron a la Vrbs. No obstante, el emperador cursó las ordenes pertinentes para que empezara a fortificarse Roma, lo que se concretaría en la construcción de la Muralla Aureliana (Vallum Aureliani). Aureliano y sus derrotadas tropas se habían retirado a la región itálica de Vmbria, por donde apareció una de las bandas bárbaras de saqueo, que fue aniquilada en las últimas semanas del año junto a Fanum Fortunae (Fano). Los animados romanos continuaron hacia el norte y en Ticinum (Pavía) atraparon a otra, que fue barrida, emprendiendo sus pocos supervivientes la huida hacia sus territorios de origen.

Aureliano viajó entonces a Roma para recibir el reconocimiento del Senado (¿y para inspeccionar las fortificaciones ordenadas?) y allí tuvo que hacer frente a una revuelta, entre fines de 270 y principios de 271, promovida por los acuñadores de moneda (los monetarii), cuyos fraudes en la acuñación habían sido descubiertos. Por raro que parezca, el motín fue intensísimo y al emperador le costó ¡7.000 soldados! el sofocarlo. Luego, la represión fue feroz.

Por fin Aureliano estaba libre para emprender la reunificación, empezando por Palmira (cfr. infra). Con las tropas que tenía disponibles en Italia, cruzó los Alpes y mientras seguía la ruta

danubiana hacia el este iba incorporando a su ejército fuertes contingentes de las unidades de las provincias que atravesaba. Era ya otoño de 271 cuando, al llegar a Moesia Inferior, los romanos se encontraron con una nueva incursión goda que, con el ejército reunido, Aureliano no tuvo problemas en rechazar. Persiguió a los incursores, cruzó el Danubio y los venció nueva y definitivamente en un lugar indeterminado de la Dacia Malvensis, dando muerte, según exageración de los autores antiguos, ni más ni menos que a ¡100.000! enemigos, entre los que estaba su jefe Cannaba o Cannabaudes por lo que si éste era en realidad el jefe Kniva, causante de la derrota y muerte del emperador Decio en Abrittus (Hisarlak, cerca de Razgrad, Bulgaria) en 251, culminaría la venganza de los romanos. Esta ocasión fue la última vez en que un ejército romano operó en las provincias de las Daciae (Porolissensis, Apulensis y Malvensis) pues, considerándolas excesivamente expuestas a los ataques bárbaros, en 275 Aureliano acabó por ordenar su abandono. Los romanos continuaron su camino hacia el este, invernando en los alrededores de Byzantium.

El asunto de Palmira

Rotas definitivamente las relaciones entre Roma y su antigua aliada Palmira, por las ambiciones de la reina Zenobia de controlar todo el hasta entonces Oriente romano formando un reino independiente, durante la primera mitad de 270 los palmirenos trataron de ocupar la orilla asiática de los estrechos que comunicaban el Mediterráneo y el Pontus Euxinus, pero sus tropas fracasaron ante Chalcedon pues sus defensores, enterados del nombramiento imperial de Aureliano, resistieron y rechazaron a los atacantes.

Una vez en la península anatólica, Aureliano fue uniendo a sus hombres los contingentes romanos que encontraba en su camino hasta llegar, a principios de 272, a Tyana (Kemerhisar, Turquía), que controlaba los accesos entre Cilicia y Syria Coele, que le opuso resistencia y hubo de ser tomada al asalto. Era ya primavera cuando los romanos se enfrentaron al primer verdadero ejército palmireno,

dirigido por el general Zabdas, del que formaban parte los arqueros y catafractos o caballería acorazada al estilo persa, por los que era famoso el ejército palmireno. El choque tuvo lugar en Immae (Yenişehir, Turquía), a 42 km al este de Antioquía. El inteligente uso de su propia caballería, utilizando la táctica del «atacar y huir» (por fin aprendida por los romanos tras sufrirla de ejércitos orientales), hizo que Aureliano venciera a los palmirenos y a los pocos días tomara Antioquía sin más resistencia que una mínima en el suburbio de Daphne. La siguiente etapa del camino hacia Palmira fue Emesa, con 70.000 palmirenos a la espera al mando otra vez de Zabdas, donde esta vez fue la infantería romana la que decidió el combate para su bando. La ciudad fue conquistada y Aureliano prosiguió su implacable avance hacia el este, aunque hostilizado por bandas de nómadas del desierto aliados de Palmira, derrotados la mayor parte de las veces pero vencedores en algunas emboscadas. En el camino, las guarniciones romanas de las provincias orientales, reintegradas a la disciplina imperial, se fueron añadiendo al contingente.

Era ya fines de la primavera cuando los romanos alcanzaron Palmira (donde se hallaban Zenobia y Vabalato) y la sitiaron. La ciudad tenía poderosas murallas, bien artilladas, tenía víveres (que los defensores habían creído suficientes) y había recibido refuerzos en forma de un contingente persa enviado por su antiguo enemigo Sapor I. Los palmirenos confiaban en que las dificultades en su abastecimiento obligaran a Aureliano a abandonar el asedio, pero fue al contrario y los romanos fueron bien aprovisionados por las provincias vecinas, mientras que los palmirenos empezaron a padecer escasez. Lo único que hizo sufrir a los atacantes fue el rigor del clima. Los asaltos fueron muy duros (Aureliano fue levemente herido en uno de ellos). Era ya quizás final de junio cuando Zenobia y su hijo, visto como iba el asedio, decidieron huir a Persia pero ellos y su escolta fueron capturados a punto de cruzar el Éufrates por la caballería que Aureliano envió en su persecución. Palmira, desmoralizada por la situación, se rindió. Aureliano la saqueó pero no la destruyó, aunque antes de retirarse desmanteló sus fortificaciones y situó allí una guarnición, al mando de un tal Sandario. Los altos oficiales palmirenos (no Zenobia ni su hijo, trasladados a Italia), incluido Zabdas, fueron ejecutados.

Aureliano y sus hombres se retiraron a tierras europeas y, con su moral por las nubes por la victoria, no tuvieron mayor problema en otoño en rechazar una nueva incursión a orillas del Danubio en la provincia de Moesia Inferior, esta vez de los carpos, algunos de cuyos prisioneros fueron asentados como colonos en tierras del Imperio. Pero, entretanto, la nueva situación de Palmira demostró ser inestable, pues una sublevación liquidó a la guarnición romana y proclamó rey a un tal Antíoco (¿un pariente de Zenobia?).

Aureliano, tras invernar, volvió a tierras orientales y, sin resistencia en el camino, durante la primera mitad de 273 alcanzó Palmira (cuyas defensas no habían podido ser totalmente reconstruidas), tomo la ciudad al asalto, permitió un nuevo saqueo y mandó arrasarla, con gran matanza entre sus habitantes (que, sin embargo, no alcanzó a Antíoco, que fue perdonado). Esta vez Aureliano dejó allí una legión como guarnición (la I Illyricorum, de reciente formación) y la ciudad perdió su autonomía, quedando adscrita a la provincia de Syria Phoenicia, finalizando definitivamente la secesión.

La reunificación del «Imperio de las Galias»

Solucionado el asunto palmireno, Aureliano volvió su vista hacia Occidente, donde el «Imperio de las Galias», con cada vez más dificultades internas y externas, estaba regido entonces por el ya citado Tétrico, que había colocado como césar, en su afán por consolidar una dinastía, a su joven hijo homónimo. Esta vez la reunificación por esta parte fue más fácil que la oriental, pues Aureliano, reuniendo un ejército con los hombres de la guarnición de Roma y sus alrededores (la legio II Parthica, acuartelada en Castra Albana [Albano Laziale]) y las consabidas vexillationes de las unidades estacionadas a lo largo de las provincias danubianas y siguiendo la ruta del valle del Danubio, entró en tierras galas en la primavera de 274, donde esperaba el ejército de Tétrico, formado en base a las guarniciones de las provincias galas y británicas que dominaba, entre las que faltaba la provincia de Gallia Belgica,

donde su gobernador Faustino se había autoproclamado emperador. El choque tuvo lugar precisamente en esa provincia, junto a Durocatalaunum (Châlons-en-Champagne, Francia) y en él los soldados de Aureliano derrotaron a las tropas del «Imperio de las Galias», que no quisieron rendirse antes de combatir aunque su «emperador» (que no veía futuro a su régimen) y su hijo se habían pasado previamente a Aureliano.

Para acabar con la secesión occidental, solo faltaba terminar con el problema de Faustino, lo que hicieron a continuación, en la primavera o ya el verano, los hombres del emperador, que vencieron a las tropas (apenas unidades de auxiliares, sin legiones) leales al usurpador junto a Augusta Treverorum. No sabemos qué fue de Faustino pero sí que con esta batalla, el Imperio, después de catorce años, quedaba definitivamente (por el momento) reunificado. Aureliano volvió a Italia y dejó al cargo de la frontera renana a uno de sus más estrechos colaboradores, el entonces dux Marco Aurelio Probo, el futuro emperador Probo (276-282), con el encargo de rechazar a los francos, que habían vuelto ese año a la carga a través del bajo Rin, aprovechando la guerra civil romana y en Gallia Belgica habían atacado y saqueado Aduatuca (Tongeren, Bélgica) y la misma Augusta Treverorum nada más marcharse Aureliano. Al oír que venía contra ellos Probo, se refugiaron en las tierras pantanosas del bajo Rin, pero allí fueron atacados y vencidos por el general romano, al mando un contingente de entidad desconocida. Solucionado el problema en esa zona, sin haber acabado el año, Probo se dirigió a la Germania Superior donde, quizá con tropas (legionarias y auxiliares) locales, derrotó y expulsó del territorio romano a los incansables alamanes en su enésima incursión.

Entretanto, en el verano u otoño de 274, Aureliano, agasajado por el Senado con el título de Restitutor Orbis («Restaurador del Mundo») había celebrado un doble Triunfo fastuoso en Roma. Se celebraba así la victoria sobre Palmira y sobre el «Imperio de las Galias» (¡Ah, que tiempos aquellos en que la ley exigía que un Triunfo fuese sobre enemigos externos y no sobre romanos!). Cargados de cadenas, como exigía la tradición, desfilaron tras el carro del vencedor, por un lado Zenobia, sin su hijo (muerto de camino a Roma), y por otro Tétrico con el suyo. Sin embargo,

Aureliano era magnánimo con el enemigo vencido y tras esa exhibición pública, Zenobia, si bien no se le permitió regresar nunca a su tierra, fue liberada y recibió para su residencia, ni más ni menos que la antigua villa del emperador Adriano en Tibur (Tívoli), en las cercanías de Roma, y se casó con un senador romano. Por su parte, la traición de Tétrico a sus hombres en la Galia fue premiada por el emperador con un cargo administrativo, el de corrector (gobernador) de la región itálica de Lucania.

Pero Aureliano, a fines de ese año, tuvo que volver a ponerse en campaña pues bárbaros no identificados atacaron la provincia de Raetia (por lo que podemos suponer que los incursores serían yutungos y/o alamanes, otra vez). Con las tropas que tenía disponibles el emperador marchó desde Roma, cruzó los Alpes y los derrotó junto a la capital provincial, Augusta Vindelicorum, que los bárbaros estaban atacando. Probablemente desde allí fue desde donde a continuación Aureliano se dirigió a Lugdunum (Lyon, Francia), la capital de la Gallia Lugdunensis, donde reprimió una rebelión popular inspirada por los acuñadores de moneda de la ceca local que, como en Roma (cfr. supra), habían visto descubiertos sus fraudes por una investigación imperial. Mientras Aureliano se dedicaba a lo dicho, por su orden un contingente de su ejército, mandado por ¿el dux? Cayo Flavio Julio Constancio (el futuro emperador Constancio I Cloro [césar, 293-305; augusto, 305-306]), vencía a finales de año en Vindonissa (Windisch, Suiza) a los incursores que se habían desviado hacia Germania Superior. El último ataque bárbaro en el Rin documentado durante el imperio de Aureliano fue el que experimentó, ya en 275, la fortaleza ya citada de Gelduba, probablemente por parte de los francos y que fue rechazado por la guarnición, mientras que en Aegyptus los blemmios hicieron lo propio ese mismo año, siendo vencidos en uno o varios combates por Probo, trasladado allí para tomar el mando de las tropas locales y acabar con las incursiones.

En 275 le iba a tocar el turno al Imperio persa con el objetivo romano de ajustar cuentas. Allí, muerto Sapor I en 272, reinaba el débil Bahram I (273-276), hijo y segundo sucesor de Sapor. Tras intensos preparativos durante gran parte del año, con las tropas que había reunido (de composición e identidad desconocidas), Aureliano, que se hallaba ya en Thracia a finales de 275

preparándose a invernar, había descubierto un fraude que llenaba la bolsa de uno de sus oficiales administrativos, el notarius Mucapor. Viéndose descubierto y antes de que el emperador actuara con su característica severidad ante los funcionarios corruptos y/o desleales, Mucapor falsificó una presunta lista de gente a ejecutar, en la que figuraban varios altos oficiales de Aureliano, que se adelantaron a su falsa ejecución y asesinaron al emperador en noviembre o diciembre de 275 en Caenophrurium (Çorlu, en la Turquía europea). El desleal notarius fue ejecutado a la postre por Tácito (275-276), sucesor de Aureliano, pero el mal ya estaba hecho y el probablemente más competente emperador de la época de la Anarquía Militar ya no estaba disponible.

CONCLUSIONES

En tiempos imperiales, ésta fue la primera ocasión en que el Estado romano pareció a punto de desmoronarse, merced al concurso de poderosísimas fuerzas como lo eran las discordias interiores, las invasiones exteriores y la crisis militar, económica, social y religiosa. Aunque parezca un contrasentido, la división en tres entidades del Estado romano (la parte central del Imperio, Palmira y las Galias) contribuyó a salvar el mundo romano, pues permitió a todas ellas concentrarse en un teatro de operaciones más reducido para cada una, lo que las hizo más eficaces a la hora de rechazar enemigos exteriores.

De los adversarios de Roma en aquellos años, las ambiciones persas de extenderse hacia el oeste no eran ninguna novedad y entraba dentro de lo probable que lo intentaran, mientras que las incursiones de las tribus del otro lado del Rin y del Danubio fueron causadas, aparte de por las propias tensiones interiores entre esos pueblos, seguramente por la suspensión, motivada por la brutal crisis económica que sufría el Imperio, de los subsidios que se pagaban a los diversos pueblos bárbaros para evitar que atacaran.

Aunque al final el Imperio se salvó, a nivel territorial no salió indemne de este convulso periodo, pues los romanos tuvieron que abandonar los Campos Decumates y las provincias dácicas, quedando desde entonces la frontera norte estrictamente situada en los cursos del Rin y del Danubio.

Muerto Aureliano, el Imperio ya pudo aguantar hasta que Diocleciano (284-305) y sus reformas en todos los aspectos, le dieran un nuevo y vigoroso impulso.

IX

La crisis de la II Tetrarquía. Veinte años y quince emperadores (305-324)

Julio Rodríguez González

INTRODUCCIÓN

El siglo III fue un periodo muy agitado para el Imperio Romano. Tras comenzarlo con una dinastía que parecía fuerte y asegurada, los Severos (193-235), el asesinato en 235 del último de sus emperadores, Alejandro Severo, dio comienzo a la época que los historiadores han llamado «la Anarquía Militar». Hasta el año 284, varias decenas de emperadores o aspirantes a serlo se sucedieron o se disputaron el trono, de tal manera que en el año citado el emperador vigente, Marco Aurelio Carino, y el nuevo aspirante, Cayo Valerio Aurelio Diocleciano se enfrentaron junto al río Margus (el actual Morava, en Serbia), en Moesia Superior. La batalla ofreció un primer resultado discutido, según las diversas fuentes: unas sostienen que venció Carino, pero fue asesinado inmediatamente después por uno de sus oficiales y otras que las tropas del emperador se pasaron en masa al aspirante y Carino murió en combate. Sin embargo, el resultado final es incontestable: Diocleciano se convirtió en el amo del mundo romano. El nuevo emperador tomó pronto, entre otras, dos importantes decisiones: la primera, aislarse del pueblo estableciendo un complicado ceremonial cortesano que hiciese de la figura imperial algo sagrado y, por lo tanto, más difícil de matar, como había sido el destino de tantos de sus predecesores; la segunda, reestructurar la administración del Imperio, dotándose en principio de un colega de toda su confianza, su amigo Marco Aurelio Valerio Maximiano, a quien elevó a la categoría de augusto (título oficial de los emperadores romanos) en 286 y confió el gobierno de la parte occidental del Imperio, para después, en 293, completar el sistema con el nombramiento de dos «ayudantes» o césares, uno para Oriente, Cayo Galerio Valerio Maximiano, y otro para Occidente, Cayo Flavio Julio Constancio Cloro, configurando así lo que la historiografía ha llamado la Tetrarquía, periodo durante el cual todos los aspectos de vida «oficial» romana (ejército, administración, economía, sociedad, religión...) se vieron tan reformados que posibilitaron la existencia y viabilidad del Imperio durante muchos decenios más (hasta el siglo XV en el caso del

Imperio de Oriente). A lo largo de esos años va a desarrollarse también otro de los aspectos que marcará el siglo IV: la ascensión y consolidación del cristianismo como la religión que acabó siendo la oficial del Imperio.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Para esta época, las fuentes que nos son aprovechables son las siguientes: los Panegíricos Latinos (de varios autores); Eusebio de Cesárea con sus Vida de Constantino e Historia Eclesiástica; Aurelio Víctor y su Libro de los Césares; Lactancio, escritor de Sobre la muerte de los perseguidores; Eutropio y su Breviario; Orosio, que escribió Historias contra los paganos; Zósimo, autor de Nueva Historia; Sócrates Escolástico con su Historia Eclesiástica; Filostorgio y su Epítome de la Historia Eclesiástica de Filostorgio recopilado por Focio, patriarca de Constantinopla; Hidacio y sus Fasti; los anónimos Chronicon Paschale, Anonymus Valesianus y Chronicon Galliarum DXI; Sozomeno con su Historia Eclesiástica; Próspero de Tiro y su Resumen Cronológico; Juan de Nikiu y su Crónica y Zonaras con su Compendio de la Historia.

EL FIN DE LA I TETRARQUÍA

Tras los nombramientos de 293, con la indiscutida preeminencia del emperador Diocleciano, el mundo romano quedó dividido en cuatro ámbitos de gobierno, aunque manteniendo siempre la teórica unidad imperial. Así, el principal emperador estableció su capital en Nicomedia (hoy İzmit, Turquía), en la provincia de Bithynia (producto de la segregación de la altoimperial de Bithynia et Pontus) y tuvo bajo su control la zona oriental del Imperio (las diócesis[1] de Asia, Pontus y Oriens); su césar Galerio quedó encargado de los territorios medio y bajodanubianos y griegos europeos (diócesis de las Pannoniae, Moesiae y Thraciae), con residencia en Sirmium (Sremska Mitrovica, Serbia), la capital de la provincia de Pannonia II (la parte sur de la antigua Pannonia Inferior), y luego en Thessalonica (Salónica, Grecia), capital de la provincia de Macedonia. En la parte occidental, desde Mediolanum (Milán, Italia), en la nueva provincia de Liguria, el augusto Maximiano ejerció su autoridad sobre las diócesis de Italia y Africa, mientras que el césar Constancio Cloro tuvo a sus órdenes toda la zona occidental del mundo romano (la diócesis de Britanniae [aunque ésta tuvo que recuperarla de poder del usurpador Marco Aurelio Musaeo Carausio y las Galliarum, Viennensis [o Septem Provinciarum] e Hispaniarum), con capital en Augusta Treverorum (Tréveris, Alemania), en la provincia de Gallia Belgica I.

El reparto del mundo romano entre los miembros de la I Tetrarquía (Fuente: Wikimedia Commons).

La labor de los emperadores fue eficaz y restablecieron fronteras y reprimieron usurpaciones, de tal manera que el estado romano volvió a una solidez que no conocía desde los tiempos de la dinastía Severa.

Los Tetrarcas (escultura de pórfido en San Marcos de Venecia, de autor desconocido). Los cuatro miembros de la I Tetrarquía aparecen representados en armonioso abrazo, para dar la imagen de que actuaban coordinadamente (Fuente: Wikimedia Commons).

Pero un problema quedaba pendiente: tanto Diocleciano como Maximiano consideraron que, en su labor regeneracionista, era fundamental restaurar en su plenitud la religión tradicional romana y sus ritos, por lo que, en 303, desencadenaron la más dura persecución contra la creencia que más la cuestionaba: el cristianismo.

El Ejército romano de la I Tetrarquía

Cuando Diocleciano se hizo con el poder total del Imperio en el año 285, tuvo conciencia de que el Ejército era quien le había de sostener a la cabeza del Estado, por lo que decidió reestructurarlo para ello. Lo primero que hizo fue aumentar el número de soldados alistados, hasta alcanzar unos 500.000, entre legionarios y auxiliares (entre los que ya no había diferenciación de estatuto jurídico, al ser ya todos ciudadanos desde el Edicto de Caracalla de 212). Aumentó el número de legiones, aunque las nuevas ya no contaron con 5.500 hombres, como las altoimperiales, sino solo con 3.000. Las recientes unidades legionarias y auxiliares fueron también situadas en la frontera, salvo una pequeña porción de ellas que quedaron asignadas al propio emperador, constituyendo su comitatus. En las provincias, las unidades militares, ya desde el emperador Galieno (253-268), fueron puestas a las órdenes de militares profesionales (los duces), habiendo perdido los gobernadores sus poderes militares.

Se consolidó el cambio en el armamento que había empezado

durante el siglo III, aligerándose la armadura (ahora en uso mayoritariamente la de escamas), cascos y escudos. Se cambió definitivamente la jabalina por la lanza y la espada larga sustituyó a la corta, también en la infantería.

La caballería, aunque adquirió más importancia, siguió siendo un elemento de apoyo a la infantería.

LA CRISIS DE LA II TETRARQUÍA

Si la I Tetrarquía había llegado a su fin tal y como se había proyectado, a la II (que diversos autores detallan hasta en seis tetrarquías, según cambiaba alguno de sus miembros) no le ocurrirá lo mismo. El 1 de mayo de 305, simultáneamente en sus respectivas capitales, Diocleciano y Maximiano abdicaban de sus poderes y se los traspasaban a sus césares, que pasaban a ser augustos, de Occidente (Constancio) y de Oriente (Galerio). Sin embargo, en su interés por controlar todos los detalles de la transición del sistema que había creado, Diocleciano designó a los césares que debían secundar a los nuevos augustos: Flavio Valerio Severo, como césar de Constancio y a cargo de las diócesis de Italia y África, y Cayo Valerio Maximino Daya, césar de Galerio y encargado del control de la diócesis de Oriens (mientras que las de Pontus y Asia pasaban a Galerio). Los nuevos césares no tenían vínculos familiares biológicos con los nuevos augustos y dos de los hijos de los antiguos miembros de la I Tetrarquía se vieron contrariados: Cayo Flavio Valerio Constantino, hijo de Constancio, y Marco Aurelio Valerio Majencio, hijo de Maximiano. El primero de ellos, que había estado durante su juventud en la corte de Diocleciano y luego de Galerio (formándose y, en cierto modo, como «rehén» para garantizar que Constancio cumpliera fielmente con sus obligaciones) consiguió reunirse con su padre (pues, a pesar de ser quien era, le pusieron trabas) en Britannia, donde Constancio dirigía una campaña contra los pictos. Pero la fatalidad empezó a liar las cosas: mientras que los primeros augustos habían aguantado vivos hasta abdicar, el 25 de julio de 306 el augusto Constancio moría en Eburacum (York, Reino Unido), capital entonces de la provincia de Britannia II y cuartel de la legio VI Victrix, unidad que inmediatamente proclamó augusto a Constantino, saltándose evidentemente el escalafón. Enterado Galerio del asunto, rápidamente presionó al aspirante que, todavía no seguro de sus fuerzas, aceptó rebajar sus aspiraciones y conformarse con el título de césar, ascendiendo a augusto quien tenía que serlo, Severo (II). Ambos emperadores recibieron sus propios ámbitos de competencia: Severo las diócesis de Italia,

Africa, Hispaniarum y Pannoniae y Constantino las de las Britanniae, Galliae y Viennensis.

El primer periodo: de 306 a 312

El que le fue otorgado a Constantino incluía las tierras de la frontera (el limes) del Rin y allí se dirigió, a la Germania II, donde una banda de francos, encabezada por los jefes Ascarico y Merogaiso, había aprovechado que los romanos combatían en el norte de Britannia para hacer su enésima incursión en territorio romano. Así, el augusto (o césar, si ya se había producido su descenso de categoría) Constantino pasó al continente y, con tropas locales o llevadas por él desde Britannia, a fines de verano o comienzos de otoño de 306 la interceptó, capturó a sus jefes (a los que hizo ejecutar en el anfiteatro de Augusta Treverorum, capital de la diócesis de las Galliae y de la provincia de Gallia Belgica I) y de los francos prisioneros los que no fueron esclavizados fueron alistados como mercenarios en las huestes constantinianas. En una clara demostración de fuerza, Constantino y sus tropas cruzaron el Rin unos días después y atacaron a los brúcteros, próximos parientes de los francos (a los que posiblemente habían ayudado) y antes de que se refugiaran en sus espesos bosques germanos fueron atrapados, por lo que no les quedó más remedio de luchar, siendo aplastados por los romanos, que saquearon acto seguido sus tierras. De los prisioneros capturados, los más conflictivos fueron reservados para su ejecución por las fieras en diversos anfiteatros del Imperio, mientras que la mayoría del resto de los hombres fue también alistada en el ejército de Constantino.

Tras la decisión de Galerio era evidente que el asunto no iba a quedar así, porque todavía restaba un despechado: Majencio, que además era yerno de Galerio, intrigó con la Guardia Pretoriana en Roma para ser proclamado emperador (como princeps [título inexistente en ese momento]) por ella, introduciendo así un nuevo elemento de distorsión del sistema tetrárquico. El hecho sucedió el 28 de octubre de 306 y el aspirante fue reconocido en la Italia

central y meridional, el norte de África y Sicilia, Corsica (Córcega) y Sardinia (Cerdeña). A pesar de su relación familiar, Galerio no quiso admitir al nuevo pretendiente y, actuando como augusto senior, conminó a Severo II a que acabara con la insurrección. Sin embargo, las tropas a disposición de éste eran las mismas que hasta unos meses antes habían estado a las órdenes de Maximiano que, además, les había hecho llegar unos «recuerdos» en forma de dinero, por lo que una vez puestas en campaña en 307, en las cercanías de Roma, cuando la batalla parecía inevitable, se pasaron a Majencio. Severo, con algunos soldados que se le mantuvieron leales, se refugió en Ravenna (Rávena, Italia), donde fue bloqueado en primavera por Maximiano (que actuaba en nombre de su hijo). El asediado, protegido por las fortificaciones de la ciudad y abastecido por mar por su flota, podía haber resistido mucho más, pero se dejó convencer por las propuestas de negociar de Maximiano y consintió en salir de la ciudad, con promesa de no ser atacado, en dirección a Roma, al parecer con el señuelo de un pacto con Majencio, pero Maximiano no respetó su palabra, lo atacó, lo apresó y, conducido a Roma, Majencio lo hizo ejecutar (según otras fuentes fue obligado a suicidarse).

Vacante un título de augusto, Majencio lo adoptó sin complejos, mientras, para acabar de liar más las cosas, Maximiano reasumió el suyo propio, con la intención, en principio, de que Constantino (que era también su yerno desde 307 por su matrimonio [el segundo para él] con Flavia Máxima Fausta) apoyase a su cuñado en sus aspiraciones imperiales. Constantino, sin embargo, no quiso comprometerse. Por si fuera poco, Constantino, que era el césar de Severo II, cumpliendo con la normativa, pasó a considerarse a su vez también augusto.

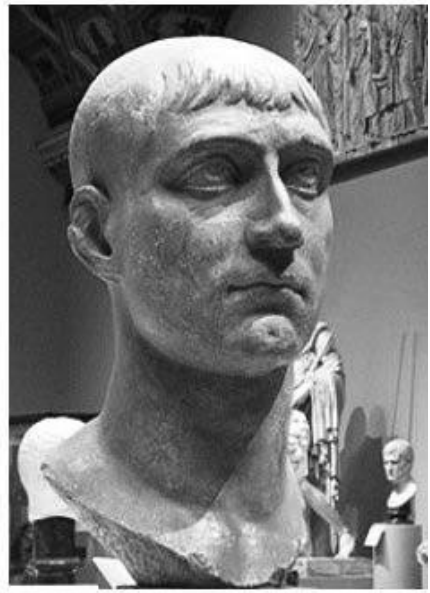
Entretanto, en su ámbito de actuación europeo (las provincias danubianas) el augusto Galerio libró dos campañas al mando de ejércitos de contingentes indeterminados, una contra los sármatas (¿yácigos? ¿roxolanos?) a fines de 306 o principios de 307, no sabemos si respondiendo a un ataque bárbaro (en ese caso en territorio romano) o en una acción ofensiva al norte del Danubio, y otra en 308 ó 309, esta vez sí replicando a un ataque de los carpos. En ambos casos el enemigo fue derrotado en combates en lugares no identificados, aunque no se conoce si al sur del Danubio (en

territorio romano) o al norte (en el Barbaricum). Estas luchas fueron continuadas por el augusto Valerio Liciniano Licinio (cfr. infra), que el 27 de junio de 310 derrotó a una incursión sármata (sin que las fuentes den mas detalles).

El Ejército romano de la II Tetrarquía

Cuando Constantino I llegó al poder en 306 se dio cuenta también en dónde estaba la base de su poder y se puso a la labor de consolidar los cambios de su antecesor, sobre todo desde que venció a Majencio en 312, y cuando apuntaló dicho poder tras la derrota de Licinio en 324. Para empezar, y tomando como base su propia comitatus, estableció un ejército de maniobra o comitatensis en la retaguardia de las fronteras, dotándolo de unos 100.000 soldados, sacados muchos de ellos de las guarniciones fronterizas, ya cada vez más barbarizadas y, desde estos momentos y por aquella causa, cada vez más debilitadas. Su misión sería acudir a donde una invasión extranjera hubiese conseguido traspasar las fronteras. Cada legión comitatensis contaría con unos 1.000 hombres, mientras que las unidades de auxiliares tenían en su mayoría 500. Las unidades estacionadas en las fronteras fueron calificadas de limitanei (fronterizas) o ripenses (ribereñas, si la frontera era un río). Otro tipo de unidades fueron las pseudocomitatenses, de unos 500 hombres cada una, formadas a base de soldados extraídos de las unidades fronterizas y agregadas a los ejércitos de maniobra, pero sin la paga y las condiciones de servicio de las comitatenses. Igualmente, la Guardia Pretoriana quedó disuelta en noviembre de 312 y en su lugar, como guardia imperial, se crearon los Scholae Palatinae.

Ante las dificultades de reclutamiento entre los jóvenes del Imperio, se recurrió cada vez más a alistar bárbaros, lo que ocasionó que las antiguas cualidades romanas del orden y la disciplina militares se resintieran mucho.



Los dos grandes rivales de la II Tetrarquía en Occidente: a la izq. Constantino I (cabeza de mármol de una estatua sedente original y de gran tamaño, de autor desconocido); a la der. Majencio (reproducción en yeso de un busto en mármol, de autor desconocido) (Fuente: Wikimedia Commons).

En el ámbito político romano, en 308 se intentó llegar a un acuerdo que resolviera las cosas, por lo que Galerio convocó una reunión en la cumbre en la ciudad civil aledaña al campamento de la legio XIIII Gemina en Carnuntum (Petronell, Austria) (Pannonia I) el 11 de noviembre. Los asistentes a la misma fueron los tres supervivientes de la Tetrarquía original: el propio Galerio, el autonombrado augusto Maximiano y el mismo Diocleciano, que llevaba tres años «jubilado» pero al que todos reconocían una autoridad moral incuestionable. El resultado del encuentro no contribuyó a clarificar el asunto, sino a enredarlo más. En él, Diocleciano y Galerio forzaron a Maximiano a abdicar otra vez, mantuvieron como césar

de Galerio a Maximino Daya, rebajaron a Constantino otra vez a la categoría de césar y destituyeron de todo poder a Majencio. Como nuevo augusto de Occidente nombraron al ya citado Licinio, uno de los generales de Galerio presentes en Carnuntum, que alcanzó la más alta magistratura sin pasar por el escalón de césar y a quien se encargaron las provincias de la diócesis de las Pannoniae. Ni que decir tiene que, salvo Maximiano (y solo temporalmente), los perjudicados rechazaron las decisiones adoptadas en la conferencia. El susodicho, repudiado por su hijo Majencio (que lo acusaba de no haber sabido defender los intereses de la familia en Carnuntum), se refugió junto a su yerno.

Majencio iba perdiendo posiciones y en 308 el vicarius (vicario) Lucio Domicio Alejandro, gobernador general de la diócesis de Africa, decidió asumir la púrpura, apoyado por las pocas tropas de la zona. Era un asunto grave para Majencio, pues la región era una de las principales suministradoras de grano para Roma y ese flujo podía ser cortado. Por ello, dos años después, cuando Alejandro puso en práctica el corte de suministros y en Roma se produjeron revueltas por ello (reprimidas con dureza por Majencio, cuya popularidad quedó muy tocada), reunió un ejército (contingente no muy numeroso y de composición desconocida, pero que seguramente incluiría parte de la Guardia Pretoriana) y, poniendo a su mando a su Prefecto del Pretorio Cayo Ceyonio Rufio Volusiano, que llevaba como segundo en el mando a un avezado militar de nombre Zenas, lo envió al norte de África donde en Cartago (hoy ruinas a unos 20 km al noreste de la ciudad de Túnez), la capital de la diócesis, derrotó con facilidad a los pocos soldados de Alejandro (reforzados por miembros contratados de las tribus del desierto). El vicario fue capturado cuando intentaba huir y ejecutado. Los tribeños fueron incorporados a las tropas majencianas y las acompañaron en su regreso a Italia.

Pero las cosas se iban a complicar aún más, pues Maximino Daya, considerándose postergado, se autoelevó en 309 al título de augusto, que al año siguiente el viejo Maximiano también recuperó por segunda vez (¡tres en total!), de tal manera que en 310 había seis augustos (Galerio, Licinio, Constantino, Maximino Daya, Majencio y Maximiano) y ningún césar, pero se veía claro que iban a empezar a desaparecer emperadores. El primero fue Maximiano

que, antes de su tercera proclamación como augusto, vivía en la corte de Constantino en Augusta Treverorum. En Arelate (Arlés, Francia), a donde había sido enviado por su yerno para prevenir ataques de Majencio desde Italia y aprovechando que Constantino estaba en una campaña contra los francos, hizo correr el rumor de que había muerto durante la misma y fue entonces cuando, con el apoyo de algunas tropas sobornadas, reasumió el título de augusto a principios de 310. Sin embargo, la mayoría de sus hombres no lo siguió, por lo que se retiró a Massilia (Marsella, Francia), en la provincia de Gallia Viennensis, donde Constantino le puso cerco. Alguien abrió las puertas de la ciudad al sitiador, que apresó a su suegro, perdonándole la vida por el momento. Por si acaso, Maximiano intentó conspirar otra vez, por lo que fue «amablemente invitado» al suicidio (la alternativa era la ejecución) y el viejo emperador se ahorcó ese mismo año (quizá en el mes de julio).

El Imperio romano y su reparto entre los emperadores (legales o usurpadores) en el año 311 (Fuente: Wikimedia Commons).

Tras estos acontecimientos, Constantino volvió a tierras renanas a terminar su interrumpida campaña, ya que, aprovechando lo ocupado que estaba el romano en el sur de la Galia, diversas tribus bárbaras (alamanes, brúcteros, chamavos, lanciones, queruscos y tubantes) se habían unido a los francos en reanudar los ataques. Por las tribus que participaron y su situación frente a la frontera romana, la campaña tuvo que ser en un extenso frente. Aún así, las tropas constantinianas, a lo largo de varios meses de 310 acosaron a los incursores y los derrotaron, sin que las fuentes sean más explícitas.

En 311 otro emperador iba a abandonar la escena. Galerio murió de enfermedad en mayo, no sin antes reconocer el título de augusto tanto a Constantino como a Maximino Daya. Entretanto se había ido produciendo un acercamiento político entre los dos augustos de Occidente, Constantino y Licinio, con vistas a acabar en primer lugar con el poder de Majencio (a quien el resto de sus colegas consideraban un usurpador) y luego ver qué hacían con Maximino, que dominaba ahora toda la parte del Imperio al este de los estrechos del Hellespontus (los actuales Dardanelos) y del Bosporus (el Bósforo), pues, muerto Galerio, Licinio se había quedado con sus territorios europeos al oeste. Naturalmente Majencio y Maximino entraron en negociaciones entre ellos frente a los comunes enemigos, que acabaron por no fructificar. Los dos primeros se repartieron el trabajo a llevar a cabo: Constantino se encargaría de Majencio y Licinio de Maximino.

Así, en cuanto lo permitió el clima, Constantino atravesó los Alpes a través del paso del Alpis Cottia (el actual Mont-Genèvre, en Francia), camino de Roma. Las fortalezas leales a Majencio que guardaban esa ruta de los Alpes, tomadas por sorpresa, cayeron en manos de Constantino y solo se produjo gran resistencia en Segusio (Susa, Italia), en la provincia de los Alpes Cottiae, que hubo de ser conquistada al asalto, quedando aniquilada su guarnición y la ciudad incendiada durante los combates. Al comienzo de la campaña, las fuerzas enfrentadas estaban desequilibradas numéricamente a favor de Majencio. Así, de un ejército total de 180.000 infantes y 18.000 jinetes (algunos de ellos de unidades de

caballería acorazada [cataphractarii]), éste disponía en Italia de unos 100.000 hombres (entre infantería y caballería), de origen heterogéneo: por una parte viejos soldados de su padre, además de reclutas procedentes de recientes levas en Italia y el norte de África, la Guardia Pretoriana (10.000 guardias, si estuviese al completo), los 1.500 Equites Singulares Augusti (los guardaespaldas montados del emperador) y, posiblemente también, la legio II Parthica, acuartelada habitualmente en las proximidades de Roma; por su parte, Constantino tenía a sus órdenes un total probablemente de 90.000 infantes y 8.000 jinetes (números proporcionados por el historiador Zósimo) pero sobre el terreno solo iba a poder contar con unos 30.000 ó 40.000 hombres, pues eran tropas elegidas sobre todo de entre las guarniciones renanas, que no se podían debilitar demasiado, y, detalle importante, mucho más experimentadas que las de su rival. Además, contingentes bárbaros, como los francos alistados en su ejército después de la derrota de su tribu en 306 (cfr. supra).

Tras lo de Segusio, antes de encaminarse hacia el sur, hacia Roma, era estratégicamente importante controlar el norte de Italia, por lo que los constantinianos se dirigieron hacia el este, penetrando en la provincia itálica de Liguria y llegando a los alrededores de Augusta Taurinorum (Turín), donde trabaron batalla campal contra un contingente majenciano que alineaba numerosos de los antes citados cataphractarii. La batalla fue muy reñida pero la mejor táctica de Constantino, que lideró en persona a su propia caballería, envolvió al enemigo, que fue derrotado en medio de una gran matanza. Vencidos los majencianos, la ciudad cayó en su poder sin mayor violencia y, continuando hacia el noreste, unos días después se apoderó de Mediolanum (Milán), en la misma provincia. Siguiendo el avance hacia el este, ya en verano, los constantinianos entraron en la provincia de Venetia et Histria donde una columna majenciana los interceptó a la altura de Brixia (Brescia) pero en el choque subsiguiente, la caballería de Constantino se volvió a mostrar superior a la del enemigo, que fue nuevamente derrotado. La siguiente etapa era Verona (hoy tiene el mismo nombre) formidable obstáculo protegido por poderosas murallas y el río Athesius (el actual Adigio). La guarnición majenciana, a la que se habían incorporado los desanimados supervivientes de Brixia, estaba mandada por el Prefecto del Pretorio Ruricio Pompeyano. La

ciudad fue puesta bajo asedio y elementos constantinianos intentaron entrar usando el río como vía de acceso, pero, descubiertos por la guarnición fueron inmediatamente atacados por ella. Constantino acudió en persona en ayuda de sus hombres y Pompeianus de los suyos. En el combate murió el Prefecto en medio de muchos de sus soldados, por lo que la ciudad se rindió a los pocos días (¿el 1 de septiembre?). Sin salir de esa provincia y sin variar la dirección este, el siguiente objetivo fue la estratégica Aquileia, ciudad costera del Adriático que controlaba la vital comunicación entre Italia y las provincias ilíricas que formaban la diócesis de las Pannoniae. Puesta la ciudad bajo asedio a fines del verano, en principio la guarnición se aprestó a resistir pero unos días después, al percatarse de que nadie iba a acudir en su socorro, capituló.

Dominado el norte de la península itálica y, ciertamente, disminuido el contingente constantiniano por las guarniciones que necesariamente tuvo que ir estableciendo, el ejército invasor puso rumbo suroeste, ya hacia Roma, ruta en la que solo hubo que vencer la débil resistencia de la guarnición majenciana de Mutina (Módena), que se rindió a los pocos días de cerco. El avance prosiguió implacable y a finales de octubre Constantino, llegando por la via Flaminia, se hallaba ya en las cercanías noroccidentales de Roma, donde un primer combate contra tropas de Majencio se produjo en un lugar llamado Saxa Rubra («Las Rocas Rojas», actualmente Grottarossa, hoy parte de la aglomeración de Roma), a 13’5 km de la Vrbs. La victoria fue para los constantinianos, en un claro presagio de lo que había de suceder. Para entrar en la ciudad había que atravesar el río Tiberis (el Tíber) a través del pons Milvius (el actual Ponte Molle). Mientras, en Roma, Majencio y sus hombres, con núcleo en la Guardia Pretoriana, se preparaban para la batalla definitiva. La noche anterior se produjo uno de esos acontecimientos que cambian la Historia: Constantino, que en su fe particular era devoto de Apolo pero que, a pesar de la política oficial del Imperio, nunca se había metido con los cristianos, dijo haber tenido una visión (no es este el sitio para analizar cómo fue concretamente la misma, forma en la que los cronistas discrepan) en la que el Dios de los cristianos le anunciaba que le daría la victoria si adoptaba su símbolo. Los romanos eran por lo general muy supersticiosos por lo que Constantino no quiso desechar la oferta y

ordenó a sus soldados pintar sus escudos y confeccionar estandartes en los que figurara claramente el símbolo cristiano, que entonces no era una cruz, sino el llamado «crismón» ( ), una combinación de las dos primeras letras (X [ji] y P [ro]) de la palabra Cristo en griego (Χριστός). Los constantinianos, ante un enemigo que los superaba en número y que iba a combatir apoyado en su retaguardia por las impresionantes murallas de Roma, necesitaba una inyección de moral y eso fue lo que supuso el presunto apoyo divino. El combate tuvo lugar el 28 de octubre, aniversario de la asunción de la púrpura por Majencio, que ese día cometió el error de presentar batalla en campo abierto y sus hombres cruzaron el Tiberis a través del pons Milvius y de un puente de barcas paralelo tendido para doblar la capacidad del anterior. Una vez trabada la batalla, ésta fue muy dura, sobre todo por la resistencia de la élite majenciana, la Guardia Pretoriana, y se decidió, como en otras ocasiones, con una carga de la caballería constantiniana, dirigida personalmente otra vez por su jefe, que rompió la línea enemiga, obligando a Majencio y sus hombres a retroceder en desorden por el pons Milvius y por el puente de barcas, camino éste elegido por Majencio, lo que le llevaría a la muerte, pues el puente se hundió, ahogándose él con muchos de sus hombres.

Vista del actual puente Molle (el antiguo pons Milvius, a las afueras de Roma, en las cercanías de cuya entrada noroccidental se produjo una de las batallas más decisivas de la Historia de Roma (Fuente: Wikimedia Commons).

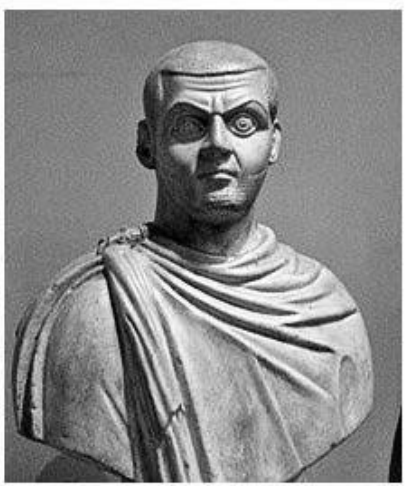
Vencedor así Constantino, una vez dueño de Roma comenzó a tomar medidas, empezando por la disolución de la dos veces centenaria Guardia Pretoriana (de todas maneras muy disminuida por las grandes bajas sufridas en la batalla), cuyo campamento fue demolido (excepto sus muros noroccidental, nororiental y parte del suroriental, desde 271 incorporados a la muralla construida por orden del emperador Aureliano [269-275]), y de los Equites Singularis Augusti, sustituidos ambos por una nueva guardia imperial: los Scholae Palatinae (los «Regimientos Palatinos»), además de proceder al reemplazo de todos los altos oficiales majencianos (muchos de los cuales fueron ejecutados) por sus propios hombres y anular todas las disposiciones legislativas del difunto que no fueran de su agrado.

Mientras Constantino solucionaba sus problemas en Occidente, la parte oriental del Imperio estaba dividida entre Licinio, que dominaba los territorios europeos al oeste de los estrechos que comunicaban el Mediterráneo con el Pontus Euxinus (el actual mar Negro), y Maximino Daya, que controlaba la parte asiática. En ella, Maximino lanzó un ataque en otoño de 312 contra el reino de Armenia, cuya religión oficial era ya el cristianismo, por lo que se ha interpretado que el anticristianismo del romano fue una de las posibles causas de la ofensiva. Las fuentes son parcas en la explicación de las operaciones, que seguramente llevarían a cabo unidades sacadas de las guarniciones de las provincias de la frontera nororiental y ni siquiera está claro si los romanos vencieron.

Mientras Constantino solucionaba sus problemas en Occidente, el citado anticristianismo de Maximino le habría llevado a atacar los territorios de Licinio (en aquella época tolerante con tal religión [cfr. infra el asunto del Edicto de Milán]), que encontraría en ello la oportunidad para acabar con su rival oriental. Aprovechando que Licinio estaba conferenciando en Mediolanum con Constantino (cfr.

infra), Maximino se fijó su primer objetivo: apoderarse de Byzantium (Estambul, Turquía), en la provincia de Europa (una de las subdivisiones dioclecianeas de la antigua Thracia), donde una guarnición liciniana custodiaba el estratégico estrecho del Bosporus. Para ello, dejando guarniciones mínimas en la frontera oriental, llevó a su ejército de 70.000 hombres hacia occidente y, tras cruzar el citado estrecho, en febrero de 313 puso cerco a la ciudad, cuya guarnición, muy inferior, se rindió a los once días de asedio. Continuando su avance hacia el oeste, el poderoso ejército de Maximino se apoderó también, asimismo en la provincia de Europa, tras unos días de cerco, de la ciudad de Heraclea (la antigua Perinthus, hoy Marmaraereğlisi, Turquía), la capital provincial. Pero ya Licinio había sido avisado de lo que sucedía y se había puesto en camino contra su enemigo. Solo había podido reunir un ejército de maniobra de 30.000 soldados, pues el resto de las tropas potencialmente disponibles estaba ocupado en otras misiones. Poniendo su base en Hadrianopolis (Edirne, en la Turquía europea), capital de la provincia de Haemimontus (también parte de la antigua Thracia), en cuanto tuvo noticia de que Maximino avanzaba, y al parecer muy seguro de sus fuerzas (recordemos que eran 30.000 contra 70.000 enemigos [excepto las guarniciones que Maximino había dejado en su camino]), se dirigió hacia el sureste a interceptarlo, algo que se produjo en las cercanías de la ciudad de Tzirallum (Çorlu, Turquía europea), en la provincia de Europa. La batalla se planteó en una árida llanura a unos 27 km al noroeste de dicha localidad, cerca del curso superior del río Ergenus (el actual Ergene, afluente por la izquierda del río Maritza/Meriç/Evros, en la Turquía europea) que dio nombre al enfrentamiento: campus Ergenus. Ambos rivales, que habían tomado posiciones durante la noche, se entrevistaron la mañana del 30 de abril de 313, pero no había acuerdo posible. A pesar de su evidente inferioridad numérica, los licinianos desbarataron a los hombres de Maximino, que hizo llegar a los soldados enemigos ofrecimientos de recompensas si se pasaban a su bando, algo de lo que los destinatarios hicieron caso omiso, arrollando definitivamente a sus enemigos. La mitad del ejército de Maximino pereció en la batalla y la otra mitad huyó o se rindió. Maximino se dio a la fuga y mientras Licinio reorganizaba a sus hombres, incluyendo entre ellos a algunos de los vencidos prisioneros, él, tras pasar de nuevo a territorio asiático, consiguió llegar Tarsus (Tarso, Turquía), la

capital de Cilicia, desde donde pretendía que las ya escasas fuerzas a sus órdenes se atrincheraran en las fortalezas de montaña que guardaban los pasos de la frontera entre las provincias de Cappadocia y Cilicia, en las fauces Taurii (los puertos de montaña que comunicaban dichas provincias, en las actuales montañas del Tauro, en Turquía). En un intento por buscar todos los apoyos posibles, incluido el de los perseguidos cristianos, promulgó un edicto de tolerancia, que ya no le valió para mucho. Así, sus guarniciones en las citadas fortificaciones intentaron ya en agosto una nueva resistencia, pero los licinianos que perseguían al derrotado no tuvieron muchos problemas en vencer a las tropas que se les opusieron y deshacer los baluartes defensivos. Maximino recibió la noticia en Tarsus y allí, perdida toda esperanza, se suicidó (mediante veneno) o directamente fue envenenado en agosto de 313.



Los dos grandes rivales de la II Tetrarquía en Oriente: a la izq. Maximino Daya (busto de pórfido, de autor desconocido); a la der. Licinio (imagen en una moneda de aureo) (Fuente: Wikimedia Commons).

El segundo periodo: de 312 a 324

En occidente, Constantino, mientras reorganizaba a su gusto la parte oeste del Imperio, se hallaba en Italia, donde recibió a Licinio (previamente a la antes citada contienda con Maximino Daya) y ambos augustos se encontraron en Mediolanum en febrero de 313, donde promulgaron una serie de constituciones imperiales para coordinar su labor de gobierno, con medidas entre las que estaba la libertad de culto en las dos partes del Imperio, lo que se ha llamado el Edicto de Milán, que como tal no existió y que no era original, pues ya el difunto augusto Galerio había suspendido en sus dominios en 311, mediante el llamado Edicto de Nicomedia, la persecución vigente desde 303 contra los cristianos (que Maximino había restablecido) lo que, por otra parte, en Occidente, desde donde Constantino había llegado al poder, nunca se había aplicado a rajatabla (persecución que tampoco había llevado a cabo el difunto Majencio, a pesar de que los cronistas proconstantinianos se la atribuyen).

Ambos emperadores pretendían en un principio gobernar en armonía (hasta Licinio se casó con Flavia Julia Constancia, hermanastra de Constantino). Cuando Licinio eliminó a Maximino Daya (cfr. supra) su fuerte personalidad pronto chocó con la no menos fuerte de Constantino y los incidentes políticos y militares pronto se manifestaron en la frontera europea de sus respectivos dominios.

Pero antes de que empezara la discordia entre cuñados, los dos debieron atender asuntos en sus fronteras exteriores. Así, Constantino tuvo que volver al frente del Rin, pues los francos de nuevo entraron violentamente en territorio romano, cuyas unidades de defensa estaban ciertamente disminuidas por sus contingentes incluidos en el ejército que había ido a Italia para la campaña contra Majencio. En este sentido, está comprobado que cada vez que esa tribu bárbara notaba alguna debilidad en la defensa romana aprovechaba para hacer una incursión, más profunda cuanto más débil fuera la resistencia imperial. En cuanto pudo, Constantino (es de suponer que llevando consigo al menos algunas de las

vexillationes empleadas en la citada guerra, que sumaría a las unidades locales) se presentó en la provincia de Germania II y a fines de la primavera o principios del verano de 313, después de que la flota fluvial del Rin (la classis Germanica) hubiese conseguido el dominio de esa crucial vía fluvial (para evitar la llegada de refuerzos al enemigo), en un lugar no identificado aniquiló a los incursores. Acto seguido, cruzó con sus hombres del Rin, donde se dedicaron a saquear durante tiempo indeterminado las tierras de origen de los incursores, volviendo después a territorio romano.

Por su parte, Licinio, en 313 o 314, desarrolló una campaña contra los persas, venciéndolos en una o varias batallas en lugar(es) no identificado(s), probablemente utilizando el ejército de maniobra de la diócesis de Oriens. La campaña no sirvió para mucho, pero le permitió al emperador adoptar el título honorífico de Persicus Maximus. Desde allí, ese año o el siguiente, pasó Licinio a los Balcanes donde, asumiendo el mando de tropas de los ejércitos de maniobra locales, reforzados por contingentes de limitanei, rechazó una nueva incursión goda, por lo que asumió el epíteto de Gothicus Maximus.

Para intentar evitar los antes citados roces entre los dos augustos, éstos decidieron poner un «estado tapón» entre ellos y, de común acuerdo, designaron césar en 316 a un senador romano de nombre Basiano, colaborador de Licinio y a quien Constantino vinculó con su familia casándolo con otra de sus hermanastras, Anastasia. Se le entregaron como ámbito de gobierno las provincias que formaban la diócesis de las Pannoniae. Pero pronto Basiano se decantó por Licinio, preparando al parecer una conspiración contra Constantino que, sin embargo, anduvo rápido y lo hizo apresar y ejecutar el mismo año de su nombramiento. La ruptura entre los dos augustos se había producido y Constantino avanzó ese año hacia el este por la ruta danubiana, derrotando en primera instancia, ¿en septiembre?, a un contingente liciniano tomado por sorpresa. Unos días después, el 8 de octubre, el grueso de ambos ejércitos se enfrentó junto a Cibalae (Vinkovci, Croacia), en Valeria (provincia desgajada por Diocleciano unos años antes de Pannonia Inferior). El ejército de Licinio era más numeroso (35.000 combatientes entre infantería y caballería) que el de Constantino (20.000 en total), y

esos contingentes se enfrentaron duramente durante todo el día, decidiendo la batalla, como en otras ocasiones, la brillante intervención final de la caballería constantiniana, dirigida por el augusto en persona. Al caer la noche, y tras haber dejado a 20.000 de sus soldados tendidos en el campo de batalla, Licinio y sus supervivientes retrocedieron a su campamento, desde donde, al día siguiente, se retiraron hacia el este, en dirección a Sirmium, capital de la provincia de Pannonia II y de la diócesis de las Pannoniae, abandonando gran parte de su impedimenta y provisiones. Licinio llegó en su retirada a la diócesis de Thracia y se dedicó a preparar la siguiente batalla, pues Constantino seguía su avance hacia el este. Entonces, quizás en un gesto de desafío, Licinio tuvo la arrogancia de nombrar a uno de sus generales, el dux Aurelio Valerio Valente, ni más ni menos que ¡augusto de Occidente! A efectos prácticos, esto condujo a que el augusto oriental confiara a Valente una parte de su reconstruido ejército, la que había de enfrentarse a Constantino. Los constantinianos entraron en Thracia en noviembre y el combate se produciría en las cercanías suroccidentales de Hadrianopolis, en la llanura llamada campus Ardiensis, en la orilla sur del río Artiscus (el actual Arda/Ardas, afluente por la derecha del Maritza/Meriç/Evros y en este tramo en la actual Grecia). Los constantinianos habían llegado a las inmediaciones del campo de batalla la noche anterior y su jefe hizo ya todos los preparativos para el día siguiente. Cuando amaneció, ambos ejércitos comenzaron el combate, aunque el constantiniano algo disminuido, pues su emperador, que había tenido noticia de que enfrente tenía al mando a Valente y que Licinio no estaba entre sus tropas, envió un contingente de caballería a ver si lo localizaba. Después del habitual lanzamiento de armas arrojadizas, ambos ejércitos se trabaron cuerpo a cuerpo. La caballería enviada a localizar a Licinio no logró su propósito, por lo que volvió a tiempo de intervenir en la batalla, contribuyendo a cercar a los licinianos que, sin embargo, resistieron con dureza y tras muchas bajas por ambos bandos se suspendió la lucha por la llegada de la noche, sin que hubiera un claro vencedor, retirándose cada uno a su campamento. Lo normal es que al día siguiente hubiese continuado la batalla, pero entonces apareció la diplomacia, pues emisarios de Licinio propusieron a Constantino negociar. Éste, que no estaba seguro de que sus hombres pudieran vencer y que sabía que, por el momento, aún no podía acabar con Licinio, aceptó y aunque la batalla fue un empate

táctico, a nivel estratégico fue toda una victoria constantiniana pues Licinio se avino a hacer la paz (que ambos sabían que no era más que una tregua), en la que él salió claramente perdiendo, pues además de tener que consentir la ejecución de Valente (exigida por Constantino), tuvo que ceder a su rival todos sus territorios balcánicos, a excepción de la diócesis de Thracia. Por su parte Constantino, en una mínima concesión, renunció a legislar en solitario, comprometiéndose a contar con Licinio para ello. Entre ambos, nombraron tres césares (meramente nominales, por la edad de los designados) el 1 de marzo de 317: los hijos de Constantino Cayo Flavio Julio Crispo, de doce años, y Flavio Claudio Constantino (Constantino II), de un año, y el de Licinio, Valerio Licinio Liciniano (Licinio II) de unos dos años de edad.

Mientras, los bárbaros a lo suyo. En la zona oriental del Imperio, en tierras del bajo Danubio, una incursión de los sármatas (roxolanos) en 318 tuvo que ser detenida y rechazada por Licinio, seguramente con el ejército de maniobra de la diócesis de Thracia reforzado por unidades de limitanei, en uno o varios combates, en lugar(es) no identificado(s) de los que las fuentes no dan detalles. Mientras, en la occidental, en fecha indeterminada entre 317 y 319, Constantino, de nuevo presente en la frontera del Rin, se enfrentó y venció a una amplia coalición de tribus germanas (alamanes, brúcteros, chamavos, lanciones, queruscos y tubantes), bien en la orilla izquierda del Rin (una incursión o una invasión, por tanto) o en la derecha (una campaña romana preventiva). Durante estas operaciones, Constantino dio una vez más una muestra de su probado valor (recordemos las muchas cargas de caballería que había dirigido en el curso de sus batallas) y, previamente a ruptura de hostilidades, con dos de sus oficiales (disimulando todos su condición) acudió a parlamentar con los bárbaros, dando tiempo a sus tropas a ocupar posiciones y, de paso, sonsacando a los jefes germanos importantes detalles militares. Vuelto con sus hombres, el emperador los distribuyó convenientemente y lanzó el ataque, quedando el enemigo completamente derrotado. Aunque no hay noticias de que Constantino siguiera en la región, sí de que su hijo mayor (de su primera esposa, Minervina) y heredero, el césar Crispo actuó allí contra los germanos (es de suponer que de manera nominal, bajo la tutela de algún general de Constantino cuyo nombre no han conservado las fuentes, pues Crispo tenía entonces

13 años), cruzando el Rin a fines de 320 o comienzos de 321 y derrotándolos fuertemente en un lugar indeterminado.

Unos años después, en la primavera de 322, Crispo (ahora con 17 años) estaba con el ejército de maniobra de la diócesis de las Moesiae como alto oficial de su padre, que entonces se hallaba en la región, aunque no sabemos si el césar llegó a participar en los combates que implicaron las operaciones de rechazo de una nueva incursión bárbara, esta vez a través del Danubio y realizada por los sármatas del rey Rausimodo, que atacaron la provincia de Valeria y fracasaron al intentar apoderarse de la ciudad ribereña de Campona (Nagytétény, actualmente un barrio de Budapest, Hungría), pues la guarnición (tropas auxiliares, no legionarios), se defendió con brío hasta que llegaron unidades de rescate dirigidas por Constantino en persona, que acometieron a los atacantes por su retaguardia, causándoles muchos muertos y forzando a los supervivientes a repasar el Danubio, probablemente en las cercanías de cuya orilla norte fueron alcanzados por los romanos, que habían cruzado el río en su persecución. Los romanos los derrotaron completamente, matando a Rausimodo en combate y conjurando así el peligro en aquella región por el momento.

Los ocho años que siguieron al acuerdo de 316, fueron un tiempo de tensión creciente entre Licinio y Constantino, durante el que los historiadores antiguos partidarios de éste, acusaron a aquél de empezar a practicar una política anticristiana, lo cual debemos poner en duda porque ese emperador nunca había sido anticristiano y porque debía de saber que ese tipo de actuación le valdría una gran oposición entre los cristianos de Oriente, muy numerosos en esa zona del Imperio. Probablemente esta atribución por parte de los cronistas sea una justificación para la especie de «guerra santa» que acabaría por desencadenar Constantino. Lo indudable es que en 324 éste ya estaba preparado para acabar con su rival. En el momento de ruptura de las hostilidades, ambos habían recompuesto sus ejércitos y Licinio lo había reconstruido por completo. Así, Constantino había reunido tropas en número de unos 120.000 infantes y entre caballería y tripulantes de la flota (que en esta guerra tendría una especial actuación) otros 10.000. Por su parte, Licinio tenía a su disposición 150.000 infantes, 15.000 jinetes y una flota que las fuentes cuantifican en unos 350 barcos, surtos en los

puertos que bordeaban el estrecho de Hellespontus. El casus belli fue que Constantino, con la excusa de rechazar otra incursión goda, concentró a sus hombres (todos las antedichos o, al menos, una gran parte de ellos) en Thessalonica, mientras su flota esperaba órdenes en El Pireo, el puerto de Atenas. Con sus tropas avanzó en primavera hacia el noreste y penetró en territorio de Licinio que, sabiendo previamente de la intenciones de Constantino, había estacionado a gran parte de sus unidades terrestres junto a Hadrianopolis. Esta vez la batalla iba a tener lugar en las cercanías orientales de dicha ciudad, en las inmediaciones de la orilla izquierda del río Hebrus (el Maritza/Meriç/Evros, en este caso en Turquía). El campamento de Licinio estaba sobre unas colinas, con una magnífica vista sobre el ejército enemigo, con lo que se dificultaba enormemente un posible ataque por sorpresa de los constantinianos. Ambos ejércitos se observaron durante muchos días, hasta que el 3 de julio Constantino puso en práctica una estratagema que le posibilitó la sorpresa que tan difícil era: dedicó a algunos de sus hombres a trabajar en la construcción de un puente sobre el río, en una operación que, además, serviría de distracción al enemigo, mientras que él, a la cabeza de un contingente de su ejército (es de suponer que jinetes) y dando un gran rodeo, pudo caer sobre los ahora desprevenidos licinianos. Lograda la sorpresa, el resto de las tropas constantinianas atravesaron el Hebrus y atacaron al enemigo, en una dura lucha pues los atacantes lo hacían cuesta arriba y solo fue su mejor disciplina la que logró superar la desventaja de posiciones. El doble ataque acabó por desorganizar a los defensores, que se dieron a la fuga. Constantino de nuevo combatió en primera línea, aunque esta vez sin tanta suerte, pues resultó herido levemente en un muslo. Con los hombres que pudo reunir (en cantidad todavía significativa) Licinio huyó hacia Byzantium mientras que los que quedaron dispersos por los alrededores del campo de batalla se entregaron al día siguiente al vencedor. Las fuentes consignan unos 34.000 muertos, aunque no especifican de qué bando o si entre los dos.

Byzantium, en la orilla europea del estrecho del Bosporus, en aquella época todavía era una ciudad muy pequeña comparada con lo que sería unos años después como Constantinopla y allí Licinio y sus todavía numerosos soldados estaban escasos de espacio, por lo que tuvo que enviar algunos de ellos a la orilla asiática, lo que, por

una parte mejoró sus condiciones de vida y sus raciones de comida, pero por otra debilitó la guarnición ante el ataque de Constantino. No había acabado el mes de julio cuando el augusto occidental llegó ante las murallas bizantinas y ordenó a sus hombres empezar el cerco, construyendo terraplenes y aprestando su maquinaria de asedio. En el interior, Licinio contaba con ser abastecido por su poderosa flota, por lo que quedó muy consternado cuando se enteró que su escuadra había sido derrotada en el Hellespontus a la altura de la ciudad de Callipolis (Gallípoli, en la Turquía europea) por los barcos constantinianos, que mandaba, esta vez sí que por él mismo y ya con 19 años, el césar Crispo, que habría de demostrar una excelente capacidad militar. En efecto, los buques de Licinio, dirigidos por un tal Abanto (o Amando, según otras fuentes), se encontraron con la flota constantiniana, que se dirigía a Byzantium desde El Pireo para colaborar en el asedio y estaba a punto de entrar en la Propontis (el actual Mar de Mármara, en Turquía). Los barcos licinianos eran muy numerosos y Abanto/Amando cometió el error de presentar un frente de 200 naves en ese pasaje tan angosto (6'5 km), mientras que Crispo alineó solo 80 trirremes, lo que le permitió maniobrar mejor en el espacio disponible que los demasiado numerosos barcos de su enemigo. Cuando los constantinianos empezaron a llevar ventaja hubo que suspender la lucha por la caída de la oscuridad y cada bando ancló en un punto de la costa, recibiendo Crispo refuerzos durante la noche. Con las luces del amanecer se reanudó el combate pero los licinianos, al ver que sus enemigos eran más poderosos, no se decidieron a lanzar un ataque a fondo a pesar de que tenían viento a favor, brisa que acabó por convertirse a mediodía en un vendaval que les afectó a ellos sobre todo y que hizo que muchas de sus embarcaciones quedaran destruidas al ser arrojadas violentamente contra la costa. Abanto/Amando solo pudo escapar con cuatro de ellas, mientras que otras 130 se iban a pique y el resto resultaban dispersadas. Las comunicaciones marítimas quedaban así en poder de Constantino.

Ante esta noticia, Licinio dejó en Byzantium a sus tropas de peor calidad y evacuó la ciudad con el resto, pasando a la otra orilla del estrecho del Bosporus, a Chalcedon (Kadiköy, en el sur de Üskudar, barrio de la parte asiática de Estambul), en la provincia de Bithynia, donde esperaba un alivio e intentar formar un nuevo ejército (consiguió contratar a un contingente godo al mando del jefe Alica),

mientras estacionaba a las unidades que llevaba consigo, que de nuevo no cabían todas en la ciudad, en los alrededores. Según las fuentes clásicas (en lo que a mí me parece una evidente exageración), Licinio contaba en esos momentos todavía con nada menos que 130.000 soldados. Las tropas de Constantino, con moral de victoria, cruzaron también el estrecho unos 4 km al norte de Chalcedon, en el llamado Promunturium Sacrum (hoy integrado en Üskudar), mientras que dejaba una mínima fuerza manteniendo el asedio a Byzantium, que resistía. Licinio reclamó para que acudiera a unirse a él a Marco Martiniano, su hasta entonces magister officiorum (jefe de los funcionarios imperiales que trabajaban cerca del emperador), y a quien acababa de nombrar augusto. Martiniano se hallaba en ese momento, con un contingente militar no determinado, en Lampsacus (Lapseki, Turquía), en la provincia de Hellespontus (una de las divisiones tardoimperiales de la antigua de Asia), vigilando el estrecho homónimo para prevenir una posible travesía por allí de los constantinianos hasta tierras asiáticas. Desde su punto de desembarco, Constantino y sus hombres avanzaron hacia el sur con la evidente intención de controlar Chrysopolis, el puerto de Chalcedon. Ahí presentaron batalla Licinio y Martiniano el 18 de septiembre, con unos soldados bajos de moral, aunque ocupaban mejores posiciones defensivas y eran muy numerosos (si bien seguramente no tanto como indican las fuentes [cfr. supra]). Los constantinianos vencieron y las fuentes clásicas hablan de 100.000 bajas licinianas, sin cuantificar las constantinianas. De nuevo a mí estas cifras me parecen desproporcionadas pues parece claro que el relativamente estrecho espacio que ofrece un puerto de la Antigüedad, no permitía el despliegue de semejante muchedumbre de militares. El asediado Byzantium se rindió al saberse la noticia. Licinio y Martiniano, con lo que quedaba de sus jinetes y algunos miles de sus infantes, lograron escapar hasta Nicomedia, capital de Bithynia, pero, dándose cuenta de que aquello no tenía remedio, a finales de septiembre se entregaron a la voluntad de Constantino. Éste, que tenía la intención de hacerlos ejecutar, se dejó convencer por los ruegos de su hermanastra Constancia y renunció a hacer matar a su marido, obligándoles a él y a Martiniano a retirarse como ciudadanos privados, Licinio a Thessalonica y Martiniano a algún lugar de Cappadocia, en una especie de arresto domiciliario, pero en cuanto se le pasó la ternura hacia Constancia recordó el peligro que podían suponer (puede que

Licinio ya hubiese empezado alguna conspiración) y en marzo de 325 los hizo decapitar. Sobre el destino del joven Licinio II no se sabe nada con seguridad, pero lo normal es que Constantino también ordenase su ejecución.

CONCLUSIONES

De nuevo, desde 286, el Imperio romano estaba regido por un único emperador. Tras tantos años de guerras civiles, Constantino I acometió, como su antecesor Diocleciano (muerto en 313 ó 316 en su retiro junto a Salona [Solin, Croacia, en el palacio que sería el núcleo de la actual Split], en Dalmatia), reformas en todos los ámbitos del mundo romano, incluyendo el traslado de la capital oficial de Imperio a la tantas veces citada Byzantium, que inauguró, tras seis años de trabajos de construcción, el 11 de mayo de 330, dándole su propio nombre, Constantinopla (Constantinopolis). El emperador siguió favoreciendo a los cristianos, pero él personalmente no se hizo bautizar hasta sus últimos días, cuando se sintió morir, pues el bautismo cristiano le garantizaba llegar a la otra vida limpio de pecados que él interpretaba como las cosas horribles que había hecho, como la injusta ejecución de Crispo y la de su propia segunda esposa, Fausta, aparte de las innumerables muertes que habían jalonado su ascenso al poder absoluto.

El sistema tetrárquico cayó definitivamente en desuso, aunque tras la muerte de Constantino el 22 de mayo de 337, se volvieron a reproducir las contiendas civiles causadas por la costumbre instalada de parcelar el poder imperial en bloques territoriales dirigidos por diversos personajes con los títulos de augustos o césares, aunque ya no de cuatro en cuatro, empezando porque el propio Constantino I dejó su imperio a sus tres hijos supervivientes (los habidos con Fausta): el ya citado Constantino II, Flavio Claudio Constancio (Constancio II) y Flavio Claudio Constante, todos llevando el título de augustos.

1 Una diócesis (diœcesis) era un conjunto de provincias dirigida por un vicario (vicarius), un tipo de demarcación territorial implantada precisamente desde la I Tetrarquía. En esta época Diocleciano había multiplicado casi por dos las provincias, por el procedimiento de dividir las antiguas.

X

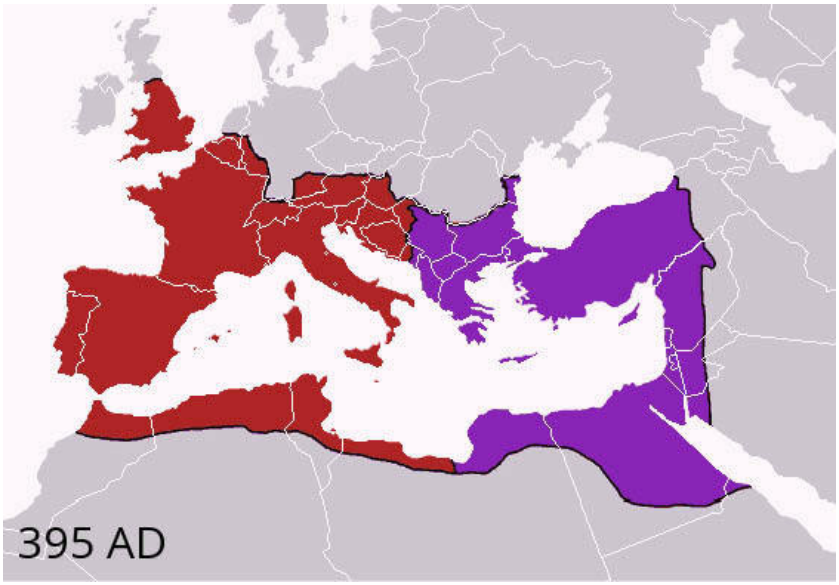
La regencia de Estilicón, el bárbaro fiel que pudo salvar el Imperio. (395-408)

Francisco José Gómez Fernández

INTRODUCCIÓN

El gobierno de Teodosio (379-395), no exento de complicaciones diversas, gozó de estabilidad en términos generales. Se restableció el orden perdido en las décadas anteriores, se hizo frente con éxito a las usurpaciones y problemas en las fronteras, se firmaron acuerdos con los siempre problemáticos persas, se trabajó en favor de la unidad religiosa católica dentro del Imperio, a la vez que se reprimía el paganismo y se alentaba la doctrina nicena…, dando lugar a un periodo de paz relativa y de prosperidad dentro del Imperio. Sin embargo, estos logros eran meramente temporales, pues tan solo diferían el estallido de problemas más graves que no se habían logrado solucionar durante su gobierno.

Uno de los más serios era la propia debilidad militar del Estado que hubo de aceptar como solución pacificadora la presencia y el asentamiento de un pueblo bárbaro dentro de sus fronteras: los visigodos. La reciente derrota de Adrianópolis (378) había dejado grandemente herido el potencial romano, que precisaba de un mínimo de cinco años para formar e instruir una legión de forma eficaz. Las constantes penetraciones bárbaras y sus correrías por el Imperio, en los años sucesivos al 378, impidieron el que Roma pudiera rehacerse y alcanzar los niveles defensivos de tiempos anteriores. Finalmente, la decisión más correcta pareció que era el foedus o pacto con los visigodos, que a cambio de tierras cerca del Danubio y un estatuto especial servirían en el ejército romano como tropas federadas o foederati. Pero el asentamiento de un pueblo extranjero, de costumbres y leyes diferentes, era más sencillo sobre el papel que en la realidad.



Mapa de la partición del Imperio romano a la muerte de Teodosio. La pars occidentalis se sitúa a la izquierda, con capital en Milán, mientras que la pars orientalis lo hace a la derecha, con capital en Constantinopla. (Fuente: Wikimedia Commons. Autor: De Geuiwogbil at the English Wikipedia)

Por otra parte, la división del Imperio en dos partes, la occidental depositada en manos de Honorio, de diez años, y la oriental, que descansaba sobre los hombros de Arcadio, de dieciocho, respondía a la necesidad de aliviar la pesada carga del trono que sufría un único emperador. De nuevo la teoría encaja mejor que la realidad, pues el intento de fraccionar los problemas y reducir los territorios a administrar por sus dos hijos trajo como consecuencia la división de fuerzas y recursos y el surgimiento de enemistades entre hermanos y entre territorios que hasta muy poco tiempo antes habían formado parte de un único proyecto.

Si hubo un hombre que intentó reconducir las dificultades generadas por el fallido asentamiento visigodo y por la división del Imperio, ése fue Flavio Estilicón.

ORÍGENES Y CARRERA MILITAR DEL HIJO DE UN BÁRBARO

Los datos que poseemos sobre los orígenes de Estilicón son escasos. Tan solo sabemos que era hijo de un oficial de caballería vándalo al servicio de Roma, que combatió en Adrianópolis en 378 dirigiendo algunos escuadrones bárbaros, y de una mujer romana de la que no disponemos de información.

Nuestro hombre, siguiendo la trayectoria de su padre, hizo una brillante carrera militar en Oriente, en la corte de Constantinopla, junto a Teodosio I (379-395) que le promocionó a los cargos más importantes y puso en él toda su confianza. Desconocemos el tipo de relaciones o méritos que llevaron al emperador hispano a fijarse en él pero lo cierto es que, en el año 383 y pese a su juventud, ya contaba con la confianza imperial, tal y como lo ratifica el cargo que desempeñaba, tribunus praetorianus militaris. Al año siguiente, participó en la importante embajada que Roma envió a Persia, con el fin de delimitar la problemática frontera armenia, y, al poco de su regreso, fue nombrado comes Stabuli Sacri, o sea, conde de los Sagrados Establos, de lo que se deduce que dirigió el sistema de compra y cría de caballos para el ejército de maniobra del emperador. Su carrera siguió en alza en los años sucesivos, y, tras desempeñar algunos altos oficios más, fue en torno al 392 cuando por fin recibió su nombramiento como magister utriusque militiae, posiblemente para la diócesis de Tracia (Thracia), entrando a formar parte del selecto y reducido grupo de oficiales de más alta graduación, aquellos que solo respondían ante el emperador. Por fin, y tras la campaña del 393 contra el usurpador occidental Eugenio, en la que, junto con Timasio, comandó las tropas del Imperio de Oriente, alcanzó el cargo más alto al que podía aspirar dentro del escalafón militar: Estilicón fue ascendido a magister utriusque militiae praesentalis, esto es, comandante en jefe del ejército romano del Imperio de Occidente.

Estos datos nos llevan a pensar que realmente Estilicón no era un bárbaro al uso, y que los orígenes vándalos de su padre son

insuficientes como para juzgar así al hombre fuerte de Teodosio. De hecho, una antigua tradición popular, considera o juzga a Estilicón como uno de los escasos líderes germanos al servicio de Roma totalmente comprometidos con la causa del Imperio y contrario a su propia tradición bárbara.

No obstante, su fidelidad no le resguardó de las enemistades políticas connaturales al alto estatus que ostentaba, incluso el número de sus enemigos creció de manera ostensible a raíz del anuncio que el general realizó a la muerte de Teodosio. Nada más expirar el emperador el 17 de enero de 395, Estilicón comunicó que había sido su última voluntad que tomase bajo su protección no solo a Honorio, emperador de Occidente y del que ya había sido nombrado tutor con anterioridad, sino también a Arcadio, emperador de Oriente, ambos menores de edad (Arcadio aún por unos meses). De este modo, el general se convertía en el regente de ambas partes del Imperio, pero tal acumulación de poder provocó sospechas entre muchos de los afectados, especialmente en Oriente. Los propios cronistas del momento dividen sus pareceres entre los partidarios de la veracidad del nombramiento y los que negaban la misma:

Después de la sumisión de los Alpes y de la liberación del reino de Hesperia, el mundo, acogiendo a su emperador en el lugar que él merecía, resplandecía ya más grande con la adición de una estrella; y entonces, Estilicón, fue entregado a tu cuidado el poder de Roma y el gobierno del mundo; se te confió la realeza de los dos hermanos y el ejército de ambas cortes.

Claudio Claudiano, Contra Rufino II 1-6.

Decía, en efecto, que cuando Teodosio iba a morir le había encomendado que se ocupase con el mayor celo de los territorios bajo uno y otro emperador.

Zósimo, Historia Nueva V 4. 3 y ss.

Y no era fácil despejar la duda, pues no hubo testigos que pudieran corroborar tales palabras, ya que Teodosio, en el momento preciso, había expulsado a otros consejeros de la habitación con el fin de encargar a Estilicón el cuidado de Arcadio. Entre aquellos que dieron crédito a sus palabras había hombres de la talla de Ambrosio, obispo de Milán, que ya en su oración fúnebre insinuó que el fallecido emperador había confiado al general el cuidado de sus dos hijos, y, por ende, del Imperio en su conjunto. Otros, sin embargo, sospechaban que ésta había sido una maniobra del ambicioso Estilicón, para justificar su intervención en los asuntos de Oriente.

No obstante, no hemos de perder de vista el que Estilicón recibía el encargo no solo como general sino, muy señaladamente, como familiar del emperador, ya que estaba casado con Serena, la sobrina más próxima y mujer de confianza de Teodosio, que se haría cargo de los pequeños Arcadio y Honorio cuando éstos perdieron a su madre en 385. El enlace tuvo lugar en el año 384, a su vuelta de la embajada en Persia, lo que ratificó el crédito y el afecto del emperador por su escogido y fortaleció su capacidad de influencia directa tanto sobre el soberano como sobre su sucesor, permitiéndole entroncar con la familia imperial y ofreciéndole una posición de privilegio para participar del juego de la alta política. En este sentido, hemos de ponderar el papel de Serena, tanto en lo personal como en lo político, ya que éste ha sido tradicionalmente poco valorado cuando la realidad es que fue su labor la que permitió a Estilicón, desde el momento de su matrimonio, adquirir la autoridad que con sus cargos no alcanzaba.

Casado, en efecto, con una sobrina de Teodosio y habiendo recibido en encomienda el Imperio que tocaba a ambos hijos de éste, desempeñó la comandancia suprema del ejército durante veintitrés años, sin que jamás se le viera asignar cargos militares por motivos de lucro ni utilizar en

provecho propio la intendencia militar. Padre de un único hijo, lo elevó hasta la dignidad que recibe el nombre de notario tribuno, sin recabar para él ninguna posición de poder.

Zósimo, Historia Nueva V 34. 6-7.

Fuera como fuese, mandato imperial o ambición y maniobra política, lo cierto es que Estilicón intentó unir de nuevo bajo un único gobierno ambas partes del Imperio, lo que generó una notable oposición en Constantinopla, entre aquellos que desempeñaban cargos destacados y no deseaban perder su privilegiada y poderosa situación, especialmente en Rufino, regente de Oriente.

«Los favoritos del emperador Honorio» (1883), John William Waterhouse. Honorio ha sido recordado siempre como un gobernante débil e incapaz, de aquí su dedicación a juegos infantiles en lugar de a las labores de gobierno. (Wikimedia Commons)

ALARICO APARECE EN ESCENA. LA CAMPAÑA DE GRECIA (395-397)

La primavera del año 395 vio las bodas del emperador Arcadio y una joven de extraordinaria belleza, Eudoxia, hija del general Bauto. Las celebraciones de las nupcias se vieron empañadas por las terribles noticias que llegaban de Tracia. Alarico, al frente de sus tropas, y de regreso de su participación en la campaña contra el usurpador Eugenio, había devastado el sur de esa diócesis y el norte de la vecina prefectura del pretorio del Ilírico (Illyricum, territorio repartido entre las actuales Croacia, Albania, Eslovenia, Bosnia y Herzegovina y Montenegro).

Alarico (395-410) era un caudillo tribal de origen aristocrático, de la tribu de los tervingios (origen de los visigodos), que mandaba tropas auxiliares godas bajo mando romano. La historiografía le ha definido como el primer gran líder godo capaz de aglutinar a los diferentes señores de las tribus y sus gentes, y de dar un empujón definitivo al concepto de autoridad o monarquía entre la nación goda. Debió de ser un gobernante de marcada personalidad, ya que mantuvo a su pueblo agrupado en torno a él durante quince años, un pueblo que le reconoció como rey cuando hasta ese momento se gobernaba por medio de jueces, esto es, miembros escogidos de entre las principales familias con el fin de dirigir la guerra o resolver disputas. Pues bien, tras unos años de servicio a Roma, Flavio Alarico (su nombre completo indica que ya tenía la ciudadanía romana), que posiblemente era ya comes rei militaris, decidió volver sus armas contra el Imperio al que había prestado obediencia y por el que había derramado su sangre.

La causa de tal cambio se encontraba en una suma de circunstancias. Por una parte, Alarico se encontraba profundamente descontento del trato recibido por los emperadores romanos y más en concreto por Teodosio, que no le había dado el mando militar al que aspiraba y que le había prometido. Ciertamente el cargo de magister militum, tan anhelado por Alarico, no se había concedido

a jefes godos desde el año 382, pero en esta época no estaba tan lejano de las aspiraciones de un bárbaro que como en épocas precedentes.

Además, esta falta de consideración se interpretó como una señal de que el emperador estaba dispuesto a prescindir de los servicios de los visigodos, igualmente descontentos y ofendidos con el recién coronado Honorio, que no había repartido entre ellos las tradicionales gratificaciones que acompañaban a los cambios de emperador. Por último, Alarico sospechaba que se había sacrificado sin contemplaciones a sus hombres en la batalla del río Frígido (flumen Frigidus; significa río frío. Es el actual Vipava en Eslovenia), en 394, contra el usurpador Eugenio, en la actual Eslovenia, al poner sobre ellos el peso del combate y soportar la mayor parte de las bajas.

Ante semejante cúmulo de decepciones y «humillaciones», los visigodos tomaron una determinación histórica, subir a Alarico en un escudo y proclamarle rey de la nación, un salto adelante en la organización política de este pueblo:

Pero después de que Teodosio, amante de la paz y de la nación goda, dejó los asuntos de este mundo, sus hijos comenzaron a vivir de forma fastuosa, a arruinar uno y otro Imperio y a privar a sus tropas auxiliares godas de las contribuciones acostumbradas, con lo que creció su descontento contra ellos. Temiendo que su valor desapareciera por culpa de una paz tan prolongada, los godos proclamaron rey a Alarico, que pertenecía al ilustre linaje de los Baltos, el segundo en nobleza después de los Amalos. Esta familia había recibido hacía tiempo entre los godos por su bravura y coraje, el nombre de «Balta», que significa «audaz». Así que, tan pronto el mencionado Alarico fue nombrado rey, se reunió en asamblea con los suyos y los convenció para que conquistaran nuevos reinos con su propio esfuerzo, antes que permanecer sometidos por la indolencia a pueblos extranjeros.

Jordanes, Origen y gestas de los godos, 146-147.

Fuera cual fuese la causa, lo cierto es que durante los meses de febrero y marzo del 395, Alarico avanzó al frente de sus huestes asolando las citadas Tracia e Ilírico. Con esta devastación, ejecutada en concepto de pago por la campaña realizada, aseguró su suministro de víveres y garantizó su posición como jefe tribal. Sin embargo, la rapacidad del godo encontró su freno ante las puertas de Constantinopla. Tras saquear los alrededores de la ciudad, pronto cayó en la cuenta de que no contaba con los medios materiales ni militares como para asediar la magníficamente defendida capital del Imperio de Oriente. La situación se agravó preocupantemente para el gobierno oriental con la invasión que, por estas mismas fechas, protagonizaron los hunos del Transcáucaso, atravesando Armenia y el norte de Mesopotamia hacia Siria.

El pánico causado por estas incursiones y la sensación de inseguridad que generaban en la población aparece bien expuesto en las cartas de San Jerónimo desde Palestina.

«¿Podrá Jesús proteger el mundo en el futuro de estas bestias? Ellos están por todas partes; cuando menos se les esperaba, y su velocidad adelantaba al rumor de su proximidad; prescinden de religión, de dignidad, de edad; no muestran piedad ante el grito de los niños.

¿Cuántos monasterios serán capturados? ¿Las aguas de cuántos ríos se teñirán de sangre humana? Antioquía fue asediada y las otras ciudades, por las que antaño fluían el Halys, el Cidno, el Orontes, el Eúfrates. Grupos de cautivos fueron arrastrados; Arabia, Fenicia, Palestina, Egipto fueron hechas cautivas por el terror.»

Jerónimo, Cartas 60 y 77.

Fue entonces cuando el ambicioso Rufino, prefecto del pretorio de Oriente y hombre fuerte del gobierno del Imperio oriental, decidió tomar la iniciativa con el fin de recuperar su influencia sobre Arcadio. Así, salió al encuentro de Alarico, con total impunidad, ataviado incluso a la manera de bárbaros, y rubricó un nuevo pacto con él: Alarico se retiraría de las murallas de Constantinopla, a cambio de lo cual se le facilitaría la entrada en Grecia, junto con su pueblo. Esta medida tenía igualmente por objeto evitar la aparición de Estilicón en Oriente como salvador de la situación, pues éste, tras conocer el ataque de Alarico a Constantinopla, partió en su auxilio con un ejército, siendo consecuente con el papel que supuestamente le había encomendado Teodosio en su lecho de muerte.

Alarico invadió Grecia en el 395 con la colaboración de Antíoco, procónsul de Acaya (en Grecia), nombrado por Rufino con la intención de preparar la devastación de la provincia a manos de los bárbaros. El historiador Zósimo ofrece una imagen desoladora de la campaña, que comenzó por la diócesis de Macedonia (la antigua Macedonia, compuesta por las provincias de Macedonia, Tesalia, Acaya, Épiro Antiguo y Épiro Nuevo [grosso modo Grecia, Albania, Bulgaria y Macedonia del Norte]) y Tracia (más pequeña que la diócesis del mismo nombre, abarcaba aproximadamente la parte central y occidental de la actual Bulgaria): destrucción de ciudades, depredación de campos, asesinato de todos los hombres en edad de llevar armas, rapto de mujeres y niños... Solo Tebas se libró del saqueo dada la prisa que tenía el caudillo godo por capturar Atenas.

Estilicón, que hubo de abandonar sus labores de refuerzo de las fronteras de Germania (Germania) y Recia (Raetia), hizo embarcar tropas con las que socorrer Grecia y, tras desembarcar con ellas en el Peloponeso, situó a los bárbaros en una desesperada situación, rodeados en la meseta de Foloe, entre las regiones de Arcadia y Elide, en la península del Peloponeso, y hubiera podido exterminarlos de no ser por una nueva maniobra del intrigante Rufino, que convenció a Arcadio de que ordenase a Estilicón la retirada de sus territorios y la devolución de las tropas del Imperio de Oriente que mantenía bajo su mando desde la batalla del río Frígido. Con la excusa de que los regimientos orientales debían acudir a defender Constantinopla, Arcadio atendió la sugerencia y

exigió a Estilicón la devolución de sus contingentes y su propia retirada, lo cual fue obedecido por el magister militum occidental, evitando así un empeoramiento de las relaciones entre ambas partes del Imperio, lo que permitió la supervivencia de Alarico.

Sin embargo, el regente Rufino disfrutó poco de su victoria. A la llegada de las tropas orientales a Constantinopla, devueltas por Estilicón a Arcadio, al mando del comandante Gainas, y en el mismo momento del recibimiento encabezado por el emperador, algunos de los godos retornados que integraban parte del contingente rompieron la formación y despedazaron con sus espadas a Rufino, ante un horrorizado y paralizado Arcadio. La autoría del crimen se atribuyó a Estilicón, aunque también se pensó en el eunuco Eutropio, rival político del recién asesinado. Este hombre, tan ambicioso como su malogrado antecesor, e igualmente enemistado con Estilicón, fue finalmente quien se hizo cargo del gobierno de Oriente.

Mientras Eutropio tejía su red de control sobre Arcadio, Estilicón inspeccionaba la frontera del Rin y se afanaba por mejorar las relaciones entre las cortes de Milán (Mediolanum, donde se hallaba entonces la capital occidental) y de Constantinopla, lo que aprovechó Alarico para saquear el sur de Grecia y el Peloponeso hasta el año 397. Y así, ciudades como Esparta (Sparta), Megara (Megara) o Corinto (Corinthus) conocieron el saqueo y las destrucciones de los antaño foederati o tropas aliadas del Imperio. Finalmente, en el 397, Estilicón, al frente de sus tropas y cansado de la pasividad del gobierno de Arcadio, cruzó el Adriático y desembarcó de nuevo en Grecia, en concreto en Corinto, desde donde cortó la retirada de los visigodos que seguían inmersos en sus acciones de saqueo. Éstos, debilitados por algún tipo de epidemia, plantearon batalla en el Peloponeso, a orillas del río Alfeo (Alpheus). El combate fue sangriento y los bárbaros sufrieron una desastrosa derrota, tras la cual quedaron rodeados y sin abastecimiento de agua, pues los ingenieros romanos desviaron el curso de las corrientes que podían abastecerles. Fue entonces cuando, a punto de ser definitivamente exterminados, llegó hasta Estilicón la orden de Arcadio de que debía retirarse de sus territorios y de que había sido declarado enemigo público por el Senado de Constantinopla. Por segunda vez, y no por última,

Alarico consiguió escapar con sus guerreros «in extremis», dando continuidad así a una serie de sucesivas y apuradas huidas frente a Estilicón, que embarcó a sus tropas camino de Italia.

Representación idealizada de Alarico entrando en Atenas tras tomar

la ciudad en el año 395. El cuadro se pintó a inicios del siglo XX. (Fuente: Wikipedia Commons)

En esta ocasión, el emperador de Oriente, a través de Eutropio, reconoció el estatus real de Alarico, rey de los visigodos, firmó la paz oficial con él y le concedió el cargo militar de magister militum per Illyricum, demarcación en la que se estableció, para humillación e indignación de sus habitantes que tuvieron que recibir como magistrado al que, unos meses antes, había sido saqueador. Nada había sido decidido con prisa o al azar, las negociaciones secretas entre el rey bárbaro y la corte oriental venían de atrás, así como la intención de declarar a Estilicón como personaje «indeseable» a fin de apartarle de los asuntos del Oriente romano. Alarico, por su parte, buscaba algo más: la consecución de un asentamiento definitivo para su pueblo.

LA REVUELTA DE GILDO (AÑO 397)

La revuelta de Gildo, comes et magister utriusque militiae per Africam, fue una consecuencia más de la elevada tensión que alcanzó el enfrentamiento entre Estilicón y Eutropio. La intromisión de Estilicón en los asuntos de Oriente fue el motivo que Arcadio necesitaba para ordenar el traspaso de la diócesis de África a su jurisdicción. El eunuco oriental fue el encargado de planificar la maniobra y de convencer a ese magistrado de que era preferible la distante soberanía de Constantinopla a la proximidad de Milán. Así, en el otoño del año 397, Gildo se levantó contra su propio gobierno, suspendió los envíos de grano a Roma y declaró su lealtad a Arcadio, forzando de esa manera al enérgico general de origen vándalo a abandonar con urgencia el escenario oriental.

La situación entonces se tornó extremadamente grave para la población de la ciudad en general y para el propio Estilicón y su régimen en particular, ya que la suspensión del abastecimiento podía socavar rápidamente su posición política. El problema no era para menos. Las provincias norteafricanas eran esenciales para la supervivencia y la estabilidad del Imperio romano de Occidente, ya que constituían la fuente fundamental de grano tanto para Italia como para el Ejército.

Comprendida la gravísima amenaza que la revuelta de Gildo había conferido a la situación y ante el cariz sombrío que tomaban los acontecimientos, Estilicón primeramente aseguró la llegada de grano a Roma, en este caso procedente de Hispania (Hispania) y de la Galia (Gallia), anulando así la ventaja con la que podía contar el comes et magister. A continuación, logró del Senado la declaración de Gildo como hostis publicus, o sea enemigo público, en otoño del 397. Por último, organizó un pequeño pero poderoso ejército cuya misión consistía en desembarcar en África y devolver las valiosas provincias a su situación anterior.

El contingente militar estaba integrado por unos seis mil hombres, y

las mejores unidades de las que disponía el ejército occidental: los Ioviani Seniores, los Herculiani Seniores, los Nervii, los Octavani… A la cabeza del cuerpo expedicionario estaba nada menos que a Mascezel, hermano del propio Gildo y enemigo declarado de éste.

Mascezel y su ejército partieron de la ciudad de Pisa (Pisa, Italia), situada en la provincia itálica de Tuscia et Vmbria, en la primavera del 398, desembarcando poco después en el norte de África, donde les esperaban Gildo al frente de sus setenta mil hombres. Pese al tremendo desequilibrio de fuerzas, la derrota del rebelde, sucedida a orillas del río Hatab (el antiguo Ardalio, en el actual Túnez), fue total, ya que, o bien no contaba con la totalidad de sus efectivos, o bien la cifra de soldados es una exageración del historiador Orosio. Lo cierto es que los hombres de Gildo no eran de confianza, pues se mostraron nerviosos al tener que participar en un conflicto ilícito frente a las tropas de su legítimo emperador. Gildo, finalmente, encontró la muerte como consecuencia de su alocada apuesta, al igual que su hermano Mascezel quien, según la versión del cronista Zósimo, fue asesinado por orden de Estilicón, que deseaba monopolizar el protagonismo de la victoria. Y así fue, el regente de Occidente salió victorioso y reforzado de la campaña africana.

El díptico de Estilicón

De entre todas las piezas arqueológicas de la época que nos ocupa hay una que destaca por encima del resto, tanto por su calidad como por haber pertenecido al mismísimo general o, al menos, a su familia directa. Estamos refiriéndonos al conocido como «Díptico de Estilicón» o de Monza (Italia), por hallarse expuesto en su catedral.

Tales elementos fueron de uso común en la Antigüedad y se utilizaban para «encuadernar» tanto documentos oficiales como cartas, escritos sobre tablillas cubiertas de cera y plegables. A fines de la IV centuria se generalizó un modelo realizado en marfil, cuyas

tapas se hallaban lujosamente decoradas. Su elaboración respondía al deseo de conmemorar un acontecimiento notable en la vida oficial de algún alto funcionario, regalándolos a familiares o amigos.

Éste de Estilicón se puede fechar hacia el 395 y se elaboró en talleres milaneses. En una de las hojas se representa al regente como magister militum, ataviado con clámide y túnica bordada. Lleva la espada al cinto, en la mano derecha una lanza y con la izquierda sujeta un escudo en el que están representados el emperador y su esposa María, hija de Serena y del general. En la hoja del reverso figura Serena y a su lado el hijo de ambos, Euquerio. La dama viste larga túnica, una dalmática sin mangas y manto. El niño no está representado como tal, sino como tribuno y notario, haciendo un gesto oratorio con la mano derecha, mientras que con la izquierda tiene el libro de protocolos, lo que nos indica que sus padres ya habían diseñado su carrera política.

Díptico de Estilicón (395). Catedral de Monza (Italia). La elaboración de estas tablillas, de entre 30 y 40 cm. de alto, realizadas en marfil para ser regaladas a altos cargos de la administración, nos permite conocer el rostro real de Estilicón y de su esposa, la hispana Serena, en este caso. (Fuente: Wikimedia Commons)

ALARICO INVADE ITALIA (401-405)

En noviembre del año 401 Alarico abandonó el Ilírico dirigiéndose hacia Italia. Las causas de dicha medida eran varias. Por una parte, deseaba lograr una dignidad militar más alta para él, y pensaba que poniéndose al servicio de Honorio la alcanzaría. Por otra, esperaba obtener también las tan ansiadas tierras y los víveres necesarios para su pueblo. Finalmente, Alarico no había recibido los pagos habituales que se le adeudaban como federado y su desconfianza hacia Arcadio había crecido grandemente, más aún después de los disturbios acaecidos en Constantinopla, que terminaron con la matanza de varios miles de godos a manos de la población de la capital y la eliminación de algunos destacados caudillos bárbaros, aliados de Oriente, al menos teóricamente.

El grupo humano desplazado era formidable y problemático por su número. El ejército estaba formado por entre 10.000 y 15.000 guerreros, la población oscilaba entre 60.000 y 70.000 personas, lo que implicaba unos 15.000 carros de transporte y unos 75.000 caballos. A todos estos individuos hay que sumar unos 5.000 esclavos obtenidos en sus campañas precedentes. El propio Alarico no era el mismo hombre que había dirigido a su pueblo cinco años atrás. Las expediciones de Grecia le habían consolidado en el poder y le habían presentado ante su nación como un dirigente capaz de cumplir su palabra, lo que le hizo ganar la adhesión y sumisión de los diferentes jefes tribales, siendo este el momento en el que de facto se inauguró la monarquía militar visigoda.

La entrada en la península itálica se produjo a través de los pasos de los Alpes Julianos (entonces Alpes Iuliani, Italia), cruzando la diócesis de Italia Anonaria (Italia Annonaria). Cuando las noticias de tales sucesos se extendieron por Italia el pánico se adueñó de la población y de la propia corte. No obstante Estilicón supo mantener la calma e hizo comprender a los atemorizados cortesanos que era más seguro permanecer al amparo de las murallas de Milán que arriesgarse a iniciar una travesía hacia el norte en pleno invierno. A

la vez, y con el fin de reforzar la defensa y los ánimos, ordenó trasladar diversas unidades de la frontera del Rin y de las provincias de Britania (Britannia) a Italia. Casi como un presagio de lo que, en un no tan lejano año 410 habría de pasar entre Roma y Alarico, las grandes murallas de la ciudad del Tíber comenzaron a repararse de forma apresurada, mientras que tenían lugar prodigios que presagiaban terribles calamidades para el Imperio.

Los visigodos, mientras tanto, antes de dirigirse a Milán habían saqueado la fértil campiña del Po (el antiguo Padus) y algunas ciudades que, al no poder resistir, les habían abierto sus puertas. La intención era forzar a Honorio a firmar un tratado que solventara su situación y diera cumplimiento a sus aspiraciones. Pero cuando la ciudad sede de la corte ya se preparaba para resistir un largo asedio, Estilicón atravesó el río Adda (entonces llamado Addua) y derrotando a Alarico obligó a éste a levantar el cerco. El visigodo se retiró entonces hacia el suroeste, hacia el alto valle del río Tanaro (el antiguo Tanarus, en Italia), pero Estilicón no deseaba que se le escapara una vez más y le dio alcance en Pollenzo (entonces Pollentia, Italia). Era el 6 de abril del año 402, Domingo de Pascua, festividad en la que Estilicón no quería combatir, pero sus hombres no tenían los mismos escrúpulos y le persuadieron para que presentara batalla. La derrota visigoda fue de tales dimensiones que los romanos recuperaron el botín que habían tomado los visigodos en la ya lejana batalla de Adrianópolis (la antigua Hadrianopolis, hoy Edirne, en la Turquía europea) y lograron hacer prisioneros a la esposa e hijos de Alarico quien, con su ejército muy maltrecho, se retiró hacia el sureste, hacia la región de Etruria (Etruria, en Italia). La victoria podía haber sido definitiva, pero lamentablemente los soldados romanos se dedicaron al saqueo, por lo que Alarico y buena parte de sus seguidores pudieron escapar.

En el verano del 402 el líder visigodo quiso negociar con Estilicón con el fin de recuperar a su familia. Las negociaciones llevaron al hombre fuerte de Occidente a liberarla a cambio de que los visigodos abandonaran Italia. Sin embargo, y una vez libres la esposa e hijos de Alarico, éste puso cerco a la ciudad itálica de Verona (la antigua Verona) lugar al que hubo de acudir de nuevo el magister militum y romper el asedio. Una vez más, los visigodos consiguieron zafarse, huyendo a los Balcanes, donde Estilicón les

permitió establecerse en la región del río Sava (el antiguo Savus, en las actuales Croacia, Bosnia y Herzegovina y Serbia), asentamiento que se demostró temporal pues a la primera oportunidad los bárbaros reemprendieron de nuevo el camino de Italia.

No obstante, Estilicón estaba en el cénit de su poder. Pese a las críticas de los romanos que no comprendían cómo Alarico se había escabullido otra vez y fabulaban en torno a un acuerdo secreto entre el regente semibárbaro y el rey visigodo, buena parte de la población respiró aliviada con la retirada de los invasores. Así pues, para conmemorar la victoria, Honorio y su general fueron invitados a presidir y encabezar un triunfo en Roma, desfilando incluso en el mismo carro. Se celebraron grandes juegos, espectáculos admirables y los últimos combates gladiatorios que conoció la ciudad en su dilatada historia. Estilicón fue reconocido con el consulado para el año 405.

La política matrimonial o la esperanza de colocar a un nieto en el trono

Estilicón era muy consciente de que, pese a sus servicios y valía, nunca podría ser emperador y quizás tampoco lo pretendía. Sin embargo, la política familiar que tanto él como su esposa, la dignísima Serena, diseñaron para sus hijos da la impresión de que, más allá de consolidar el poder del general y su influencia sobre Honorio, estaba destinada a sentar algún día en el trono imperial a uno de sus nietos.

Al poco de hacerse cargo de la regencia de Occidente, en el 398 Estilicón casó a un joven Honorio, de apenas 14 años, con su hija María, que falleció en el 407 sin dejar descendencia. Poco después, en el 408, fue Serena la que, pese a la resistencia de su marido, casó a Termancia, hermana de la fallecida y cuñada del emperador, con el propio Honorio. A su muerte en el 415 tampoco la pareja

imperial había logrado tener hijos. Según el historiador Zósimo ambas hermanas murieron vírgenes. Por si tales estas vías de acceso no daban resultado, Estilicón y Serena prometieron a su hijo Euquerio, hermano de las dos emperatrices, con Gala Placidia, hija de Teodosio, pero fue ejecutado en el 408 al poco de la muerte de su padre sin haber formado una familia.

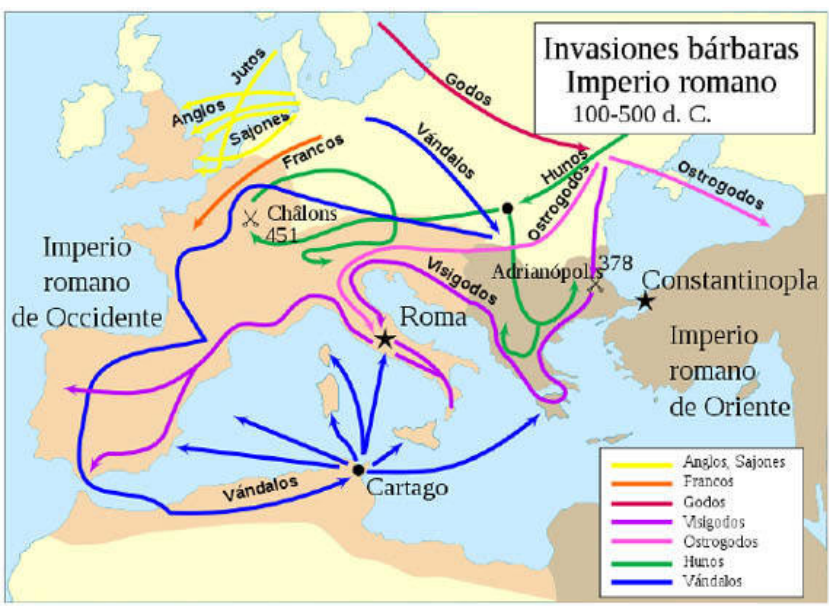
Colgante original de la emperatriz María, primera esposa de Honorio. La inscripción forma un crismón con los nombres de sus padres y de su esposo: HONORI MARIA SERHNA VIVATIS STELICHO. Museo del Louvre. (Fuente: Wikimedia Commons).

Radagaiso, un invasor inesperado (405-406)

La sucesión de campañas militares y de invasiones, pese a resolverse con victorias, arroja una consecuencia negativa. Las fuerzas propiamente romanas, no aquellos foederati de extracción bárbara que operaban para Roma, eran menos numerosas y por tanto las rupturas de fronteras cada vez eran más frecuentes y mayor la dependencia de los aliados. Este hecho era sabido y causa de preocupación en la corte de Honorio que, en el 404, decidió trasladar la capital del Imperio de Occidente desde Milán a la también itálica ciudad de Rávena (la antigua Ravenna), lugar fácilmente defendible al encontrarse rodeado de pantanos, bien fortificado y con un importante puerto en el Adriático en el que ya el emperador Augusto (27 a.C.-14 d.C.) había establecido una poderosa base naval.

Finalizando el año 405 retornaron los problemas. Radagaiso, caudillo ostrogodo que había logrado agrupar a una confederación de vándalos, burgundios, alanos, suevos, hérulos y ostrogodos, muchos escindidos de las tropas de Alarico, penetró en Italia desde la diócesis de Panonia (la antigua Pannonia, hoy la totalidad o partes de los actuales países de Eslovenia, Austria, Hungría, Croacia, Bosnia y Herzegovina, Montenegro y Serbia) dirigiéndose a Etruria y poniendo cerco a la ciudad de Florencia (la antigua Florentia). Estilicón, siempre escaso de fuerzas, reforzó su ejército con cuanto pudo, reclutando a los hunos del jefe Uldin, a los visigodos de Saro, a civiles de las provincias a los que se animó a alistarse ante el nuevo peligro e incluso a esclavos a los que se prometió la libertad si combatían, así hasta casi alcanzar los 20.000 hombres. Mientras tanto, el sitio de la ciudad progresaba e iba haciendo mella en sus defensores y habitantes. La defensa de la

misma alcanzó un punto crítico y fue en ese momento cuando Estilicón rompió el cerco obligando a los godos a retirarse a las colinas próximas a Fiesole (la antigua Faesulae), a pocos kilómetros de Florencia. Una vez acorralados los antaño sitiadores el mando romano dejó que el hambre hiciera el resto del trabajo. Finalmente, los hombres del líder ostrogodo se rindieron el 23 de agosto del 406. No hubo piedad para Radagaiso, que fue llevado a las afueras de la Fiesole y ejecutado. Llama la atención el tiempo con el que contaron los bárbaros para moverse libremente dentro del Imperio, pero reunir un contingente tan amplio por parte de Estilicón, no había sido labor sencilla. De aquí el que en el momento de la victoria no solo fuese la esclavitud el destino de muchos de los vencidos, sino también el alistamiento dentro del ejército de Occidente, sobre todo para los godos de mayor rango.



Mapa de las invasiones del Imperio romano a lo largo de varios siglos. Los pueblos señalados lo hicieron con especial insistencia en los siglos IV y V. (Fuente: Wikimedia Commons. Autor: MapMaster)

Estilicón, de nuevo aclamado como salvador del Imperio, asistió a la erección de un arco de triunfo que conmemoraba su victoria y de una estatua de oro y plata en su honor en la misma tribuna del Foro de Roma. La inscripción laudatoria de la misma no deja duda del reconocimiento de la ciudad y de las autoridades hacia el general:

«A Flavio Estilicón, ilustrísimo, por dos veces cónsul ordinario, maestre de las dos milicias, conde de los domésticos y de los establos sagrados, promovido desde la edad más tierna a los escalafones de la milicia clarísima hasta la cima que constituye la entrada en la familia imperial, asociado a todas las guerras y victorias, emparentado con el divino Teodosio Augusto y suegro de nuestro señor Honorio Augusto, el pueblo romano, por el afecto singular y la previsión que manifestó hacia él, decidió colocar esta estatua de oro y plata en los rostra para conmemorar su gloria eterna. Por la dirección de Flavio Pisidio Rómulo, clarísimo, prefecto de la Ciudad.»

Corpus Inscriptiorum Latinarum VI, 1731.

EL AÑO 407, ANNUS HORRIBILIS.

El año 406 fue el último en el que Estilicón pudo salir al paso de cuantas amenazas se cernían sobre el Imperio en general y sobre su persona en particular. No obstante, ese esfuerzo y uso constante de recursos, hicieron que las fuerzas militares del Estado fuesen agotándose y que el general semivándalo tuviese que hacer equilibrios con los pueblos bárbaros asentados dentro y fuera del Imperio, e incluso con los ya derrotados, con el objetivo de contar con fuerzas suficientes para hacer frente a los nuevos usurpadores e invasiones.

Seguramente ésta fue la razón que subyace al nuevo enfrentamiento entre Honorio y Arcadio, alentado por Estilicón, muy consciente del mermado poderío real de Occidente y de la necesidad de tropas existente. En esta ocasión, el general no deseaba extender su autoridad sobre Constantinopla, sino que se conformaba con algo mucho más modesto, la devolución a Occidente de las diócesis de Macedonia y Dacia (antigua Dacia, hoy partes de Bulgaria, Serbia, y Montenegro), esto es, la mitad este de la prefectura del Ilírico, que en época de Teodosio habían sido traspasadas a la parte oriental del Imperio.

Su determinación era tan grande que se vivió un peligro cierto de guerra civil si Constantinopla no se avenía a la cesión. Y es que Dacia y Macedonia eran territorios en los que históricamente el ejército romano había realizado grandes reclutamientos, esto es, un «vivero» de soldados. Para hacer frente a la nueva amenaza de pueblos que se fraguaba al otro lado del Rin, de cuyos movimientos y acciones llegaban noticias, Estilicón necesitaba urgentemente tropas e incluso para atacar a Arcadio en caso de que se negase a la entrega de los territorios exigidos, y había una fuerza experimentada disponible, Alarico y sus godos. Fue entonces cuando el regente de Honorio no dudó en pactar secretamente con el visigodo, dando así la razón a los que sospechaban que en enfrentamientos anteriores le había permitido escapar con éste u

otro fin distinto. El precio del apoyo godo era bien conocido por Occidente: altos cargos militares para Alarico y asentamientos legales para su pueblo. Entre trasladar a estos nuevos pobladores a tierras de Honorio, provocando el malestar entre los terratenientes romanos, y consolidar legalmente el asentamiento de los visigodos en el Ilírico, territorio que ya ocupaban desde hacía nueve años, Estilicón optó por esta segunda alternativa, lo que suponía dominar finalmente la región antaño transferida a Oriente, pero el regente estaba decidido. Una vez cerrado su trato con Alarico, en el 407, vedó los puertos de Italia a las naves de Oriente y el rey godo invadió el Épiro (el antiguo Epirus, hoy Albania y norte de Grecia) en nombre de Honorio.

Pero este solo era uno de los frentes abiertos. El último día del año 406, un conjunto de pueblos bárbaros (suevos, vándalos y alanos), cruzaron el congelado río Rin a la altura del campamento legionario de Maguncia (la antigua Mogontiacum, hoy en Alemania), derrotando primero a su guarnición y tomando después Estrasburgo (la antigua Argentorate, llamada ya en el siglo V Stratoburgo, hoy en Francia) cuya población romana fue deportada al interior de la Germania no dominada por Roma. Sucesivamente, y dirigiéndose al oeste y al norte, los grandes núcleos de población fueron saqueados para luego descender hasta Orleáns (la antigua Aurelianum, también en Francia) y a las provincias de la antigua Galia Narbonense (entonces llamadas Gallia Narbonensis I y II y Viennensis). En poco tiempo, y sin apenas fuerzas para responder en todos los escenarios, se había perdido la mayor parte de la Galia, a lo que se sumaban las tensiones crecientes entre Arcadio y Honorio por el Ilírico y un nuevo problema, la usurpación de Constantino.

La sublevación del usurpador que llegó a ser denominado Constantino III (407-409), al frente de las tropas acantonadas en Britania, triunfó tras otras dos intentonas fracasadas de acceso y consolidación en la púrpura imperial, las de Marco y Graciano, depuestos y asesinados por las mismas legiones que les habían elevado al trono. No es de extrañar que estas insurrecciones se produjesen en Britania, pues se trataba de la provincia imperial más proclive a las sublevaciones durante los tiempos del Bajo Imperio. Detrás de éstas no latía un sentimiento de independencia de la población local, sino el descontento y los intereses de las élites

civiles y militares de la isla, que se sentían marginadas y abandonadas frente a sus problemas y con respecto al centro de toma de decisiones del Imperio y de reparto de honores y privilegios.

Constantino, cuyo nombre evocaba al de su homónimo del siglo IV, apodado el Grande, lo que le había granjeado la simpatía del ejército acantonado en la isla, se levantó a inicios del 407, cruzando el Canal de la Mancha y desembarcando en la Galia, donde pronto obtuvo su primera victoria frente a los bárbaros. Seguramente este hecho propició el que las legiones de la diócesis de las Galias se pusieran de su parte, pues encontraron un comandante en jefe que se hallaba sobre el terreno y hacía frente a los invasores. Un desbordado Estilicón hubo de afrontar los problemas paulatinamente y optó, como era costumbre históricamente en el Estado romano, por batir primero al usurpador antes que a los invasores. Sin embargo, la derrota de Constantino III no resultó rápida pues éste llegó incluso, tras pactar con los suevos, vándalos y alanos que saqueaban el sur de la Galia, a dominar temporalmente Britannia, Gallia e Hispania y a rechazar al general Saro y su ejército, enviados por Honorio tal y como se puede ver con mayor detenimiento en el capítulo siguiente. Todos estos problemas fueron minando la autoridad de Estilicón y dieron argumentos a sus enemigos.

EL FINAL DE ESTILICÓN

A este complejo panorama se sumó una nueva sublevación de Alarico, el cual, tras no recibir pago alguno por su defección de la autoridad de Arcadio, la ocupación de Épiro y el desistimiento por parte de Estilicón del ataque a Constantinopla si Oriente no cedía a sus pretensiones, tomó el camino de la invasión, pero en esta ocasión no hacia Italia sino más al norte, hacia la provincia de Nórico (el antiguo Noricum, hoy partes del norte de Italia, de Austria y de Eslovenia) que fue tomado por los visigodos, que ya amenazaban la Italia Anonaria. Desde allí hizo llegar al regente sus condiciones y oferta: el pago de 4.000 libras de oro a cambio de someterse de nuevo a la autoridad de Roma y luchar contra el usurpador Constantino III. Estilicón vio la oportunidad de cerrar este problema y contar a su vez con un ejército experimentado, por lo que aceptó sin dilación. Acto seguido planteó al Senado la necesidad reunir el dinero, pero el conjunto y calado de los problemas desencadenados habían mermado su credibilidad. Hubo quienes, de entre los senadores, le reprocharon los términos del acuerdo y el descontento o enemistad, antaño silenciosa y oculta, afloraron con fuerza. La situación de la Galia, la penetración de los bárbaros, la sublevación de Alarico y la imposibilidad de dar una respuesta firme y rápida habían terminado con su prestigio. Pese a todas las dificultades y descontentos, el Senado aceptó el pago, aunque hubieron de tomarse medidas desesperadas para reunirlo, como fue la requisa de metal precioso de los templos, con el consiguiente descontento de los fieles.

Situación caótica del Imperio romano de Occidente en el año 410, al poco de la muerte de Estilicón. (Fuente: Wikimedia Commons. Autor: De Paulusburg)

Los acontecimientos se precipitaron a partir de la primavera: de hecho, el emperador de Oriente, Arcadio, falleció el primero de mayo del año 408. Estilicón entonces propuso a Honorio que se quedase en Italia mientras él viajaba a Oriente y establecía una regencia sobre el trono de Constantinopla, ocupado por el niño de siete años Teodosio II (408-450). En definitiva, de nuevo unidas ambas partes, podría salvarse Occidente gracias al potencial del Imperio oriental. Mientras tanto Alarico marcharía contra Constantino III, el usurpador asentado en la Galia. Pero tales planes

fracasaron. Un alto cargo de la administración, un tal Olimpio, convenció a Honorio de las intenciones perversas de su hombre de confianza, a la vez que propagó la idea de que Estilicón lo que quería realmente era ir a colocar a su hijo Euquerio en el trono de Oriente. El 13 de agosto del 408, una trama perfectamente urdida por Olimpio desató una violencia atroz contra familiares y amigos del regente. El propio Honorio, para ir preparando el terreno, había hecho previamente un discurso encendido frente a las tropas contra su antaño hombre de confianza.

Es entonces cuando Estilicón llega a Rávena con el fin de poder hablar con el emperador, pero, sin poder hacerlo y advertido de la orden de arresto que pesa sobre él, se refugia en una iglesia de la ciudad. Convencido por la palabra dada por el comes Heracliano para que saliera de la misma a cambio de respetar su vida, y tras negarse a que su guardia y partidarios libraran combate alguno, se entregó pacíficamente, siendo ejecutado el 22 de agosto del año 408 tras ser condenado por Honorio, que tanto le debía, por crímenes contra el Estado.

El saqueo de Roma del año 410 (ver el capítulo XIV del libro), por los godos de Alarico, parece el epílogo lógico a tamaña ingratitud, más aún si tenemos presente las continuas victorias de Estilicón frente al rey visigodo.

XI

Las invasiones de Hispania del 409. El siglo más convulso de nuestra historia. (409-472)

Francisco José Gómez Fernández

INTRODUCCIÓN

Las enormes dificultades con las que se encontró Flavio Estilicón, a partir del año 406, para mantener la autoridad militar del Imperio occidental, y por ende la paz, dentro de sus propias fronteras, constituyen el germen de las invasiones bárbaras que, a partir del 409 d.C., sufrirá la Dioecesis Hispaniarum, la antaño provincia romana de Hispania.

Los problemas gestados en la brumosa y lejana Britannia provocaron, en el año 407, la sublevación de las legiones allí destacadas, que terminaron por proclamar augusto a un militar sin graduación cuyo nombre carismático, Flavio Constantino, recordaba el de aquel emperador homónimo, apodado el Grande, que evocaba tiempos no muy lejanos de reforma del Estado, economía prospera y seguridad en las fronteras. Y así, con el nombre de Constantino III (407-411), este «nuevo emperador» atravesó el Canal de la Mancha, con buena parte del ejército de Britannia, dominando la Gallia en una rápida maniobra y logrando la adhesión de sus legiones. No obstante, los peligros no habían terminado, ya que, desde hacía un tiempo, pueblos bárbaros -suevos, vándalos y alanos- habían invadido la Gallia, sometiéndola a pillaje. Constantino III hubo de pactar con ellos, firmando una serie de foedera o pactos, para lograr la paz interior y asegurar así el flanco sur de su joven Estado.

Habiendo dispuesto así los asuntos concernientes a la Galia toda, confirió a su hijo Constante el cargo de César y a continuación lo envió a Iberia; pretendía con ello apoderarse de las provincias de aquella parte, a fin tanto de incrementar su poder como de poner fin al dominio allí ejercido por los parientes de Honorio. Albergaba, efectivamente, el temor de que éstos tras reunir de la manera que fuese efectivos procedentes de las tropas de aquella zona, cruzasen los Pirineos y se lanzasen sobre él, y que al mismo tiempo desde Italia el emperador Honorio enviase contra él sus legiones para, rodeándolo por todas

partes, terminar con la usurpación.

Zósimo, Nueva Historia, VI 4, 1-2.

Efectivamente, su situación estratégica era comprometida. El clan teodosiano, el mismo que gobernaba el Imperio, era nutrido y poderoso en Hispania, de donde era oriundo su fundador, el emperador Teodosio, y buena parte de su familia. Los importantes apoyos con que contaban en esta provincia Honorio, hijo de aquel y titular del trono, y altos funcionarios del Estado podían acabar rápidamente con el sueño del usurpador una vez que, el general Estilicón, desde Italia, y los fieles a Honorio, desde Hispania, atacasen simultáneamente sus fuerzas en la Gallia. Por ello decidió garantizar su tranquilidad y consolidar su posición conquistando la península ibérica. Para ello Constantino III invistió como caesar a su hijo Constante y acto seguido lo envió a nuestra península, al frente de un ejército comandado por uno de sus mejores generales, Geroncio. Y así, en el año 407 d.C., sus tropas atravesaron los Pirineos y avanzaron hasta la Lusitania, posiblemente camino de Emerita Augusta, Mérida, capital de la Dioecesis Hispaniarum, sin encontrar resistencia de ningún tipo o ejército que le saliera al paso. Tras algunos reveses y cambios de fortuna en el campo de las armas, Hispania fue finalmente controlada por las tropas del usurpador Constantino. Sin embargo, al poco tiempo, y ante la ausencia de Constante, el ambicioso Geroncio se sublevó contra su señor, que reaccionó enviando a su hijo, junto al magister militum Justo, al frente de un ejército que acabase con la sublevación. Pero Geroncio actuó con rapidez controlando los pasos de los Pirineos con sus propias tropas, y, dada su necesidad de refuerzos, pactando con los bárbaros asentados en el suroeste de la Gallia, a los que permitió entrar en la provincia.

Era el otoño del año 409 cuando suevos, vándalos y alanos se desparramaron por la península. Tras siete siglos de presencia y administración romana, el último capítulo de dominio de la vieja urbe del Tíber sobre Hispania acababa de empezar.

HISPANIA, UNA DIÓCESIS PACIFICADA

Hispania ocupó, a lo largo de todo el Bajo Imperio romano una posición secundaria dentro del conjunto del Estado, pues se hallaba alejada del eje central Rin-Danubio-Constantinopla-Asia Menor sobre el que gravitaron la capital, la corte y el ejército. Contrariamente a lo que se pensaba hasta hace poco, su situación geográfica era poco trascendente desde el punto de vista militar. La supuesta importancia vital de su situación intermedia entre la Gallia y Africa radica más en una proyección moderna de la trascendencia estratégica de la Península, que en la percepción real que de ésta existía en época tardorromana.

La Dioecesis Hipaniarum, nuevo nombre asignado a la antigua Hispania desde la reforma de Diocleciano del 297 d.C., era un territorio en paz desde mediados del siglo III, muy alejado de los principales escenarios de conflicto o fronteras problemáticas. En realidad, su valor era mucho más económico que militar pues, además de los ingresos obtenidos a través de los impuestos que se pagaban, abastecía de metales preciosos, reclutas, caballos, cueros y cereales, a la capital imperial y a las legiones de las fronteras britana y germana. Esta aportación, o impuesto en forma de grano, destinado al sostenimiento de la capital o del ejército, se conocía como annona.

El que Hispania fuese un territorio situado en un escenario al margen de conflictos externos e internos, y de cierto calado económico, condicionó el que tuviese una escasa presencia de tropas, dedicadas más a labores de vigilancia y control de las vías de comunicación, por las que habían de pasar los impuestos, que a la defensa del Imperio. Precisamente, fueron estas unidades las que se hicieron sentir, por incomparecencia, en las invasiones del siglo V.

División administrativa de la Dioecesis Hispaniarum a inicios del siglo V, el momento de las invasiones. Esta distribución se realizó en época de Diocleciano. (Fuente: Wikimedia Commons. Autor: Arbaborix. Elaboración propia)

LA SUBLEVACIÓN DE CONSTANTINO III Y LA ENTRADA DE LOS BÁRBAROS EN HISPANIA (408-411)

A la entrada del ejército de Constante, hijo del usurpador Constantino III y su comandante en jefe o magister militum, Geroncio en el 408, no se opuso tropa organizada alguna, pese a contar con ellas en la península, según nos narran las fuentes. De hecho, su ejército atravesó los Pirineos y se dirigió a Caesaraugusta (Zaragoza), donde estableció su capital militar y administrativa. Acto seguido, Constante se dirigió a Emerita Augusta (Mérida), siendo entonces cuando Dídimo, Veriniano, Teodosiolo y Lagodio, poderosos latifundistas y familiares de Honorio, le salieron al paso. Según el historiador Zósimo, los dos primeros, movilizaron a las tropas acantonadas en la Lusitania, completando el contingente con sirvientes y esclavos, campesinos en general, procedentes de sus haciendas. Estas supuestas tropas han dado lugar a diferentes teorías. Según la Notitia Dignitatum Occidentalis, documento administrativo elaborado por la cancillería imperial a finales del siglo IV, o quizás a inicios del V, en el que se recoge la distribución y las funciones de las tropas acantonadas en el Imperio, en la Dioecesis Hispaniarum no había ejército más que al sur de la cordillera Cantábrica, en las provincias de Gallaecia y Tarraconensis, nunca en la Lusitania. De aquí el que se haya barajado la posibilidad de que Zósimo se equivocase, dado que no hay noticias ni restos arqueológicos de ejércitos regulares tan al sur. También se ha argumentado que podrían ser burgarii, guarniciones urbanas que se emplearon en la defensa provincial, o incluso un pequeño ejército regular que, a las órdenes del Vicarius Hipaniarum, máxima autoridad civil de la provincia, protegían Mérida, la capital de la circunscripción hispana.

Sea como fuere, lo cierto es que este contingente derrotó a Geroncio, lo que demuestra que su reclutamiento y preparación no habían sido improvisados, sino que habían comenzado muchos meses antes, seguramente en el 407, en el momento en el que Constantino III, ya en la Gallia, envió agentes a la Dioecesis a fin de

recabar la fidelidad de sus élites, y divulgar sus victorias contra los bárbaros y su intención de restaurar el orden y la grandeza perdidas por el Imperio. Dídimo y Veriniano, tras su primera victoria, se dirigieron hacia los Pirineos, con el fin de sellar los pasos y aislar así al resto del ejército invasor. Pero Constantino envió refuerzos desde la Gallia, en concreto a los Honoriaci, soldados bárbaros reclutados en Britannia a finales de la cuarta centuria por orden de Estilicón, siempre necesitado de tropas, que derrotaron a los partidarios de Honorio, apresándolos junto a sus familias. Una misión encabezada por Constante los llevó hasta Arelate (Arlés, Francia), capital del usurpador, donde fueron ejecutados. Muy posiblemente, Constantino III quiso emplear a los prisioneros para que mediaran con Honorio, dado su parentesco, a fin de pactar con él y lograr su asociación al trono imperial, pero la negativa de éstos debió de ser lo que determinó la ejecución de ambos y el que Teodosiolo y Lagodio huyeran a Constantinopla o a Ravenna. La resistencia interior había sido derrotada, e Hispania, gobernada por Geroncio, se sumaba a Britannia y la Gallia, territorios que formaron el efímero Estado de Constantino III.

Nada hace pensar en reacciones adversas de envergadura ante el nuevo gobierno. La administración de Constantino III había sido bien aceptada en el nuevo territorio, según nos narra el historiador Orosio. Los iudices o magistrados enviados a las ciudades habían tomado las riendas de la administración sin mayores problemas, ejecutando un plan bien calculado, pues en el momento de cruzar los Pirineos, junto al ejército de Constante atravesó también la burocracia encargada de la Cancillería Imperial y de organizar el territorio según las necesidades del nuevo gobierno. Geroncio y Apolinar, prefecto del pretorio- autoridad administrativa de mayor rango en ausencia del Emperador-, nombraron nuevos magistrados civiles y militares para las ciudades y guarniciones. En términos generales, da la impresión de que Hispania vivió un trasvase de poderes pacífico y que la población se mostró obediente, de aquí el que no se comprenda bien la autorización que Geroncio dio a los Honoriaci, al poco de derrotar al clan teodosiano, para saquear la cuenca del Duero, poblada de abundantes y prósperas villas. Las fuentes denominan a estas tierras Campi Palantini (Tierra de Campos) y su depredación hace pensar, bien en un modo de recompensar a los soldados, dada la escasez de oro con la que

contaba el general para pagar a sus huestes, o bien, en una forma de ganarse la lealtad de las mismas, o ambas cuestiones a un tiempo. Lo cierto es que muchas de las villas de Hispania cesaron su actividad en el siglo V, algunas debido a una violencia muy evidente, como muestran los niveles arqueológicos de destrucción o incendio. Otras, sencillamente, a causa del abandono súbito de su actividad, lo que indica un temor grande o un peligro inminente.

No menos compleja era la circunstancia en la que se hallaba el Imperio en su mismo centro. Una vez muerto Estilicón, Alarico campaba libremente por el norte de Italia, amenazando la milenaria ciudad de Roma. Britannia, acosada por las invasiones sajonas, había abandonado la fidelidad a Constantino III, que aún controlaba Hispania y la Gallia. Honorio sólo era señor de Ravenna, capital del Imperio de Occidente, y de Africa, donde el comes Heracliano había visto fracasar una invasión goda enviada por Alarico, el cual tenía problemas para alimentar a su gente en Italia. Incluso, el legítimo Honorio, había ofrecido a Constantino compartir con él el poder, nombrándole augusto. Tales eran los problemas de Roma a inicios del siglo V.

Solidus o moneda de oro del usurpador Constantino III. En el reverso se le representa victorioso con estandarte en la mano derecha y una victoria alada en la izquierda, mientras pisa a uno de sus enemigos vencidos. (Fuente: Wikimedia.org. Autor: De Classical Numismatic Group).

Fue entonces cuando Geroncio aprovechó la ocasión para hacerse con el control de Hispania, traicionando a Constantino III. Pese a que éste había enviado de nuevo a Constante a la península, junto al general Justo, con el fin seguramente de destituir a Geroncio, del cual ya no se fiaba, el ambicioso magister militum llevó a su ejército hasta los pasos de los Pirineos, retirando la tropa que allí había y cerrando así los pasos terrestres. A finales de septiembre o inicios de octubre de este 409, y como consecuencia quizás de un pacto previo, permitió el paso de suevos, vándalos y alanos que, tras cruzar el Rin en el 406, se habían instalado temporalmente en el sur de la Gallia.

Las dudas que sobre esta invasión se tiene son varias. No sabemos bien si estos pueblos entraron con un acuerdo previo que les convertía en parte del ejército de Geroncio, o si lo hicieron por pura necesidad, dado que habían consumido los recursos del sur de la Dioecesis Galliarum. Ignoramos igualmente el número de los que atravesaron, de hecho, se barajan cifras muy dispares, entre 200.000 y 500.000 individuos, cifras que son realmente imposibles de ajustar con rigor. Lo que resulta evidente es que no eran simples ejércitos tribales o bárbaros, sino pueblos en marcha, a la búsqueda de tierras donde asentarse, de ahí la verosimilitud del posible pacto y lo errático de sus movimientos, que dan la impresión de no responder a un plan trazado previamente. Su entrada forma parte de una guerra civil entre el usurpador Constantino y su antaño hombre de confianza, y se enmarca en un proceso agudísimo de desintegración de la autoridad romana. De lo que tampoco hay duda es del pánico e inseguridad que causaron sus saqueos. Las fuentes literarias son muy claras al respecto:

«Los Bárbaros que habían entrado en las Españas, devastan y asesinan en calidad de enemigos. La peste por su parte cumple no menos activamente su papel devastador.

Con el desenfreno devastador de los Bárbaros por las Españas y

mientras se ensañan a la vez el mal de la peste, el tiránico recaudador va arrebatando las riquezas y bienes guardados en las ciudades, y los soldados las agotan; se extiende el hambre cruel, hasta el extremo de que los hombres comen carne humana obligados por el hambre, incluso las madres comen los cuerpos de sus hijos muertos o cocidos por ellas. Las bestias acostumbradas a los cadáveres de los muertos por la espada, el hambre o la peste, acaban con los hombres más fuertes, y cebadas con sus carnes se lanzan a la destrucción de la raza humana.»

Hidacio, Cronicón, 16.

Ciertamente, el tono apocalíptico del texto indica, cuando menos, la impresión que de su momento histórico tenían los habitantes de la Hispania del siglo V. Pero ¿respondía este cúmulo de desastres a la realidad vivida? Muchos historiadores se inclinan por pensar que no, que las palabras de Hidacio, y las de otros cronistas contemporáneos, eran legítimas pero exageradas, pues están condicionadas por el sobresalto que les causaron sus vivencias y el impacto generado por el derrumbamiento de la tradicional autoridad romana. Se aduce con frecuencia que las ciudades hispanas, en general, no muestran niveles de destrucción, ya que los bárbaros no disponían de máquinas ni técnicas de asedio. No obstante, no es tan sencillo hacer tales aseveraciones sobre sucesos de 1.500 años atrás. Hay datos que hacen pensar que sí hubo un nivel considerable de destrucción, si no en un primer momento, sí a lo largo de toda la centuria.

La capital de la dioecesis, Emerita Augusta, fue saqueada al menos en dos ocasiones por los alanos y los suevos. De hecho, en el año 483, el gobernador godo Salla realizó con la colaboración del obispo Zenón, la reconstrucción de las murallas y del puente sobre el Guadiana, que se encontraba destruido. Tarraco, la actual Tarragona, fue devastada por el rey visigodo Eurico en la segunda mitad de la centuria; Carteia (San Roque, Cádiz) sufrió las depredaciones de los vándalos durante años hasta el momento de embarcarse hacia África, arruinando la economía pesquera de la zona al utilizar sus barcos para efectuar el paso del Estrecho; las

Insulae Balearum (Islas Baleares) sufrieron una suerte similar; Conimbriga (Coimbra, Portugal) fue totalmente arrasada por los suevos en el 467… Incluso es abundante el número de villas que muestran niveles de incendio, destrucción o abandono a inicios de este siglo V d.C. tan convulso.

A pesar de estas evidencias, algunos investigadores consideran que debemos dejar a un lado las ideas catastrofistas sobre el periodo. Argumentan que las rapiñas y saqueos más fuertes, debieron de sucederse en los primeros momentos para descender más tarde, tras el asentamiento definitivo de estos pueblos. Según ellos, de los diferentes núcleos urbanos saqueados, sólo Conimbriga sufrió daños irreparables, y, en el medio rural, defienden la teoría de que el hábitat, pese a sufrir ataques y destrucciones, continuó de manera general, no llegando a darse una devastación sistemática de villas romanas, salvo en casos de fuerte oposición. La mayoría fueron reutilizadas con posterioridad, pues muchas de las más importantes como La Cocosa, en Badajoz, Fraga, en Huesca, Quintana del Marco, en León y Fuentespreadas, en Zamora, tienen materiales de esta época y posteriores. La industria y el comercio prosiguieron también, pero con un carácter más local.

Ahora bien, llama la atención el hecho de que, hasta el momento, y con acontecimientos de carácter esencialmente bélico, las legiones acantonadas en Hispania, tal y como recogía la documentación oficial de la época, no hubieran hecho su aparición, como tampoco la hicieron en toda la centuria. En definitiva, la pregunta es ¿dónde estaban las legiones o el ejército romano de Hispania?

Mosaico central de la villa de la Olmeda (Pedrosa de la Vega, Palencia). La virulencia del siglo V se dejó notar en el abandono y destrucción de villae, como en este caso, pese a que el poblamiento continuase en términos generales. (Fuente: Wikimedia Commons. Autor: De Valdavia).

EL EJÉRCITO ROMANO DE HISPANIA, UNA INCÓGNITA SIN RESOLVER

No es habitual, en Historia Antigua, contar con un documento de tan alto y claro valor histórico y militar como es la Notitia Dignitatum tam civilium quam militarium. Éste es un informe oficial redactado, posiblemente, en los últimos años de la cuarta centuria o inicios de la quinta, y rectificado en varias ocasiones posteriores, que describía todos los cargos civiles y militares existentes, así como las tropas, de las que podía disponer el emperador, en cada una de las regiones o dioecesis del Estado. Dividido en dos grandes bloques, dedicados a cada una de las partes del Imperio, la occidental y la oriental, consta de más de 80 capítulos. Gracias al citado texto conocemos hoy con exactitud la distribución de las tropas romanas que había acantonadas en la Dioecesis Hispaniarum, y prácticamente en todo el Imperio, a inicios del siglo V, pero tan sólo en teoría. Siguiendo el documento, en su apartado XLII de la Pars Occidentis, correspondiente a Hispania, en el momento de la entrada de suevos, vándalos y alanos, las unidades militares estables en la península ibérica, sus mandos correspondientes y sus respectivos asentamientos eran los siguientes:

Unidad	Mando	Acuartelamiento
Legio VII Gemina	Praefectus legionis	*Legio* (León)
Cohors II Flavia Pacatiana	Tribunus cohortis	*Paetaonium* (Rosinos de Vidriales, Zamora)
Cohors II Gallica	Tribunus cohortis	*ad Cohortem Gallicam* (lugar de *Gallaecia* aún sin identificar)
Cohors Lucensis	Tribunus cohortis	*Lucus Augusti* (Lugo)
Cohors I Celtiberorum	Tribunus cohortis	*Iuliobriga* (Retortillo, Cantabria)
Cohors I Gallica	Tribunus cohortis	*Veleia* (Iruña, Álava)

Estaríamos, por tanto, ante un ejército formado por una legión y cinco cohortes, bajo el mando de un magister militum praesentalis a parte peditum, con calificación de limitanei, contingentes encargados de la vigilancia de fronteras, aunque no vigilaban ni se integraban en la defensa de una de estas divisorias o limites. En el improbable caso de que las unidades se encontrasen con sus efectivos al completo, algo poco frecuente en el Bajo Imperio, las tropas sumarían a cerca de 6.000 hombres.

Además de este ejército, la Notitia Dignitatum Occidentalis informa de que en Hispania había otras unidades bajo el mando de un comes Hispaniarum, aunque no se cita un lugar determinado de acuartelamiento. Estas tropas, cinco legiones comitatenses y once auxilia palatina, sumaban unos 10.500 hombres más, pertenecientes al ejército romano de maniobra, cuerpo mucho más eficaz y ofensivo que su homólogo limitanei, pero que no necesariamente habían de estar presentes permanentemente en la península.

En todo caso, y aunque el total el ejército, unos 16.500 hombres, hubiera estado presente en el momento de las invasiones, lo cierto es que no compareció en este momento crítico, lo que arroja una incógnita histórica, ¿dónde estaban las legiones?, y, como consecuencia, un buen número de hipótesis.

Una de las teorías apunta a la posibilidad de que las legiones hispanas realmente no estuviesen, sino que, entre el 402 y el 406, hubiesen sido llamadas por Estilicón para combatir a Radagaiso o a

Alarico, y que posteriormente no retornasen. Otra conjetura apunta a que estas unidades aceptasen, como hicieron las asentadas en la Gallia, la autoridad del usurpador Constantino III. No obstante, parece una posibilidad poco probable ya que, de haber sido así, el bisoño contingente militar de Dídimo y Veriniano difícilmente hubiera vencido a las tropas de Constante, que hubo de solicitar refuerzos a su padre. Además, ninguna de las fuentes escritas del momento -Sozomeno, Orosio, Hidacio y Zósimo-, hablan de un hecho tan destacado o siquiera lo apuntan.

Por otra parte, la presencia en la Dioecesis Hispaniarum de 5 legiones comitatenses, o ejército de maniobra, y 11 auxilia palatina, unidades de élite, han hecho pensar a los investigadores que la vieja Legio VII Gemina, había dejado de ser realmente operativa, y que se ocupaba de labores de vigilancia de caminos, escolta de tributos, policía… Esta hipótesis argumenta que la legión debió de irse disgregando paulatinamente, con el paso del tiempo, en varias cohortes distribuidas a lo largo del norte peninsular. Éstas estarían destinadas a controlar a las poblaciones más rebeldes, y menos romanizadas, que se extendían por la región del Duero, del Pisuerga y del noroeste de la Dioecesis, evitando así que desestabilizasen el territorio y amenazasen las vías de comunicación con el norte y con la Gallia, ruta habitual del paso de los tributos que se recaudaban en Hispania. Las citadas tropas conformarían un limes, o frontera, reforzado por torres de defensa y vigilancia, de las que habla el cronista del siglo V, Hidacio, y por la existencia de estaciones de control, ocupadas por las patrullas a lo largo de las calzadas.

Otros estudiosos, piensan que la célebre Notitia Dignitatum se halla falseada, o cuando menos equivocada, pues, o bien presentaba los datos referentes a las diócesis del Imperio tal y como debían ser teóricamente y no como eran en la realidad, o bien fue sufriendo modificaciones posteriores, por lo que realmente no había tropas comitatenses en Hispania en el año 409, sino que fueron enviadas con posterioridad, y recogidas entonces en el citado informe.

Por último, una línea de investigación distinta defiende que, a inicios del siglo V d.C., ya no existían legiones en Hispania, pues éstas habían dejado de existir a finales del siglo IV o quizás antes. La ausencia de una ceca en el territorio de la provincia, que acuñase

moneda para algo tan esencial como era el pago de las soldadas de la tropa, y de una fabrica armorum, esto es, una manufactura de armas donde producir y reparar el armamento de la legión, da argumentos a esta hipótesis que afirma que, desde el siglo II, el ejército romano destinado en nuestra península debió convertirse paulatinamente en un contingente de campesinos-soldados. Una vez pacificado el territorio, y sin conflictos de envergadura, durante más de doscientos años, los legionarios debieron dedicarse a labores agrícolas, tomando las armas ocasionalmente para hacer funciones de policía, protección de caminos, escolta de gobernadores… Ciertamente, y a decir de arqueólogos leoneses, no hay rastros arqueológicos militares en la ciudad de León, más allá de la segunda mitad del siglo III, por lo que se cree que, para la cuarta centuria, la legión habría desaparecido, como lo probarían las ausencias arriba expuestas.

LA CAÍDA DE GERONCIO Y EL REPARTO DE HISPANIA (411-418)

Al poco de la sublevación de Geroncio contra Constantino III y de franquear el paso a través de los Pirineos a los pueblos bárbaros, el general nombró emperador a Máximo (409-411), un subordinado suyo de origen hispano. El nombramiento era el modo de legitimar su poder ante los hispanorromanos y de comenzar a organizar su propia administración en la provincia que dominaba. Llegado el año 411 Máximo debió firmar un nuevo pacto, o foedus, con suevos, vándalos y alanos, en el que se procedía al reparto de Hispania entre estos pueblos. En poder de Máximo quedó la provincia Tarraconensis, en cuya capital, Tarraco, situó su corte y residencia.

Los suevos, pueblo germánico de origen centroeuropeo, agrícola y sedentario, ocuparon la Gallaecia costera, la más próxima al mar. Actualmente correspondería con la mayor parte de Galicia y el norte de Portugal. Curiosamente, fue ésta la nación invasora que más tiempo permanecería en Hispania, la única que daría lugar a un reino propio, pese a ser la menos numerosa de todas ellas. Gracias a Hidacio, obispo de Aquae Flaviae (Chaves, Portugal) e historiador, que hubo de convivir con ellos y les hizo el centro de su Chronica, tenemos un buen conocimiento de su trayectoria. Además, su pervivencia en el tiempo, mucho más allá de la de los alanos y los vándalos, les convierte casi de forma involuntaria en un pueblo protagonista de la historia de la Hispania de los siglos V y VI.

Del resto de la Gallaecia, la parte interior sita en la Meseta Norte, fue para los vándalos asdingos, mientras que los silingos se asentaron en la Bética. Los vándalos habían permanecido junto a suevos y alanos desde diciembre del 406, cuando cruzaron el Rin. En realidad, eran dos grupos bien diferenciados, vándalos silingos que procedían de lo que actualmente es la República Checa, y los vándalos asdingos, que estaban establecidos en la Dacia, la actual Rumanía. Eran viejos conocidos del Imperio romano, y ya hablan de ellos Tácito, Plinio o Dión Casio, entre otros. Según Procopio, este

pueblo ya había habitado en la provincia de Pannonia y bajo las leyes romanas, durante sesenta años, desde el gobierno de Constantino (306-337), pero acuciado por el hambre comenzó a moverse hacia Occidente, esto es, hacia el corazón del Imperio, en el año 390. Para el año 411, muy probablemente, quizá hubieran adoptado ya la vestimenta, ciertas costumbres e incluso el armamento romano, encontrándose muy integrados dentro del Estado que les acogía, y sin apenas elementos propios de su cultura originaria, de ahí la dificultad de identificar tumbas vándalas o restos de su cultura material en Hispania. Tengamos presente que la Notitia Dignitatum nos habla de un Ala octava Vandilorum encuadrada dentro de las unidades el ejército romano.

Por último, los alanos se establecieron en la Lusitania y la Carthaginensis, pero, pese a su centralidad geográfica dentro de la península, su protagonismo en este siglo fue escaso, prácticamente irrelevante. No eran un pueblo germano, a diferencia de los suevos o los godos, procedían de las estepas, eran comunidades nómadas, por tanto, ganaderas mucho más que agricultoras. Eran una nación sin cristianizar y guerrera, que atravesó el Rin helado en el 406 junto a otras comunidades bárbaras. Una vez en territorio del Imperio los alanos se dividieron en dos, poniéndose una parte bajo el mando de su rey Goar, que aceptó la autoridad romana, y otra, encabezada por Rependial, marchando junto a vándalos y suevos que permanecerían dos años en la Gallia, hasta el 409, cuando pasaron a Hispania. Al igual que los vándalos, ya habían servido tiempo atrás en los ejércitos de Graciano, Teodosio o Estilicón, tal y como señalan las fuentes.

Poco después de la firma del segundo pacto estos pueblos se vieron libres de cumplir los términos de éste, debido a la muerte de quien les había permitido el paso a la península. Efectivamente, Geroncio, que había derrotado a Constante en Vienna (Vienne, Francia), va a ser abandonado por sus tropas ante el temor que imponía el nuevo ejército enviado por Honorio, que había derrotado en Arelate (Arlés, Francia) a Constantino III. Acompañado de sus últimos fieles, Geroncio se retiró a Hispania, donde éstos terminaron por dejarle sólo, ante lo que se quitó la vida. Máximo, por su parte, el fugaz emperador elegido por Geroncio, dejó el trono y se refugió entre los bárbaros de la provincia.

Fue entonces cuando éstos comprendieron bien que el único pacto legítimo y sólido que podían firmar era con Honorio, o al menos con miembros de la dinastía teodosiana, por lo que enviaron una embajada a Ravenna. Esta comisión nunca recibió respuesta, de lo que se deduce que el legítimo emperador rechazaba el pacto, y no reconocía el foedus firmado entre estos pueblos y Geroncio o Máximo.

La segunda década del siglo V está fuertemente condicionada por la actuación del general Flavio Constancio, nuevo comandante en jefe y hombre de confianza de Honorio, que logró devolver a la autoridad romana la Gallia y buena parte de Hispania, donde las luchas entre los nuevos pobladores ya habían comenzado. Ahora bien, necesitado como estaba de tropas, dio un gran protagonismo a los visigodos, que actuaron como federados, lo que determinó a la larga su asentamiento definitivo dentro del Imperio y el final de éste.

El primer paso consistió en pactar con Valia (415-418), el nuevo rey de los visigodos. Una serie de circunstancias habían llevado a este caudillo al poder, sucediendo a Ataúlfo (410-415), que tras la muerte de Alarico (395-410) se había desposado con su más valiosa rehén, Gala Placidia, hermana de Honorio capturada durante el saqueo de Roma del año 410. Valia, necesitado de grano y tierras para su pueblo, y tras fracasar en su intento de pasar a África, llegó a un acuerdo con Honorio, hasta el que habían llegado en Ravenna varias embajadas de suevos, vándalos y alanos, para ofrecerse como foederati en el lugar de los visigodos. El nuevo foedus, firmado en el 416, comprometía a Valia a entregar a Gala Placidia a su hermano, y a expulsar a los pueblos bárbaros asentados en Hispania. En contrapartida recibiría de Roma 600.000 modios de trigo y tierras para asentarse, de salir triunfante de la nueva campaña. De nuevo contaba el emperador con un contingente de guerreros de gran calidad, dispuestos a recuperar Hispania para un Imperio que no renunciaba a sus viejas provincias.

La guerra fue breve, pero debió de ser muy intensa pues, aunque apenas tenemos detalles sobre la misma, lo cierto es que, en el corto periodo de tiempo que duró (417-418), los visigodos prácticamente exterminaron a los alanos y a los vándalos silingos. Causaron baja

incluso los monarcas de estas naciones: Fredebaldo, rey de los silingos, fue hecho prisionero, y Adax, el monarca alano, murió en el 418 a manos de los visigodos. La derrota de estos pueblos fue total, Roma recuperó el control sobre buena parte de los territorios hispanos, esto es, sobre la Lusitania, la Carthaginensis y parte de la Baetica; y los supervivientes de éstos, sin capacidad ni efectivos para resistir o reorganizarse, se refugiaron entre los vándalos de Gunderico, que a partir de ese momento se autotituló Rex Vandalorum et Alanorum. La ausencia total de referencias a las legiones en las fuentes escritas, en la Península, hace pensar que estos ejércitos ya habían desaparecido de la misma y que todo el peso de las acciones lo llevaba el ejército visigodo, a modo de foederati o federados.

Áreas de asentamiento de los pueblos invasores en Hispania. Solo la Tarraconensis permanece bajo control romano (Fuente: Wikimedia Commons. Autor: Alcides Pinto).

Fue en el año 418 cuando Valia y su pueblo fueron reclamados por Honorio, para que se asentaran en la Gallia, en la cuenca del Garona, antes de terminar su labor bélica en Hispania. En un primer momento les concedieron territorios en la Aquitanica Secunda (Aquitania, Francia), con capital en Burdigalia (Burdeos, Francia) pero Valia, desobedeciendo al Emperador, se trasladó hasta la Narbonensis Prima, poniendo su capital en Tolosa. Poco después murió el rey Valia ese mismo año, y su sucesor fue Teodorico I (418-451), hijo político de Alarico y primer monarca del Reino visigodo de Tolosa. El general Constancio, por su parte, y gracias a sus éxitos, llegó a ser augusto o coemperador junto a Honorio, con el nombre de Constancio III, en el año 421, el mismo de su muerte. De su matrimonio con Gala Placidia, hija de Teodosio, nació el que luego sería Valentiniano III (424-455), último emperador de la dinastía teodosiana, logrando Constancio para sí, aquello que tanto Estilicón como Ataulfo habían soñado y no vieron realizado: un hijo en el trono de Roma.

LA GUERRA ENTRE SUEVOS Y VÁNDALOS Y LA TENACIDAD ROMANA (418-429)

La salida de los godos de la península precipitó el enfrentamiento entre suevos y vándalos asdingos, asentados en la Gallaecia. Esta región había quedado al margen de las campañas de Valia, que, como ya hemos visto, no pudo culminar su labor. La causa del conflicto debió de estar en el intento de los suevos, asentados en la costa, de cruzar el territorio de los vándalos, situados más al interior, con el deseo de ampliar su territorio y buscar tierras agrícolas más fértiles o quizás eliminar a un enemigo potencial, como lo eran sus vecinos. El choque se produjo en el año 419, en los Montes Nervasos o Erbasios, a orillas del río Sil. Los vándalos de Gunderico (407-428), más combativos y numerosos, pusieron en serio peligro a los suevos de Hermerico (409-438) y fue entonces cuando Roma intervino, forzando a los vándalos a retirarse de sus posiciones ejecutando una doble maniobra. El comes Hispaniarum Asterio, al mando de un ejército que partió de la Tarraconensis, inició la ofensiva contra los vándalos, mientras que el gobernador de la dioecesis, el vicarius Maurocello, al frente de otra hueste, que contaba con unidades suevas, forzó a los vándalos a levantar el asedio de Bracara Augusta (Braga, Portugal). Algunos estudiosos creen que Roma pretendía mantener un equilibrio de fuerzas entre los bárbaros de la península, de manera que ninguno pudiera hacer frente al Imperio con solvencia, y, con el tiempo, recuperar sus antiguas provincias hispanas, de ahí que saliera en defensa de la nación más débil, los suevos.

Se han hecho cálculos sobre esta fuerza expedicionaria romana, que podía constar de entre 8.000 y 10.500 hombres, y cuyas unidades, salvo caballería, serían de infantería pesada, ligera y arqueros. Y es que, muy posiblemente, el ejército de Asterio sea el que se cita en la Notitia Dignitatum, que estaba formado por cinco legiones comitatenses, por tanto, un ejército combativo de maniobra; Fortenses, Propugantores seniores, Septimani iuniores, Vesontes y Undecimani; y quince auxiliae palatinae, unidades menos

numerosas. Llama la atención, y da noticia de la situación de excepcionalidad que se estaba viviendo en Hispania y en el conjunto del Imperio, el que fuese un cargo civil, como era el vicario, el que comandase tropas lo suficientemente veteranas como derrotar a tan duros adversarios como eran los vándalos y los alanos supervivientes, y que contase, entre sus aliados, con un contingente suevo, fruto quizás de un desconocido foedus.

Fue en este mismo año 420 cuando Roma, a través de su hombre fuerte Constancio III, intentó dar un golpe definitivo al poderío vándalo en la península. Buena parte del contingente asdingo había logrado escapar de la derrota de Bracara Augusta del 420, asentándose en la Baetica. Y fue entonces fue cuando el rey vándalo Gunderico animó y respaldó una segunda usurpación de Máximo, refugiado entre los bárbaros desde el 411, para así lograr una legitimidad en su asentamiento en Hispania, pero el Imperio estaba determinado a recuperar totalmente esas provincias. La muerte de Constancio en el 421 retrasó la ejecución del plan, pero en el 422, una vez solventado el vacío ocasionado, un poderoso ejército romano formado por 20.000 soldados y auxiliares godos al mando del magister militum Castino, llegó a la península. Sin embargo, no pudo derrotar a los vándalos debido al abandono de los godos y del comes Africae Bonifacio, a causa de enfrentamientos en la corte, entre Gala Placidia y Honorio, lo que obligó a Castino a refugiarse tras las murallas de Tarragona. Finalmente, será el comes Hispaniarum Asterio el que capturará al usurpador enviándolo a Ravenna, donde será ejecutado. Los años sucesivos conocieron el expansionismo vándalo por el sur peninsular y el litoral levantino, llegando a asaltar y ocupar la Baetica y la Carthaginensis e incluso, con los navíos apresados en sus puertos, saquear las Insulae Balearum y efectuar una incursión en el norte de África.

El segundo cuarto del siglo V está marcado por la personalidad del general Flavio Aecio, la figura dotada de mayor autoridad en el Imperio. A la cabeza de sus auxiliares hunos, logró primero derrotar a los burgundios y godos de la Gallia, reclutándoles luego y devolviendo el control de esta provincia al joven emperador. Mientras tanto, los suevos consolidaron su posición en el noroeste de Hispania, pese a las resistencias de determinados núcleos y poblaciones de Gallaecia. Una vez asegurado el «frente doméstico»

se extendieron hacia el sur, tomando la Lusitania e incorporando la Baetica y la Carthaginensis a su ámbito de influencia. Esta expansión encontró su freno a orillas del río Anas (Guadiana) en el 429, cuando el caudillo militar suevo Heremigario fue derrotado por los vándalos de Genserico (428-477), poco antes de que cruzase con su pueblo a África, a la Mauritania Tingitana, ese mismo año. Llamados por el comes Bonifacio, que estaba en guerra con el emperador, a su llegada se había restablecido la paz, lo que no convenció a Genserico para volver a cruzar el Estrecho de Gibraltar. En el 430, los 15.000 guerreros vándalos y alanos que formaban parte del contingente de 80.000 almas que llegaron a África, derrotaron a las tropas de Bonifacio, consistentes, según la Notitia Dignitatum, en treinta y una unidades comitatenses y palatinae de caballería e infantería. Una vez más, se duda de la fiabilidad de esta fuente histórica, ya que, de haber existido esa fuerza imperial y de estar bien pertrechada y entrenada, no hubiera sido fácil derrotarla e incluso pudiera haberse alzado con la victoria frente al ejército bárbaro. A partir de este momento, de nada sirvieron los intentos de Aecio para recuperar el norte de África, principal granero del Imperio; para lograr un pacto con Genserico que garantizase el abastecimiento de grano, o para garantizar la seguridad marítima que los vándalos, nueva potencia dominante en el Mediterráneo occidental, rompían constantemente con sus saqueos. La vieja circunscripción de Mauretania Tingitana habrá dejado de ser gobernada desde Ravenna.

Moneda de plata (siliqua) del usurpador Máximo de Hispania. Este no es el caso, pero se ha sabido de la existencia de algunos emperadores gracias a la numismática. (Fuente: Wikimedia Commons. Autor: Gemini Auctions).

El fin de Carteia

La Colonia Libertinorum Carteia (San Roque, Cádiz) presenta una de las manifestaciones arqueológicas más evidentes de las consecuencias que las devastaciones de los bárbaros dejaron en la

Hispania del siglo V. Carteia, puerto y ciudad, que había sido paso privilegiado entre Europa y África durante siglos, sufrió las depredaciones de los vándalos durante años, hasta el momento de embarcarse hacia África, arruinando la economía pesquera de la urbe y las factorías de salazón dependientes de esta. En el año 429, la necesidad de que los 80.000 vándalos cruzaran el Estrecho hizo que saqueasen cuanto encontraron en la ciudad, especialmente embarcaciones, cuya pérdida fue irreparable para aquellos que vivían de la pesca de bajura. Otro ejemplo de tales destrucciones lo tenemos en la villa romana de Sabinillas (Manilva, Málaga), muy próxima a esta ciudad y dedicada a la elaboración de salazones y de la famosa salsa de pescado llamada garum. Esta explotación fue incendiada y destruida a inicios del siglo V a manos de los pueblos invasores y nunca recuperó su actividad.

HISPANIA, DE PROVINCIA ROMANA A REINO VISIGODO (430-475)

Desde el momento de la partida de los vándalos hacia África el tablero de juego de Hispania va a quedar en manos tan sólo de dos jugadores: los suevos, movidos por sus ansias expansionistas, y Roma, deseosa de recuperar el territorio. No obstante, la necesidad de tropas federadas que tenía el Imperio, ante la carencia de ejército propio de envergadura, va a introducir en la partida a un tercer contrincante que, dada la debilidad de los dos primeros y su propia necesidad, aprovechará la ocasión y se hará dueño de la situación y, a la larga, de las propias provincias hispanas.

Al poco de la partida de los vándalos, los suevos atacaron el interior de la Gallaecia, donde los romanos resistieron la acometida desde la seguridad que les ofrecían las murallas de sus ciudades. En el 431, una comitiva encabezada por el obispo Hidacio de Chaves partió hacia la Gallia, donde se hallaba el general Aecio de campaña militar contra francos, con el objetivo de pedirle ayuda. No pudiendo ofrecer más en esa circunstancia, el auxilio llegó en forma de legado, pues Censorio, comes de Aecio, fue enviado a Hispania en el 432, donde reestableció la paz entre los suevos, la población hispanorromana y la plebis Gallaecia, término empleado para nombrar a algunas poblaciones del interior que vivían al margen de cualquier autoridad salvo la propia. Pero los suevos estaban decididos a aprovecharse de la debilidad romana y rompieron el tratado, avanzando hacia el sur y derrotando, en la batalla del río Genil del 438, a Andevoto, un jefe militar que comandaba tropas hispanorromanas, muy probablemente reclutadas y sostenidas por los latifundistas. Fruto de esta expansión fue la toma de la Lusitania, el saqueo la Baetica y la Carthaginensis, así como algunas de sus principales ciudades: Mérida en el 440 y Sevilla en el 441. Pero Ravenna no se resignó, y en el 446 envió de nuevo un ejército formado por federados godos y tropas romanas, al mando del Vito, magister militum de la Gallia, lo que indica que el cargo de comes

Hispaniarum ya no existía o que, cuando menos, las tropas que había en la península eran tan escasas que había de enviarse unidades desde otras provincias para acometer operaciones de importancia. Vito será derrotado por Requila (438-448), dejando sólo la Tarraconensis en manos romanas. A estas alturas el Imperio aún luchaba por sostenerse y, aunque no era sombra de lo que había sido, todavía controlaba Italia, la Galia, Dalmacia, Retia, el Nórico, la Tarraconense en Hispania y las grandes islas mediterráneas.

Ruinas del acceso al foro de Carteia. El saqueo y destrucción de algunas ciudades fue una constante en el siglo V. Carteia y Conimbriga son casos emblemáticos. (Fuente: Wikimedia Commons. Autor: De Falconaumanni. Trabajo propio).

En el año 448, y tras la muerte de su padre, Requiario (448-456) fue proclamado rey de los suevos. Éste concertó un tratado con los godos de Tolosa, sellando el mismo con un matrimonio con la hija del rey Teodorico I († 451). En su camino hacia la capital goda saqueó el territorio de los vascones, y, en el viaje de retorno, hizo lo

propio con la comarca de Caesaraugusta (Zaragoza), aunque sin llegar a tomar la ciudad. Es en este momento cuando el rey suevo unió sus fuerzas a la bagauda, un tipo de «guerrilla social» que apareció en el 441 por vez primera en Hispania, en concreto en Araceli y Tarazona. Sin embargo, la respuesta fue rápida pues, ese mismo año, Valentiniano III envió a la península a un general llamado Asturio que castigó duramente a los bagaudas de la Tarraconense, pero sin terminar con el problema. En el 449, Basilio, caudillo de la bagauda, dio muerte al obispo León de Tarazona, uniéndose a Requiario y saqueando conjuntamente el territorio de Caesaraugusta. También Ilerda (Lérida) fue objeto de su saqueo. Ambas depredaciones se desarrollaron en el 454, junto con la del territorio de Tarraco. Ante esta situación, el emperador encargó a Teodorico II (453-466), rey visigodo y federado de Roma, que terminase con el problema de los bagaudas en Hispania, los cuales fueron derrotados por Frederico, hermano del monarca bárbaro, entre el 448-451 y en el 454. Desde este momento, no se volvieron a tener noticias fiables de que los bagaudas en Occidente causaran problemas considerables. En todo caso, éste fue el momento en el que el poder suevo llegó a su máximo apogeo en la península.

El origen de la bagauda

A inicios del siglo V, la situación de grandes masas de población hispana era desesperada. Intelectuales del momento, tales como Orosio, Salviano de Marsella o Prisco, culpan de la situación al peso abrumador de los impuestos, que motivaron una revuelta económica y social conocida como bagaudismo. Este fenómeno comenzó en el sur de la Gallia, en tiempos de Galieno (260-268) (253-260), llegando a Hispania hacia el año 440.

Aunque los bagaudas actuaban en el campo, muchos de sus miembros eran gentes de procedencia urbana y extracción social muy diversa: hombres sin recursos, arruinados económica y

socialmente, antiguos esclavos, también fugados, soldados licenciados sin salida…, que se alinearon junto a un variado campesinado en similar situación de desamparo. Se puede decir que eran aquellos que no siendo libres aspiraban a serlo, o bien aquellos que siéndolo no podían soportar las cargas legales. No eran saqueadores, aunque precisasen de esta actividad para sobrevivir, eran grupos de expulsados del sistema que generaron una organización paramilitar, que hacía un tipo de guerra social que perduró incluso en época visigoda. Estas sublevaciones tuvieron una evidente importancia en la desintegración del poder político romano en la Dioecesis Hispaniarum, coincidiendo con la entrada de los invasores germánicos.

Una vez más, Aecio hubo de hacer equilibrios para poder mantener los restos del Imperio a flote. La invasión del Imperio romano de Occidente por los hunos de Atila, le llevó a emplear a la totalidad de los federados visigodos y de los pueblos asentados en la Gallia, con el fin de conjurar el peligro. En el año 451 tuvo lugar la batalla de los Campos Cataláunicos, donde Ravenna obtuvo una resonante pero no decisiva victoria. Ante tal situación, Aecio intentó resolver los asuntos de Hispania con un nuevo pacto. En el 452, sus embajadores firmaron un nuevo tratado donde se legalizaban y delimitaban las áreas influencia y asentamiento. Los suevos dominarían sobre toda Gallaecia y casi toda la Submeseta Norte, Lusitania y la parte occidental de la Baetica. En contrapartida, devolverían la Carthaginensis y reconocían la propiedad de este territorio, y de la Tarraconensis, al Imperio. El asesinato de Aecio en el año 454 animó a los suevos, que rompieron sus tratados e intentaron hacerse con toda la península, invadiendo los territorios reconocidos a los romanos. De nuevo los visigodos, al mando de su rey Teodorico II, fieles a sus pactos, actuaron como brazo armado de un Imperio cada vez más exánime, derrotando, en el 456, a los suevos en la batalla del río Órbigo, cerca de Asturica Augusta (Astorga, León). Acto seguido se dirigieron a Bracara Augusta, la capital sueva, y la saquearon, capturando y ejecutando a su rey Requiario en Porto, lo que terminó con su expansionismo peninsular.

Mapa de Hispania en el 560. Obsérvese la evolución de los asentamientos. Destaca la hegemonía territorial visigoda, la presencia consolidad de los suevos en el NO, la franja cantábrica fuera del control de suevos y la presencia de los bizantinos en el SE peninsular. (Fuente: Wikimedia Commons. Autor: De Sandboipedia).

Los años siguientes fueron una sucesión de luchas, depredaciones y destrucciones. Del mismo modo que el trono de Ravenna iba convirtiéndose en un símbolo sin autonomía en manos de los jefes bárbaros del ejército imperial, y el Imperio se iba desintegrando y cayendo en el caos, Hispania vivía un proceso similar. Teodorico II asedió Mérida, y en su regreso a la Gallia saqueó Palencia y Astorga; los jefes suevos lucharon entre ellos por el poder, y de nuevo los godos combatieron a los suevos en la Gallaecia y la

Baetica, contando con expertos romanos en el asedio de ciudades. Una vez más, en el 469, Eurico (466-484), rey de los visigodos, atacó a los suevos y tomó Mérida, mientras que las rapiñas se extendieron en los escenarios de conflicto peninsular. El golpe de gracia que determinó el dominio visigodo sobre Hispania llegó en el año 472, cuando dos poderosos ejércitos visigodos con participación también de tropas ostrogodas, arrebataron la Tarraconensis a Roma, la más estable de las provincias hispanas en la estructura del Imperio durante el siglo V. Este territorio obstaculizaba la comunicación o unidad entre las provincias galas e hispanas de Eurico, de ahí su determinación de conquistarla, ejecutando una estrategia envolvente sobre el valle del Ebro. Un ejército, al mando del dux hispano Vicencio, tomó Tarraco y a continuación las ciudades costeras restantes, mientras que el otro se dirigió desde Pompaelo (Pamplona) a Caesaraugusta, que también acabó siendo conquistada.

Eurico firmó un nuevo pacto, en esta ocasión con Julio Nepote (474-475), titular del trono de Occidente, en el que se reconocían sus conquistas en Hispania y la Gallia. Los últimos años del siglo V son muy desconocidos, dada la ausencia de fuentes. Eurico debió de dedicarse a la organización de su Estado y al asentamiento de población goda. Tras su muerte le sucedió su hijo Alarico II (484-507), que hubo de hacer frente a la presión de los francos sobre la Gallia y al consiguiente desplazamiento de población visigoda a Hispania, en concreto a la Tarraconensis. Y así, tras la definitiva caída de Roma y desintegración del Imperio en el 476, y la conquista de la Gallia por los francos de Clodoveo, tras la batalla de Vouillé (507), nacía la Hispania visigoda y se cerraba el siglo V, el más duro y sangriento de la historia de España.

XII

Atila, azote de Dios. Aecio, el último romano. (433-454)

José Ignacio de la Torre Rodríguez

INTRODUCCIÓN

Tras un convulso siglo III, en el que pareció que el Imperio romano se iba a disolver y que había de desaparecer en medio de conspiraciones, asesinatos, guerras civiles e invasiones persas y de bárbaros del norte, el emperador Diocleciano (284-305) y su sistema de la Tetrarquía contuvieron el desastre, dando oxígeno a un estado que, renovado en sus instituciones y aunque con evidentes tensiones internas (y, esta vez en menor medida, externas), consiguió sobrevivir con holgura durante la siguiente centuria. Solo al final de la misma, el Imperio empezó a dar señales de que, de nuevo, se deslizaba hacia abajo por una peligrosa pendiente (un emperador como Valente muerto en combate ante los godos en 378; pueblos bárbaros asentándose en territorio romano con permiso, sin que le quedara más remedio que darlo, del emperador, presión de los persas en las fronteras orientales...) que conduciría, ahora sí, al fin del mundo romano, al menos en Occidente y en sus vertientes política y militar. En efecto, con el imperio dividido políticamente desde 395 en dos mitades, Oriente y Occidente, la segunda de ellas verá en su trono a una serie de figuras (Honorio, Valentiniano III...) incapaces de enderezar la situación y que, además, temiendo ambiciones quizá infundadas, entorpecieron por acción u omisión (celos de cortesanos envidiosos y aún de los propios emperadores) el trabajo de figuras como Flavio Aecio que, sin vestir la púrpura, consiguieron hasta cierto punto prolongar la agonía, enfrentándose a enemigos de gran personalidad y capacidad, como el huno Atila. A continuación, el relato de lo que pasó.

LA MUERTE DE HONORIO

El 15 de agosto del año 423 Honorio moría en Ravenna. Emperador de la parte occidental de un imperio dividido por su padre Teodosio I entre él y su hermano mayor Arcadio, el imperio de Honorio fue, como mínimo, caótico y muy precario. En sus veinticinco años de mando, el imperio vio como sus fronteras fueron finalmente sobrepasadas por un conjunto de pueblos germánicos deseosos, ya no de un botín de guerra, sino de tierras donde asentarse y prosperar. Britania abandonada ante la imposibilidad de defenderla y asaltada desde el continente por anglos, jutos y sajones, la Galia ocupada por visigodos, burgundios y francos, Hispania por suevos, alanos y vándalos, tan sólo la península itálica parecía resistir al empuje de los bárbaros. Roma, la ciudad eterna, ya no ocupaba el lugar central del imperio pues había sido reemplazada por Constantinopla desde el siglo anterior, pero aún era un lugar sagrado de un mundo que se declaraba «romano». Roma, la urbe que había pasado muchos serios momentos, algunos de ellos descritos en los capítulos de este libro, pero se había mantenido en pie, sin ser conquistada ni atacada durante más de setecientos años, desde tiempos del jefe galo Breno. A inicios del siglo V, Alarico, caudillo visigodo, atacaba y desvalijaba la ciudad ante el estupor de todos: «en 410 Alarico (...) retornó hacia Roma, y la tomó por complicidad. Abandonó las casas al pillaje. Pero, por respeto al apóstol San Pedro, no osó tocar la basílica que está alrededor de su tumba, donde muchas personas se refugiaron, y fue allí mismo donde construyeron después una nueva ciudad sobre las ruinas de la antigua». (Sozómeno. Historia Eclesiástica.).

Sepulcro de Gala Placidia en Ravenna. Construido en planta de cruz griega, es uno de los monumentos paleocristianos más antiguos y conocidos. Interiormente revestido de unos preciosos mosaicos de temática cristiana.

Pese a los esfuerzos de su cuñado Flavio Constancio, magister militum de Honorio desde 410 y casado con la hermana del emperador Gala Placidia desde 417, que intentó mantener unido el imperio, poco pudo hacer salvo evitar que las invasiones bárbaras se extendiesen aún más, pactando con unos, comprando a otros o indisponiéndoles entre ellos en su propio beneficio. Flavio Constancio logró sus objetivos, la política y la extorsión lograban lo que el ejército parecía ya incapaz de conseguir.

A la muerte de Honorio se produjo un momento de duda, de vacío de poder que fue aprovechado por un funcionario de alto rango llamado Juan, quien logró coronarse emperador con el apoyo de los enemigos de la familia teodosiana. Juan quiso que su

nombramiento fuese ratificado por Constantinopla como forma de afianzarse en el poder, pero no fue así, es más, la parte oriental del imperio apoyaba al hijo de Gala Placidia y Flavio Constancio, Valentiniano III, como legítimo heredero del trono de su tío Honorio, dando así continuidad a la dinastía fundada por Teodosio. En 425, Constantinopla mandó un ejército que depuso a Juan, a quien asesinarían de forma cruel en Aquileia. Un reinado efímero, como otros muchos en la Historia de Roma, de escasa importancia si no fuese porque Juan envío a un tal Aecio, en el momento cura palatii o gobernador del palacio, a buscar el apoyo de un pueblo bárbaro del otro lado del Rin que Aecio conocía bien pues había vivido entre ellos unos años atrás en calidad de rehén de los hunos tal cual nos cuenta, entre otros, Gregorio de Tours. Su llegada con los refuerzos hunos fue inútil: la caída de Juan fue tan rápida que toda ayuda fue tardía, pero, sin embargo, no fue infructuosa, pues los hunos recibieron el oro prometido y Aecio su promoción social.

Sólido de Valentiniano III. Ceca: Ravenna. Destaca la imagen del emperador de pie de frente, pie derecho sobre serpiente con cabeza humana, sosteniendo cruz larga y Victoria.

Tras los dos años del reinado de Juan, Valentiniano III asumía el solio imperial. Apenas un niño de seis años, su reinado comenzaba con los mejores augurios posibles, se había logrado una cierta paz y

estabilidad interior que permitió al ejército romano obtener una serie de victorias contra visigodos y francos y se contaba con el apoyo decidido de Teodosio II, quien, para afianzar su control sobre Occidente, preparó a futuro el enlace de su hija de dos años Licinia Eudoxia con su primo Valentiniano III. El enlace solo se celebrará muchos años después, en 437. Mientras tanto él y Gala Placidia controlarían la minoría de edad del joven emperador. Sin embargo, ni el emperador oriental podía atender correctamente los problemas de Occidente ni Gala Placidia era conocedora de las tareas efectivas de gobierno, por lo que hubieron de buscar a alguien más que les ayudase y mantuviese con mano firme a Valentiniano III en el trono. De entre todos los posibles candidatos, quien finalmente sobresaldrá será Aecio.

Aecio

La mejor fuente sobre la vida de Aecio proviene de Gregorio de Tours (538-594), quien en el libro segundo de su Historia de los Francos (libro 2, VIII), recoge la información del historiador del siglo V Renato Profuturo Frigerido, contemporáneo de Aecio:

«Como hablaremos todavía mucho de este hombre, es conveniente mencionar su nacimiento y carácter. Su padre Gaudencio, era de la principal ciudad de la provincia de Escitia, entró en la milicia en calidad de doméstico para alcanzar el grado de magister equitum. Su madre Itala, era una mujer noble y rica. El hijo de ambos, Aecio, pretoriano desde la infancia, fue dado como rehén a Alarico y de allí a los hunos. Una vez yerno de Carpilio se encargó, en calidad de conde de los domésticos, de la administración del palacio de Juan. Era de estatura mediocre, de cuerpo vigoroso, sin debilidad ni pesadez, de exterior elegante y viril, con una mente muy viva; siendo además un caballero particularmente ágil, hábil para lanzar flechas, y muy diestro una vez con la lanza en la mano, propio a la guerra y excelente en la paz y las artes. Exento de avaricia, poseía los dones del espíritu sin que las malas inclinaciones lo apartaran del deber. Paciente ante los ultrajes, amante

del trabajo, impávido frente el peligro, tolerante al hambre, la sed y los desvelos. Es una certeza que desde su más temprana edad se le predijo el poder al que estaba destinado, y cuál sería su renombre en su tiempo y país».

Aunque su fecha de nacimiento nos es desconocida, por informaciones posteriores se concluye que Flavio Aecio –su nombre completo– debió de nacer en Durostorum (actualmente Silistra, en el Danubio búlgaro), provincia de Moesia Secunda, hacia el año 390.

Su padre Gaudencio fue un funcionario y militar al servicio de Honorio y de Estilicón, ocupando puestos tan relevantes como el de comes Africae. El joven Aecio, siguiendo la tradición romana, siguió los pasos de su padre, aunque su carrera se vio truncada cuando fue enviado al reino de los hunos como rehén, sin duda con otros muchos, en torno al 409-410, a la edad –por tanto– de unos 18/19 años. En territorio huno, Aecio hizo buenas amistades que luego utilizará a lo largo de su vida adulta y, sin lugar a duda, aprendió la forma de combatir de tan formidables guerreros, analizando sus virtudes y sus defectos, conocimientos que de nuevo le serán muy útiles cuando tenga que enfrentarse a ellos. Aunque se desconoce su tiempo de estancia entre los hunos, se calcula que el joven romano convivió con ellos al menos varios años, sin más pruebas que las circunstanciales.

Ruinas de la ciudad romana de Durostorum (Silistra, Bulgaria) a orillas del Danubio, que vemos en segundo término. Esta ciudad, primeramente, campamento militar, albergó a la Legio XI Claudia hasta su desaparición. En este ambiente campamental y fronterizo nació Flavio Aecio.

El breve reinado de Juan le dio la oportunidad de sobresalir por primera vez por sí mismo, no como hijo del comes Gaudencio, sino como Aecio, al ser enviado de nuevo a territorio huno para pedir su ayuda a favor de Juan y contra Valentiniano III. Su regreso, como dijimos, se produjo tarde y los nuevos gobernantes negociaron con él la retirada huna y su promoción a magister militum per Gallias, es decir, comandante en jefe de los ejércitos en la Galia, al mando –según estimaciones– de entre 20.000 a 30.000 infantes y 3.200 a 4.000 jinetes, un ejército grande en apariencia y sobre todo para la capacidad romana del momento, pero insuficiente para controlar y someter a los pueblos recién asentados. Sin embargo, su primera campaña militar como general fue victoriosa al lograr repeler el ataque de los godos de Teodorico contra Arelate (Arlés, Francia) poco después de su nombramiento (425-426), lo que le convirtió no solo en el incontestable comandante de las tropas en la Galia, sino sobre todo en un general victorioso, y el Imperio occidental hacía mucho que no celebraba una victoria.

Bonifacio. Comes Africae, 422-431 d.C. Ceca de Carthago (423-425 d.C.). Destaca la imagen de la Victoria, con casco, sosteniendo una corona en la mano derecha y la palma en el brazo izquierdo.

Mientras el clima político en Ravenna se enrarecía, Aecio combatía de nuevo, esta vez contra los francos, a los que venció. Dos campañas victoriosas seguidas y Aecio ya se había hecho un nombre.

El inicio de la década de los 30 del siglo V va a ser muy convulso en Rávena, con tres comandantes del ejército enfrentados entre sí (Bonifacio, comandante de los ejércitos de África; Félix, senior magister militum praesentalis y al cargo de Italia, y Aecio) con una emperatriz madre más pendiente de su propia agenda que de las necesidades del Imperio. Serán años difíciles pues la emperatriz siempre vio en Aecio un potencial enemigo, un hombre fuerte que podía hacer peligrar el trono de Valentiniano. Aecio siempre será visto como un peligro para Valentiniano III y acabará pagando por ello cuando el joven emperador ya no le vea necesario.

A nivel personal, Aecio se casará dos veces. Con su primera esposa tuvo un hijo llamado Carpilio; con Pelagia, su segunda esposa, viuda de su rival Bonifacio, tendrá un varón que le sobrevivirá, llamado Gaudencio y también se piensa que pudo tener una hija de

este segundo matrimonio.

Todo esto sucedía en Occidente. Por su parte, al otro lado del Danubio, Octar, rey de los hunos junto con su hermano Rua, murió en un ataque contra los burgundios. Ambos eran tíos de Atila.

LOS HUNOS

En el año 376, a las guarniciones romanas a lo largo del Danubio llegaron noticias de movimientos de pueblos al norte del río. Valente, corregente del imperio junto a su hermano Valentiniano I, era un hombre conocedor de los problemas en las fronteras, pero esta vez se trataba de algo diferente. Se decía que los pueblos situados entre el Tisza y el Mar Negro estaban inquietos. Un pueblo desconocido proveniente del este estaba atacándoles con gran ferocidad provocando un gran terror entre ellos y que mucha gente se agolpase en la frontera romana buscando la protección de las águilas. Lo que había sucedido es la destrucción del reino godo de Hermanarico a manos de los hunos: «Así pues, los hunos, una vez invadidas las regiones de los alanos conocidos tradicionalmente como tanaitas –que habitan junto a los greutungos [los godos de Hermanarico]–, después de asesinar y de robar a muchos de ellos, hicieron un tratado con los demás. Y así, contando con esta ayuda, atacaron ya más confiados y por sorpresa los extensos y fértiles territorios de Ermenrico [Hermanarico] (…). Azotado, pues, por esta súbita tempestad, intentó aguantar y permanecer firme durante bastante tiempo. Pero, como la fama iba exagerando las calamidades que se le venían encima, se libró de ese serio peligro suicidándose». Amiano Marcelino, Historia, 31. 3. 1 y 2.

Pero, ¿quiénes son los hunos y de dónde provienen? Los escritores romanos lo tenían claro. Para Amiano Marcelino se trata de gente originaria de las estepas asiáticas, así en general, sin ser capaz, ni él ni ningún otro cronista, de darnos ninguna información más detallada o relevante. Para el Imperio, los hunos solo empiezan a ser relevantes cuando aparecen en las fronteras de los alanos y los godos al otro lado del estrecho de Kerch, en el mar de Azov, entre el Don y el Volga. «Hallándose en tal punto estos sucesos, una tribu bárbara, desconocida con anterioridad y que entonces irrumpió súbitamente, se abatió sobre las tierras de los escitas transdanubianos. Les daban el nombre de hunos, ya se trate de los llamados escitas reales, ya de aquellos habitantes del otro lado del

Danubio - chatos y de cuerpo mezquino - que menciona Heródoto, ya de gentes que pasasen de Asia a Europa. Pues también encontré esto registrado: que el Bósforo Cimerio, cegado por los aluviones del Don, les permitió pasar a pie de Asia a Europa». (Zósimo. Nueva Historia, IV, 20).

Hoy en día tenemos mucha más información de la que disponían los autores romanos sobre el origen de los hunos, aunque, en realidad, Amiano Marcelino ya nos había bien encaminado. Los hunos provenían de las estepas, estaban emparentados con los Xiongnu de Mongolia, pero en su avance hacia el oeste se habían mezclado con sármatas, escitas y otros pueblos asiáticos para, al llegar a Europa oriental tras doscientos años de migración, mezclarse de nuevo, esta vez con alanos, godos y romanos. La descripción que hacen de ellos Jordanes y Prisco, recuerda mucho a individuos de tipo mongoloide.

Tras derrotar a los godos, los hunos se dispusieron a franquear las fronteras romanas de los Balcanes. Poco sabemos de estos momentos, pero sí que el recién proclamado emperador Teodosio I (379-395) tuvo que hacer frente a diversas bandas de bárbaros, incluidos hunos, que habían sobrepasado el limes. Sin embargo, no será hasta el invierno de 395 con el Danubio helado, cuando los hunos vean la oportunidad adecuada de invadir el imperio. Tracia y Dalmacia fueron devastadas por este nuevo enemigo, mucho más violento que cualquiera de los anteriores contra los que Roma se había enfrentado. Pero no fue solo Europa quien sufrió los embates de los hunos, pues en este mismo periodo Armenia y Capadocia también fueron atacadas por ellos, con un nivel de destrucción desconocido hasta entonces.

«Pero ahora no voy a contar las calamidades de algunos infortunados. Mi alma se horroriza de hacer el recuento de los desastres de nuestro tiempo. Hace veinte y más años que, desde Constantinopla a los Alpes Julianos, se derrama diariamente la sangre romana. Escitia, Tracia, Macedonia, Tesalia, Dardania, Dacia, los Epiros, Dalmacia y todas las Panonias están devastadas, despobladas y saqueadas por godos, sármatas, cuados, alanos, hunos, vándalos y marcómanos. ¡Cuántas matronas, cuántas vírgenes de Dios y personas libres y nobles no han

sido escarnio de estas fieras! (…).

El orbe romano se derrumba, y, sin embargo, nuestra cerviz muy tiesa, no se dobla. ¿Qué ánimos crees tú que tienen ahora los corintios, los atenienses, los lacedemonios, los árcades y la Grecia entera, en que mandan los bárbaros? Y, a la verdad, sólo he nombrado unas pocas ciudades en que florecieron antaño reinos no pequeños. De estos desastres parecía estar inmune el Oriente, al que sólo las noticias consternaban; pero, el pasado año, desde las rocas del Cáucaso, nos han invadido manadas de lobos, no de la Arabia, sino del Septentrión, que en tan poco tiempo han atravesado tantas provincias. ¡Qué de monasterios saqueados, cuántos ríos han cambiado sus aguas por sangre humana! Ha sido sitiada Antioquía, así como las otras ciudades que bañan a su paso el Halis, Cidno, Orontes y Éufrates. Manadas de prisioneros han sido arrastrados; Arabia, Fenicia, Palestina y Egipto están ya prisioneras por el terror». (San Jerónimo. Cartas, LX, 16).

Ilustración francesa de la Historia de Francia de François Guizot (1872-1875). Representa la imagen típica que Europa tenía de los hunos, guerreros temibles, absolutamente salvajes y carentes de escrúpulos.

No se documentarán más ataques hunos hasta bien iniciado el siglo V, momento en el que ya conocemos el nombre de alguno de los ¿cabecillas/reyes? hunos. Uldin no era un desconocido para Roma, quien había usado sus servicios en 406 para vencer en Fiesole (Italia) a un ejército godo, al mando de su rey Radagaiso, que pretendía invadir Italia. En 408, Uldin vio una oportunidad de atacar la frontera debido a los compromisos militares de ambos imperios. Cruzó el Danubio y logró conquistar la fortaleza de, probablemente, un cabecilla huno, cruzó de nuevo el citado río y logró conquistar la fortaleza de Castra Martis (actualmente Kula al noroeste de Bulgaria junto a la frontera con Serbia) en la provincia de la Dacia Ripensis. Usándola como como base, de nuevo devastó Tracia. La vasta experiencia romana con pueblos bárbaros hizo que con persuasión y mucho oro los hunos se retirasen a sus dominios. Tan solo habían pasado poco más de treinta años desde su aparición en el horizonte del mundo romano y ya su simple mención provocaba terror en las poblaciones fronterizas del Danubio.

Sin embargo, y contra todo pronóstico, Roma y los hunos formarán durante las décadas siguientes una importante alianza beneficiosa por igual. Los hunos servirán al Imperio, a cambio de mucho oro, como tropas de choque de primera línea contra los pueblos barbaros que buscarán acomodo en territorio imperial.

El año 409 es crucial. Durante el invierno, aprovechando el Rin helado, pueblos del otro lado del limes germánico cruzan el río con todas sus familias y enseres para asentarse en territorio romano y ningún ejército de Roma parece capaz de impedírselo. Es en este momento, cuando un joven Aecio es enviado a la corte de Uldin como parte de la garantía que Roma daba por la ayuda recibida.

EL ÚLTIMO ROMANO

Aecio será considerado el último gran líder romano occidental, representante de las viejas tradiciones romanas que hunden sus raíces en Escipión, César, Augusto y todos los grandes líderes militares de los siglos anteriores. Su importancia será tal que la historiografía divide el último medio siglo del Imperio romano occidental en dos fases, una primera correspondiente al gobierno de Aecio, momento en el que a duras penas el gobierno se mantuvo estable e incluso hubo sobresalientes victorias militares, y una segunda fase tras su asesinato, en la que las cosas se precipitaron hacia el cada vez más inevitable final.

En 433 Aecio será confirmado como comes et magister utriusque militiae, en definitiva, el hombre fuerte del imperio, quien lo gobernará en nombre del adolescente Valentiniano III. Su política reflejará la débil situación del imperio, que tendrá que pactar continuamente con las tribus bárbaras asentadas en las ricas tierras romanas, aunque siempre desde una posición de superioridad, muchas veces más moral que real. Los bárbaros veían Roma como un faro civilizador, una cultura superior a la suya y con un ejército tan potente que había conseguido mantener incólumes unas fronteras lejanas durante siglos. Para ellos, como decimos, tan solo con ser parte de ese mundo era, al menos en las primeras décadas, más que suficiente y por ello se fomentó la rápida incorporación de sus élites a la clase potentada romana, siguiendo un modelo de asimilación que a Roma le había funcionado durante toda su historia. Aecio, como dijimos, será consciente de todo ello y fomentará esta asimilación.

Aecio centrará gran parte de sus esfuerzos en la recuperación de las Galias, las tierras más ricas del Imperio occidental tanto en lo que se refiere a recursos económicos como humanos. Hispania no tuvo tanta fortuna y, en cierto modo, fue dejada a su suerte, pues tan solo se hicieron esfuerzos diplomáticos con los suevos tal y como recoge Hidacio, de los que sin embargo, los especialistas no se

ponen de acuerdo en si tuvieron éxito o no. Lo cierto es que, tras unos años en los que los suevos parecieron conformarse con las tierras cedidas en el noroeste de la península, aprovecharon los momentos de debilidad del Imperio, que hacían que los ya magros recursos romanos se concentrasen en un determinado problema alejado (como será el problema huno o el vándalo norteafricano) para expandir su territorio y minar, aún más, la autoridad romana en Hispania. Así sucederá en la década de 440, cuando tras una fuerte invasión sueva que conquistará ciudades como Olissipo o Emerita Augusta (Lisboa y Mérida respectivamente), Roma tendrá que reconocer nuevamente su incapacidad de rechazar a los suevos pese al envío de diversos comandantes militares a las provincias hispanas y tan solo se pudo controlar gran parte de la Bética y la Tarraconense. Los suevos habían logrado asentarse en el noroeste hispano de forma estable y Roma no podía evitarlo.

Como decimos, la Galia era el verdadero problema, Desde varias décadas atrás, en dicho territorio se habían instalado diversos pueblos bárbaros como los francos, los visigodos y los burgundios, amén de que habían surgido diversos movimientos bagaudas muy organizados como el de Tibatto en 435, que costó dos años sofocar. Los visigodos fueron los primeros en comprobar la fortaleza de Aecio. En 436 se atrevieron a asediar la ciudad de Narbo (Narbona, Francia), capital de la Narbonense y el líder romano mandó a su subordinado Litorio con un ejército, en su mayoría compuesto por hunos, en este momento, por las relaciones personales de Aecio con su rey, aliados fundamentales del Imperio. Tras tres años de enfrentamientos, ninguno de los dos bandos logró imponerse, renovándose el tratado de 418. Si para los visigodos fue un fuerte contratiempo en sus ansias expansivas, creemos que para Roma fue aún peor, pues mostró su incapacidad de, incluso con ayuda externa, imponerse en el campo de batalla.

Gracias a esta política pactista y, cuando fuese necesario, beligerante, a finales de la década de 430 el Imperio occidental parecía en paz. Las fronteras del Rin aparecían aseguradas y, aunque de forma inevitable, Britania parecía perdida. Las tribus germanas asentadas en territorio imperial parecían querer vivir en paz bajo el dominio romano, aunque siempre con un fuerte grado de autonomía. Sin embargo, no todos estos pueblos pensaban igual

y los vándalos, que habían entrado en el imperio por la Galia y habían intentado asentarse en Hispania, cruzaron el Estrecho de Gibraltar. En tierras africanas ocuparán las zonas más alejadas de la Mauretania donde, por unos años, pudieron residir en paz. Roma mostró poco interés en recuperar dichas tierras tan alejadas y tan marginales económicamente hablando. Sin embargo, unos pocos años más tarde serán un serio problema.

Tras un tiempo residiendo en esas tierras, los vándalos marcharon contra Chartago y ocuparon la posesión más preciada del Imperio occidental en la región, no sólo por ser la provincia más rica, un auténtico granero, sino por tratarse de una zona que amenazaba directamente a Italia y, en tercer lugar, por el significado histórico de Chartago para los romanos.

Desde inicios de la siguiente década, los vándalos, que habían aprendido a navegar y a dominar los mares, comenzaron a amenazar todas las tierras costeras sicilianas e itálicas, obligando al debilitado imperio a hacer un esfuerzo extra para fortificarse y repeler a los enemigos. Aunque se consiguieron muchas victorias contra ellos con la fuerza combinada de Oriente y Occidente, el problema vándalo será recurrente durante las décadas siguientes.

ATILA, AZOTE DE DIOS

No sabemos ni dónde ni cuándo debió de nacer Atila. Se cree que tendría más o menos la edad de Aecio y se piensa que nació entre finales del siglo IV e inicios del V a tenor de informaciones de autores posteriores. Atila vino al mundo en la familia real pues sus tíos Ruga (o Rugila) y Octar eran los cogobernantes del imperio huno según la tradición de reyes duales entre este pueblo. A la muerte de sus tíos, Atila y su hermano mayor Bleda ocuparon sus lugares en torno al año 432.

Poca información disponemos de Atila. Los romanos, sus enemigos, le van a presentar como alguien peligroso, poco fiable y muy capaz.

«Aquel hombre había venido al mundo para conmover su nación y hacer temblar la tierra. Por no sé qué fatalidad, formidables ruidos le precedían, sembrando por todas partes el espanto. Era soberbio en su marcha, paseando las miradas en derredor y revelando el orgullo de su poder hasta en los movimientos del cuerpo. Gustábanle de las batallas, pero reprimíase en la acción; era excelente en el consejo, dejándose conmover por las suplicas y siendo bueno cuando una vez había concedido su protección. Bajo de estatura, tenía ancho el pecho y gruesa la cabeza.»

(Jordanes. Getica, XXXV).

Pese a esa imagen de Atila como un salvaje, capaz de cualquier tipo de crueldad, en algunos países centroeuropeos, es visto como un héroe nacional. Así sucede en Hungría donde por todas las ciudades

hay calles y monumentos dedicados a su honor.

Durante los siguientes trece años Bleda y Atila gobernarán conjuntamente a los hunos, compartiendo el poder y siendo responsables comunes de todas las acciones, sean paces o guerras, que este pueblo tendrá con sus vecinos. Sin embargo, esta diarquía huna acabará trece años más tarde cuando Bleda muera en el transcurso de una cacería en 445 de forma inesperada. Para las fuentes clásicas como Prisco, fue Atila quien asesinó a su propio hermano, pero parece ser un simple infundio para darnos muestra de la iniquidad y ambición del personaje. Sea como fuere, desde ese momento, Atila será gobernante único del gran imperio huno.

LOS HUNOS INVADEN EL IMPERIO ROMANO

Roma ya llevaba algunas décadas conviviendo con los hunos. De una forma interesada por ambas partes, ambos imperios habían encontrado la forma de relacionarse para su mutuo beneficio y, mientras los hunos se mantuviesen fuera de las fronteras imperiales, Roma utilizaría su servicio como mercenarios en sus continuos intentos - como hemos visto - de retomar el control de, principalmente, la Galia. El contacto con la superior civilización romana permitió que la vida dura de los nómadas hunos mejorase y el oro fue utilizado para prepararse para la siguiente fase de su plan expansivo. Sin embargo, será la retirada romana de la frontera del Danubio para cubrir las necesidades del flanco sur (Sicilia y la costa itálica), la que indirectamente dará el punto de arranque de la invasión huna del imperio a cuya cabeza se encontrarán Bleda y su hermano, el celebérrimo Atila.

En 440 los hunos inician su campaña expansiva y ni siquiera Aecio, punto de unión entre hunos y romanos, parece convencerles, ya se sienten suficientemente fuertes. Los primeros ataques se produjeron contra Viminacium y Margus (Kostolac y Dubravica, respectivamente, ambas localidades se hallan dentro del término municipal de Požarevac, Serbia) y aunque se retiraron a sus dominios al otro lado del Danubio, el ataque mostró la debilidad del sistema defensivo romano occidental que se veía superado en todos los frentes. Con todo, Occidente no era el objetivo de Atila, sino el rico Oriente, Constantinopla, contra quien luchó durante todo el decenio siguiente, dando un respiro al imperio occidental.

A finales de la década de 440, Atila se volvió contra Occidente ya que el Imperio oriental, pese a sus riquezas, era un enemigo formidable mientras que Occidente claramente era muy débil. Aunque no hubiera sido necesario, Atila tenía un doble motivo para iniciar la invasión. Por un lado, la hermana del emperador –llamada Honoria– parece ser que escribió a Atila prometiéndole la mitad del Imperio occidental si se casaba con ella, librándola así de la

reclusión a la que estaba sometida por su hermano el emperador Valentiniano III; por otro, un asunto turbio de una pieza de oro que tenía un banquero que no quería entregársela a Atila. Sea como fuere, ambos son solo pretextos. Atila tenía todo bien preparado desde hacía tiempo para iniciar su campaña occidental a inicios de la década de 450. Sin embargo, el caudillo huno no tuvo en cuenta el punto fuerte de Roma, y es que donde las armas romanas ya no llegaban, al menos sí lo hacía su diplomacia y Aecio consiguió mantener de su lado a algunos de los pueblos germanos con los que, mal o bien, había lidiado en las últimas dos décadas. Especialmente importantes serán los visigodos de Teodorico I (418-451).

La invasión huna de Occidente se produjo desde el este del Rin, en la zona de Mogontiacum (Maguncia, Alemania), ciudad que fue devastada, a la que siguieron otras localidades fronterizas como Augusta Vangionum (Worms) o Augusta Treverorum (Tréveris), y otras del norte de la Galia como Divodurum (Metz) el 7 de abril, Durocortorum (Reims) o Aurelianum (Orleáns) antes de junio.

Aecio rápidamente salió a su encuentro y ambos ejércitos, el huno y el compuesto por romanos, visigodos, francos, sajones y burgundios, se encontraron en los llamados campus Mauriacus o Campos Cataláunicos, donde los hunos serán derrotados y tendrán que retirarse de forma desordenada al otro lado del Rin. La victoria de Aecio fue contundente, pero no fue una victoria romana, fue una victoria de unos aliados que defendían sus tierras contra un enemigo común. Los germanos, que ya llevaban cuarenta años asentados en tierras imperiales, comenzaban a mirar a Roma de igual a igual.

La batalla de los Campos Cataláunicos

Tras haber liberado Aurelianum (Orleáns, Francia), el ejército de los hunos y sus aliados (gépidos, germanos y ostrogodos) se enfrentaron contra la alianza de romanos, visigodos, francos, sajones y burgundios, un ejército de muchos pueblos donde el

visigodo Teodorico I tenía un peso muy destacado, aunque el generalato lo mantendrá el romano Flavio Aecio.

No tenemos la completa seguridad de dónde se encontraron ambos ejércitos, aunque de forma general se considera que fue cerca de la localidad francesa de Châlons-en-Champagne (dept. de Marne). El ejército aliado perseguía a los hunos que, tras devastar el norte de la Galia, habían decidido retirarse a sus bases seguras al otro lado del Rin. La cercanía de ambos ejércitos obligó a los hunos a detenerse y plantear una batalla probablemente no deseada, pero, de alguna forma, inevitable.

No existe ningún documento que nos dé la versión huna de la batalla, tan solo la versión romana, que idealizará la batalla como un gran éxito romano al mismo nivel que las grandes victorias de Julio César, la vuelta a los viejos buenos tiempos. Entre estos cronistas destaca Jordanes, que sigue a Prisco. Su Getica nos da un vívido relato de lo allí sucedido. Durante las horas previas a la batalla, que había comenzado con una fuerte escaramuza el día anterior, mostró su peor cara para los hunos cuando, al analizar las entrañas del tradicional sacrificio de sus adivinos, dedujeron que el resultado de la batalla iba a ser desastroso para los intereses hunos pues una gran derrota les esperaba. Ahora bien, que uno de los líderes de los aliados, ¿quién sabe si el propio Aecio?, caería en el campo de batalla.

La batalla comenzó tarde. Se especula que fue debido al tamaño de los ejércitos y la compleja disposición táctica. Ambos ejércitos se conocían suficientemente bien, habían combatido tantas veces como aliados como en campos contrarios, de modo que, cualquier ventaja táctica quedaba rápidamente anulada. Tan solo la fuerza y la determinación de cualquiera de los bandos, marcaría la diferencia.

El campo de batalla era una planicie con un pequeño cerro de pendientes pronunciadas que dominaba el lugar de acción, por lo que su control era importante para cualquiera de ambos bandos. Del lado aliado, según Jordanes, los romanos ocupaban la zona izquierda del dispositivo, los visigodos la derecha y los alanos, el centro; del lado huno, éstos ocupaban el centro, mientras que sus aliados se posicionaban en sus alas.

La primera fase de la batalla se centró en el control efectivo del cerro y aunque ambas partes lucharon denodadamente por él, al final serán los aliados, con Aecio y Teodorico, rey de los visigodos, a la cabeza, quienes se hagan con su control, rechazando a los hunos y obligándoles a retirarse en un cierto desorden que provocó el colapso de la línea huna sin que Atila pareciese ser capaz de recomponerla. Tras haberlo logrado, la lucha se intensificó y, según Jordanes en su Getica, XL:

«y la lucha se volvió feroz, confusa, monstruosa, implacable, una lucha que ningún tiempo antiguo ha registrado como nunca. Allí se llevaron a cabo tales hazañas que un hombre valiente que se perdiera este maravilloso espectáculo no podría esperar ver algo tan maravilloso durante toda su vida».

Mientras, los visigodos no estaban ociosos y su rey Teodorico encabezaba a los suyos contra el flanco huno. Durante la carga fue muerto, cumpliéndose, siempre según nuestra fuente de información, la profecía de los augures hunos durante el sacrificio ritual. Sea como fuere, los visigodos no vieron a su rey muerto, pues si lo hubiesen hecho no hubieran continuado la carga contra el enemigo y gracias a ello cayeron sobre los hunos de forma repentina. Los hunos no se esperaban este movimiento de flanco godo. En la acción, la vida del propio Atila quedó expuesta y, para evitar males mayores, se refugió en su campamento fortificado donde la noche le dio un necesario respiro.

La mañana siguiente mostró lo que había pasado en la jornada anterior. La derrota huna era clara, según Jordanes 165.000 hombres de ambos bandos murieron en la batalla más 15.000 del día anterior, es decir, un total de 180.000 hombres. Estos números son sin duda exagerados, pero más allá de la disputa de cuántos combatieron, y cuántos efectivamente murieron, lo que las crónicas intentan reseñar es lo cruenta que fue la batalla para, en una derivada, magnificar la gran victoria obtenida por Flavio Aecio. Una victoria que, como dijimos, parecía reverdecer el ya marchito árbol romano.

Atila quedó sitiado varios días en su campamento, hasta que finalmente los visigodos recogieron a su difunto monarca y volvieron a casa a rendirle el debido funeral. Este momento fue aprovechado por Atila para huir del campo de batalla, cruzar el Rin y recuperar a su ejército y prepararse para un nuevo intento de invasión.

ATILA INVADE ITALIA

La derrota en los Campos Catalaúnicos fue dura para Atila, quien se retiró a Panonia para recuperarse y preparar una segunda intentona, esta vez contra la península italiana. Las primeras ciudades en sufrir la ira de los hunos serán las de la costa adriática y las situadas junto a las vías Annia y Postumia (Padua, Aquileya, Padua, Mantua, Verona, Brescia y otras). Ninguna ciudad parecía resistírseles.

El encuentro entre León Magno y Atila, obra de Rafael, fue realizado durante el pontificado de León X. Este último aparece dos veces en la misma escena, como León I y como el cardenal a su derecha. Según la leyenda, la aparición milagrosa de San Pedro y San Pablo fueron fundamentales para asustar a Atila.

La invasión obligará a Valentiniano III a abandonar cobardemente

Ravenna y refugiarse en Roma. Para intentar dialogar con Atila, Valentiniano III enviará una triple embajada al huno compuesta por el cónsul Genadio Avieno, el prefecto Trigecio y el Papa León I. Ni el cónsul ni el prefecto tendrán éxito, tan solo el papa consiguió el objetivo buscado. Si nos atenemos a los cronistas contemporáneos como Próspero de Aquitania (Epitoma Chronicon, 752), la figura del religioso causó honda impresión en el huno y éste decidió simplemente retirarse. La realidad sería muy diferente pues Próspero de Aquitania era un hombre muy cercano a León I y, por tanto, parte interesada en destacar la figura del papa frente a los representantes laicos de la embajada.

Es cierto que la parte sobrenatural sería importante y el carácter supersticioso de los pueblos esteparios jugaría a favor, pero también se habla que se pagó un fuerte tributo que convenciese a Atila para retirarse con los objetivos cumplidos. Por último, y como una tercera opción, se menciona la figura del emperador oriental Marciano (450-457), quien no veía con buenos ojos los vergonzantes tratados anteriores entre el Imperio y los hunos, por los que el primero había pagado ingentes cantidades de oro y plata como chantaje para evitar ser atacado. Atila, no viendo fiable el tratado existente, podía temer un ataque en su retaguardia que le dejaría muy expuesto, por lo que pudo optar –prudentemente– por regresar a sus dominios.

La muerte de Atila, óleo de Ferenc Paczka (1856-1925). Según las crónicas, el gran guerrero no murió en batalla si no en su noche de bodas con Ildiko, una de sus numerosísimas mujeres, tras abusar en exceso de comida, alcohol y sexo. Parece que sufrió un infarto.

A su regreso a Panonia en 453, Atila, el gran guerrero, el azote de Dios, murió, y el imperio huno se deshizo rápidamente, con cada pueblo que lo componía buscando su camino personal. Al final, los hunos acabaron pidiendo, a finales de la década de 460, asilo dentro del Imperio oriental, donde se disolvieron para nunca más volverse a hablar de ellos.

LOS ASESINATOS DE AECIO Y VALENTINIANO III

La desaparición del peligro huno trajo muchos cambios en el imperio occidental y en gran medida fue el desencadenante de su final. El gran hombre, Aecio, aquel que había regido un poder militar casi omnímodo en Occidente en los últimos veinte años, acabó asesinado por aquel a quien había protegido desde la infancia, Valentiniano III. Quizás porque acabado el problema huno aquello que había sido el nexo de unión con ellos sobraba; quizás porque Aecio aspiraba en nombre de su hijo Gaudencio a casarlo con Placidia, hija de Valentiniano III, y aspirar al trono imperial; o quizás simplemente porque desde el momento del encumbramiento de Aecio éste nunca llegó a encajar y a ser bien aceptado por la familia imperial. La cuestión es que acabó como otros muchos grandes hombres de la Historia de Roma, asesinado, el 21 de septiembre de 454 tras una discusión con el emperador. Según el cronista Juan de Antioquía (Fragmenta, 224, 2), del siglo VII, un eunuco de la corte llamado Heraclio y el patricio Petronio Máximo –quien acabará siendo el verdadero sucesor en el trono imperial– fueron quienes convencieron a Valentiniano III de lo necesario de la operación pues Aecio, según ellos, pretendía sustituirle. Fue el propio emperador, quien desenvainando su espada y con la ayuda del anteriormente mencionado eunuco, acabó con la vida del militar de forma ominosa: «Mientras Aecio estaba atónito por esta rabia inesperada y estaba tratando de calmar su arrebato irracional, Valentiniano desenvainó su espada y, junto con Heraclio, que sostenía un cuchillo listo debajo de su capa (pues era un primicerius sacri cubiculi), cayó sobre él. Ambos le dieron golpes en la cabeza y lo mataron, a un hombre que había realizado muchas valientes acciones contra enemigos tanto internos como externos».

La muerte del general fue seguida de todos sus cuadros de mando y seguidores, descabezándose, de forma incomprensible, toda la principal oficialidad que aún le quedaba al Imperio occidental.

Valentiniano III, su asesino, no le sobrevivirá demasiado. Petronio

Maximo solicitará el puesto del difunto Aecio siéndole negado pues, el emperador temía –y en este caso con razón– que era demasiado poder en unas únicas manos. Truncado el acceso a puestos superiores, Petronio se decidió por el asesinato de su emperador –o así lo plantea Juan de Antioquía– y como agentes ejecutores contó con dos escitas, Optila y Transtila (o Thrausila) que habían combatido con Aecio y que estaban dispuestos a jugarse la vida en pos de la venganza de su antiguo general. Es más, algunos cronistas mencionan que Transtila tenía un parentesco con Aecio pues sería su yerno. El magnicidio ocurrió el 16 de marzo de 455 en Roma, en el Campo de Marte cuando Valentiniano III bajaba del caballo para hacer ejercicios militares: «Optila golpeó a Valentiniano en un lado de la cabeza y, cuando se volvió para ver quién lo había golpeado, lo derribó con un segundo golpe en la cara. Thrausila derribó a Heraclio, y ambos tomaron la diadema y el caballo del emperador y cabalgaron a Máximo» (Juan de Antioquia. Fragmenta, 224,4). Al día siguiente, Petronio Máximo se proclamó emperador, 17 de marzo de 455, forzando a la viuda de Valentinano III a casarse con él y al Senado a apoyarle.

Mucho más incluso que la muerte del emperador, la pérdida de Aecio fue terrible. Dejando de lado las consideraciones y las ambiciones personales del personaje, Aecio supo mantener a raya a los diversos pueblos germanos establecidos en el Imperio, sea usando a política, sea usando las armas. Su política logró detener la rápida descomposición de Occidente y retrasarla. A su muerte ninguno de sus sucesores será capaz de conseguir nada, acelerándose lo que ya era algo muy evidente, el fin de una Era.

«Había dos generales romanos, Aecio y Bonifacio, muy capaces, que tenían una larga experiencia militar, y ciertamente no eran inferiores a ningún otro general de su época. Las diferencias políticas se convirtieron para estos dos hombres en motivo de contraste, pero poseían una nobleza de espíritu tan extraordinaria y tantas virtudes de todo tipo y, que no está mal llamar al uno y al otro los últimos verdaderos romanos, así de tal modo todas las más excelentes cualidades romanas se concentraron en estos dos hombres»

(Procopio de Cesarea. La guerra gótica, III, 3.14-15).

XIII

El final de una era (476)

José Ignacio de la Torre Rodríguez

INTRODUCCIÓN

Todo en la vida, incluso ella misma, se acaba y en la Historia pasa igual. Los grandes poderes que en el mundo han sido, surgieron, se desarrollaron, llegaron al cénit, empezaron su decadencia y acabaron por desaparecer, a manos de nuevas potencias emergentes. Una vez que ha pasado esto hay que preguntarse ¿queda algún poso de lo que fue y ya no es? ¿ha influido en la posteridad? Éste fue el caso del Imperio romano en su versión occidental en la V centuria, la de su final, que no así la del Imperio oriental que, aguantando mejor o peor, vio firmar su certificado de defunción en 1453.

Las repetidas invasiones de pueblos bárbaros sobre el oeste del mundo romano, acabaron por ahogar la parte política y militar de un estado del que, sin embargo, su idioma, su cultura, su derecho, su administración y su religión supieron sobrevivir, transformándose lo necesario para seguir perdurando e influir decisivamente en los reinos que ocuparon su antiguo territorio. Así como al principio de la andadura del Imperio, tras la conquista de Grecia se pudo afirmar que «Grecia, conquistada, conquistó a sus conquistadores» (algo así dijo el poeta Horacio), en el sentido de la gran influencia que la civilización helénica tuvo sobre Roma, podemos parafrasear dicha expresión diciendo que, después de este siglo V, «Roma, conquistada, conquistó a sus conquistadores».

EL IMPERIO OCCIDENTAL A LA MUERTE DE VALENTINIANO III

Valentiniano III fue asesinado el 16 de marzo de 455 por dos hombres de la guardia de Aecio. Con su muerte desaparece el último miembro de la dinastía teodosiana, la postrera dinastía imperial de Occidente. En los siguientes veintiún años una serie de arribistas con más ambición que sentido de Estado ocuparán el trono en Ravenna. Son los últimos emperadores, que nominalmente regían sobre toda la parte occidental del Imperio. En realidad, apenas controlaban la península italiana y las regiones aledañas, como Dalmacia y la Narbonense.

El Imperio romano occidental se encontraba prácticamente desaparecido. Los principales pilares que habían mantenido al Imperio en las últimas décadas, comenzaban a deshacerse, aunque hasta el último momento jugarán un papel importante, pero cada uno por su lado, buscando sus propios intereses, dejando de lado el bien del Estado.

Por un lado, tenemos al Imperio oriental que, pasada una serie de años de turbulencias, comenzaba a estabilizarse económicamente gracias a la política del emperador Marciano (450-457). Inteligentemente, Marciano no estableció nuevos impuestos, sino que volvió su administración más austera, mejorando su eficiencia, reduciendo la corrupción y los abusos de poder que tradicionalmente habían minado la administración romana desde tiempos inmemoriales. La llegada al trono de Marciano supone también un cambio de actitud respecto a Occidente, pues no se preocupó en ningún momento de ser reconocido por su homólogo Valentiniano III. Marciano no provenía de la alta nobleza y aunque había casado con Pulqueria, la hermana de su predecesor Teodosio II, distaba mucho de ser un personaje de la corte. Ello no quiere decir que Marciano o su sucesor León I (457-474) abandonasen a su suerte al Imperio occidental, al contrario, continuaron apoyando los esfuerzos militares contra los vándalos de Genserico que asolaban las costas mediterráneas. Sin embargo, no era una ayuda altruista:

lo que el Imperio oriental estaba haciendo era consolidar sus fronteras a costa de Occidente que, irremediablemente, se desangraba.

En segundo lugar, tenemos el ejército que, pese a ser una sombra del que fue, aún tenía mucha importancia. Pero no era un ejército unificado. Por un lado, tenemos al ejército estacionado en la Galia, aquel que había formado y entrenado Aecio unos años atrás y que tan buen resultado había dado. Este ejército, muy permeable a la influencia visigoda y franca, se encontraba al mando del magister militum per Gallias Egidio, quien acabará creando una zona estable de autoridad romana, pero independiente del gobierno de Ravenna, en el entorno del Loira y el Somme. Estas tierras las heredará su hijo Siagrio. Por otro lado, tenemos al ejército estacionado en Italia al mando del magister utriusque militiae Ricimero, quien será el poder en la sombra y el verdadero apoyo de los últimos emperadores hasta su muerte en 472. Por último, el ejército de Dalmacia, mucho más atento a las necesidades de Constantinopla que de Ravenna.

Finalmente, los nacientes reinos bárbaros. Todos ellos en la década de 450-460 han dejado de ser simples federados de los intereses romanos y ya han comenzado a mirar de igual a igual al Imperio. Una victoria como la de los Campos Catalaúnicos solo había sido posible con el concurso de varios de estos pueblos, en calidad de aliados de los romanos. Los bárbaros ya son conscientes de su poder y quieren ejercerlo desempeñando un rol cada vez más activo en los asuntos occidentales, hasta el punto de ser capaces de influir sobre las más altas esferas, es decir, sobre el mismísimo emperador.

PETRONIO MÁXIMO

El primero de todos estos emperadores postreros será Petronio Máximo, un personaje oscuro, un cortesano que había medrado dentro de la corte, sin ninguna experiencia de mando militar efectivo. Pese a todo tuvo un importante cursus honorum pues sirvió como pretor, praefectus urbi e incluso como cónsul. Estos cargos dentro de la burocracia imperial le acercaron a la corte de Valentiniano III, convirtiéndose en uno de sus consejeros de confianza.

Juan de Antioquía, quien nos narra los últimos tiempos de Aecio y Valentiniano III, nos cuenta que fue Petronio Máximo quien indispuso al emperador contra su general con el objetivo de ocupar, a la muerte de Aecio, su posición. Sin embargo, la negativa del emperador a promocionarle, provocó la ira de nuestro personaje, que decidió asesinar al propio Valentiniano III y ocupar, a falta de heredero varón, el trono imperial:

«Después del asesinato de Aecio, [Petronio] Máximo cortejó a Valentiniano con la esperanza de que sería nombrado cónsul, y cuando fracasó en lograrlo, deseaba convertirse en patricio. Pero Heraclio [coautor del asesinato de Aecio] no estuvo de acuerdo en que él debiera tener este rango. Impulsados por la misma ambición y deseando tener sin contrapeso a su propio poder, frustró los esfuerzos de [Petronio] Máximo persuadiendo a Valentiniano de que, puesto que se había liberado de la opresión de Aecio, no debe transferir el poder de ese hombre a otros. Entonces [Petronio] Máximo, frustrado en sus dos intentos, se enfureció»

Historia Chronica. 224, 3.

A sabiendas de que habría más candidatos al trono, Petronio Máximo se movió con rapidez y al día siguiente obligó a Licinia Eudoxia, viuda de Valentiniano III, a casarse con él, recibiendo también el apoyo del Senado. Sin embargo, aunque su posición parecía asegurada con el apoyo del Ejército, ninguna de las otras dos partes (germanos y Oriente) parecía reconocerle. Marciano, emperador oriental, quien también había subido al trono de forma poco habitual, optó por no darle su apoyo, limitando desde entonces su favor a Occidente. Por ello, Petronio decidió pedir a Avito, un veterano militar de noble familia gala y con contrastada experiencia en temas diplomáticos, que se acercase a Tolosa (Toulouse, Francia) a negociar el apoyo visigodo al nuevo régimen. Mientras se desarrollaba esta embajada, Genserico, rey de los vándalos, atacó Roma.

GENSERICO, REY VÁNDALO

Genserico era hijo ilegítimo del rey Godegisilio (rey vándalo hasta su muerte en 406). Sucedió a su hermanastro Gunderico en 428 cuando ya los vándalos habían entrado en el Imperio y se habían asentado en Hispania. Jordanes, quien escribirá su Getica cien años más tarde de los hechos, nos da una imagen poco amable del rey vándalo:

«Genserico, ya tristemente famoso en Roma por su maldad hecha al imperio, era de mediana estatura y cojeaba por una caída del caballo. Agudo en inteligencia, poco hablador, enemigo de la pompa, colérico hasta la ira, ávido de riquezas, muy bueno instigando a los pueblos, incansable en sembrar discordia, siempre dispuesto a confundir el odio y la rivalidad (...)»

Getica XXXIII

A su llegada al trono la situación de los vándalos era muy inestable en la península ibérica y necesita moverse rápidamente. A lo largo de ese año y del siguiente, 429, consigue llevar a su pueblo al otro lado del Estrecho de Gibraltar, a África, por invitación –o así parece– del comes africae Bonifacio. Este líder militar romano se encontraba en plena disputa por el poder en Ravenna y pensaba que podría utilizar a los vándalos a su favor en estas luchas de poder fratricidas, del mismo modo que lo haría al año siguiente con los hunos su principal rival, Flavio Aecio.

Sin embargo, no será así, y tras cruzar el estrecho, Bonifacio será incapaz de controlar, como esperaba, a los vándalos quienes, con Genserico al frente, arrasarán las ciudades norteafricanas de la

Mauretania hasta Hippo Regius o Hipona (actualmente Annaba, en Argelia) donde era obispo San Agustín y, tras catorce meses de asedio, tomaban la ciudad convirtiéndola en su capital en 431.

Unos años más tarde Genserico firmará con Valentiniano III un tratado de paz en 435 por el que Valentiniano III le reconocía su dominio sobre Mauretania y Numidia. Fue un tratado efímero, pues a finales de la década los problemas que ya se aventuraban con los hunos hicieron que los esfuerzos militares romanos se centrasen en el continente europeo, desguarneciéndose peligrosamente el flanco mediterráneo, lo que motivó que Genserico pasase de nuevo al ataque y conquistase Carthago en 439. Con este rápido movimiento, un enemigo de Roma, con una importante flota de guerra a su servicio, se situaba debajo de la península itálica, en una zona controlada desde hacía más de quinientos años, desde los tiempos de las guerras contra los cartagineses.

Con su nueva flota, Genserico comenzó a devastar la costa italiana y las islas mediterráneas. En 442, un nuevo tratado con Valentiniano III por el que el romano nuevamente reconocía el poder y todas las conquistas de Genserico y, por ende, su incapacidad de acabar con los vándalos, trajo paz al Mediterráneo. Entre lo firmado se encontraba una cláusula por la que la hija menor del emperador romano, aún una niña, casaría con el heredero de Genserico cuando tuviese la edad adecuada. Genserico, el bastardo de un rey bárbaro, nacido fuera de territorio imperial, iba a emparentar con los emperadores de Roma. El incumplimiento de esta cláusula llevó a su ataque más audaz, el saqueo de Roma de 455.

En sus últimos años de vida tuvo que hacer frente a la amenaza de la flota romana, ya no la occidental, prácticamente desaparecida, sino a la oriental, que buscaba expulsarlo o al menos limitar sus ataques. La guerra con Constantinopla terminó en 474 cuando firmó la paz. Tres años más tarde, en 477, murió en su palacio de Carthago. Su hijo y heredero Hunerico, para garantizarse el trono y ante cualquier duda, hizo asesinar a sus hermanos y a su descendencia. Hunerico ya no tendrá el empuje de Genserico y la decadencia vándala llegó tan rápido como veloz había sido su auge.

EL SAQUEO DE ROMA DE 455

La muerte de Valentiniano III dio la excusa necesaria a Genserico para atacar la vieja capital imperial. El pretexto para el ataque se lo dio el nuevo emperador romano, Petronio Máximo, que no sólo casó con la viuda de Valentiniano sino que obligó a Eudocia, hija de aquél, a contraer matrimonio con su propio hijo, Paladio, vinculándose no solo a sí mismo, sino también a su heredero con la dinastía teodosiana, preparándole para la sucesión y el nacimiento de una nueva familia imperial. Sin embargo, nadie del entorno de Petronio Máximo fue capaz de releer el tratado de 442 con Genserico, por el que, para mantener la paz entre vándalos y romanos, el hijo y heredero de Genserico, Hunerico, casaría con Eudocia. Este matrimonio no había podido realizarse en 442 pues la joven apenas era una niña nacida en 439 y había que esperar unos años hasta que entrase en la adolescencia. Licinia Eudocia sí recordaba el tratado y pidió a Genserico que actuase y acabase con el usurpador.

«Saqueo de Roma por los bárbaros» en 455. Óleo por Karl Bruillov, siglo XIX. Galería Tretyakov, Moscú. El cuadro incluye múltiples imprecisones históricas. La escena central la ocupa un jinete coronado (Genserico) que ordena el rapto de dos mujeres, la esposa e hija de Valentiniano III.

En mayo, a los dos meses de la subida al trono de Petronio Máximo, el rey vándalo envió una fuerte flota para atacar una Roma indefensa. La ciudad estaba avisada del ataque y el pánico se adueñó de ella. Muchos habitantes, aquellos con capacidad económica, consiguieron huir, pero muchos otros no pudieron y la turba acusó al Senado y al emperador de lo inevitable. El primero abandonó al segundo, su guardia de corps también y Petronio Máximo se vio de repente solo. Al intentar huir de la ciudad el 31 de mayo de 455 fue detenido por los propios habitantes de la misma y asesinado. Su hijo Paladio también murió durante los disturbios. El papa León I (440-461), el que había «convencido» a Atila de retirarse, negoció con Genserico los términos de la rendición de Roma. A cambio de respetar la vida de los ciudadanos,

que se refugiarían en Letrán, Vaticano y San Pablo Extramuros, la ciudad dejaría las puertas abiertas para el saqueo.

Procopio en su obra La Guerra Vándala (V, 1-9) nos cuenta lo que sucedió:

«Y Genserico, sin otro motivo que el de sospechar que le llegaría mucho dinero, zarpó hacia Italia con una gran flota. Y subiendo a Roma, como nadie se interponía en su camino, tomó posesión del palacio. Ahora bien, mientras [Petronio] Máximo estaba tratando de huir, los romanos le arrojaron piedras y lo mataron, y le cortaron la cabeza y cada uno de sus otros miembros y se los dividieron entre ellos. Genserico tomó cautivas a Eudoxia, junto con Eudocia y Placidia, hijas de ella y de Valentiniano III, y poniendo en sus naves una enorme cantidad de oro y otros tesoros imperiales navegó a Cartago, sin escatimar en bronce ni en nada de lo que había en el palacio. Saqueó también el templo de Júpiter Capitolino y arrancó la mitad del techo. Ahora bien, este techo era de bronce de la mejor calidad, y como el oro estaba puesto sobre él en gran espesor, brillaba como un espectáculo magnífico y maravilloso».

Genserico, como dice Procopio, se llevó al norte de África a la viuda de Valentiniano III y a sus dos hijas. Eudocia, como estaba previsto, casó con Hunerico. Muchos años más tarde serían liberadas y enviadas a Constantinopla.

En este punto, nos podemos hacer una pregunta: ¿Por qué Genserico no detuvo a sus tropas cuando ya sus objetivos estaban conseguidos? Nuevamente, si seguimos a Procopio, la única explicación es el pillaje, pero nos parece una explicación simplista, ya que en estos últimos estertores del Imperio romano occidental, las principales potencias del momento, y los vándalos eran realmente una de ellas, se estaban posicionando como sus herederas. En este sentido, quizás Genserico quería enviar un mensaje a todos sus competidores, incluida Constantinopla.

AVITO. EL EMPERADOR BREVE

La muerte de Petronio Máximo y su hijo dejó vacante el trono y un nuevo candidato se postuló, apoyado por uno de los tres grandes poderes del momento, de los que ya hemos hablado, los visigodos y la nobleza romana de la Galia. Se trataba de Eparquio Avito, el mismo al que el difunto emperador había enviado a Tolosa (Toulouse, Francia) al frente de una misión diplomática que solicitase el apoyo visigodo al nuevo régimen que pretendía instaurar Petronio Máximo.

Avito pertenecía a la nobleza romana de la Galia y había servido al Imperio bajo el mando de Aecio en sus campañas contra los pueblos germanos asentados en territorio galo, haciendo muchas labores de carácter diplomático. Tras muchos años de servicio se retiró a sus propiedades en el entorno de Augustonemetum (actualmente Clermont-Ferrand, Francia), donde sería uno de los principales latifundistas y uno de sus vecinos más ilustres. Avito siempre mantuvo muy buenas relaciones con los visigodos y su monarca Teodorico I (418-451) y se cree que fue uno de los diplomáticos que consiguió el apoyo de aquéllos para la campaña contra Atila que terminaría en los Campos Catalaúnicos.

Avito también debió de ser un hombre cercano a Petronio Máximo, pues fue a él a quien confió una tarea tan delicada como conseguirle el apoyo visigodo, pero mientras estaba negociando, Petronio Máximo fue asesinado y la misión perdió su sentido. No sabemos qué pasó en este momento, quizás Avito vio la oportunidad de canalizar ese apoyo godo en su propio favor, quizás los visigodos y los poderes fácticos de la Galia vieron en él a la persona que mejor representaba sus intereses en el trono imperial.

«¿Por qué declinas esa gloria? Conviene aún más a quien no la quiere. No la imponemos, pero lanzamos esta declaración: «soy amigo de Roma,

contigo como caudillo; soldado, contigo como emperador». No usurpas el imperio a nadie; ningún Augusto reina sobre las colinas del Lacio. Está vacío; el palacio es tuyo. Declaro que no me basta con no hacer daño y que ¡ojalá bajo tu imperio logre hacer el bien! Mi cometido es persuadirte: puesto que la Galia te obliga, y tiene derecho a hacerlo, que te obedezca el mundo, si no quiere perecer»

Sidonio Apolinar. Poemas VI. Panegírico de Avito, 509-520.

Avito fue proclamado emperador en Arelate (Arlés, Francia) el 9 de julio de 455 y después fue aceptado por el Senado. El nuevo emperador contaba con el apoyo de toda la Galia –galorromanos, visigodos, francos y burgundios–, pero falló en conseguir el respaldo del ejército acantonado en Italia al mando del comes et patricius et magister utriusque militiae Ricimero y el comes domesticorum (comandante de la guardia imperial) Mayoriano y, sobre todo, del Imperio oriental, quien le tildó de usurpador.

Miniatura de Sidonio Apolinar en Ms. Plut. 45.26, f. 1r, Florencia, Biblioteca Medicea Laurenziana.

A los pocos meses, ya en 456, Avito avanzó hacia Italia para tomar el control de todo el Imperio occidental, pero Ricimero le salió al

paso con toda la fuerza del ejército itálico y Avito fue derrotado en Placentia (Piacenza, Italia) el 17 de octubre. Prisco, contemporáneo de los hechos, nos da su versión de lo sucedido:

«Cuando Avito fue emperador de Roma hubo una gran hambruna en su época, la gente acusó a Avito y le obligó a alejar de la ciudad de Roma a aquellos que había traído con él de la Galia. También se deshizo de los godos que había traído como su propia guardia personal y les compensó con el dinero sacado por la venta del bronce que había en edificios públicos a los mercaderes, pues no había oro en los tesoros imperiales. Esto llevó a los romanos a rebelarse, pues les estaban robando los adornos de su ciudad.

Mayoriano y Ricimero también se rebelaron en este momento pues se vieron liberados del miedo de los godos. Como resultado Avito, temeroso tanto de los problemas internos como de los ataques vándalos, abandonó Roma e inició su camino hacia la Galia. Mayoriano y Ricimero le atacaron en el camino y le forzaron a renunciar al trono, (...)».

Prisco, Historia, 32.

Tras la derrota, Avito solicitó a los vencedores que le permitiesen quedarse en Placentia como su nuevo obispo. Aquellos aceptaron y Avito se convirtió en obispo, aunque murió a los pocos meses (se sospecha que fue asesinado). Su reinado fue breve, aunque dejó una marca indeleble en la Historia, pues fue él quien solicitó a los visigodos que entrasen en la península ibérica y expulsasen a los suevos y, como recompensa, podían instalarse en suelo hispano. Es, como vemos, el inicio de lo que será el reino hispano visigodo.

«Poco después, en el quinto año de [el emperador] Marciano, el año 494 de la era, Teodorico, rey de los godos, entra en las Hispanias con

un ejercito considerable por voluntad y orden del emperador Avito».

Hidacio, Crónica 173.

Nuevamente el trono imperial se encontraba vacante, pero pese a estos dos años de inestabilidad se pudieron sacar importantes conclusiones: que el nuevo emperador debería tener el consenso de todos los poderes fácticos, y que el apoyo no iba a ser gratuito, cada uno iba a costar un dinero, unas recompensas que debilitaban cada vez más al Imperio.

Flavio Ricimero

Ricimero debió de nacer entorno al 418, hijo –según los cronistas– de un príncipe suevo y de una hija del rey visigodo Valia. Pese a sus orígenes bárbaros debió de vivir toda su juventud en la corte de Valentiniano III combatiendo al mando de Aecio en sus diversas campañas, junto al que será su buen amigo el futuro emperador Mayoriano. Hasta la muerte de Valentiniano III no tenemos más noticias de él salvo las que Sidonio Apolinar nos ofrece, pero es fácil entender que fueron años en los que Ricimero escaló dentro del Ejército romano hasta una posición privilegiada. Durante el breve imperio de Avito, fue nombrado comes rei militaris, y logró derrotar a los vándalos en Agrigento (Sicilia) y Córcega. Sendas victorias que le elevaron al segundo cargo militar más importante del oeste, magister militum praesentalis. Desde su posición apoyó a su amigo Mayoriano en su intención de derribar a Avito del trono, cosa que finalmente consiguieron con la autorización del Senado y tras la victoria de Placentia.

Aunque debido a su origen bárbaro no sería bien visto como

emperador, fue lo suficientemente inteligente como para situarse en un segundo plano durante los reinados de los siguientes emperadores, sin que su posición de comandante en jefe del ejército estuviese en cuestión. De hecho, para el Imperio de Oriente, el verdadero emperador de Occidente no sería nunca quien ocupaba el trono, sino Ricimero.

El 19 de agosto de 472 murió Ricimero por una hemorragia gástrica.

MAYORIANO. EL ÚLTIMO INTENTO DE RECUPERAR LA GLORIA PERDIDA (456-461)

Julio Valerio Mayoriano era un militar de familia de tradición castrense, que había comenzado su carrera bajo el mando, como todos, de Aecio, a cuyas órdenes se distinguió en la liberación de la ciudad de Turones (Tours, Francia), cercada por una banda de la tribu alana. Para romper el cerco, Aecio envió a Mayoriano dirigiendo un ejército que la venció y expulsó de la zona. Poco después volvió a cumplir a la perfección al derrotar a unos francos salios al mando de su rey Clodión en Vicus Helena (Saint-Armand-les-Eaux, Francia).

«Cuando defendió a los turonenses que temían la guerra, [210] tú no estabas allí; al poco tiempo, combatisteis juntos en las abiertas llanuras de los atrébates, que había invadido el franco Clodión. Allí un desfiladero encerraba los caminos confluyentes; y, describiendo un arco, una estrecha calzada, montada sobre vigas de madera, atravesaba tras un largo trayecto, dominándolos, la aldea de Helena y a la vez un río. Tú habías [215] tomado posiciones en el desfiladero y, al mismo pie del puente, Mayoriano combatía a caballo».

Sidonio Apolinar, Poemas V 209-216.

Ambas victorias le posicionaron como uno de los principales generales romanos y una futura esperanza para el decadente imperio.

Tras el asesinato de Valentiniano III, Petronio Máximo le nombra comes domesticorum, y como tal, junto con Ricimero, controlará el ejército acantonado en Italia.

Dos meses después de la victoria conseguida contra Avito el 17 de octubre de 456, el 28 de diciembre, Mayoriano, fue nombrado nuevo emperador. Podemos suponer que estos dos meses sirvieron para que el nuevo emperador y su valedor Ricimero, buscasen el mayor consenso posible, para que el nuevo ocupante del trono imperial se pudiera sentar en él con cierta tranquilidad. Es muy probable que el culpable de esa espera fuese el emperador oriental Marciano (450-457), quien no había reconocido a ningún colega en Occidente desde la muerte de Valentiniano III pero que a estas alturas de su vida estaba al borde de la muerte (lo que sucederá en enero de 457), así como su nominado sucesor, un general de 51 años llamado León (León I [457-474]).

En general, tanto sus contemporáneos como los historiadores modernos han considerado a Mayoriano como poco más que un hombre de paja, una marioneta controlada por el verdadero poder de Occidente, Ricimero. Sin embargo, no sabemos si por decisión propia o consensuada con Ricimero, Mayoriano se decidió por el enfrentamiento armado contra los bárbaros con el objetivo de recuperar, al menos, el control del sur de la Galia y poner un cierto orden en el oeste.

Sin embargo, su primera acción militar fue defensiva, ya que hubo de hacer frente a una invasión de 900 alamanes que desde Retia habían entrado al norte de Italia. Su victoria hizo que el ejército le proclamase emperador y, como una derivada, que el nuevo emperador oriental León I le aceptase como colega. Mayoriano había finalmente subido al trono y de los tres grandes poderes que controlaban Occidente, dos de ellos estaban de su lado.

El ejército será su principal valedor y Mayoriano se apoyará en él durante su breve reinado, fortaleciéndolo con una importante recluta de nuevos efectivos, principalmente mercenarios bárbaros, y aprestó dos flotas para hacer frente a las depredaciones vándalas. Con su nuevo ejército, se dispuso a controlar la Galia, quien no le reconocía como emperador legal, habida cuenta que para ellos no pasaba de ser un usurpador que había asesinado a Avito, su emperador.

En 458 un ejército romano con su emperador a la cabeza entró en la Galia. Su primer objetivo Lugdunum (Lyon, Francia) donde la

nobleza local se había aliado con los burgundios para sustraer la ciudad del dominio imperial. De forma inteligente, no aplicó ningún castigo excesivo, es más, les garantizó a los habitantes de Lugdunum la reducción de impuestos que solicitaron, lo cual le granjeó el apoyo del tercer grupo de poder, la aristocracia galorromana, Sidonio Apolinar, en sus Poemas, alaba esta decisión deseándole al emperador los mejores augurios:

«¡Ojalá te vista por muchos años la púrpura recoloreada en la tintura de Sidón! ¡Ojalá, cumplido el primer lustro de tu imperio eterno, juegos quinquenales sean dedicados a tu consulado! ¡Ojalá el sicambro, una vez quebrado el levantamiento [30] en las dos riberas, beba las aguas del Wahl con su cabeza rapada! Si concedes este favor a tu poeta, confiaré a anales eternos, (…)»

Poemas, XIII 28-30.

Inmediatamente después consigue aliviar el cerco de Arelate defendida por su magister utriusque militiae per Gallias Egidio, venciendo los visigodos de Teodorico II, a los que expulsó de la región y forzó a firmar un nuevo tratado que los reducía a la categoría de pueblo federado.

La Galia en tiempos de Mayoriano.

El éxito en la Galia había sido importante, de alguna forma parecía que el tiempo se había parado y se hubiese retrocedido a la década de 420 cuando los primeros acuerdos con los recién llegados bárbaros a territorio imperial. Ahora le tocaba el turno a Hispania como paso previo para alcanzar el norte de África y el territorio vándalo, su definitivo objetivo.

La campaña, iniciada en 459, estuvo bien preparada. Mientras que el ejército avanzaría por tierra, una flota compuesta por 300 navíos les apoyaría desde el mar. El ejército romano se dividió en dos. Por un lado, el comes et magister utriusque militiae Nepociano y un ejército visigodo al mando de Sunierico atacarían el corazón del reino suevo al que someten a una gran presión durante dos años 459/460, tal cual nos cuenta Hidacio, pero con un resultado infructuoso pues los suevos, protegidos en las tierras del noroeste ibérico, resistieron la nueva invasión visigoda.

Por el otro, mientras que el ejército visigodo protegía su flanco,

Mayoriano, al frente de sus tropas descendía hasta Caesaraugusta (Zaragoza, España), como ciudad principal de la Tarraconensis, hasta la Carthaginensis y la ciudad de Carthago Nova (Cartagena, España), desde cuyo entorno empezó a juntar la logística necesaria para invadir el norte de África. Sin embargo, tal y como nos cuenta Hidacio en su parco lenguaje:

«En el mes de mayo, el emperador Mayoriano entró en las Hispanias, al llegar a la provincia, los vándalos, advertidos por los traidores, se apoderaron de cierto número de navíos que había preparado [Mayoriano] para una expedición contra los vándalos desde las costas de la Cartaginense. Mayoriano, frustrado así con sus preparativos, volvió a Italia».

Hidacio, Crónica, 200.

Genserico había sido informado por traidores (¿espías?) de la preparación de la invasión en Portus Illicitanus (Santa Pola, España) y ellos mismos, en un brillante golpe de mano, la incendiaron, acabando así con los preparativos de la invasión. Ante tal fracaso, Mayoriano tuvo que firmar un nuevo acuerdo de paz con Genserico.

Más que una derrota militar, fue toda una humillación, pero el Ejército, mientras se le siguiese pagando, le seguiría siendo fiel. Su caída, por tanto, no se debe a una rebelión de sus tropas, sino a su política interna de reformas que subvertía –o intentaba encauzar, depende de como se mire– algunas de las múltiples fallas del sistema administrativo tardoimperial y que le estaba llevando a la ruina. Estas reformas le indispusieron contra uno de los tres famosos poderes sobre los que se asentaba el decadente imperio: Italia y sus clases dirigentes.

En Arelate, su base de operaciones, y sin saber nada del complot en su contra en Italia, Mayoriano se deshizo de su ejército mercenario y con un número mínimo de guardias, marchó hacia Roma. A su

encuentro le salió su amigo Ricimero con quien se encontró en Iulia Dertona (Tortona, Italia). Ricimero, el 2 de agosto de 461, ante la incredulidad de Mayoriano, le arrestó y depuso del trono. Cinco días más tarde fue asesinado.

Las dos crónicas que disponemos de lo sucedido, Procopio de Cesarea y Juan de Antioquia, nos cuentan la crueldad con la que sus captores trataron al depuesto emperador.

«Mayoriano había despedido a sus aliados después de su regreso y se dirigía a Roma con sus propios seguidores cuando los hombres de Ricimero lo apresaron, lo despojaron de la púrpura y su diadema, lo golpearon y le cortaron la cabeza. Así fue el final de la vida de Mayoriano».

Juan de Antioquia. Historia Chronicon, 226.

En el claustro de la iglesia de San Mateo, en la ciudad de Tortona, hay un enorme bloque de hormigón de casi nueve metros de volumen datado en el siglo I a.C., parte de un monumento triunfal y que, según la tradición popular, se identifica como el mausoleo del emperador Mayoriano.

LIBIO SEVERO, EL EMPERADOR TÍTERE (461-467)

El nuevo emperador de Occidente, Libio Severo, no va a ser mucho más que una marioneta en manos de Ricimero. Fue proclamado emperador el 19 de noviembre de 461 en Rávena, tres meses después del asesinato de Mayoriano. Se especula que tal interregno fue debido a que no se encontraba un candidato que fuese «adecuado» y de consenso para la nobleza senatorial romana que, al fin y al cabo, fueron los que asesinaron al difunto emperador.

Libio Severo era uno de ellos, un aristócrata de origen lucano, del que se desconoce su vida anterior, si tenía experiencia militar o por qué fue el elegido para ocupar el solio imperial.

Su reinado no pudo comenzar de la peor forma posible pues no fue reconocido por nadie, por ninguno de los oficiales de Mayoriano (Egidio en la Galia, Marcelino en Sicilia e Iliria o Nepociano en Hispania), ni por León I en Oriente. Él era la cabeza visible, Ricimero el hombre en la sombra y fue éste quien apuntaló al nuevo emperador gracias a sus contactos con visigodos, a los que volvió a ceder Narbo (Narbona, Francia), y burgundios. Tales cesiones provocaron la revuelta de Egidio y su ejército lleno de mercenarios francos al mando de Childerico I (457-481), que consiguieron derrotar al ejército imperial de mercenarios godos al mando de Frederico, hermano de su rey Teodorico II (453-466), en Aurelianum (Orleáns, Francia) en el año 463. Poco más tarde, en 464-465, Egidio murió:

«La muerte de Egidio fue, según algunos en una emboscada, según otros envenenado. Después de su desaparición, los godos invaden rápidamente las regiones que protegía en nombre de Roma».

Hidacio, Crónica, 228.

El mando de su ejército recayó en su hijo Siagrio, quien rompió todo lazo con Roma fundando su propio reino independiente que resistió a los francos hasta 486.

Al tiempo se retomaron los contactos con Genserico, pero éste, viendo la enorme debilidad del régimen imperial, optó por seguir castigando las costas mediterráneas occidentales y concentrar todos los esfuerzos diplomáticos en oriente, cuya fuerza militar se recuperaba rápidamente.

Oriente será el otro gran problema de Ricimero. León I, que había aceptado el consulado común con Mayoriano, no vio con buenos ojos su magnicidio y no envió en ningún momento su aprobación al nuevo emperador occidental. En resumidas cuentas, de los tres grandes poderes sobre los que orbitaba la política occidental en las últimas décadas, Livio Severo apenas contaba con el apoyo de Italia. Los ejércitos de Hispania y Galia en plena desaparición o, como en el caso galo –en un punto de ruptura– Siagrio; Dalmacia casi totalmente independiente de la autoridad imperial a la que no respetaba ya hacía un tiempo; y un imperio oriental que le daba la espalda.

Libio Severo murió en Roma el 14 de noviembre de 465. Los cronistas no se ponen de acuerdo si fue de muerte natural o fue asesinado por Ricimero, quien pudo ver en él un obstáculo en su régimen de emperadores títeres.

PROCOPIO ANTEMIO. EL EMPERADOR LLEGADO DE ORIENTE (467-472)

Ricimero era consciente de que su situación se precarizaba sin el apoyo de León I. Vándalos, visigodos y francos, sobre todo los primeros, no se conformaban con gestionar las tierras que poseían, sino que hacían continuas razzias contra territorio imperial. Occidente necesitaba el apoyo de Constantinopla, su dinero y, sobre todo, sus fuerzas armadas. Luego de tres años de negociaciones, Ricimero aceptó a Procopio Antemio, un oriental, como el próximo emperador de Occidente. Finalmente, en la primavera de 467, Antemio dirigió un ejército hacia Italia, donde fue proclamado nuevo emperador en las cercanías de Roma. El acuerdo era ventajoso para ambos imperios, Occidente se garantizaba el apoyo de Oriente en su enésimo intento de recuperar territorio perdido y, sobre todo, de terminar con la amenaza vándala, mientras que Oriente, o mejor dicho León I, ponía en el trono de Roma a uno de los suyos –más aún, a alguien de la familia imperial del difunto Marciano– con amplia experiencia militar. Todo ello con un objetivo único, el anteriormente mencionado intento de acabar con el peligro vándalo.

Su llegada al trono fue muy bien acogida por los líderes de Occidente. Un nuevo emperador, con los apoyos necesarios y con un ejército de refresco con el que la derrota parecía imposible, podría reestablecer el control del Mediterráneo, de la Galia y de Hispania. No es de extrañar que personajes como Sidonio Apolinar hablen de un renacimiento imperial, y acoja a Antemio comparándole con lo más granado de la Historia de Roma:

«[522] Habían acabado: la Concordia unió a los dos partidos; Roma toma posesión finalmente del soberano que había elegido. Y ahora, oh Antigüedad, tú que eres siempre envidiosa de los hombres cimeros y meritorios, parlotea, si quieres, de [525] las elecciones

que has hecho con la misma pasión y afecto que ésta. Llama a Camilo del destierro, contra los ejércitos de Breno; entrega a Cincinato el poder, después de haber expulsado a Cesón, y ruega a un padre en llanto que deje el arado por el senado; expulsa antes con una vergonzosa [530] revuelta a los que, cuando seas vencida, vas a rogar que vuelvan. Si el cartaginés atraviesa los Alpes, recurre a quienes has afligido y condenado: que un cónsul castigado logre en tu nombre que el Metauro insaciable se tiña de sangre por la derrota de un Barca; y que él mismo en persona, tras haberse forjado una espada gloriosa aniquilando a miles de soldados de Asdrúbal, te traiga su cabeza ensangrentada».

Sidonio Apolinar, Poemas, II 522-533.

Sólido de Antemio. Ceca de Roma. Destaca el reverso en el que aparecen Antemio y León I de pie, con atuendo militar y portando lanza, sosteniendo un orbe entre ellos.

El nuevo emperador nació en Constantinopla en el seno de una familia con múltiples miembros que trabajaron para el Estado. Como el resto de sus antepasados, Antemio sirvió en el Ejército, ocupando los puestos más importantes de la milicia oriental como el

de magister utriusque militiae hacia 455. Es verdad que en estos cargos tuvo gran peso el ser yerno del emperador Marciano con cuya hija Marcia Eufemia había casado unos años antes, lo que le situaba en la órbita de la familia imperial y, por tanto, elegible como futuro emperador a la muerte de Marciano, quien no tenía herederos masculinos. Sin embargo, por diversos motivos, el elegido será León I. El nuevo emperador no se deshizo de Antemio, sino que le mantuvo como magister militum por sus altas capacidades militares. Así, durante varios años Antemio continuó combatiendo de forma exitosa en diversas partes de la frontera norte del Imperio. El asesinato de Mayoriano y la necesidad que tenía Ricimero de mantener su estatuto de dictador en la sombra, dio a Antemio la oportunidad de su vida, ser nombrado emperador de Occidente.

Al poco de su llegada, Antemio se puso al frente del ejército para hacer frente al principal enemigo de ambos imperios, Genserico el vándalo. Una primera intentona tuvo lugar en 467, cuando el mal tiempo obligó a la flota romana bajo el mando de Marcelino, el magister militum Dalmatiae (el segundo en rango militar de Occidente tras Ricimero), a regresar a sus bases sin poder poner en marcha las operaciones militares previstas. Al año siguiente (468) todo se preparó mejor y con más detalle: el grueso de la operación militar la llevaría a cabo el Imperio oriental, quien aportaría armas, soldados, flota y correría con gran parte de los gastos. Occidente tan sólo pudo contribuir con una fracción de total.

La batalla de cabo Bon (468)

El plan era relativamente sencillo, los ejércitos romanos se dividirían en tres cuerpos, uno –el propiamente occidental– al mando del comes Marcelino tenía como misión recuperar Cerdeña y Sicilia. Basilisco, cuñado de León I y futuro emperador oriental, al mando de la flota principal, atacaría directamente Cartago, mientras que el tercer cuerpo acometería por tierra desde territorio egipcio y tripolitano.

Prisco y Procopio de Cesarea dan unas cifras muy altas, casi imposibles –100.000 naves–, para la flota romana. Actualmente se cree rondarían las 1.100 para un contingente total, entre tropa y marinería, de unos 50.000 hombres.

Pese a toda la preparación, la campaña acabó en un importante fiasco militar. Basilisco no era el hombre adecuado para mandar la flota y Genserico jugó con él. El vándalo, argumentando estar asustado y pensando en rendirse, pidió cinco días para prepararse para la rendición. Durante dicho periodo, Genserico atacó de improviso a la flota romana con buques incendiarios llenos de combustible que diezmaron las naves romanas que se encontraban en el cabo Bon. Los buques que intentaron huir fueron atacados por los barcos vándalos que les estaban esperando. Como resultado, la mitad de la flota romana fue hundida o capturada y toda la operación militar fracasó. Tan solo Marcelino tuvo éxito y Sicilia y Cerdeña fueron recuperadas.

Imagen decsatélite del cabo Bon (Túnez).

La campaña fue un desastre y las consecuencias para los romanos fueron mucho más allá de una importante derrota. León I perdió una flota poderosa, muchos hombres y prestigio, pero nada que no se pudiera recuperar con tiempo. Para ello firmó –sin contar con Antemio– la paz con Genserico. Fue Antemio, Occidente, quien realmente perdió la batalla, pues no solo no se habían conseguido los objetivos, sino que los vándalos salían reforzados y, por tanto, podrían seguir atacando las costas mediterráneas impunemente y, aún peor, los acuerdos con Oriente se rompieron y Occidente quedó definitivamente solo.

Dos años más tarde Antemio inició una nueva campaña militar, esta vez contra el rey Eurico (466-484) y sus visigodos. Eurico era consciente tanto de la delicadísima situación de los romanos en la Galia como de las distintas políticas que hacia su pueblo habían tenido los últimos emperadores, unos apoyándose en ellos, otros combatiéndolos. Por todo ello, decidió marcar sus propias políticas, independientes de las romanas, que suponían la sumisión de la mayor parte de la Galia a sus órdenes, pues empezaba –también– a descubrir que su verdadero enemigo comenzaba a ser, no ya los romanos, sino los francos situados al noreste del territorio. Antemio no disponía ya de muchas tropas y las arcas imperiales estaban completamente exhaustas, pero diseñó una campaña en dos frentes, uno al norte que dirigía el rey bretón Riotamo y un segundo dirigido por él mismo. Eurico venció en ambos frentes, la derrota romana fue total.

«En esta densa sucesión de emperadores, Eurico, rey de los visigodos, se entregó a someter toda la Galia a su autoridad, mientras Antemio, al darse cuenta de este designio, se dirigió a los bretones en busca de ayuda. Quienes llegaron doce mil bajo el liderazgo de su rey Riotamo, se concentraron, una vez desembarcado de los barcos, en la ciudad de Bourges. Eurico, rey de los visigodos, se movió a su encuentro al frente de un numerosísimo ejército ganándoles, después de una larga lucha, antes de que pudieran unirse a los romanos. Riotamo, habiendo perdido a la mayor parte de su familia, se refugió con los supervivientes cerca de los vecinos burgundios, entonces aliados de los romanos, mientras Eurico

ocupaba Auvernia [nombre que da Jordanes a la ciudad de Augustonemetum, Clermont-Ferrand], una ciudad de la Galia».

Jordanes, Getica, XLV.

En 471 podemos decir que Antemio había fracasado militarmente: Roma se encontraba cada vez más debilitada, se habían roto los lazos con Oriente, los vándalos seguían castigando las costas mediterráneas, la Galia e Hispania estaban irremediablemente perdidas salvo una estrecha franja entorno a Marsella y a la costa levantina hispana, el ejército apenas existía y las arcas del Estado aparecían vacías.

Aunque no se había cumplido ninguna de las expectativas con Antemio, su posición no parecía peligrar. Sin embargo, y de nuevo como en el caso de los emperadores anteriores, su relación con Ricimero, era cada vez peor. Se considera que el punto de ruptura fue la ejecución del senador Romano, uno de los partidarios de Ricimero, a quien Antemio acusó de traición y condenó a muerte en 470.

Ricimero se trasladó entonces al norte con parte del ejército y dejó a Antemio en Roma. Ambos libraban una guerra civil sin grandes batallas y sólo la intervención de Epifanio, obispo de Ticinum (Pavía, Italia), pudo establecer una tregua entre ambos por un año.

La situación era tan grave que León I hubo de intervenir para mediar entre ambos y envió al patricio Flavio Anicio Olibrio. Juan Malalas, cronista del siglo VI, nos cuenta que León I temía que este Olibrio, cuñado de Hunerico, el heredero de Genserico, pudiera maniobrar junto a los vándalos para atacar Constantinopla y reemplazar a León I como emperador. Tras destacar la embajada, León I dirigió a Antemio una carta a través de un magistrianus: «mandé asesinar a Aspar y Ardabourios, para que nadie se opusiese a mis órdenes. Tú también deberías ejecutar a tu yerno Ricimero, para evitar que te dé órdenes. Mira, también te he enviado al patricio Olibrio. Ejecútale también y reina como alguien que da

órdenes y no como uno que las recibe». (Juan Malalas, Crónica, XIV, 45). La carta cayó en manos de Ricimero, que tardó bien poco en enseñársela a Olibrio, quien pasó a apoyar cualquier acción del magister militum. Pese a lo consistente de esta narración, hay otras versiones completamente opuestas. Según éstas, Olibrio fue enviado a Occidente por León I para sustituir a un amortizado Antemio.

La lucha se convirtió en una guerra abierta y aunque Ricimero contaba con el Ejército, no pudo lograr ninguna victoria efectiva. Ricimero pidió apoyo a su sobrino Gundebaldo, futuro rey de los burgundios y en ese momento magister utriusque militiae per Gallias de un ejército ya inexistente, y juntos avanzaron contra Roma, sede del poder de Antemio. La férrea defensa de la ciudad hizo que tuviese que ser conquistada poco a poco. Paulo el Diácono, en su Historia Romana (XV, 4) nos cuenta, desde la distancia de dos siglos, lo sucedido en estos últimos días de Antemio:

«Bilimero, gobernador de las Galias, al enterarse de la conspiración de Ricimero contra Antemio, se apresuró a Roma, deseando proteger a Antemio. Habiendo dado batalla a Ricimero en el puente de Adriano, fue vencido inmediatamente por aquel y asesinado. Después de la extinción de Bilimero, el conquistador Ricimero, que ya había estado en el cuarto año de la guerra, mató con la espada a Antemio, que había estado actuando sobre los derechos del imperio. En fin, además de las hambrunas y enfermedades que aquejaban a Roma en aquella época, también fue saqueada con suma severidad, y exceptuando los dos barrios [Rione en el original, que puede ser traducido por región o barrio] en que permaneció Ricimero con los suyos, todas los demás fueron saqueadas y asoladas por la avidez (...)».

Según parece, Antemio fue hecho prisionero en la basílica de San Pedro y posteriormente ejecutado. Los textos parecen indicar que fue el propio Ricimero quien le asesinó. Era el 11 de julio de 472.

Retrato de alabastro del emperador León I, que se encuentra en el Louvre (París, Francia). La cabeza es original, pero el ropaje en mármol es muy posterior.

OLIBRIO (472). EL EMPERADOR DE LOS SIETE MESES

Flavio Anicio Olibrio pertenecía a una de las mejores familias romanas. No sabemos nada de su carrera militar que, sin duda alguna, tendría. Por motivos también desconocidos, quizás por su familia, quizás por algún éxito militar de importancia que nos sea desconocido, Valentiniano III le escogió para convertirse en el marido de su hija Placidia, con quien casó en torno a 455, convirtiéndose potencialmente, ante la falta de un heredero varón, en candidato al trono imperial. La invasión de Genserico le obligó a refugiarse en Constantinopla mientras que su esposa, así como el resto de la familia imperial, era llevada a Cartago.

Aunque, como dijimos, hay dudas sobre la veracidad de lo narrado por Juan Malalas, lo cierto es que apoyó a Ricimero contra Antemio y aquél vio en él el candidato perfecto para ocupar el púrpura imperial. A tal punto, en abril de 472, meses antes de la muerte de Antemio, Ricimero coronó a Olibrio como emperador.

Apenas gobernó siete meses, con una impronta mínima en el devenir del imperio «Olibrio ocupó su lugar y murió en el séptimo mes de su reinado» (Marcellinus comes, Crónica, X, 2). Murió de hidropesía el 2 de noviembre. Lo más destacado de su mandato fue la muerte de Ricimero, el hacedor de emperadores, el hombre en la sombra de los últimos quince años, el 18 de agosto de 472.

GLICERIO (473-474)

A la muerte de Ricimero su puesto fue rápidamente ocupado por Gundobaldo el burgundio, quien persuadió al comes domesticorum Glicerio para ocupar el trono tras un trimestre de interregno. El imperio estaba ya desaparecido, ninguno de los viejos poderes sobre los que había basculado Occidente en las últimas décadas estaba ya presente, la Galia y su ejército perdidos, Italia saliendo de la enésima guerra civil con una costa castigada por los vándalos y un emperador en Constantinopla muy poco interesado en los asuntos occidentales, salvo en aquello que le afectase directamente. Tan sólo el ejército de Dalmacia, completamente entregado a los intereses de Constantinopla, mantenía una cierta cohesión, y este ejército estaba en manos de Julio Nepote, el candidato de León I.

Su poder quedó completamente comprometido cuando Gundobaldo, el nuevo Ricimero, abandonó repentinamente Roma, posiblemente debido a que la muerte de su padre el rey de los burgundios le convertía automáticamente en su sucesor. Sea como fuere, dejó Roma para no volver nunca. Quizás él vio que el esfuerzo ya no merecía la pena y era mejor preocuparse de su propio pueblo.

Julio Nepote, apoyado por una flota oriental, desembarcó en Ostia (Ostia Antiqua, Italia) en junio de 474 sin ningún tipo de oposición por parte de Glicerio. La falta de respuesta militar por su parte sin duda le salvó la vida. Glicerio pudo abdicar sin problemas, siendo ordenado a continuación obispo de Salona (ruinas cerca de Split, Croacia). «Mientras era emperador en Roma, Glicerio César fue depuesto del imperio por [Julio] Nepote, el hijo de la hermana del difunto patricio Marcelino [el magister militum Dalmatiae muerto unos años antes en Sicilia]; Glicerio fue ordenado obispo en vez de César en el puerto de la ciudad de Roma [Ostia] y murió». (Marcellinus comes, Crónica, XIII, 2).

JULIO NEPOTE (474-475)

Julio Nepote era natural de Dalmacia. Hijo de Nepociano, uno de los generales de Mayoriano y sobrino del magister militum Marcelino, encontró en la carrera militar su camino natural, llegando a ser, como sus allegados, el oficial romano de mayor rango en la provincia. Su nombramiento como emperador por parte de León I y ratificado por su sucesor Zenón (474-491) bien puede enfocarse desde el punto de vista de ser el ejército de Dalmacia, apoyado por el Imperio oriental, la última fuerza viva de Occidente.

Tras ser deponer a Glicerio, fue rápidamente entronizado como augusto en Roma el 24 de junio de 474 y reconocido por su valedor, el emperador oriental Zenón. Su breve imperio, de poco más de un año, supondrá la pérdida total de las pocas tierras galas que aún obedecían a Roma. Los visigodos, al mando de su rey Eurico, se declararon oficialmente independientes de cualquier lazo que les uniese aún con el caduco Imperio. Al mismo tiempo conquistaron la provincia de Aquitanica Prima en la Galia y de Tarraco (Tarragona, España), la ciudad romana por excelencia de Hispania, capital durante casi 700 años de una extensa provincia. El ejército enviado por Julio Nepote –al mando del hijo de Avito, Ecdicio– para frenar las ansias expansivas de los visigodos fue insuficiente pues no contaba con los recursos adecuados como para mantener una larga campaña. Roma nuevamente hubo de firmar una paz ignominiosa con los visigodos, paz a cambio de territorios.

Julio Nepote sustituyó a Ecdicio por Flavio Orestes, un panonio que había servido a Atila como notarius (diplomático), quien, conformado el ejército, no marchó contra los visigodos, sino que le hizo dar la vuelta y marchar contra su propio emperador. Julio Nepote, ante la falta de apoyos, huyó de Rávena el 28 de agosto de 475 hacia sus tierras seguras de Dalmacia. Allí vivirá hasta su muerte en 480, considerándose el verdadero último emperador de Occidente: «Orestes reunió un ejército para marchar contra el enemigo; pero habiendo llegado de Roma a Rávena, se detuvo en

esta última ciudad proclamando emperador a su hijo Augustolo. Nepote luego huyó a Dalmacia donde ya estaba el exemperador Glicerio, entonces obispo de Salona; y en Dalmacia murió en privado. Mientras tanto, Augustolo, en Rávena, fue proclamado emperador por su padre Orestes». (Jordanes. Getica, 45).

EURICO.
M. A° DE 484.

Eurico es considerado como el primer rey visigodo que gobernó casi toda Hispania, su presencia en la Plaza de Oriente de Madrid estaría más que justificada como antecedente de los reyes que le siguieron a lo largo de los siglos.

RÓMULO AUGÚSTULO (475-476). EL ÚLTIMO EMPERADOR

Orestes no se proclamó a sí mismo emperador, sino que nombró a su hijo adolescente, Rómulo Augústulo o Augustolo (según las diversas crónicas) como nuevo emperador. Es fácil imaginarse que pretendía mantener una fuerte tutela sobre él, idéntica a la que Ricimero había mantenido durante tantos años.

Roma ya era una sombra de sí misma, no disponía de ejército que sostuviese el Estado, teniendo que recurrir continuamente a mercenarios bárbaros cada vez más demandantes de dinero y de tierras donde asentarse, pero el Imperio ya tan solo controlaba Italia y era un precio, el de tierras, que Orestes no estaba dispuesto a pagar.

Tras unos meses de tensiones, el hérulo Odoacro, magister militum de las tropas de Orestes, se rebeló y fue nombrado rey de Italia por sus tropas el 23 de agosto de 476. Rápidamente atacó a Orestes, a quien derrotó en Ticinum y unos días después, el 28 de agosto, en Placentia, donde fue capturado y ejecutado ese mismo día.

Ilustración decimonónica que refleja esos últimos momentos de Rómulo Augústulo como emperador. Del lado izquierdo vemos a unos cabizbajos romanos con un joven Rómulo Augústulo en primer término. Odoacro está en pie frente a él.

Tras una casi simbólica resistencia, Odoacro entrará en Rávena el 4 de septiembre. Rómulo Augústulo será apresado, depuesto y –sorprendentemente– enviado al exilio al sur de Italia, las cercanías de Nápoles, donde vivirá el resto de su vida como privatus. Las insignias imperiales serán enviadas a Constantinopla con el juramento de lealtad de Odoacro al emperador oriental. Ya no era necesario ningún emperador en Occidente.

«Odovacro, rey de los godos, tomó Roma. Odovacro acaba con Orestes en el acto. Odovacro condenó a Augustulus, el hijo de Orestes, con el castigo del destierro en Lucullanum, un fuerte en Campania. Con este Augustulo pereció el imperio occidental del pueblo romano, que el primer Augusto, Octavio, comenzó a gobernar en el setecientos y noveno

año desde la fundación de la ciudad. Esto ocurrió en el año quinientos veintidós del reino de los emperadores difuntos, con los reyes godos a partir de entonces sosteniendo Roma».

Marcellinus comes, Crónica, XIV, 2.

XIV

La ciudad de Roma en el siglo V. La morfología urbana después de las invasiones.

José Ignacio de la Torre

Con una población estimada entre los 700.000 y 1.000.000 de habitantes, Roma –a inicios del siglo V– era una ciudad llena de vida, sus habitantes seguían con las mismas costumbres que en los siglos anteriores. Una urbe segura durante siglos, el centro del Mediterráneo, la capital de un imperio que se extendía desde la frontera con los pictos en la lejana Britania hasta las arenas del desierto y desde el Atlántico hasta las fronteras con los persas. Aunque a inicios de la quinta centuria ya no era la capital pues había sido desplazada por Constantinopla en Oriente y por Arlés, y luego Rávena, en Occidente, aún era un centro rico en construcciones civiles y religiosas.

La sociedad romana era culta, no importaba a qué religión pertenecía cada cual, a los romanos les encantaba el entretenimiento, disfrutan con las naumaquias, hacen gimnasia, frecuentan termas como las de Caracalla, Diocleciano o alguna de las otras muchas que se reparten por la ciudad, acuden a bibliotecas, van al teatro, escuchan música. Una ciudad donde nada parece presagiar el turbulento siglo V.

Detalle de la famosa maqueta de la ciudad de Roma en tiempos de

Constantino. La vista tomada desde las alturas del Janículo, nos permite ver en primer término la isla Tiberina y el Teatro Marcelo. Maqueta del Museo de la Civilización Romana, Roma.

LA ADMINISTRACIÓN CIUDADANA

Roma y sus alrededores, unas cien millas a la redonda, se administran con una serie de criterios muy particulares con respecto a otros núcleos urbanos imperiales, en muchos casos derivados de la propia historia de la ciudad.

La administración de la urbe seguirá tan eficiente como en los últimos siglos. En materia de obras públicas dos son los cargos más importantes, el curator operum maximorum y el curator operum publicorum cuya tarea era la de supervisar el mantenimiento de los edificios y las obras maestras artísticas que abarrotan Roma, así como las imponentes estructuras públicas de la ciudad, algunas con más de 400 años de existencia. A su cargo, once curadores statuarum, un inspector de artes plásticas, objetos y mobiliario urbano, el tribunus rerum nitentium que se ocupaba del servicio de supervisión responsable de la protección de daños a todas las estatuas y monumentos situados en las vías públicas de la ciudad. Por último, los denominados castrensis sacri palatii, cuya misión es asegurarse del cuidado de los palacios imperiales. A nivel fiscal, la ciudad sigue en manos y conectada a las actividades senatoriales, con el llamado arca quaestoria. El cajero del municipium se hace cargo de los diversos gastos con sus fondos.

Administrativamente, todo el territorio romano divide sus responsabilidades entre el praefectus urbi y el vicarius urbi. Ambas oficinas se supone que han de trabajar en igualdad de condiciones en la toma de decisiones. Sin embargo, en el siglo V, más que en cualquier otro momento, los desacuerdos son continuos, provocando una enorme confusión que afectará directamente a las finanzas urbanas. Dependiente del praefectus urbi aparece el procurator monetae urbis Romae, encargado de la acuñación de moneda.

Esta estructura administrativa, aunque simplificada, se va a mantener prácticamente intacta a lo largo de todo el siglo pese a los

convulsos momentos que la ciudad sufrirá.

HACIA UNA CIUDAD CRISTIANA

A inicios de siglo V el urbanismo civil romano no sufre ningún tipo de trauma evidente y, en general, se presenta bastante cuidado gracias al trabajo continuo de los encargados del mantenimiento urbano. Sin embargo, desde inicios del siglo IV, una nueva religión va a hacer presencia pública de sus cultos y necesitará lugares adecuados para celebrarlos. El cristianismo, gracias al Edicto de Milán del 313, ha salido de las catacumbas y sus acólitos buscan edificios que les pueda albergar con una cierta comodidad. Pese al apoyo oficial sin cuya ayuda no se hubieran podido construir las tres basílicas más antiguas que tendrá la ciudad (San Pedro en la colina vaticana, San Juan de Letrán y San Pablo Extramuros), los cristianos tendrán enormes dificultades, probablemente por el precio del suelo, para encontrar solares donde construir sus iglesias, especialmente intramuros.

La Leyenda Dorada, obra del siglo XIII de Jacobo de la Vorágine, recoge la historia, bastante fantaseada, de la fundación de la iglesia de San Juan de Letrán, vinculándola directamente con la conversión de Constantino.

«El emperador, en justo castigo por la tiránica persecución que había promovido contra la Iglesia, cayó enfermo de lepra; todo su cuerpo quedo invadido por esta terrible enfermedad como resultaran ineficaces cuantos remedios le aplicaron los médicos para curarle, (…).

También el emperador emprendió el retorno a su palacio y, estando de nuevo en él, a la noche siguiente, se le aparecieron los apóstoles Pedro y

Pablo y le dijeron: «Por haber evitado el derramamiento de sangre inocente [sus médicos paganos le habían recomendado bañarse en la sangre de 3.000 niños], Nuestro Señor Jesucristo nos ha enviado para que te indiquemos como puedes curarte: llama al obispo Silvestre, que está escondido en el monte Soracte; él te hablará de una piscina y te invitara a que entres tres veces en ella; si lo haces, quedaras inmediatamente curado de la lepra que padeces; mas tú debes corresponder a esta gracia que Jesucristo quiere hacerte, con este triple obsequio: derribando los templos de los ídolos, restaurando las iglesias cristianas que has mandado demoler, y convirtiéndote al Señor».

[Tras ser curado de la lepra y tras siete días en los que Constantino obró como Pedro y Pablo le habían pedido]. El día octavo acudió a la catedral de San Pedro e hizo confesión de sus pecados. Luego tomó en sus manos un azadón y cavó un trozo de zanja para poner las primeras piedras de la basílica que se iba a construir, sacó personalmente doce espuertas de tierra y, una a una, sobre sus propios hombros, las transportó hasta cierta distancia del lugar en que se alzaría el nuevo edificio».

El papa Silvestre bautiza al emperador Constantino. El fresco pertenece a una serie de ellos sobre la temática de la supuesta donación de Constantino localizados en la capilla de San Silvestre del siglo XIII en la iglesia de Santi Quatro Coronati.

La cuarta de las denominadas basílicas mayores, Santa María la Mayor, es obra de Sixto III (papa del 432 al 440) y será construida sobre una iglesia anterior de tiempos del papa Liberio (papa del 352 al 366), junto al Macellum Liviae, en lo alto del monte Esquilino.

Vista aérea de la basílica de Santa María la Mayor (Santa Maria Maggiore) vista desde el sur. Fuente: Google Earth.

EL SAQUEO DEL 410

Por primera vez desde tiempos del caudillo cartaginés Aníbal (247-183 a.C), quien durante la Segunda Guerra Púnica (218-201 a.C.) tuvo amenazada la Vrbs, nadie había vuelto a ponerla en una situación tan complicada. Durante siglos, Roma había disfrutado de paz, la ciudad había podido crecer y sus habitantes prosperar sin peligro. La guerra era cosa de profesionales en unas fronteras muy distantes, pero ahora, en el 410, el peligro era real.

Alarico, general del Imperio y caudillo visigodo, creía que, en retribución por los servicios de su pueblo al imperio, debería recibir unas tierras propias dentro de las fronteras imperiales, a salvo de otros pueblos bárbaros que les amenazaban. Cansado de promesas incumplidas y de dilatadas y estériles reuniones diplomáticas marchó hacia el sur en dirección a Roma con el objetivo de cobrarse, aunque fuese por las malas, todo lo que consideraba que le era debido.

Bien por que contasen con ayuda desde dentro (se habla de esclavos e incluso de romanos paganos que no veían con buenos ojos la deriva cristiana de la ciudad) o bien porque la defensa no fue la adecuada, el 24 de agosto del 410 los visigodos entraron por la Porta Salaria y se lanzaron rápidamente contra el mons Antenne. Inmediatamente surgieron altas llamas dentro de la VI región (de las que estaba dividida Roma), llamada Alto Semita, hogar de suntuosos palacios y villas, rodeadas de frondosos prados y parques, residencia de altos funcionarios, nobles, personalidades de la corte, así como de edificios destacados como el templo de Flora, el templo de Quirino, las termas de Constantino o las de Diocleciano. Pero el lugar más destacado se encontraba al norte, los denominados jardines de Salustio, un lugar de esparcimiento intramuros que fue incendiado y que desapareció durante el ataque.

Rápidamente llegaron al centro de la ciudad donde saquearon impunemente edificios públicos algunos de los cuales también

quemaron, como la Basílica Emilia y la Basílica Julia. Entraron en las grandes tumbas de los emperadores pretéritos como el mausoleo de Augusto o el de Adriano en busca de riquezas y joyas fácilmente transportables. Los visigodos girarán entonces hacia el Celio cruzando la vía Celimontana. El Aventino, aunque fuese parcialmente, también será alcanzado por los saqueadores y allí asaltaron las termas de Licinio Sura y las de Décimo y las grandes reservas de alimentos, allí almacenadas, serán devastadas.

Según el hispano Orosio (Historiae adversus paganos, libro VII, cap. XLI, 15) Roma fue saqueada durante tres días.

A pesar de todos los escritos de los contemporáneos que describen el saqueo de Roma como una de las principales calamidades de su tiempo, en realidad no se perdieron más que unas pocas domus patricias. La ciudad pronto recuperará su ritmo y los edificios más destacados como las basílicas Emilia y Julia fueron rápidamente reconstruidas y engalanadas de nuevo. En unos pocos años no quedará ni rastro de la destrucción provocada por Alarico y sus visigodos. Como ejemplo de recuperación podemos señalar que el emperador Valentiniano III (423-455) regalará a San Juan de Letrán un tabernáculo de plata, más rico y suntuoso, que remplazase al que robó Alarico.

«Lo que no puede hundirse resurge con no renovado brío y salta empujado aún más arriba desde la más profunda. Y así como una antorcha recobra nuevas fuerzas cuando se la inclina, así tú [habla de la ciudad de Roma] tratas de alcanzar los cielos aún más esplendorosa tras un suceso humillante».

Rutilio Namaciano. El retorno (libro I, 129-133)

Vista aérea desde el sur de todo el complejo de San Juan de Letrán. Se observa perfectamente la planta basilical de la iglesia. También podemos ver en la parte inferior derecha, los restos de la muralla Aureliana. Fuente: Google Earth.

En realidad, los godos no tenían intenciones destructivas, sino las de llevarse la mayor cantidad de oro, joyas y otros metales preciosos, fácilmente transportables. La compensación por sus servicios al Estado.

LEÓN I, EL GRANDE (PAPA DEL 440 AL 461)

La ciudad se recuperará, pero el Imperio occidental entrará en una espiral que acabará con su destrucción. En los decenios siguientes las clases dirigentes romanas no se darán cuenta de la peligrosa situación en la que comenzaban a encontrarse, cada vez más solas, cada vez más aisladas, en una ciudad donde la población empezaba a disminuir de forma alarmante, pues se estima que en torno al 450 la población intramuros de la ciudad apenas llegaría a los 650.000 habitantes. Al tiempo que las viejas estructuras comenzaban a fallar, la Iglesia poco a poco irá ocupando todas ellas, con el Papa como figura señera.

León I era un religioso y un diplomático y estando de servicio en la Galia para el emperador Valentiniano III será nombrado Papa a la muerte de Sixto III el 11 de agosto de 440. El nuevo obispo de Roma era un hombre de estado, de familia patricia romana y, por tanto, fiel al Estado romano y al emperador. Esencialmente confluían en él el papel de funcionario fiel y la de pastor de la religión oficial. Por ello, no es de extrañar que acabara convirtiéndose en la figura sobre el que terminará recayendo poco a poco la autoridad civil. Un referente convertido, tras la exitosa embajada a Atila, en Defensor Urbis.

Bajo la incipiente dirección del Papa se restauran edificios, se hacen obras públicas pero principalmente, y como es entendible, su actividad edilicia se centrará en las iglesias. Aquellas que habían perdido sus vasos sacros y diferentes elementos de valor durante el saqueo del 410 recibieron otros nuevos. También se construyen o veremos obras en San Pedro, Santa Pudenciana, Santo Stefano Rotondo o, de los tiempos del papado anterior, la construcción de Santa Sabina en el Aventino

En el año 450 el emperador Valentiniano III va a Roma con su esposa Licinia Eudoxia y su madre Gala Placidia para peregrinar a las tumbas de san Pedro y san Pablo. El emperador ofrecerá por la

Confesión de Pedro en el Vaticano un bajorrelieve de oro con incrustaciones de piedras preciosas; Licinia Eudoxia –por su parte– mandará construir la iglesia de San Pietro in Vincoli, donando al Papa la cadena de la prisión del apóstol en Jerusalén. Cadena que aún podemos ver hoy en día.

Surge de esta forma una nueva ciudad: la ciudad pagana muere mientras nace una nueva metrópolis, la Roma cristiana, con dos puntales, la basílica de San Pedro y la de San Pablo.

UN ACTO VANDÁLICO (455)

Nuevamente el papa León I, como en el caso de Atila pocos años antes, ha de dar un paso adelante y negociar con Genserico para evitar la destrucción de Roma. Roma apenas contaba con defensores pues las clases pudientes y todo aquel que pudo había abandonado la urbe con todas las riquezas que pudo transportar, tampoco había ningún ejército cercano que pudiese evitar su conquista. El destino de la ciudad estaba echado. En última instancia, León I conseguirá del rey vándalo una pequeña concesión. A cambio de abrirle las puertas y declarar Roma como lo que actualmente conocemos como ciudad abierta, no será incendiada y tres basílicas (San Pedro, San Pablo y San Juan) con todas sus pertenencias y todos aquellos que estén en su interior se salvarán del «breve» saqueo pactado. Tres días después del asesinato del emperador Petronio Máximo los vándalos entraron en la ciudad y, lo que debería ser sido breve duró dos semanas, del 15 al 29 de junio de ese infausto año de 455.

La ciudad será saqueada sistemáticamente calle a calle, no se salvaron ni edificios privados ni públicos. El palacio imperial sufrió una importante destrucción mientras que se saqueaban sus tesoros y sus obras de arte. Sin embargo, no hay pruebas de una destrucción deliberada, pocos edificios serán quemados intencionadamente y muchos menos completamente destruidos. Mucha población fue llevada al norte de África para ser esclavizados.

«Cuando la multitud de cautivos llegó a la costa de África, vándalos y moros [mauri] dividieron en grupos a la enorme masa de gentes. Los esposos fueron separados de las esposas y los hijos de sus padres de acuerdo con la costumbre de los bárbaros. Ese hombre que estaba lleno de Dios [Deogratias, obispo de Cartago] se puso en marcha de inmediato. Vendió todo el oro y vasos de plata utilizados en el culto y liberó al pueblo nacido libre de ser esclavos de los bárbaros, para que los esposos permanecieran juntos y los niños sean devueltos a sus padres».

Victor de Vita. Historia de la persecución de los vándalos, libro 1, 25).

La destrucción del 455 sí dejará más cicatrices en una ciudadanía que comenzaba a ver la inconquistable Roma como una ciudad ya no tan segura. La urbe, por su parte, se recuperará de nuevo bastante rápido reponiendo lo perdido y construyendo nuevos edificios. El sucesor de León I, el papa Hilario (papa del 461 al 468) reanudará la actividad edilicia mandando construir dos oratorios en el baptisterio de San Juan de Letrán dedicados a San Juan Bautista y a San Juan Evangelista (462-463) y en 466 encargará construir dos bibliotecas, así como otra serie de edificios también junto a San Juan de Letrán.

EL SAQUEO DEL 472

Las disputas entre Ricimero, hombre fuerte del Imperio en aquellos tiempos, y el emperador Antemio llegarán hasta el punto de la guerra civil. La ciudad será el campo de batalla entre ambos: Ricimero acabará sitiendo a su enemigo en el Palatino y tras cinco, meses de asedio (de febrero a julio), Antemio será hecho prisionero y asesinado.

Tras la victoria, los vencedores saquearon la ciudad. Según Paulo el Diacono, tan sólo las regiones romanas donde se encontraban las tropas asaltantes, Janículo, Vaticano y Trastevere, se salvaron de ser desvalijadas. Olibrio, el recién nombrado emperador por Ricimero, hizo que sus tropas atacasen especialmente los edificios sagrados que, nuevamente, fueron despojados de sus objetos más valiosos. Sin embargo Paulo el Diacono, nuestra fuente principal, no recoge ninguna destrucción de edificios.

Vista aérea desde el sur de todo el complejo de San Juan de Letrán.

Se observa perfectamente la planta basilical de la iglesia. También podemos ver en la parte inferior derecha, los restos de la muralla Aureliana.

Los habitantes de la ciudad no solo sufrieron los rigores de la guerra y el saqueo, sino también todo tipo de privaciones que terminarían con una fuerte hambruna y una epidemia de peste que asolarán la ciudad durante meses.

ROMA, CAPITAL CRISTIANA

La deposición de Rómulo Augústulo en 476 apenas tiene repercusión en Roma. La ciudad ya se había acostumbrado a ser un apéndice, prescindible en según qué casos, de la política de los últimos emperadores. Roma tenía su propio líder, un hombre que representaba a toda la ciudadanía, el Papa. Aquel que cuidaba tanto de la ciudad como de sus habitantes, lo mismo en este mundo como en ayudarles en el paso a la Salvación.

Roma ha perdido todo su empuje y a finales de siglo apenas es una ciudad de 200.000 habitantes que construye iglesias sobre antiguos edificios paganos, como la basílica de Santo Stefano Rotondo sobre el templo dedicado al dios Fauno. Sin embargo, todavía será una gran ciudad en tiempos de Teodorico, cuando pareció haberse recuperado de todas las heridas sufridas durante el siglo V. Según Procopio de Cesarea, volvía a ser hermosa y espléndida. Roma la ciudad eterna.

XV

Periodos cronológicos de la historia de Roma y abreviaturas de las fuentes clásicas

PERIODOS CRONOLÓGICOS

Monarquía (753 a.C.-509 a.C.): periodo más antiguo de la historia de Roma. Se caracteriza por el gobierno de los reyes. Se inicia con la fundación de la ciudad y termina con la expulsión del último monarca. Da paso a la República.

República (Res publica): (509 a.C.-27 a.C.): periodo intermedio de la historia de Roma que transcurre entre el 509 a.C. y la proclamación de Octaviano como princeps y Augusto, hecho con el que se inaugura el periodo del Imperio. El poder descansaba en el senado o bien en aquellos personajes designados por el mismo. El espacio de tiempo transcurrido desde el 146 a.C., momento en el que Roma se convierte en la potencia hegemónica mundial tras arrasar Cartago y derrotar a sus enemigos, hasta el 27 a.C. se denomina República romana tardía, o Tardorrepública o periodo tardorrepublicano.

Imperio (27 a.C.-476 d.C): periodo final de la historia de Roma que termina con la caída del Imperio romano de Occidente. Se caracteriza por tener una forma de gobierno autocrática a cuya cabeza se encuentra el emperador. El espacio de tiempo transcurrido entre el ascenso de Diocleciano al poder, en el 284, hasta la caída del Imperio, en el 476, se denomina Bajo Imperio o periodo bajoimperial. Por contraste, al tiempo transcurrido entre el 27 a.C. y el 235 d.C., momento de finalización de la dinastía de los Severos, se denomina Alto Imperio o periodo altoimperial.

ABREVIATURAS DE LAS FUENTES CLÁSICAS CITADAS EN ESTE LIBRO

App. BCiv.: Apiano: De Bello Civile (Sobre la guerra civil).

Caes. BCiv.: César: De Bello Civile (Sobre la guerra civil).

Diod. Sic.: Diodoro Sículo (o de Sicilia): Biblioteca Histórica.

Dion. Hal.: Dionisio de Halicarnaso: Antigüedades romanas.

Front. Strat.: Frontino Statagemata (Acerca de las tácticas militares [Las Estratagemas]).

Justino: Justino: Epítome de las historias filípicas de Pompeyo Trogo.

Liv.: Tito Livio: Ab Vrbe Condita (Historia de Roma desde la fundación de la ciudad).

Plut. Caes.: Plutarco: Caesar (César) (dentro de sus Vidas Paralelas).

Plut. Galba.: Plutarco: Galba (dentro de sus Vidas Paralelas).

Plut. Pomp.: Plutarco: Pompeius (Pompeyo) (dentro de sus Vidas Paralelas).

Sen. Ep.: Séneca: Epístolas.

Suet. Caes.: Suetonio: Caesar (César) (dentro de su Vidas de los Doce Césares).

Suet. Galba: Suetonio: Galba (dentro de su Vidas de los Doce Césares).

Suet. Vitelio: Suetonio: Vitelio (dentro de su Vidas de los Doce Césares).

OTRAS ABREVIATURAS EMPLEADAS

ca.: circa (aproximadamente).

vid.: ver.

cfr.: confrontar.

cos.: cónsul.

cos. I (o II, o III): cónsul por primera vez, por segunda...

des.: designatus (designado).

pr.: praetor (pretor).

suff.: suffectus (sustituto).

XVI

Glosario de términos militares

Ala: Unidad de caballería auxiliar en tiempos imperiales. Puede ser de alrededor de 500 hombres (quingenaria) o de alrededor de 1.000 (milliaria). Se reclutaban entre pueblos del interior del Imperio o de fuera de él que no tenían la ciudadanía romana. Servían en filas durante 25 años y al licenciarse recibían dicha ciudadanía.

Aliados: Contingentes que los pueblos itálicos sometidos a Roma, en época republicana, enviaban para servir en los ejércitos romanos. Podían ser de infantería o caballería.

Aquila (águila): Emblema más importante de una legión. Instaurada desde que las legiones se convirtieron en unidades profesionales (107 a.C.) en principio era de plata y más adelante recibió un baño de oro. Perder su aquila era la peor afrenta que podía sufrir una legión e, incluso, podía ocasionar su disolución.

Auxilia (auxiliares): Unidades que en tiempos imperiales sucedieron a los antiguos contingentes de aliados del periodo republicano. Los auxilia podían ser de infantería (cfr. cohors) o de caballería (cfr. ala). En el Bajo Imperio, el término auxilia pasó a designar unidades de infantería de un efectivo teórico de quinientos soldados.

Birreme: Barco de guerra de dos órdenes de remeros.

Centurión (centurio): Oficial subalterno que mandaba, en tiempos

republicanos y altoimperiales, una centuria (unos 80 hombres).

Cesarianos: Partidarios de C. Iulius Caesar durante las guerras civiles de 49-45 a.C.

Cohorte (cohors): Unidad de infantería legionaria que contaba con unos 500 hombres (quingenaria). Una legión en época imperial tenía 10 cohortes, la primera de las cuales de 1.000 hombres (milliaria). Las cohortes podían ser equitatae, es decir que una parte de su personal estaba compuesta por jinetes (120 en cada cohors cuando eran quingenariae y el doble cuando eran milliariae). Se reclutaban entre pueblos del interior del Imperio o de fuera de él que no tenían la ciudadanía romana. Servían en filas durante 25 años y al licenciarse recibían dicha ciudadanía.

Cohortes pretorianas (cohortes praetoriae): Las cohortes pretorianas formaban la Guardia del emperador de Roma y estaban mandadas por el Prefecto del Pretorio (Praefectus Praetorio). Sus hombres servían, desde fines del imperio de Augusto (27 a.C.-14 d.C.), durante un periodo de 16 años. Fundada por oficialmente por Augusto hacia el año 2 a.C. La Guardia Pretoriana fue disuelta por el emperador Constantino I en noviembre de 312 d.C. y sustituida por los Scholae Palatinae.

Comes domesticorum: comandante de los protectores domestici.

Comes rei militaris: Uno de los grados del generalato bajoimperial. Su mando podía ser variable, según la misión que tuviese encargada.

Cónsul (consul): Durante la República romana, cada uno de los dos magistrados que ejercían anualmente el poder supremo en Roma. Tenían potestad para mandar ejércitos. Durante la época imperial, siguieron existiendo, pero sin poderes ejecutivos.

Consular (consularis): Personaje que ha desempeñado con anterioridad el cargo de cónsul.

Cuestor (Quaestor): Magistratura anual romana con poderes de supervisión financiera pero que en caso de necesidad podía asumir el mando militar. Cuando un c. veía prorrogado su mando, se convertía en un procuestor (proquaestor).

Decurión (decurio): Oficial de caballería que mandaba una turma.

Dictador (dictator): Magistratura extraordinaria de la Roma republicana según la cual un solo hombre acumulaba durante seis meses, para hacer frente a un grave peligro, los poderes de los que habitualmente disfrutaban los dos cónsules durante un año. Inmediatamente de su elección nombraba un segundo en el mando, el magister equitum. Los cónsules podían seguir en su puesto, pero subordinados al dictador.

Diezmo, diezmar: Tradicional castigo militar romano consistente en que cuando una unidad había mostrado cobardía ante el enemigo y no se podían dilucidar responsabilidades concretas, uno de cada diez de sus hombres era ejecutado al azar.

Dux: Cargo militar romano más frecuente en tiempos bajoimperiales que altoimperiales. En origen era un oficial indistintamente de rango senatorial o ecuestre que mandaba un grupo de combate más o menos grande, compuesto bien de legionarios, bien de auxiliares, bien de una mezcla entre los dos y que podía ser de infantería, de caballería o mixto para desempeñar una misión concreta. En los tiempos bajoimperiales, cuando el poder civil y el poder militar fueron separados en la administración provincial, pasó a designar al general al mando de las tropas de una provincia.

Ejército consular: Ejército romano mandado por un cónsul o un procónsul. En tiempos altorrepublicanos, cada uno de los dos cónsules mandaba una legión, a la que desde mediados del siglo V a.C. acompañaba un contingente equivalente reclutado entre los pueblos aliados de Italia. En ocasiones excepcionales (como, por ejemplo, durante la Segunda Guerra Púnica), un cónsul podía tener a sus órdenes más de dos unidades legionarias.

Ejército pretoriano: Ejército romano mandado por un pretor o un propretor. Contaba con una legión y un contingente equivalente de soldados proporcionados por los aliados itálicos de Roma.

Falange: Compacta formación propia de los ejércitos griegos y macedónicos, formada por hoplitas (soldados de infantería), provistos de lanzas seis metros, que la hacían similar a un puercoespín. Era una formación muy segura pero poco flexible.

Flavianos: Partidarios de T. Flavius Vespasianus durante la guerra civil de 69 d.C.

Legado (legatus): Durante los tiempos altorrepublicanos, militar al que el comandante en jefe (pretor, propretor, cónsul o procónsul) encargaba cualquier misión. Más adelante, el legado se convirtió en el comandante de una legión (legatus legionis) desde los últimos tiempos de la República y durante el Alto Imperio.

Legio (legión): Unidad compuesta siempre por ciudadanos romanos, básicamente de infantería pesada, que en su origen contaba con 3.300 hombres (3.000 de infantería y 300 de caballería). La reforma de Marius en 107 a.C. hizo de la legión una tropa profesional,unificando el armamento (que ya no pagaban los soldados, sino el Estado). La legión pasó a tener unos 5.500 hombres, divididos en 10 cohortes (la cohors I, de doble efectivo), con 3 manípulos cada una y dos centurias por manípulo. En tiempos altoimperiales básicamente permaneció esta organización y cada legión fue dotada con 120 jinetes para misiones, sobre todo, de exploración, enlace y apoyo.

Licinianos: Partidarios del emperador Licinio en las guerras civiles del primer cuarto del siglo IV d.C.

Limes (frontera): Conjunto de fortificaciones fronterizas (muros, empalizadas, fosos, etc.), convenientemente guarnecidas, que en algunas provincias especialmente conflictivas separaban el territorio romano de las tierras bárbaras.

Magister equitum: General de caballería. Podía haber uno, en cuyo caso él era el comandante en jefe de la caballería imperial, o varios, siendo entonces ese título equivalente al ya mencionado de general de caballería.

Magister officiorum: Funcionario en jefe de la Cancillería Imperial. Controlaba también a los Scholae Palatinae.

Manipulum (manípulo): Unidad interna de la legión romana, con unos ciento sesenta legionarios, que equivalía a dos centurias. Tres manípulos conformaban una cohorte.

Octavianos: Partidarios de C. Iulius Caesar Octavianus durante las guerras civiles de 43-31 a.C.

Otonianos: Partidarios de M. Salvius Otho durante la guerra civil de 69 d.C.

Palatinae (Palatinas): Tropas que en tiempos bajoimperiales estaban asignadas a la persona del emperador e iban con él en todas sus campañas. No confundir con la guardia imperial de entonces, los Scholae Palatinae.

Pompeyanos: Partidarios de Cn. Pompeius Magnus y de sus hijos durante las guerras civiles de 49-45 a.C.

Prefecto (praefectus): Funcionario designado por un magistrado, por el emperador o por el Senado para desempeñar una labor civil o militar.

Prefecto del Pretorio (Praefectus Praetorio): Comandante de la

Guardia Pretoriana. Su poder irá aumentando poco a poco y en el siglo III d.C. era el comandante de todas las fuerzas armadas estacionadas en Italia, incluidas las flotas de Miseno y Rávena, pero excluidas las cohortes urbanas. Tras la disolución de la Guardia Pretoriana en 312 d.C. pasó a designarse con este nombre a cada uno de los altos funcionarios civiles que dirigían las cuatro grandes subdivisiones del Imperio: las Prefecturas del Pretorio de la Gallia, de Italia, de Illyria y de Oriens.

Pretor (praetor): Durante la República, magistrado encargado de presidir los tribunales y de gobernar las provincias cuando Roma fue adquiriéndolas. En época imperial, los pretores administraban los diferentes barrios de Roma. Su número fue variable a lo largo de la Historia de Roma.

Primicerius Domesticorum: comandante de los Scholae Palatinae.

Procónsul (proconsul): Magistrado de los tiempos republicanos que acaba de desempeñar el cargo de cónsul pero, al no haber terminado su tarea (generalmente militar), le es prorrogado el mando durante un periodo indeterminado (un año o varios).En época imperial era el título del gobernador de algunas provincias senatoriales.

Procurador (procurator): En época del Imperio, gobernador de una provincia imperial (no senatorial) que no tenía legiones estacionadas en ella.

Procurador provincial (procurator provincialis): En época del Imperio, encargado de los asuntos económicos en una provincia imperial de rango consular (con más de una legión

allí estacionada) o pretoriana (con sólo una legión). En este sentido, la provincia de la Hispania Citerior Tarraconensis tuvo siempre rango consular a pesar de que desde 74 d.C. sólo había allí una legión estacionada (la VII Gemina).

Propretor (propraetor): Magistrado de los tiempos republicanos que acaba de desempeñar el cargo de pretor pero, al no haber terminado su tarea (generalmente militar, en el gobierno de alguna provincia), le es prorrogado el mando durante un periodo indeterminado (un año o varios). En época imperial, también podía ser parte del título que ostentaba el gobernador de cada una de las provincias imperiales de mayor rango (legatus Augusti propraetore).

Protectores domestici: en el siglo III d.C., los guardaespaldas más allegados a la figura del emperador.

Republicanos: Partidarios de los asesinos de Caesar durante las guerras civiles de 43-42 a.C.

Scholae Palatinae: Guardia Imperial de la época bajoimperial. Integrada por varios batallones (scholae) de caballería pesada. Dentro de ella, las llamadas Scholae Scutariorum estaban integradas por romanos y las Scholae Gentilium lo estaban por bárbaros. Estaba mandada por el Primicerius Domesticorum y dependía del Magister.

Senado (Senatus): La más alta asamblea romana, que en tiempos republicanos era quien realmente detentaba el poder. En época imperial se convirtió en una asamblea meramente consultiva, aunque los senadores siempre tuvieron la más alta consideración social.

Severianos: Partidarios de L. Septimius Severus durante las guerras civiles de 193-197 d.C.

Tribuno (tribunus): Oficial superior de una legión o de una cohorte (legionaria o pretoriana). Cuando pertenecía al orden senatorial era un tribuno laticlavio, y cuando formaba parte del orden ecuestre era un tribuno angusticlavio. En el bajo Imperio, un tribuno mandaba una legión en los ejércitos de maniobra.

Trirreme: Barco con tres órdenes de remeros.

Triunfo (Triumphus): Desfile de un general victorioso y sus tropas en Roma. El T. en época republicana era otorgado por el Senado a los generales con imperium que hubieran conseguido una victoria con al menos cinco mil bajas enemigas en guerra declarada formalmente contra un enemigo exterior. Constaba de un cortejo festivo en el que iban los magistrados de Roma, despojos y trofeos conseguidos en la victoria, los prisioneros más importantes y, por supuesto, el general victorioso, vestido de manera ceremonial. Por último, las tropas del vencedor, o, al menos, una representación de ellas. El desfile terminaba en el Capitolio, en el templo de Júpiter Feretrio, donde se realizaba un sacrificio.

Turma (turma): Sección de caballería consistente en treinta jinetes mandados por un decurión.

Vexillatio, Vexillationes (destacamento, destacamentos): Grupo de soldados (legionarios o auxiliares) que, en número variable,

integraban contingentes de una o varias unidades para una expedición o una misión militar concreta. En el Bajo Imperio, unidad de caballería de un efectivo teórico de unos quinientos hombres.

Vitelianos: Partidarios de A. Vitellius durante la guerra civil de 69 d.C.

Los términos militares desarrollados se han elaborado a partir del trabajo de Julio Rodríguez González, titulado Diccionario de batallas de la Historia de Roma (753 a.C.- 476 d.C.), Signifer Libros. Madrid, 2005.

XVII

Bibliografía

ALFOLDI, A. (1961): «The Crisis of the Empire», en Cambridge Ancient History, vol. XII, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 165-231.

ALFOLDI, A. (1964): Early Rome and the Latium. The University of Michigan Press. Ann Arbor.

AMELA VALVERDE, L. (2003): Cneo Pompeyo Magno, el defensor de la República romana. Signifer Libros. Madrid.

AMELA VALVERDE, L. (2007): El toro contra la loba. La guerra de los Aliados (91-87 a.C.). Signifer Libros. Madrid.

ARANEGUI GASCÓ, C. (2021): «Sagunto, 219 a.C. Resistencia a Aníbal», La Aventura de la Historia 268, febrero. Madrid, pp. 54-59.

ARCE, J. (2005): Bárbaros y romanos en Hispania (400-507 A.D.). Marcial Pons. Madrid.

ARCE, J. (2018): Alarico (365/370-410). La integración frustrada. Marcial Pons. Madrid.

ASTIN, A. E. et alii (eds.) (1989): The Cambridge Ancient History. Second Edition. Volume VII. Part 2. The Rise of Rome to 220 B.C.

Cambridge University Press. Cambridge.

BAGNALL, N. (2002): The Punic Wars 264-146 BC. Osprey Publishing. Oxford.

BAHMANYAR, M. (2016): Zama 202 BC. Scipio Crushes Hannibal in North Africa. Osprey Publishing. Oxford.

BARNES, T.D. (1976a): «The Victories of Constantine», Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphic 20. Bonn, pp. 149-155.

BARNES, T.D. (1976b): «Imperial Campaigns, A.D. 285-311», Phoenix 30. Toronto, pp 174-193.

BARNES, T.D. (1982): The New Empire of Diocletian and Constantine. Universidad de Harvard. Cambridge (MA)-London.

BIRLEY, A.R. (2012): Septimio Severo. El emperador africano, ed Gredos, Madrid.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. (1999): «El Imperio después de los Severos», en Historia de Roma.- II. El Imperio Romano. (J.M. Roldán Hervás, J.M. Blázquez Martínez y Arcadio del Castillo, Autores). Edic. Cátedra. Madrid.

BOURDIN, St. y VIRLOUVET, C. (2021): Rome, naissance d'un Empire. De Romulus à Pompée 753-70 av. J.-C. Belin (Mondes

anciens). Paris.

BRADLEY, G. (2020): Early Rome to 290 BC. The Beginnings of the City and the Rise of the Republic. Edinburgh University Press (The Edinburgh History of Ancient Rome). Edinburgh.

BREMMER, J.N. y HORSFALL, N.M. (1987): Roman Myth and Mythography. Institute of Classical Studiers (Bulletin of the Institute of Classical Studies Supplement 52). London.

BRIZZI, G. (2009): Escipión y Aníbal. La Guerra para salvar Roma. Ed. Ariel. Madrid.

BROWN, P. (1978): The Making of Late Antiquity. Harvard University Press. Harvard.

CAMERON, A. (2011): The Mediterranean World in Late Antiquity. AD 395-600. Routledge. London.

CANALES, C. (2005): El ejército de Aníbal. Cartago contra Roma. Andrea Press. Madrid.

COLORU, O. (2017): L'imperatore prigionero. Valeriano, la Persia e la disfatta di Edessa. Edizioni Laterza. Bari.

CORNELL, T. J. (1995): The Beginnings of Rome. Italy and Rome from the Bronze Age to the Punic Wars (c. 1000-264 B.C.).

Routledge. London.

COWAN, R. (2016): Milvian Bridge AD 312. Constantine's Battle for the Empire and Faith. Osprey Publishing. Oxford.

CRAUGHWELL, T.J. (2008): How the Barbarian Invasions shaped the Modern World. Fair Winds Press. Beverly, MA.

CROOK, J. A., LINTOTT, A. y RAWSON, E. (eds.) (1992): The Cambridge Ancient History. Second Edition. Volume VIII. The Last Age of the Roman Republic, 146-43 B.C. Cambridge University Press. Cambridge.

DART, Chr. J. (2014): The Social War, 91 to 88 BCE. A History of the Italian Insurgency against the Roman Republic. Routledge. London.

DIAZ, C et alii. (2007): Hispania tardoantigua y visigoda. Ediciones Istmo, Madrid.

DÍEZ ARIÑO, B. (2005): «Glandes inscriptae de la Península Ibérica, Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik, 153, pp. 219-236.

DOWNEY, G. (1950): «Aurelian's Victory over Zenobia at Immae, A.D. 272», Transactions and Proceedings of American Philological Association 81. Lancaster (Pennsylvania), pp. 57-68.

FAURE, P., TRAN, N. y VIRLOUVET, C. (2018): Rome, cité universelle. De César à Caracalla, 70 av. J.-C.-212 apr. J.-C. Belin (Mondes anciens). Paris.

FERNÁNDEZ UBIÑA, J. (1990): El Imperio romano bajo la Anarquía Militar. Akal Edic. Madrid.

FERRILL, A. (1989): La caída del Imperio romano. Editorial Edaf. Madrid.

FIELDS, N. (2008): Warlords of Republican Rome. Caesar versus Pompey. Pen & Sword. Barnsley.

FIELDS, N. (2009): Roma. Las Guerras Púnicas I. Roma contra Cartago. RBA Coleccionables. Barcelona.

FORSYTHE, G. (1999): Livy and Early Rome. A Study in Historical Method and Judgment. Franz Steiner (Historia Einzelschriften 132). Stuttgart.

FORSYTHE, G. (2006): A Critical History of Early Rome. From Prehistory to the First Punic War. University of California Press. Berkeley/Los Angeles.

FOURACRE, P. (ed.). (2005): The New Cambridge Medieval History, vol. I c.500-c.700. Cambridge University Press. Cambridge.

GARCÍA MORÁ, F. (1990): Quinto Sertorio, Universidad de Granada, Granada.

GARCIA y BELLIDO, A. (1970): «Nacimiento de la Legión VII Gemina», Legio VII Gemina. Diputación de León. León, pp. 303-329.

GILBERT, J. (2008-2009): «Restitutor Orbis. The Generalship of the Emperor Aurelian», Ancient Warfare II (6), diciembre-enero. Rotterdam, pp. 38-41.

GOLDSWORTHY, A. (2002): Caesar's Civil War 49-44 BC. Osprey Publishing (Essential Histories 42). Oxford.

GOLDSWORTHY, A. (2005): Grandes generales del ejército romano, Ariel, Barcelona.

GOLDSWORTHY, A. (2010): The Fall of the West: The Slow Death of the Roman Superpower. Orion Books. Phoenix.

GOLDSWORTHY, A. (2016): César. La biografía definitiva. La Esfera de los Libros. Madrid.

HEALY, M. (2009): Roma. Las Guerras Púnicas II. Cannas. Aníbal diezma las legiones. RBA Coleccionables. Barcelona.

HEATHER, P. (2005): The fall of the Roman Empire. A new history. Pan Books. London.

HEATHER, P. (1991): Goths and Romans (332-489). Oxford University Press. Oxford.

HINARD. F. (dir.) (2000): Histoire romaine. Tome I. Des origins à Auguste. Fayard. Paris.

HOLLOWAY, R.R. (1994): The Archaeology of Early Rome and Latium. Routledge. London.

HOLMES, T.R. (1923): The Roman Republic and the Founder of the Empire, Volume III (50-44 B.C.). Clarendon Press. Oxford.

HUGHES, I. (2016): Stilicho. The vandal who saved Rome. Pen & Sword Military. Barnsley.

HYUN JIN KIM (2019). Geopolitics in Late Antiquity. The Fate of Superpowers from China to Rome. Routledge Studies in Ancient History. Routledge. London.

JIMENEZ, R.L. (2000): Caesar against Rome. The Great Roman Civil War. Praeger. London.

KELLY, C. (2009): The End of Empire. Attila the Hun and the Fall of Rome. W.W. Norton & Company. New York.

KENDALL, S. (2013): The Struggle for Roman Citizenship. Romans, Allies, and the Wars of 91-77 BCE. Gorgias Press. Piscataway.

LE BOHEC, Y. (2017): Histoire des guerres romaines: Milieu du VIIIe siècle avant J.-C.-410 après J.-C. Éditions Tallandier. Paris.

LÓPEZ FERNÁNDEZ, J.A. (2012): Las invasiones bárbaras de Hispania. El ocaso del Imperio romano. Almena Ediciones. Madrid.

LÓPEZ FERNÁNDEZ, J.A. (2022): De la Anarquía al final del Imperio Romano. Campañas militares (235-476). Edic. Licurgo. Zaragoza.

MARTINDALE, J.R., JONES, A.H.M. y MORRIS, J. (1980): The Prosopography of the Later Roman Empire. II, A.D. 395-527. Cambridge University Press. Cambridge.

MATTHEWS, John (1998): Western Aristocracies and Imperial Court (AD 364-425). Clarendon Press, Oxford.

MATYSZAK, Ph. (2014): Cataclysm 90 BC. The Forgotten War that almost Destroyed Rome. Pen & Sword. Barnsley.

MENÉNDEZ ARGÜÍN, A.R. (2011): El ejército romano en campaña. De Septimio Severo a Diocleciano. Universidad de Sevilla. Sevilla.

MORGAN, G. (2006): 69 A.D. The Year of the Four Emperors,

Oxford University Press, Oxford.

PALAO VICENTE, J.J. (2006): Legio VII Gemina (Pia) Felix. Estudio de una legión romana, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca.

RIBERA I LACOMBA, A. (2014): «La destrucción de Valentia (75 a.C.) y la cultura material de la época de Sertorio (82-75 a.C.)», en Las guerras civiles romanas en Hispania. Una revisión histórica desde la Contestania. Feliciana Sala Sellés y Jesús Moratalla Jávega (eds.), Universidad de Alicante, Alicante, pp. 65-77.

ROLDÁN HERVÁS, J.M. (1995): Historia de Roma.- I. La República Romana. Edic. Cátedra. Madrid.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J. (2001): Historia de las legiones romanas. Signifer Libros. Madrid.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J. (2005): Los Escipiones en Hispania. Campañas ibéricas de la Segunda Guerra Púnica. Megara Edic. Madrid.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J. (2017): Diccionario de batallas de la Historia de Roma (753 a.C.-476 d.C.). 3.503 batallas libradas por los ejércitos de Roma. Edición revisada y aumentada. Almena Edic. Madrid.

ROMEO MARUGÁN, F. (2021): «El sistema ofensivo y campo de

batalla del entorno de la ciudad antigua del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel). Primeros resultados», Gladius, XLI, 2021, pp. 67-89.

SALAMON, M. (1971): «The Chronology of the Gothic Incursions into Asia Minor in the IIIrd Century AD», Eos 59. Wrocław-Varsovia-Cracovia-Gdansk, pp. 109-139.

SAMPSON, G. C (2019): Rome, Blood & Power. Reform, Murder and popular Politics in the Late Republic 70-27 BC. Pen & Sword. Barnsley.

SCHULTHEIS, E.M. (2019): The Battle of the Catalaunian Fields AD451. Pen & Sword. Barnsley.

SHELDON, R.M. (2010): Rome's Wars in Parthia. Blood in the Sand. Vallentine Mitchell. London-Portland (Oregón).

SOTO CHICA, J. (2022) El águila y los cuervos. La caída del Imperio romano. Desperta Ferro Ediciones, Madrid.

SYVÄNNE, I. (2015): A Military History of Late Rome 284 to 361. Pen & Sword. Barnsley.

THOMPSON, E.A. (2009): The Huns. Revised and with afterword by Peter Heather. Oxford University Press. Oxford.

VV.AA. (2014): Las guerras civiles romanas en Hispania. Una

revisión histórica desde la Contestania, Feliciana Sala Sellés y Jesús Moratalla Jávega (eds.), Universidad de Alicante, Alicante.

VVV.AA. (2016): Septimio Severo. Revista Desperta Ferro. Antigua y Medieval, nº 35, Madrid.

VV.AA. (2022): El año de los cuatro emperadores: 69 d.C. Revista Desperta Ferro. Antigua y Medieval, nº 72, Madrid, 2022.

WARD-PERKINS, B. (2005): The Fall of Rome and the End of Civilization. Oxford University Press. Oxford.

WHITBY, M. y SIDEBOTTOM, H. (eds.) (2017): The Encyclopaedia of Ancient battles. 3 volumes. Wiley Blackwel. Malden/Oxford/ Chichester.

WICKHAM, Ch. (2005): Framing the Early Middle Ages. Europe and the Mediterranean 400-800. Oxford University Press. Oxford.

XVIII

Biografías de los autores

Estos cinco autores forman el Centro de Estudios Históricos de la Antigua Roma (CEHIPAR).

Julio Rodríguez González: Licenciado en Arqueología e Historia Medieval por la Universidad de Valladolid y Doctor en Historia Antigua por esta misma institución. Es catedrático de instituto y uno de los mayores especialistas en historia militar romana de nuestro país. Además de sus numerosos artículos ha publicado obras de referencia como el Diccionario de las batallas de la historia de Roma (753 a.C.-476 d.C.) (Almena Edic., 2017) y la Historia de las legiones romanas (Signifer, 2001), además de libros sobre la conquista romana en la colección Aquilifer de Almena Ediciones.

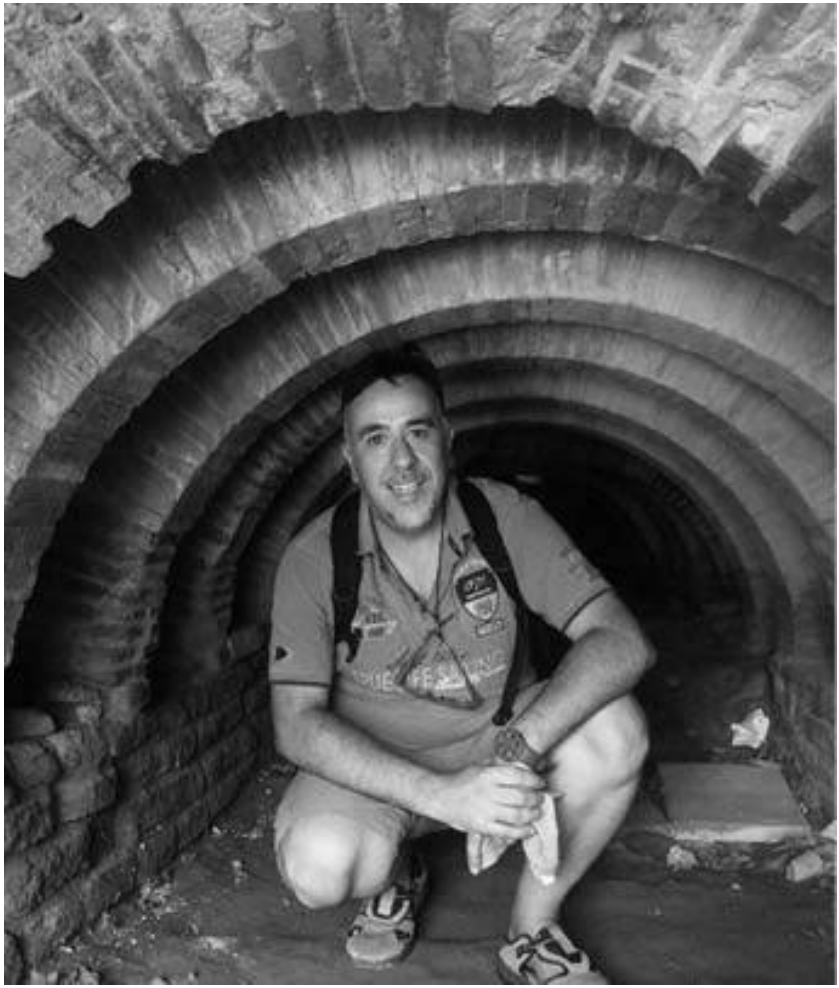
Luis Amela Valverde: Doctor en Geografía e Historia por la Universidad de Barcelona, en Humanidades Arte y Educación por al Universidad de Castilla- La Mancha y en Filología Clásica, Románica y Semítica por la Universidad de

Barcelona. Es autor de más de doscientos cincuenta artículos y de una docena de libros sobre el mundo tardohelenístico, la República romana tardía y la numismática del mundo antiguo. Algunas de sus obras más emblemáticas son Cneo Pompeyo Magno. El defensor de la República (Signifer, 2003) y Mario y Sila (Punto Rojo Libros, 2021).

José Ignacio de la Torre: Licenciado en Historia Antigua y Medieval por la Universidad de Valladolid, desarrolló labores de investigación en esta institución, así como en la Universidad de Oporto (Portugal), donde fue docente. Ha publicado más de treinta artículos sobre el periodo tardoantiguo y medieval en revistas científicas y es autor de varios libros entre los que destacan Breve historia de la Reconquista (2018), Breve historia de los Templarios (2021) y Breve historia de la Peste Negra (2022), los tres en la editorial Nowtilus.

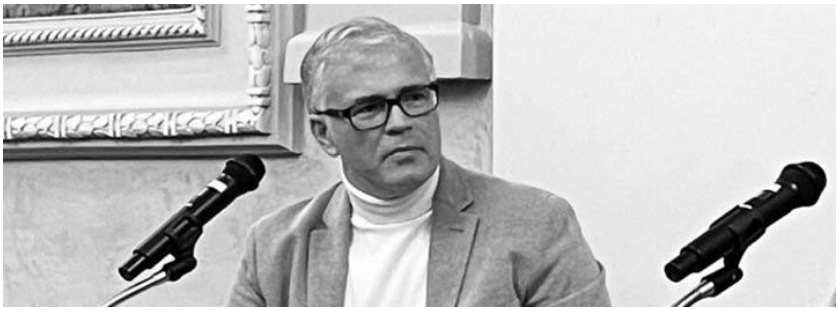
Emilio Campomanes Alvaredo: Licenciado en Arqueología e Historia Antigua por la Universidad de Valladolid. Ha ejercido la arqueología desde 1995, participando o dirigiendo más de un centenar de excavaciones en la ciudad de León y su provincia. De estos trabajos han nacido sus múltiples publicaciones en revistas científicas y congresos y libros como: Guía del León romano (Lobo Sapiens, 2006) y El legado de Roma en la provincia de León (El Forastero-Lobo Sapiens

2017).



Francisco José Gómez Fernández: Licenciado en Historia Antigua por la universidad de Valladolid, es autor de más de cincuenta artículos en revistas de investigación y divulgación histórica. Imparte clases de religiones del mundo antiguo en el Instituto Bíblico y Oriental de León. Entre sus temas de estudio se encuentra la historia de las creencias religiosas, el mundo tardo antiguo y los Siglos de Oro. Es autor de libros como

Dioses, templos y oráculos (Nowtilus 2007), Breve historia de Jesús de Nazaret (Nowtilus, 2009) y Madrid, una ciudad para un Imperio (La librería, 2011).



Arco di Settimio Severo

HISTORIA MILITAR DE LA ANTIGUA ROMA

CAMPAÑAS MILITARES Y BATALLAS CRÍTICAS DE LA REPÚBLICA Y EL IMPERIO ROMANO

Fco. J. Gómez (Coord.), Julio Rodríguez, Luis Amela, José I. de la Torre y Emilio Campomanes

Roma y sus legiones no siempre fueron victoriosas e invencibles. En una historia tan longeva como es la suya son muchos los momentos críticos a los que hubo de hacer frente, y los enemigos externos e internos que pudieron terminar con tan poderoso Estado. Sin embargo, Roma supo rehacerse de sus derrotas, aprender de sus errores y perseverar hasta terminar con sus adversarios.

En este libro nos acercamos a las situaciones adversas que, desde el punto de vista militar, colocaron a la milenaria civilización al borde de la desaparición, así como a los hombres que capitanearon las reacciones y reformas y las batallas necesarias y decisivas para salvar la situación, garantizando la continuidad de la Ciudad Eterna y su hegemonía.

Junto a generales de la talla de Escipión, Vespasiano, Septimio Severo, Estilicón o Aecio, y adversarios tan formidables como Breno, Aníbal, Sertorio, Sapor I o Atila; a lo largo de casi mil años, y en escenarios tan distantes como los desiertos de África y Mesopotamia, las fértiles llanuras de Hispania e Italia, las selvas de Germania o las orillas del Mar Negro, *Historia Militar de la Antigua Roma* logra capturar al lector e ilustrarle en un tono ameno, sin renunciar al nivel y rigor que el estudio de la Historia exige.

nowtilus
www.nowtilus.com

9 788413 053530